

Ramón Ortega Lozano (Ed.)

# Cuidar

entre líneas



FSJD  
Fundación  
San Juan de Dios



# Cuidar entre líneas

Ganadores del Certamen de  
Relatos Breves San Juan de Dios

*Ediciones XIV - XX*

Ramón Ortega Lozano (Ed.)



Ramón Ortega Lozano (México D.F. 11 de agosto de 1979) es escritor y doctor en Filosofía de la Ciencia por la Universidad Complutense de Madrid. Docente especializado en las humanidades relacionadas a las ciencias de la salud (antropología de la salud, historia y filosofía de la medicina, literatura y salud, comunicación médico-paciente y bioética). Profesor de Comunicación humana y técnicas de expresión escrita y de Antropología de la salud en el Centro Universitario San Rafael-Nebrija. Colabora en distintas actividades tanto académicas, divulgativas y de investigación con el Instituto de Ética Clínica Francisco Vallés - Universidad Europea. También es profesor de literatura y escritura creativa en la Universidad Nebrija.

*Edita:*

Fundación San Juan de Dios  
C/Herreros de Tejada, 3  
28016 - Madrid  
☎: + 34 913 874 489  
[www.fundacionsjd.org](http://www.fundacionsjd.org)

ISBN: 978-84-09-09265-9  
Depósito Legal: M-7324-2019

Centro Universitaria San Rafael - Nebrija  
Paseo de la Habana, 70 Bis  
28036 - Madrid  
☎: + 34 915 641 868  
[www.sanrafaelnebrija.com](http://www.sanrafaelnebrija.com)

*Ilustraciones:* Víctor Martín Martínez  
*Portada:* Laura García Valero  
*Maquetación:* Ramón Castejón García

Madrid, 6 de marzo de 2019



# Índice

Agradecimientos .....	9
Presentación.....	13
La importancia de la narración para los profesionales de la salud.....	17
<i>Ramón Ortega Lozano</i>	
Historia del Certamen de Relatos Breves “San Juan de Dios” .	31
<i>Julio Vielva Asejo</i>	
<b>El cuidado a través del arte .....</b>	<b>41</b>
Un solo para piano.....	43
<i>José López Blázquez</i>	
La última cabalgada de Atreyu.....	51
<i>Alberto Puyana</i>	
Arriba el telón .....	61
<i>José Díaz García</i>	
El sonido de la memoria .....	73
<i>Ana Picó Cáceres</i>	

<b>Cuidar sin fronteras</b> .....	87
La odisea de Abdelhalek.....	89
<i>Javier de Prada Pérez</i>	
Todas las flores de mayo .....	103
<i>Juan Antonio López</i>	
El otro José .....	117
<i>Ana María Medina Reina</i>	
Los Ángeles también sueñan.....	127
<i>Jesús Perezagua Delgado</i>	
Colores de África.....	137
<i>Blanca Cano Capilla</i>	
<b>Cuidar la esperanza</b> .....	149
De cómo conocí a Soledad Paipay.....	151
<i>M. Iván Pérez Fernández</i>	
El abrazo de Nico .....	167
<i>Macarena Capón Miñarro</i>	
Patricia.....	175
<i>María García Ruiz</i>	
Tres vueltas de campana .....	187
<i>Alejandro Ruiz Núñez</i>	
Esther .....	197
<i>Elena Polaino García</i>	

<b>El cuidado del otro</b> .....	205
En la geografía del cuerpo .....	207
<i>Alfredo de Andrés Ramos</i>	
Palabras de un reloj.....	219
<i>Juana Mateos Rodilla</i>	
Una noche entre gigantes.....	227
<i>Antonio Reina González</i>	
Diario de un Osteosarcoma .....	243
<i>Alberto Polo Álvarez</i>	
Acompáñame hasta el final .....	261
<i>Ángela Miguel Pellón</i>	
<b>Aprender a cuidar</b> .....	273
Dos pijamas .....	275
<i>Jessica Marian Goodman Casanova</i>	
Enfermera del mundo y para el mundo .....	283
<i>Paula Fernández Sangil</i>	
Me encontré con Guillain Barré.....	293
<i>Marcè Llauro Forés</i>	
Gracias .....	301
<i>Pilar Tejero Ariño</i>	





## Agradecimientos

Quiero dar un especial agradecimiento a todos los autores que han hecho posible la edición de *Cuidar entre líneas* y que, a su vez, han dado sentido al Certamen de Relatos Breves “San Juan de Dios”. Su participación y la calidad de los textos que han enviado mantienen nuestro convencimiento de la labor de promoción que hacemos en favor de un cuidado holístico y una atención más humanizada en el ámbito sanitario.

9

También quisiera agradecer a todas las personas que están detrás de la organización de este concurso literario. En especial quiero hacer mención a Julio Vielva, actual presidente del Certamen, pues ha sido la persona que dio vida a esta iniciativa y que sigue al frente de ella. Tampoco quisiera dejar de nombrar a los otros miembros del actual jurado que junto con Vielva (y conmigo mismo) tienen la difícil tarea de seleccionar los mejores relatos entre un gran número de excelentes narraciones: Nuria Mendoza, Francisco Játiva y David Lorenzo. Además, quiero señalar el apoyo de las autoridades universitarias sin el que no sería posible este proyecto de publicación: Gerardo Díaz, director de la Fundación San Juan de Dios, Carlos Calleja, antiguo director y Gema Escobar, actual directora del Centro Universitario San Rafael-Nebrija.

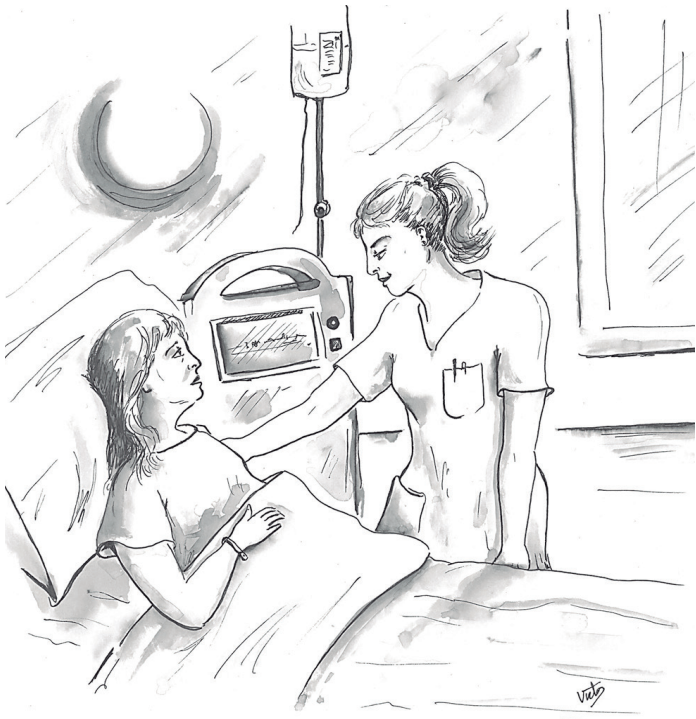
También manifestar mi agradecimiento al resto del equipo académico como es Cesar Espuela, responsable de administración y servicios del Centro Universitario, a Cristina Moreno, secretaria de dirección, y a Dacio Rodríguez de servicios informáticos.

Finalmente, quiero dar las gracias al Hermano Víctor Martín que ha cedido sus dibujos para ilustrar el libro, al Hº Ramón Castejón que ha tenido la idea inicial de publicar los relatos que aquí aparecen y que, con su gentileza característica, ha maquetado la obra y, por último, a la profesora Laura Visiers que me ha ayudado en la primera agrupación de relatos en las diferentes secciones de *Cuidar entre líneas* y siempre estuvo dispuesta a leer y releer aquellas páginas para que quedaran mejor pulidas.

10

A todos mi más sentido agradecimiento.

**Ramón Ortega Lozano**





## Presentación

Este libro tiene como principal objetivo conmemorar las veinte ediciones del Certamen de Relatos Breves San Juan de Dios. Se trata de un concurso que va dirigido a profesionales y estudiantes de enfermería y fisioterapia con interés en dejar plasmada las diversas experiencias del cuidar. El certamen busca estimular la creación literaria poniendo de manifiesto los aspectos humanos que desempeñan en su trabajo habitual estos profesionales de la salud. Esta actividad está organizada por el Centro Universitario de Ciencias de la Salud San Rafael-Nebrija, perteneciente a la Fundación San Juan de Dios y adscrito a la Universidad Antonio de Nebrija.

13

*Cuidar entre líneas* no es el primer libro publicado con textos del Certamen de Relatos Breves San Juan de Dios. El primer compendio de cuentos apareció en 2010 bajo el título de *Cuidar en la fragilidad* recogiendo las mejores narraciones recibidas en las primeras dos etapas del Certamen. Más adelante se hablará en profundidad sobre las distintas fases que ha vivido este concurso literario en el capítulo destinado a la historia de este proyecto y que ha tenido como protagonista desde su origen al actual Presidente del Certamen, Julio Vielva.

Los escritos que aquí se incluyen son los pertenecientes a la tercera etapa del certamen que comienza con la creación del Centro Universitario San Rafael-Nebrija. Comprende, por tanto, de los relatos ganadores desde la edición XIV (2012) hasta la actual, número XX (2018). Las narraciones no se presentan de forma cronológica, sino que han sido agrupadas a partir de temas diferenciados, pero que giran en torno al mundo del cuidado que brindan los profesionales de enfermería y fisioterapia. El primero de ellos presenta el *Cuidado a través del arte*, ya que cuando se habla de una atención holista lo que se persigue es abordar, a través del cuidado, las distintas dimensiones de la persona (biológica, psicológica, espiritual, social...). La lectura de una historia, el uso terapéutico de la música o el impacto emocional de una representación teatral pueden ser más trascendentales para el paciente que cualquier medicamento.

El segundo apartado se titula *Cuidar sin fronteras*, porque la atención debe brindarse en igualdad de oportunidades (que no de igual manera). Para conseguirlo, parece esencial el cultivo del valor de la hospitalidad tan necesario en estos tiempos aciagos y que siempre ha sido un signo distintivo de la Orden de San Juan de Dios. A su vez, para poder brindar un cuidado integral es fundamental prestar atención a las diferencias culturales. En este apartado se encuentran historias que hablan de la cooperación de algunos profesionales de la salud en diferentes partes del mundo, en otras palabras, llevar el cuidado más allá de las fronteras o, dentro de estas, asegurar que pueda llegar a todos por igual, sin importar su procedencia.



El tercer epígrafe se llama *Cuidar la esperanza*. César Vallejo decía en su poema *Los heraldos negros* “que hay golpes en la vida, tan fuertes” que el hombre “¡pobre! vuelve sus ojos” como intentando encontrar un halo de esperanza. La muerte, la enfermedad, el dolor pueden sacudir todo lo vivido. En este apartado los relatos muestran el papel de los profesionales de la salud para colaborar en el proceso de resiliencia de sus pacientes. Cuando la vida parece haber perdido su sentido es muy significativo el apoyo, la empatía, la compasión, entre otros aspectos, para ayudar a vislumbrar nuevos caminos por recorrer, es decir, un nuevo sentido que devuelva la esperanza.

El cuarto epígrafe trata sobre *El cuidado del otro* a partir de muchas de las dimensiones que fundamentan la relación del profesional de la salud con sus pacientes. Competencias que humanizan la atención sanitaria y que deben ser adquiridas y transferidas a la práctica por los profesionales de enfermería y fisioterapia. De ahí que el último apartado verse sobre el proceso de aprendizaje a través de las narraciones que transmiten ese momento de sensibilización en el que el sanitario se da cuenta que lo importante de su profesión no tiene que ver con el dominio técnico, sino con un tipo de cuidado integral y humanizado. A ese apartado se le tituló en concordancia: *Aprender a cuidar*.

Esperamos que *Cuidar entre líneas* permita al lector adentrarse en el universo poliédrico de la salud, la enfermedad, la muerte, la esperanza, el duelo y muchos otros conceptos relacionados con el cuidado. Agradecemos a todos los autores de los relatos aquí presentados su ayuda por sensibilizar y mostrar la



importancia de la humanización de la atención sanitaria. También a todos los participantes de las distintas ediciones del Certamen de Relatos Breves San Juan de Dios, así como a los colaboradores (miembros del jurado, autoridades y personal del Centro Universitario San Rafael-Nebrija) que dan vida a esta iniciativa.

**Ramón Ortega Lozano**

*Secretario del*

*Certamen de Relatos Breves San Juan de Dios.*





# La importancia de la narración para los profesionales de la salud

**Ramón Ortega Lozano**

La formación técnica de los profesionales de la salud es fundamental. Nadie se pondría en las manos de un médico que no sepa patología, de un profesional de enfermería que no posea fundamentos de farmacología o de un fisioterapeuta que no domine la cinesiología. No obstante, también se considera que la formación de los profesionales sanitarios está incompleta si no cuentan con otro tipo de competencias que solemos llamar "relacionales" y, dentro de estas, se podrían resaltar las destrezas comunicativas que son, finalmente, las habilidades que le ayudarán a interrelacionarse de manera efectiva con el paciente. Cualquier persona que consulte un manual de comunicación dirigido a la relación clínica (y otras relaciones de ayuda) podrá apreciar la importancia que se le da a conceptos como el cuidado, la empatía, la aceptación incondicional, la compasión, etc., sin dejar de lado lo que supone al sanitario estar familiarizado con términos multidimensionales como son el sufrimiento, la salud, el dolor, la muerte.

17

En palabras de Edmund Pellegrino: "para curar a otra persona debemos comprender cómo la enfermedad lesiona su humanidad". No sólo para curarle, sino, de forma primordial, para cuidarle, tema central del que

versa este libro. Porque detrás de una patología hay siempre una persona en estado de fragilidad, un aspecto que nuestra cultura bioética<sup>1</sup> ha relegado a un plano marginal, pero que debemos seguir trayendo a la mesa de debate si queremos humanizar la salud. Albert Jovell, médico, escritor y enfermo, decía: “Yo ya acepto que no me van a curar, pero me costaría aceptar que no me van a cuidar”.

¿Qué pasaría, por tanto, si el profesional sanitario sólo pretendiera curar y dejara de lado el *cuidar*? ¿Se puede entender a las profesiones del sector salud sin conceptos clave como la *compasión*? ¿Tiene sentido hablar de un buen enfermero o fisioterapeuta si carecen de *empatía*? Preguntas que nos recuerdan aquella frase de José Letamendi: “el médico que sólo sabe de medicina, ni medicina sabe”. Los profesionales de la salud son personas a los que siempre se ha visto con admiración. De hecho, cuando alguno de estos profesionales cuida con empatía, compasión, ánimo y confianza, su actitud queda grabada en la memoria de sus pacientes. Pero esto no sucede igual con aquellos que simplemente atinaron en el diagnóstico o que supieron administrar la dosis adecuada del fármaco, sin avivar la relación clínica a partir de las cualidades arriba mencionadas.

18

---

<sup>1</sup> Es un concepto acuñado por el filósofo Antonio Casado y que consiste en ese grupo de expectativas y presunciones que tienen los usuarios sobre el trabajo que se desempeña en el ámbito sanitario. Es decir, la idea sobre el día a día de los profesionales de la salud que tienen los legos (persona sin formación profesional en la materia). Nuestra cultura bioética está influenciada por los libros que leemos, las películas que vemos o las series de televisión que seguimos. En este sentido la serie *Dr. House*, por citar un ejemplo, hace tener ideas erróneas sobre el mundo de la salud: desde que la función principal de los profesionales de la salud es curar patologías, hasta el hecho de que no importa el trato que se dé al paciente siempre que se le diagnostique de forma acertada y se siga una adecuada terapéutica.



La reflexión que aflora tras esta afirmación es saber cuál es la mejor manera de adquirir esas habilidades que hacen del sanitario una persona empática, con voluntad de cuidado o compasiva.

Para empezar, todos los conceptos de los que aquí se habla parecen escurridizos cuando se procura encontrar una definición que los explique. ¿Qué significa *cuidar*? ¿Cómo definir la *empatía* de manera satisfactoria? Se trata de una tarea difícil y, de hecho, estos términos se pueden catalogar como conceptos inefables, es decir, términos que rebasan nuestros límites del lenguaje. Ludwig Wittgenstein expresó en su libro *Tractatus lógico-philosophicus* que “lo que en cualquier caso puede decirse, puede decirse claramente” y lo que no es mejor callarlo. Con ello, este filósofo austriaco pretendía mostrar la existencia de unos límites del lenguaje que son, a su vez, los límites del conocimiento. Lo inefable, lo que excede los límites del lenguaje, se convierte a su vez en un objeto imposible de conocer.

19

De aquello de lo que se puede hablar, según Wittgenstein, es de las proposiciones de la ciencia natural (el conocimiento científico). Pero él mismo agregará en su prólogo: “[...] la segunda cosa de valor que hay en este trabajo consiste en mostrar cuán poco se ha conseguido una vez que estos problemas se han resuelto”. Y es que lo realmente importante en la vida de los seres humanos no son aquellas cosas de las que sí se puede hablar, sino conceptos como los arriba mencionados y a los que podríamos agregar cualquier otro de esencia metafísica (el amor, la justicia, la fe, la verdad).



Cuando uno quiere mostrar el significado de una cosa, puede apuntar a ella y, a través de esa definición ostensiva<sup>2</sup>, dar por zanjada la explicación. Así enseñamos a los niños, por ejemplo, los colores. No le decimos que el azul es un color, porque no habría diferencia entre el verde, el amarillo o el marrón. Así que apuntamos a un objeto azul y con el tiempo el niño aprende que estamos haciendo referencia al color y no a la textura o a la forma. Sin embargo, cuando se trata de objetos que no pertenecen al mundo físico (la empatía, la compasión o el amor), ¿hacia dónde se puede apuntar?

20

¿Cómo se puede enseñar la empatía? Si se vuelve al punto de partida sobre los límites del lenguaje, se llega a la encrucijada, anteriormente mencionada, de que el término empatía (o cuidado, sufrimiento...) parece que se escapa de las manos cuando se pretende encontrar su definición. Se puede intentar expresar a través de alguna convención, por ejemplo, que la empatía es ponerse en el lugar del otro. Sin embargo, aunque esta definición sea ampliamente asumida, ¿el hecho de conocerla convierte a la persona en alguien empático? Si se encuentra esta dificultad y se ha considerado que, en este caso, el conocimiento de estos conceptos es fundamental para los profesionales de la salud, ¿de qué manera se podría conseguir su asimilación? ¿Qué estrategia formativa podría servir?

---

<sup>2</sup> La definición ostensiva se basa en el postulado de San Agustín que entiende el lenguaje como un espejo de la realidad. Es decir, cada objeto extralingüístico (la cosa) tiene su objeto lingüístico (una palabra).



En los últimos años se ha intentado mostrar la importancia que tiene el papel de la literatura en el aprendizaje de ciertas disciplinas y el mundo de las ciencias de la salud no es la excepción. El esfuerzo de estos estudios trata de contrarrestar lo que Charles Percy Snow denominó la lucha de las dos culturas: ciencia y humanidades. Dos grandes ramas que ya a finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se han distanciado. Parece ser que el científico desprecia el conocimiento que brindan las humanidades como puede ser la literatura, el arte, etc. por considerarlo inútil, pero, a su vez, los humanistas carecen de conocimientos científicos. Percy pone el ejemplo de las críticas que hacen algunos literatos a científicos por no conocer clásicos de la literatura, pero cuando se les pregunta a estos temas relacionados con el conocimiento científico, como puede ser la Segunda Ley de la termodinámica, no saben qué contestar: “La respuesta fue fría y negativa. Sin embargo, yo estaba pidiendo algo que para los científicos sería equivalente a preguntar: «¿Has leído una obra de Shakespeare?»”

21

Este patrón también puede verse en las ciencias de la salud donde, a lo largo del siglo XX, se viene desarrollando una tendencia hacia la ciencia positiva en el ámbito de la salud. Como expresa Miguel Kottow, se enfatiza la práctica asistencial basada en la evidencia, como triunfo de la biomedicina. Sólo se valora aquella investigación cuya metodología sea cuantitativa y se apoye en la estadística. Sin embargo, con ello quedan marginadas a segundo orden las disciplinas sociales interesadas en el ámbito sanitario. Por ejemplo, la antropología de la salud, la psicología, la comunicación entre el profesional de la salud y el paciente.



Yendo todavía más lejos, los programas formativos apenas incorporan las humanidades médicas representadas por filosofía, historia, literatura y artes y, cuando lo hacen, se recomienda que no sean de carácter obligatorio.

22

No obstante, comienzan a escucharse voces que tratan de mostrar la importancia de estas disciplinas, en especial la literatura, en la educación de los profesionales de la salud. Este es el caso de Kottow que persigue mostrar que la literatura ayuda a acercarse al conocimiento tácito, un concepto de Michael Polanyi quien opina que las personas poseen un conocimiento que va más allá de lo expresable con palabras. Este tipo de conocimiento es explicado por Polanyi a través de su famoso ejemplo de aprender a mantener el equilibrio en una bicicleta. Esta habilidad no se adquiere a través del conocimiento explícito de reglas de la física como la velocidad, la aceleración, la influencia de la gravedad, etc., sino en el contexto de la práctica. Muchas de las competencias relacionales que el profesional de la salud debería adquirir son, según Kottow, una parte de conocimiento tácito. Para este autor gran parte del conocimiento relacionado con las humanidades en el ámbito sanitario conllevan una enseñanza formal y transmisión tácita.

En otras palabras, parte del contenido puede ser expresado y transmitido con sencillez, pero hay otra parte que no puede ser expresado, sino que tiene que ser compartido por quien lo posee a través de otras estrategias: "reemplazando la enseñanza de puramente expositiva, o al menos enriqueciéndola con espacios de reflexión, el método llamado "socrático", la deliberación, la tutoría."



Según este autor la literatura ayudaría a la transmisión de ese conocimiento tácito, sin embargo, no termina de decir la forma en que esta disciplina consigue la asimilación de este conocimiento inexpresable. Por esta razón, hay que volver a Wittgenstein para ver cómo la narrativa puede ayudar a los profesionales de la salud a adquirir ciertos conocimientos que le ayuden en su práctica clínica.

Aunque no existan muchas referencias en los textos filosóficos de Wittgenstein a la obra de Tolstoi, a partir de sus biógrafos y otros testimonios (como el caso de Malcolm) es conocida y poco discutible la influencia que tuvo el escritor ruso sobre el filósofo austriaco. En una carta Wittgenstein habla brevemente sobre *Resurrección*, uno de los libros de Tolstoi, que parece no gustarle. Según el filósofo austriaco esto se debe a que el escritor ruso parece pronunciarse abiertamente sobre algunas de sus ideas: "Una vez intenté leer *Resurrección*, pero no pude. Ya ves, cuando Tolstoi sólo cuenta una historia, me impresiona más que cuando se dirige al lector. Cuando le vuelve la espalda al lector, me parece más expresivo a mí."

23

A partir de esta frase puede interpretarse que lo que Wittgenstein está intentando explicar es que lo que le gusta de Tolstoi es su capacidad de mostrar. Esa es una de las reglas de oro del escritor: *mostrar*, no *decir*. Se puede decir que un personaje está triste, pero lo que hacen los grandes maestros de la literatura es mostrar esa tristeza a través de la descripción de la escena, el contexto, la atmósfera y las acciones que llevan a cabo o que rodean a dicho personaje.



Dejan que la historia fluya a través de las situaciones, sin que se tenga que explicar al lector lo que está sucediendo. Es muy probable que este principio de la narración es a lo que se refiere Wittgenstein con “dar la espalda al lector”. En *Resurrección* Tolstoi explica en lugar de llevar de la mano a sus lectores.

Se ha dicho que el apuntar hacia un objeto ayuda a conocerlo. Sin embargo, se ha argumentado que los conceptos inefables son “objetos” a los que no se puede apuntar. ¿Cómo salir de la encrucijada? La propuesta vendría de lo que Wittgenstein le dice a Malcolm, cual pequeña puerta que se abre para conseguir acercarse a estos términos. En otras palabras, si se asume que ese *mostrar*, que no es *decir*, es una forma de definición ostensiva, entonces podría concluirse que la narración se convierte en el elemento al que apuntar cuando se quiere conocer estos conceptos.

24

Por supuesto que una narración no va a decir lo que es la empatía, pero apunta a un personaje empático o a uno que carece de ella. Un texto literario no ayuda a conocer lo que es el cuidado, pero muestra un acto de cuidado. Una historia no define el amor o el sufrimiento, pero apunta a un acto de amor o a una vivencia de sufrimiento. Y con ello y las propias experiencias es posible conocer, si no de manera completa, sí una parte de lo que suponen estos conceptos.

Como se ha visto, el cuidado, la empatía, la compasión, el sufrimiento, la salud, el duelo y muchos otros conceptos que conforman el día a día de los profesionales de la salud tienen una esencia inefable. El hecho de que rebasen los límites del lenguaje supone





que rebasan los límites de conocimiento y de ahí la difícil tarea de poder transmitirlos. También se ha analizado que su importancia en la óptima labor del sanitario supone una atención que no debería soslayarse. En otras palabras, la formación del profesional de la salud queda incompleta si no son capaces de incorporar y transferir estas cualidades en su trabajo diario.

A través de estas líneas introductorias se ha intentado mostrar que la narración permite acercarse al conocimiento de estos conceptos a través de la caracterización o ejemplificación que se muestra en las historias o los personajes. Ese mostrar, como si se pudiera apuntar hacia el objeto que se intenta definir, permite un acercamiento a la comprensión y asimilación de los conceptos mencionados de manera más efectiva que cualquier tipo de definición.

25

Es muy típico el empleo del *roleplay* en la enseñanza de la empatía, la aceptación incondicional, etc., sin embargo, quizá se pueda comenzar a incorporar la narración (en sus diversos tipos como podría ser el audiovisual; cine o series) como una alternativa para acercarse a ellos.

Así que sólo queda abordar los textos que *Cuidar entre líneas* aquí presenta y dejarse sensibilizar por estas grandes historias.



## Cuidar entre líneas

Los relatos que aquí se presentan ayudan a acercarnos a muchos de estos conceptos, entre ellos, el más importante: el cuidado. Pero la aproximación al mundo del cuidado es diversa y en esa variedad radica también su esplendor. Por ello se ha decidido agrupar los relatos incluidos en este libro a partir de temas diferenciados, pero que giran en torno al mundo del cuidado que brindan los profesionales de enfermería y fisioterapia. En el apartado *El cuidado a través del arte* se podrá apreciar la importancia que puede tener una pieza musical en el cuidado de un paciente que está al final de la vida, como sucede en el relato *Un solo de piano* o de la música en general, como medio terapéutico en una residencia de ancianos tal como se muestra en *El sonido de la memoria*.

26

La sensibilidad que se consigue gracias a la literatura se hace patente en los cuidados que una enfermera da a un paciente infantil en la unidad de oncología en *La última cabalgata de Atreyu*. Relacionado con las artes escénicas tenemos *Arriba el telón* un texto con el que se puede conocer el impacto emocional que tiene una representación teatral en una paciente con Alzheimer. El arte, finalmente, en estos relatos parece más significativo para el paciente que cualquier terapia o fármaco.

En *Cuidar sin fronteras* se agrupan una serie de relatos que tienen como centro de unión la competencia intercultural que deben tener los profesionales de la salud para brindar una atención holística. No sólo cuando el sanitario decide salir de sus fronteras para llevar sus cuidados ahí donde se necesitan, también porque vivimos en sociedades cada vez más multiculturales.



El texto que abre esta sección, *La odisea de Abdelhalek*, ayuda a reflexionar sobre el estigma que a veces padecen algunos colectivos pertenecientes a otras culturas. Abdelhalek es un chico musulmán que recibe atención en un centro de salud mental y debido a ciertos acontecimientos llegará a ser presa del prejuicio y los estereotipos llegando a confundirle con un yihadista.

Otra historia cuyo contexto es la inmigración es *Los ángeles también sueñan* que tiene como trasfondo el cuidado a personas que, por vivir fuera de su país de origen, ven acrecentada la vulnerabilidad que de por sí ya conlleva la enfermedad. Textos que nos recuerdan que la atención sanitaria debe brindarse a todos por igual, sin importar su procedencia.

También se recogen aquí textos que muestran la solidaridad que tienen algunos profesionales de la salud que deciden dejar las comodidades del primer mundo para ir a países pobres y colaborar de manera activa en uno de los mayores males de nuestro tiempo: la injusticia global.

Mientras que existen personas que luchan por delimitar y proteger mejor las fronteras, existe gente loable que sale a intentar ayudar a personas en otras partes del mundo. Historias que acontecen en Goma, República del Congo como en *Todas las flores de mayo*, en Lagos, Nigeria como *El otro José* o en la pequeña localidad de Diofior en Senegal en *Colores de África* y que hablan de un cuidado que trasciende fronteras.



El tercer apartado se llama *Cuidar la esperanza* y en él se hallan narraciones emotivas que muestran el papel crucial de los profesionales de la salud cuando la adversidad sobreviene. Porque la muerte y la enfermedad de los seres queridos son una dura prueba para pacientes y familiares. Tanto *De cómo conocí a Soledad Paipay*, como *Patricia* profundizan en el proceso de resiliencia tan necesario cuando parece que la vida pierde su sentido, pues ¿qué prueba más dura puede existir que la que conlleva la enfermedad o la pérdida de un hijo? Sin embargo, a veces son los objetivos por los que se ha luchado toda la vida los que pueden verse trastornados por la enfermedad o los accidentes. *Esther* cuenta una de estas historias; una deportista que ve obstaculizada su carrera profesional, pero que gracias al apoyo de los profesionales que la tratan consigue nuevos éxitos. *El abrazo de Nico* narra las experiencias de una niña que tiene un compañero cuya madre está al final de su vida y entre ella y su madre enfermera le acogen en su sufrimiento. En *Tres vueltas de campana* se aborda el papel de los profesionales de la salud en un cuidado que trasciende el ámbito terapéutico, cuando el cuidado puede convertirse en amor y el amor en cuidado. Todos estos relatos nos demuestran que lo que importa no es la vida biológica, sino la biográfica.

La cuarta temática versa sobre el *Cuidado del otro* a partir de muchas de las dimensiones que arriba se han tratado. La sensibilidad, por ejemplo, para leer entre líneas y ayudar al paciente en otros ámbitos que van más lejos de la razón por la que han acudido a un determinado profesional sanitario. Esto sucede en *En la geografía del cuerpo* donde la enfermera detecta un caso



de violencia de género, brindando así un apoyo mucho más significativo que los cuidados básicos como suturas, vendajes o curas. Detrás de *Una noche entre gigantes* se esconde la importancia que tiene el humor ético para ganar la confianza de paciente. Por otro lado, el papel de la empatía como un elemento clave que se ha abordado a lo largo de esta introducción se encuentra latente en los relatos *Palabras de un reloj*, que narra la historia de una persona que ha recibido graves quemaduras y *Diario de un Osteosarcoma* donde una joven sufre una dura prueba; la definitiva. Para terminar la sección el relato *Acompáñame hasta el final* cuenta una historia que nos muestra la importancia de los cuidados al final de la vida.

Como se ha mencionado, las competencias de las que se ha hablado en esta introducción tienen que ser adquiridas por los profesionales de la salud, de ahí que el último apartado se llame *Aprender a cuidar*. Curiosamente todos los relatos que aquí aparecen han sido escritos por estudiantes de enfermería y fisioterapia, lo cual puede indicar la sensibilización que tenían hacia estos temas ya en su proceso formativo. En esta sección se pueden encontrar los relatos: *Dos pijamas*, *Enfermera del mundo y para el mundo*, *Me encontré con Guillain Barré* y *Gracias*.



## Bibliografía elemental

- ACERO, Juan José (1999): "Wittgenstein, la definición ostensiva y los límites del lenguaje", *Teorema*, vol. XVIII/2, pp. 5-17.
- CASADO, A., SABORIDO, C. (2010): "Cultura bioética y conceptos de enfermedad: el caso House", *Isegoría*, no. 42, 279-295.
- CHÉJOV, A. (2005): *Consejos a un escritor*. Madrid: Fuentetaja.
- GALINDO GORDILLO, Fernando (2004): Wittgenstein, Tolstoi y <<El Evangelio en breve>>, *Saga: Revista de estudiantes de filosofía*, vol. 5, 9, pp. 9-16.
- GOODMAN, C.P. (2003): The tacit dimension. *Polanyiana*, vol. 2, no 1, pp. 133-157.
- KOTTOW, M. (2014): Humanidades médicas: ¿Decorativas o substantivas? El caso de literatura y medicina. *Revista Brasileira de Educação Médica*. Vol. 38, no.3 pp. 293-298.
- PELLEGRINO E.D. (1984): The humanities in medical education: Entering the post-evangelical era. *Theoretical Medicine*. 5, pp. 253-266
- SNOW, C.P. (1990): The two cultures. *Leonardo*, Vol. 23, No. 2/3, pp. 169-173.
- WITTGENSTEIN, L. (1988): *Investigaciones filosóficas*. México: Editorial Crítica.
- WITTGENSTEIN, L. (2003): *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Editorial Tecnos.



## **Historia del Certamen de Relatos Breves "San Juan de Dios"**

**Julio Vielva Asejo**

Es para mí un placer contar la historia de este querido Certamen de Relatos San Juan de Dios, respondiendo así con sumo gusto a la petición que se me ha hecho en ese sentido con motivo de la vigésima edición de dicho certamen. He de reconocer también que lo hago con cierto pudor, porque me veo obligado a escribir en primera persona y no podré evitar incluir algunas referencias a mi propia vida.

31

Para situar su origen hemos de remontarnos unos cuantos años, pues fue en 1984 cuando se convocó por primera vez. Han transcurrido, por tanto, no veinte, sino 34 años, lo que ya nos sugiere que el certamen, siendo anual y estando en su vigésima edición, ha sufrido alguna interrupción. Trataré de explicar sus vicisitudes.

En el verano del año 1983 se me encomendó la dirección de la Escuela de Enfermería y Fisioterapia del Hospital San Rafael, en la que se venían impartiendo ambas titulaciones: enfermería, desde el curso 1957-8; y fisioterapia, desde el curso 1960-61. En ese momento esta "Escuela" era propiamente una Unidad Docente de la Escuela de Enfermería de la Universidad Complutense (fórmula de integración que se había adoptado al pasar los estudios de enfermería a diplomatura universitaria

pocos años antes). Los estudios de fisioterapia que hasta entonces se habían impartido constituían una especialidad de la enfermería de dos años académicos de duración. Pero en 1983, extinguidos ya estos estudios como especialidad y no habiendo iniciado todavía la fisioterapia su andadura como la titulación que sería luego, dejó de haber estudiantes de fisioterapia en la Escuela de San Rafael .

Esa es la situación histórica que se ha de tomar en cuenta para comprender por qué, en sus inicios, el certamen se dirigía únicamente a enfermería: sencillamente era la única titulación que entonces se impartía en la Escuela.

32

No sé si recuerdo, o más bien intuyo, los motivos que me llevaron a convocar el certamen. Desde luego, no conocía ningún precedente, y no creo que lo hubiera. Supongo que, como suele ocurrir, influyeron diversos factores. Es verdad que conocía la existencia de médicos escritores y me interesaba la tradición de la medicina humanística. Hay que tener en cuenta también que yo acababa de concluir en la Universidad Comillas la carrera de filosofía, con un componente humanístico relevante, donde había visto fomentado mi interés, entre otras cosas, por los valores éticos y también por la literatura. Mi propia experiencia como enfermero debió de contar también puesto que, sin ser muy amplia, sí me permitía tener una idea de lo que esa profesión representa en cuanto al acercamiento a las personas necesitadas. Desde luego, a quien sí conocía era a San Juan de Dios, y me sentía muy cerca de su sensibilidad ante las necesidades ajenas y de su manera de atender a las personas vulnerables. Me impulsaba además el intento de fomentar esa





sensibilidad entre estudiantes y profesionales, sobre todo en la misma Escuela del Hospital San Rafael, y de esa forma dotarla de algún rasgo distintivo coherente con los valores de la Institución que gestionaba.

En resumen, supongo que me movió a promover este certamen la misma idea que hoy lo sigue impulsando, a saber, la convicción de que los profesionales de la salud tienen ricas experiencias que compartir y que sus narraciones pueden ser el mejor vehículo para expresar las dimensiones más profundamente humanas del cuidado.

Una vez concebida la idea, llevarla a cabo no resultó difícil, gracias a la buena acogida que tuvo entre los responsables del Hospital, que entonces era la entidad que gestionaba la Escuela. Imagino que debí contar con la aprobación del Superior-Gerente y quizás del Administrador, dado que la iniciativa implicaba algunos gastos, pero estos no eran tan importantes como para necesitar elevar la propuesta a otros órganos de gobierno. Dentro de la Escuela no había instancias a las que acudir, pues yo era el único docente con dedicación y al tiempo representaba el único órgano directivo. El hecho es que en 1984 lanzamos la convocatoria y arrancaba así la historia de este certamen.

Me parece que cabe distinguir en esa historia tres etapas. La primera es la que, a partir de la citada fecha de inicio, queda comprendida dentro del primer período (1983-1986) en que fui director de la Escuela (o para ser más precisos, por lo que ha quedado explicado, director técnico de la Unidad Docente). El certamen discurría paralelamente al curso académico: se convocaba al inicio



de éste, en otoño, y los premios se entregaban en junio, en el acto académico de clausura del curso. Así se hizo en los cursos 1984-85 y 1985-86. Cabe señalar que en esta primera etapa el certamen recibió el nombre de **"Concurso de relatos breves sobre enfermería y valores humanos"**.

34

Sin emplear muchos medios, desde el principio fue notable el éxito en la participación, tanto en cantidad como en calidad. Dicen las crónicas de la época que en la primera edición se recibieron 50 relatos, un dato alentador. En el jurado de esa primera edición, reunido el día 18 de junio de 1985, me acompañaron D<sup>a</sup> Victoria Gallego Rivas y D<sup>a</sup> Dolores Millán López, enfermeras del Hospital San Rafael, D. Ricardo Rodríguez López, Jefe del Gabinete de Prensa del mismo hospital, y D. Miguel Martín Rodrigo OH, miembro del comité de redacción de la revista Labor Hospitalaria, actuando como secretaria D<sup>a</sup> Paloma González Castillo, secretaria de la Escuela. Los premios se entregaron el día 28 de junio en el acto de clausura del curso 1984-1985, presidido por el Superior de la Provincia de Castilla de la Orden Hospitalaria, Hno. Adriano Yugueros OH y con la presencia del Presidente del Colegio de Enfermería de Madrid, D. Adolfo Casajús.

El relato ganador de aquel primer año, titulado *Gineceo* y escrito por una matrona, Dolores Juan Merino, está incluido en el libro publicado en 2010 recogiendo los mejores hasta entonces recibidos, y sigue destacando por su fuerza poética y su poder de evocar el trabajo de la matrona y las vivencias en torno a la vida humana naciente.



Está dedicado “a una matrona que perdió la vida durante un bombardeo en Madrid, junto a una parturienta y a su recién nacido”.

Durante el curso siguiente se llevó a cabo la segunda edición del certamen, cuyo acto de entrega de premios tuvo lugar el 27 de junio de 1986. Pero al dejar yo el puesto en el verano de ese año, mi sucesor en el cargo de director técnico de la Escuela no volvió a convocar el certamen, de manera que ahí acaba esta primera y breve etapa de su historia. Esos dos años constituyen — podríamos considerarlo así por lo que luego explicaré la “prehistoria” del certamen, que tras ellos quedó interrumpido provisionalmente.

La segunda etapa (y con ella la historia propiamente dicha, si queremos entenderlo así) comienza una década después. En 1995 mi trayectoria personal vuelve a encontrarse con la de la Escuela, y en ella encuentro un clima adecuado para retomar el certamen. En septiembre de ese año se me nombra director técnico de la que en esos momentos es una Unidad Docente de la Escuela Universitaria de Enfermería y Fisioterapia San Juan de Dios —integrada en la Universidad Comillas— donde se imparten las diplomaturas de enfermería y fisioterapia (es decir, se ha vuelto a impartir esta última ya convertida en diplomatura independiente).

Durante los primeros meses del curso 1995-96 propongo la idea de retomar el certamen a la Junta de Unidad (que ahora es el órgano de gobierno colegiado), donde es acogida con interés y se aprueba hacer la primera convocatoria a principios del año 1996 para entregar los premios al final del año natural, en los



últimos días lectivos antes de la Navidad. De la misma forma se haría en las trece ediciones que dura esta etapa (de 1996 a 2008, ambos inclusive).

El certamen se abre ahora a fisioterapia y cambia de nombre. Por otro lado, la Escuela está integrada en otra universidad (Comillas) y está gestionada, no ya por el hospital San Rafael, sino por la Fundación Juan Ciudad. Habían transcurrido, además, 10 años desde la última edición. Aunque las bases seguían siendo, por lo demás, sustancialmente las mismas, se estimó en aquel momento que esos cambios justificaban considerarlo como nuevo certamen, iniciándose por ello una nueva serie en la numeración de las ediciones, de manera que al de 1996 se le denominó "I Certamen de Relatos Breves San Juan de Dios".

36

Otra novedad de esta etapa es que se incluye en las bases una categoría para estudiantes. A este premio especial de estudiantes se le dio, desde el año 2004, el nombre de Sara Centenera en homenaje a la alumna que resultó víctima de los horribles atentados del 11 de marzo de ese año en Madrid cuando acudía a la Escuela, donde estudiaba primero de fisioterapia.

Finaliza esta etapa en 2008. En diciembre de ese año se entregan los premios de la decimotercera edición, pero no se convoca el certamen para el año siguiente, pues ese curso 2008-2009 es el último en que la Unidad de San Rafael pertenece a la Escuela de Enfermería San Juan de Dios, quedando momentáneamente sin alumnos y sin actividad docente alguna.



A partir de ahí se empieza a gestar un nuevo proyecto que culminará con la creación del Centro Universitario San Rafael, adscrito a la Universidad Nebrija, en el que se sitúa la tercera etapa de nuestra historia. Su actividad docente comienza en el curso 2010-2011 con la puesta en marcha del primer curso de las dos titulaciones, enfermería y fisioterapia, convertidas ahora, gracias a una reciente reforma legal, en grados universitarios de cuatro años. Pero se espera a tener un cierto volumen de actividad docente para lanzar de nuevo el certamen, lo que se hace en la primavera del año 2012. El 5 de marzo de ese año se celebró en el salón de actos del recién estrenado edificio docente un acto en el que se anunciaba la nueva convocatoria, que sería la decimocuarta, pues en este caso se decide numerar las ediciones continuando la serie de la etapa anterior.

37

Se opta, ahora sí, por celebrar el acto de entrega de premios en alguna fecha próxima a la fiesta de San Juan de Dios; de manera que cada año desde entonces se anuncia una nueva edición del certamen en primavera y en los primeros días de marzo del año siguiente se entregan los premios.

Es imposible recopilar toda la riqueza humana expresada en los cientos de relatos que hemos recibido a lo largo de todos estos años. Si estamos en la vigésima edición y la media de relatos por año es de unos 60, no resulta difícil hacer un cálculo aproximado. Leerlos ha sido una experiencia sumamente satisfactoria, como lo ha sido también comprobar la aceptación del certamen. Juzgarlos y decidir los premios no ha sido fácil algunas veces, pero en el jurado hemos aplicado un procedimiento, consolidado ya con el tiempo, que



no sólo nos ha permitido decidir en general con un alto grado de acuerdo, sino que también nos ha parecido muy válido para deliberar y zanjar los desacuerdos.

Ha sido igualmente satisfactorio ver cómo llegaban relatos de todas partes de España, y a veces del extranjero, y comprobar cómo los ganadores sintonizaban con el espíritu del certamen y venían encantados a recoger sus premios desde Granada, Las Palmas, Albacete, A Coruña o Pamplona, por mencionar sólo algunos de los destinos de los premios. Alguno de los autores ha repetido premio en más de una ocasión. Es el caso de Cristina Valiño, enfermera de A Coruña, quien ha sabido mezclar perfectamente sensibilidad y humor en sus relatos; o Juan A. López Segura, fisioterapeuta de Barcelona, quien, informado de la última reanudación/recuperación del certamen, se dirige a los organizadores diciendo que quiere darnos “las gracias por seguir apoyando y promocionando la creatividad y la emoción en estas disciplinas profesionales”. Igualmente Patricia Latorre, enfermera de Madrid, quien en carta personal me expresaba al mismo tiempo su gratitud por el certamen y su motivación para participar de esta manera: “Veo y vivo cómo cada uno de mis compañeros enfermeros y auxiliares cruza literalmente su vida con la de las personas que cuidamos. Sus alegrías, pesares, dolores y esperanzas son, sin duda, los nuestros. Eso hace de nuestro trabajo un derroche continuo de corazón y humanidad... y necesito que se sepa”.

El certamen ve culminado su sentido mediante la difusión de los relatos premiados, pues pretende lograr su objetivo de sensibilización, no sólo estimulando la observación y la creación en quien los escribe,



sino también accediendo a experiencias ajenas enriquecedoras por parte de quien los lee. Entre los años 2001 y 2008, la propia Escuela publicó anualmente los relatos premiados en un pequeño folleto. Y en la etapa actual se dan a conocer a través de la página web del Centro Universitario San Rafael-Nebrija. Un primer libro recogiendo una selección de relatos premiados hasta 2008 se publicó en 2010 y forma ya parte de la historia del certamen. Un segundo libro es el que incluye este texto, que ya termino, donde pretendía resumir esa misma historia pero quizás haya acabado por ofrecer más bien un testimonio personal.

No puedo concluir sin agradecer la colaboración de todas las personas que han hecho posible la trayectoria del certamen: sobre todo, los miembros del jurado, el personal del Centro, los propios autores y las instituciones que han colaborado (lo siguen haciendo el Hospital San Rafael y la Fundación San Juan de Dios).

39

Celebro que el certamen, con todas su peripecias, haya llegado hasta aquí, y le deseo una larga vida en el futuro.







## El cuidado a través del arte





# Un solo para piano

**José López Blázquez**

*Primer premio: "Premio Fundación San Juan de Dios"  
de la edición XIX (2017).*

Mi primer trabajo fue en un servicio de urgencias, un lugar demasiado grande para alguien inexperto e ignorante de la realidad como era yo. Me las daba de héroe anónimo, ansioso de vivir situaciones extremas con las que poder fanfarronear fuera del hospital. Sentía como si el mundo entero tuviera que extender alfombras a mi paso. Cada turno no era más que un conjunto de horas en las que mantenerme alerta; preparado para salvar y preservar la vida a toda costa, eso era lo complicado, el reto de cada día. Consideraba la muerte como algo sencillo, no requería monitorización, control de respiradores, manejo de bombas de amins, técnicas invasivas... La muerte era lo fácil pues no te exigía, o eso pensaba yo.

43

Aquella noche aprendería que la muerte es compleja, un proceso difícil de resolver pues jamás existirán guías para ello. Comprendería que es caprichosa y en ocasiones impone normas no escritas; y es demandante, pues solicita cuidados que van más allá de cualquier disciplina.

El turno dio comienzo a las diez en punto de un miércoles como otro cualquiera. Las primeras horas se habían visto envueltas en un caos ya familiar: pacientes acumulados de la tarde, camillas ocupando pasillos, voces

que se elevaban en quejas por el tiempo de espera... nada nuevo. Cuando el caos se notó cansado de jugarrear por la urgencia, las manecillas de los relojes marcaban las tres de la madrugada. Nada define mejor ese momento como el famoso refrán castellano que dice: «después de la tempestad, llega la calma». Aquellos pacientes con ingreso cursado tenían habitación asignada, la sala de espera albergaba a dos personas pendientes de resultados y en la zona de camas descansaban tres ancianos que, por ser tarde, se decidió no dar de alta hasta la mañana siguiente. Verdaderamente la calma había llegado y planeaba sobre el servicio.

44

Mientras que un grupo cedía al embrujo del sueño en una danza de cabezazos descoordinada y muda, el resto nos veíamos inmersos en una conversación intrascendente, que en su desarrollo, iba perdiendo sentido hasta limitarnos a emitir frases sueltas con las que generar una carcajada que nos mantuviera despiertos.

Recuerdo que en el momento en que todo comenzó, nos reíamos de la danza de cabezazos pues había pasado de ser muda, a tener una melodía "gutural"; un compañero se había quedado en una postura que le generaba un ronquido verdaderamente extraño y gracioso. Estábamos atrapados en un círculo vicioso de risas y ronquidos, cuando sin aviso previo sonó un timbre, un sonido rechinante que tiene la habilidad de parar el tiempo y acelerarlo a la vez, un sonido que lo cambia todo. Los cabezazos se transformaron en cuellos rígidos con los ojos abiertos, las carcajadas pasaron a ser silencios y la calma que planeaba sobre nosotros alzó el vuelo asustada. Como el gladiador que distraído en la arena escucha de golpe el rugir del león, así me sentía,



paralizado por el miedo e intoxicado por la adrenalina a la vez; era el momento de salvar una vida.

Nos traían a un varón de 71 años, de nombre Andrés, el cual había sido encontrado inconsciente y con dificultad respiratoria en un pasillo de la residencia en donde vivía. Llegó en una UVI móvil, intubado y estable dentro de la gravedad. A parte de cambiar al paciente a nuestra camilla y nuestro respirador, poco más hicimos pues fue directo al servicio de rayos para la realización de un TAC urgente.

Lo acompañaba la auxiliar de enfermería que lo había encontrado en el suelo. La observé sentada en la puerta de urgencias pensativa, con lágrimas silenciosas, esperando una noticia que quizá ya sabía. Si de algo me siento orgulloso, es de que contrariamente a la actitud inmadura que demostraba en general, fui capaz de ver su tristeza y me acerqué a hablar con ella.

—Hola, ¿es usted la acompañante del caballero que ha traído la UVI? —conocía bien la respuesta pero fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

—Sí —levantó la cabeza para responderme y pude ver que llevaba la identificación de su centro puesta. Se llamaba Carolina.

—Si tiene que volver a la residencia nos puede dejar el número de teléfono de algún familiar y le avisaremos en cuanto sepamos algo.

—Don Andrés no tiene familia.

—¿No tiene familia? ¿Ningún hermano o sobrinos?

—No, está solo.



Pese a que me estaba poniendo un poco nervioso la conversación por lo monótono y escueto de sus respuestas, el hecho de que Andrés no tuviera a nadie me llamó la atención y quise saber más sobre su historia.

—Si no tiene a nadie, ¿cómo entró en la residencia? ¿Quién costea su estancia o controla sus visitas médicas, gestiones y todas esas cosas?

—Todo se lo controla él, es válido para todo. Vivía con una sobrina que falleció en un accidente y antes que verse solo, decidió vender todo. Con el dinero y su pensión le da de sobra para estar interno, además, se saca sus propinas de los otros residentes cada vez que nos da sus conciertos de piano.

46 —¿Conciertos de piano? —realmente me gustó la imagen mental que se me vino en ese momento.

—Sí, Don Andrés es un virtuoso. Vendió todo menos su piano y consiguió que la directora del centro le permitiera traerlo y colocarlo en la sala de juegos, todos los jueves tenemos concierto —fue la primera vez en toda la conversación que noté algún tipo de emoción en su discurso; la primera vez que esbozó una sonrisa.

Justo cuando empezaba a sentirme cómodo con ella, un compañero vino a buscarme para que pasara dentro, tenía una llamada. Al otro lado del teléfono escuché al intensivista solicitando un hueco tranquilo para traer a Andrés. El TAC era claro, hemorragia cerebral masiva.

“Vamos a aplicar medidas de confort, le vamos a extubar, dejamos pasar a los acompañantes y con la afectación que tiene será cuestión de minutos”, estas fueron las palabras del intensivista cuando llegó del TAC. Él solo veía progresar la hemorragia, pero algo más



que un manto de sangre se extendía sobre Andrés, algo poderoso que superaba a lo físico y que necesitaría más que cuidados y fármacos para permitir que todo acabase.

Pasaron dos horas, Andrés seguía en el mismo estado en que quedó tras extubarlo. Durante todo ese tiempo su cuerpo se mantuvo tenso, con respiraciones “inquietas”, rápidas, alejadas de lo que serían respiraciones agónicas. No existía ninguna respuesta a ningún tipo de estímulo pero era evidente que no estaba bien, estaba sufriendo. Administré toda la medicación paliativa pautaada, ajustamos las almohadas, le perfumamos. Le hablaba Carolina, le hablábamos nosotros, solicité nueva valoración médica, nada; hiciera lo que hiciera no era suficiente y Andrés seguía igual.

La situación comenzó a ser el único tema de conversación en la urgencia. Las opiniones eran diversas pero al final se generaron dos equipos claramente diferenciados: los pro-aumento de la medicación y los anti-aumento de la medicación. En esos momentos me sentía ridículo. Analizaba en bucle el pensamiento que tuve cuando el intensivista me comentó el plan a seguir: “bueno, aquí está tranquilito, dejamos las sábanas bien colocadas y listo”. ¿Cómo pude pensar algo así? A día de hoy he conseguido perdonarme aquello, pero no quiero olvidarlo.

Entraba y salía del *box*, nada cambiaba. Me obsesioné con las almohadas, esta es dura, esta es blanda, esta huele raro... Estaba empezando a perder el norte. La agonía de Andrés me parasitaba y me notaba enfermo, impotente. Llegué a vislumbrar un velo oscuro y translúcido flotando a escasos centímetros de la cama; fue algo inconsciente, pero reconozco que intenté agarrarlo. Tuvo que



preocupar mucho a la gente el verme cerrar los dedos para atrapar el aire, pues escuché como alguien decía, “sácale de ahí, anda”. Acto seguido, una compañera me agarró del brazo y me dijo que la acompañara a por medicación a farmacia.

—Tienes que calmarte un poco, te quedan muchos años por delante y mucha gente que ver morir, —mi compañera era de la edad de mi madre y de repente sentí que me hablaba como si fuera un crío; en el momento me sentó mal, hoy lo agradezco.

—Sí, bueno, pero en urgencias las cosas no son así, la gente muere y punto, es ley de vida. Para pasar una agonía que cursen un ingreso —¿Qué se me pasaba por la cabeza?

48

—La agonía también es tu trabajo, te guste o no. Se merece la misma profesionalidad que demuestras cuando manejas los cables y las maquinillas.

—¡Pero si estoy haciendo de todo! Se me ocurren más cosas por hacer claro, pero son ilegales.

—¡No digas burradas! No se puede hacer más, asúmelo. La muerte es desconocida. Solo conocemos lo que vemos, pero esto va más allá de medicamentos y almohadas. Puede que tu paciente esté esperando a alguien.

—No tiene familia, está solo. La auxiliar de la residencia ha venido con él porque por lo visto es muy querido allí.

—Bueno pues si no espera a alguien, quizá espere algo, pero no hay manera de que lo sepas. Tú sigue trabajando bien y no permitas que te note así, no le ayudas.





Cuando regresé de farmacia, Carolina se encontraba junto a Andrés cogiéndole de las manos. Me miró y pude ver su expresión, era de cariño y preocupación al mismo tiempo.

—Lo vamos a echar mucho de menos, va a ser duro no escucharle tocar cada jueves.

No sé muy bien por que hice lo que hice; surgió de alguna parte de mi mente más allá de lo racional y quizá, ahí esté la clave de todo lo que sucedió, en la irracionalidad, en dejarme llevar por algo superior a “lo que se debe hacer”.

Desbloqueé mi móvil, abrí una aplicación de reproducción de música e introduje la búsqueda “solo de piano”. La primera pista que apareció fue *Nocturne Op. 9, No. 2 de Chopin*. Sin pensármelo dos veces, apoyé el teléfono sobre la almohada y le di a reproducir. La pieza resultó ser perfecta, melancólica, pero con matices alegres. Inició con notas sutiles que pude ver salir del altavoz y dirigirse hacia el cuerpo de Andrés, acariciándolo, desgarrando esmeradamente el velo que lo cubría desde hacía horas. La melodía avanzaba cambiante a la par que fluida, cada vez más rica en detalles. Podía percibir cada ornamento, cada enlace generando remolinos que recogían los trozos deshechos del velo y los hacían desaparecer. Advertía el vaivén de las figuras musicales que alternaban entre rápidas y lentas simulando pequeñas olas que mecían a mi paciente, relajado, respirando cada vez más despacio pero sin esfuerzo ninguno.



Cuando la canción tocaba su fin, la composición ascendió jugando con golpes fuertes y apasionados. En aquel momento vi como Andrés inspiraba profundamente. Sin duda conocía esta pieza, pues cogió todo el aire que pudo para disfrutar de un último compás. Le notaba embriagado de toda la emoción contenida en ese intenso pasaje y entonces, un conjunto de notas agudas y ágiles, como peces saltando en el mar de pentagramas en que flotaba, lo hicieron estremecer y soltar su último aliento, plácido, sereno, impregnado de la calma que acompañaba a los últimos acordes que sonaron.

50

No quería alterar aquella magia, no me atrevía a hablar, ni siquiera a moverme, tampoco me apetecía. Fue Carolina la que rompió el silencio y tuvo la valentía de preguntar lo evidente.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó con cierto tono de vergüenza.

—¿Qué hora es? —me miró con una expresión de confusión absoluta.

—Las seis de la mañana. ¿Por qué?

—Ya es jueves —se me escapó una sonrisa que contagió a Carolina—... hoy tocaba actuación.

En ocasiones, la muerte no demanda más que el último deseo que ya no puede expresar aquel que muere. Concede un tiempo extra para conseguirlo pues se convierte en su capricho, como quien espera la llegada de un hijo o quien quiere sentir el calor del sol una última vez. Andrés deseó una última canción, la muerte se antojó de su deseo y yo... puse el piano.



## La última cabalgada de Atreyu

**Alberto Puyana**

*Segundo premio: "Premio Hospital San Rafael"  
de la edición XVII (2015).*

Mario juguetea con las blancas sábanas entre sus dedos mientras sus pensamientos brincan de ensoñaciones infantiles a recuerdos de patio de colegio junto a sus compañeros de clase.

Hace tiempo que cambió su sobrio uniforme de los Salesianos por un espartano pijama celeste con el anagrama del hospital donde lleva ya ingresado dos meses. También sus cabellos han desaparecido por completo con el paso de los días.

La luz que se filtra por el escueto espacio de la ventana de aluminio, apenas le permite vislumbrar fuera el acompasado movimiento de la copa de un árbol — ya desnudo de hojas— y un cielo ceniciento surcado a gran velocidad por solitarias nubes negras que anuncian tormenta.

El televisor lleva encendido sin descanso desde el mismo momento en que se enfundó el pijama el día de su ingreso, y tan sólo ha experimentado cambios en el volumen del aparato; de día, alegre... a ratos, estridente. De noche, susurrante como brisa marina.

A un lado, la bandeja donde le han servido el almuerzo aún conserva un plato sobre el que descansa un filete de pollo y unas patatas fritas que ni siquiera ha probado. Tan solo las paredes del vaso de plástico, translúcidos por la espesa película que ha dejado su contenido, refieren que Mario ha tenido por comida un simple trago de zumo de melocotón.

Siente en sus orificios nasales la incómoda presencia de unas gafas de oxígeno que ventean hacia sus fosas de continuo con el burbujeo impenitente del humidificador, que si bien era un sonido molesto en un principio, ahora se ha convertido en una nana que acuna a Mario a todas horas.

52

En su brazo izquierdo, un apósito y un vendaje recuerdan que está recibiendo tratamiento intravenoso a través de una bomba de perfusión que a veces emite sonidos y alarmas capaces de transportar a Mario con su desbordante imaginación, hasta el puente de mando de alguna nave espacial que explora galaxias lejanas.

Fuera de esta desgarrada visión, en la frontera que marcan los pies de la cama, reside la calma de Mario: su madre a un flanco, que no se ha movido ni un solo segundo de su lado... ni tan siquiera aquellos días en que Mario ha despertado en mitad de la noche acuciado por horribles pesadillas.

Permanece sentada en la misma silla, sonriendo con una mezcla de tristeza, cansancio y esperanza en el rostro, como quien barrunta lo peor, pero se niega a mostrarlo a las claras.



Al otro lado de la cama, una chica más joven ojea un libro que apoya en el regazo y, de vez en cuando, acomoda un mechón rebelde de sus cabellos tras un oído o empuja con delicadeza las gafas metálicas de color rojo brillante que se deslizan por el puente de su nariz hacia abajo. Es una enfermera que la familia de Mario ha contratado para sus cuidados en estos delicados momentos.

Terminó la carrera hace poco tiempo, pero el paro profesional originado por la crisis económica que azota el país la han obligado a publicitarse a través de cuartillas pegadas con papel celo en farolas y en las marquesinas de paradas de autobús.

«Enfermera titulada se ofrece para cuidado de pacientes hospitalizados» reza su anuncio, que pugna con los de fontaneros, electricistas y compradores de oro por captar la atención de los viandantes, a fuerza de colores vivos o tipografías de letras llamativas.

53

Cuando la familia de Mario se puso en contacto con ella, no dudó un instante en aceptar. Cualquier tipo de trabajo que le permita pagarse el alquiler es bienvenido, y ya el grifo económico de papá y mamá hace tiempo que se cerró por la misma crisis que la empujan a anunciar sus servicios profesionales.

Cuidar niños, por otra parte, siempre se le dio bien. Y Mario, para qué engañarse, es una criatura excepcional, adorable y lleno de magia a pesar de su dolencia.

—¿Qué lees, Jimena? —pregunta curioso, tratando de discernir a través de sus intensos ojos azules la portada del libro que sostiene la enfermera en sus manos. Ella lo cierra y lo mantiene en alto unos segundos para que Mario pueda leer el título escrito con letras de hermoso trazo.



—«La historia interminable». Es la historia de un niño como tú... más o menos de tu edad, que se convierte en un héroe en el mundo de Fantasía.

—Jo... suena muy diver.

—¡Y lo es! —responde Jimena asomando una luminosa sonrisa a sus labios.

—Mami... qué suerte hemos tenido trayendo a Jimena para cuidarme, ¿verdad?

La madre de Mario sonríe y deja escapar de manera inconsciente un par de lágrimas que surcan sus mejillas hasta el mentón, manteniendo un precario equilibrio durante unos segundos, hasta que se precipitan al suelo. El niño no se percata del llanto de su madre... o al menos no lo demuestra. No le gusta verla llorar y, en cierta forma, se siente responsable directo de su dolor.

54

Jimena alarga una mano y la apoya con suavidad sobre una de las piernas de Mario para llamar su atención.

—Si te parece, puedo leerte el libro... así sabríamos cómo acaba la historia juntos.

—Pero tú ya lo has empezado... tendrías que volver atrás —responde Mario arqueando las cejas y con un mohín en el rostro.

—No importa... me está gustando tanto que no me importa volver a leer desde el principio.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo harías por mí? —pregunta el niño, esta vez con ojos brillantes de ilusión y una sincera sonrisa dibujada en el rostro.



—Además... estoy segura de que a tu madre le parece una idea estupenda. Lo podemos leer en voz alta para ella también.

—¡Síiiii! ¡Mami! ¿No te parece genial?

La madre de Mario no puede reprimir nuevas lágrimas y oculta su rostro compungido tras una de sus manos con cierta vergüenza, mientras asiente con vehemencia la cabeza, aprobando la iniciativa de Jimena.

La enfermera toma la silla sobre la que se sienta, y la acerca hasta el cabecero de la cama de Mario. Luego enciende la luz de la mesita de noche, y tras carraspear un poco, comienza a leer con calma:

—«LA HISTORIA INTERMINABLE, por Michael Ende. Libros de ocasión. Propietario: Karl Konrad Koreander. Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita...»

Durante días, Jimena transporta a Mario a un mundo muy diferente al que contemplaban sus ojos a simple vista. Uno de criaturas increíbles, reinos mágicos, y donde el valor y la amistad podían hacer posible lo imposible.

El niño se estremece con el devenir de la historia, y exclama, grita, aplaude cada heroicidad de Bastián buscando la complicidad de su madre al pie de la cama, que le devuelve tiernas sonrisas y dibuja con sus labios besos que parecen viajar por el aire.

Mario sufre la muerte del caballo Ártax en el Pantano de la Tristeza, tanto como la de sus brazos, cuya movilidad claudica una tarde de domingo.



Observa a su madre preocupada... ha perdido su sonrisa. Jimena se encarga de acercarle aquellos objetos que precisa y de darle de comer. El niño pierde el habla y la capacidad de tragar los alimentos justo a la vez que Atreyu abandona toda esperanza de salvar Fantasía. Derrama lágrimas compartidas con la Emperatriz Infantil, que ve perdido su Reino... hasta que finalmente Mario queda en estado de coma en el mismo momento que la Nada parece invadir casi por completo Fantasía. Jimena continúa leyendo el libro a Mario a pesar de todo, día y noche... con su mano apoyada en la del niño, hasta que una semana más tarde concluye su tarea:

—«... Y el señor Koreander no se equivocaba. Pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

56

POR ENDE...»

Apenas cierra la contraportada del libro, Jimena observa como brota una lágrima de los ojos cerrados de Mario a la vez que su respiración se detiene para siempre.

Las hojas secas que descansaban en el suelo tras el paso del otoño, hace tiempo que fueron barridas, y en el aire se confunden los dulzones olores de bizcochos, galletas y turrone, mientras la ciudad se engalana de rojos y verdes, de luces y guirnaldas, de bolas de plástico de color oro y plata y alegres adornos que recuerdan la cercanía de la Navidad.

La alegría, a veces cierta y otras impostada, se transmite de barrio en barrio y de casa en casa a golpe de villancico, pandereta y zambomba. Aunque en todas las casas no es posible.





La nochebuena para la familia de Mario promete ser dura y triste.

Su frágil cuerpecito quedó inerte apenas unas horas atrás, sobre el colchón de su cama en el hospital y no hay rincón ni hogar entre familiares, amigos y allegados donde no se le llore o se recuerde qué tan injusta es la muerte, como infame es la vida, capaz de golpear con crudeza a un niño de nueve años, que apenas si ha tenido tiempo de disfrutar de una infancia como debiera, de tanto andar de médico en médico hasta el mismo momento de su deceso.

En el velatorio, se cuentan por decenas las personas que han acudido a despedir a Mario; padres de otros alumnos del colegio, profesores, vecinos... todos han encontrado un hueco en su quehacer diario para acercarse a consolar a la familia, si acaso unos minutos. Incluso Jimena, su enfermera, se ha personado en aquella fría sala 2 del tanatorio desde primera hora para compartir un dolor que es común y no entiende de genes, ni de consanguinidad.

Jimena reconoce a Lola, una de las tías de Mario que más veces acudió a visitarlo durante su penosa convalecencia y decide dar el difícil paso para saludarla. Está de espaldas a ella, así que apoya con delicadeza su mano en el hombro para llamar su atención, como hiciera con Mario el día que empezó a leerle «La historia interminable». Lola, al contemplar a Jimena, sonríe con tristeza mientras sus ojos se inundan de lágrimas y ambas se abrazan durante largo rato. Todos los presentes respetan el dolor... todos entienden lo que ambas han sufrido, cada una desde la perspectiva que les tocó vivir.



Es media hora más tarde, lejos del tumulto que las atosiga con pésames y buenas palabras, cuando ambas pueden conversar con tranquilidad.

—No sufrió... ¿verdad, Jimena? —pregunta Lola con ojos arrasados, si bien busca más una confirmación de sus esperanzas que una respuesta sincera de la enfermera.

—En absoluto. Puedes estar tranquila. Mario se quedó dormido como un bendito... yo estaba allí.

—Lo sé, Jimena... no sé cómo agradecerte todo lo que hiciste por él en esos momentos. A mí me resultaba imposible estar allí... ya sabes... cuando hablaba con su madre.

—Lo entiendo —suspira Jimena—. Ya resulta difícil aceptar que un niño tan pequeño se esté apagando como una vela...

—¿Y... era posible...aquello? ¿Cómo es posible que viese a su madre?

Jimena entiende las dudas que atormentan a Lola, y aunque no es amiga de dar explicaciones científicas a quien no va a entenderlas con claridad, si considera necesario calmar esa inquietud que azora a la tía de Mario.

—Lola... el tumor del cerebro ya había aumentado su tamaño y su agresividad; las alucinaciones visuales son normales en este tipo de enfermedades. Mario creía estar viendo a su madre... de hecho puede que nunca estuviera muerta para él, porque ese tumor estaba ahí desde muy pequeño. Nunca echó en falta a su mamá... Siempre la vio... siempre estuvo a su lado. Incluso cada vez que abría los ojos, siempre la veía despierta, sentada a su lado.



—Y nosotros... por no darle el disgusto le seguimos el juego... —continuó Lola hasta que no pudo evitar romper a llorar de nuevo.

Jimena la abrazó de nuevo y susurró en su oído:

—No le seguisteis el juego. Para él era real... y jamás estuvo solo. Cuando yo no estaba cuidándolo, era la imagen de su madre quien lo acompañó y le hizo más llevadero el último paso.

Ya de vuelta a casa tras la dura jornada de duelo, Jimena deja las llaves del portón sobre el mueble de la entrada, se desprende de la chaqueta de piel, se descalza y cae derrotada por el cansancio en el sofá del salón, mientras el televisor vomita imágenes de un *reality* nocturno. No quería ver nada «que le hiciese pensar demasiado», se había propuesto nada más encender el aparato... pero el agotamiento ha hecho mella en su cuerpo, y cierra los ojos...y duerme... y sueña.

59

Y en sueños contempla la imponente figura de un caballo que cruza a galope la pradera y en cuyo lomo cabalgan dos niños. El primero de ellos, un guerrero de piel verde que Jimena reconoce como el bravo Atreyu. Y agarrado a su espalda, un niño rubio de profundos ojos azules, enfundado en un pijama celeste, que ríe y grita mientras se acercan a Jimena lo suficiente para que el niño dibuje una única palabra en sus labios con la que se despide de ella para siempre: «gracias».





## Arriba el telón

**José Díaz García**

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios  
de la edición XV (2013).*

La habitación de Sara no era como las demás. La primera vez que entré en ella pensé que, víctima de algún extraño bucle espacio-temporal, había sido transportado al camerino de un viejo teatro. Pero no, al parecer ella misma, al principio, cuando todavía mantenía la capacidad de hacerlo, se había encargado de convertirla en una especie de santuario plagado de recuerdos de su vida. Desde luego no era la única que lo había hecho, casi todas las habitaciones de los internos estaban adornadas con fotografías u objetos que rememoraban sus vidas o sus seres queridos, pero Sara había convertido la suya en un pequeño museo teatral. Decenas de fotos, recortes de prensa, carteles con estrenos de diferentes obras en las que ella había intervenido, complementos de vestuario... Un sinfín de elementos variopintos que dejaban claro algo que pronto me confirmaría el personal del centro, Sara Sánchez había sido una conocida actriz de teatro desde los años 50 hasta finales de los 80, momento en el que su enfermedad la había obligado primero a bajarse de los escenarios y, pocos años después, a requerir los cuidados de terceros para sobrevivir.

De tanto entrar en su habitación cada mañana, pronto pude dibujar en mi mente cómo debía haber sido su existencia a través de la infinidad de cosas que la llenaban. Tras asistirle en su aseo diario y controlar su temperatura y constantes vitales, seleccionaba una pared o una estantería y la analizaba con calma, tratando de adentrarme en la historia de su vida. Ella no se inmutaba, ni siquiera se percataba de que uno de aquellos individuos vestidos de blanco permanecía en la habitación. Así fue durante muchos días de la primavera de 1996, hasta que uno de ellos, algo cambió. No sé qué me llevó a hacerlo, pero la cosa es que cogí un elegante sombrero negro flanqueado por una banda blanca que había colgado en la esquina superior del tocador, me lo puse, encendí un panel de luces blancas que circundaba el espejo de su habitación y observé mi reflejo en él:

—¡El caballero oscuro vuelve a escena! Después de años escondido entre las sombras, regresa para rescatar a la dama blanca de bello rostro.

Improvise aquellas palabras espontáneamente asociando mi aspecto al de uno de los actores de un cartel que estaba en la pared frente a Sara, un tal Juan Calderón: *Esta noche, gran estreno* —podía leerse con grandes letras en su parte superior- *“El caballero oscuro y la dama blanca”*.

Una risa que en un primer momento no identifiqué, me devolvió a la realidad, al asaltarme la sensación de que había sido pillado *in fraganti* haciendo un espantoso ridículo. Miré hacia la puerta avergonzado, pero no había nadie, así que muy despacio giré la cabeza hacia la posición de Sara.



—No es posible —me dije.

Casi me da un pasmo, la buena de Sara, en cuyo rostro se había dibujado al fin una mueca alegre de gran expresividad... ¡Se estaba riendo! La observé atónito durante unos instantes, lo mismo que a pesar de mi incredulidad ella hacía conmigo. Me miraba al tiempo que intentaba alzar los brazos con notoria dificultad aunque en actitud de aplaudir, o al menos de intentarlo. Salí corriendo hacia el control de enfermería:

—¡Eh, venid, de prisa, tenéis que ver esto! —grité a las tres compañeras que se encontraban allí, incluida la doctora Cardoso, encargada de pasar visita a los internos.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —me interrogaron sorprendidos.

—Vamos, seguidme y lo veréis con vuestros propios ojos.

Así lo hicieron y salieron detrás de mí por el pasillo hasta su habitación. Alertada por mis gritos, se unió también Estela, la chica de la limpieza, que en ese momento se encontraba en la habitación contigua a la de Sara. Abrí la puerta y entré seguido por el personal de la planta.

—Mirad esto, no es... —me quedé mudo.

—Bueno, Mario, ¿y bien?

La sonrisa de Sara, que yacía en la cama inmóvil e impertérrita, se había esfumado de su rostro, al igual que su mirada, perdida de nuevo y sin expresión alguna.



—Veréis, no os lo vais a creer, pero antes se estaba riendo e incluso trataba de mover los brazos para aplaudir. Me miraba muy contenta porque cogí eso —les expliqué señalando el sombrero del suelo. —me lo puse y entonces...

No continué, porque todos me miraban como si estuvieran escuchando a un charlatán o a un loco y mis palabras fueran lo más inverosímil que hubiesen escuchado jamás.

—Mario, no digas tonterías. Llevas aquí el tiempo suficiente para que no sea necesario recordarte que en los últimos dos años Sara ni siquiera ha mirado a nadie a la cara, no ha hecho ni una mueca en todo este tiempo y los brazos solo los mueve con ayuda —me explicó Ángeles, la enfermera del turno de mañana.

No hubo manera de hacerles entrar en razón. Esa tarde regresé a casa con una desapacible sensación de frustración y sin dejar de darle vueltas a lo que había vivido. El alzheimer es un asesino silencioso y sin escrúpulos que va mermando primero las capacidades intelectuales de la persona, para poco a poco afectar también a las físicas, hasta terminar por convertir a sus víctimas casi en vegetales incapacitados para valerse por sí mismos. Por último, el corazón deja también de responder y sobreviene la muerte. Al parecer, la memoria, los recuerdos y las capacidades asertivas de Sara habían desaparecido para siempre. Esa era, al menos, la valoración médica que constaba en su historia clínica, pero algo no encajaba, algo que se le escapaba a todo el mundo.





No conseguía olvidar aquella mirada suya clavada en mí, chispeando vida e ilusión, aunque solo fuese durante unos instantes. Nadie me creía, pero estaba decidido a demostrarles que no había sido una alucinación.

No fue nada fácil. Yo era un alumno de segundo curso de enfermería, de prácticas durante un par de meses en aquel geriátrico para internos dependientes. Ni siquiera me conocían lo suficiente como para dar credibilidad a mis palabras, así que por más que me doliera, hasta entendía sus dudas. Eso por un lado y, por otro, estaba el hecho de que al parecer, Sara no tenía pensado volver a hacer ninguna demostración como la de aquella mañana. Me cansé de bailar, posar y hacer el tonto delante de ella en los días siguientes, sin conseguir siquiera un atisbo de sonrisa en su rostro.

65

Pero, ¿qué podía haberle provocado aquel día semejante reacción? ¿Acaso había sido una alucinación mía? Me negaba a aceptarlo, así que cada vez que tenía un hueco libre en las ajetreadas mañanas de la residencia, me escapaba a la habitación de Sara para investigar entre sus cosas buscando algo, ignoraba qué, que arrojara algo de luz sobre el misterio de su increíble despertar.

El sombrero parecía la clave, pues verme con él había provocado su respuesta. Quien lo llevaba, Juan Calderón, debía haber sido un actor de teatro en los años 50, igual que ella. Se trataba de un hombre moreno, alto y bien parecido, con un gran bigote negro cuyos extremos estaban cuidadosamente peinados en punta hacia arriba. La habitación estaba, como les había contado, atestada de fotografías y recortes de periódico, así que me llevó tiempo, pero al fin encontré un artículo del ABC



con una foto en blanco y negro de un grupo de personas, entre ellos, como pude constatar, los protagonistas de la obra con Juan en el centro, que tenía cogida de la mano a una mujer morena, y cerca de él, aunque no al lado, otra mujer rubia, de enigmáticos ojos claros: ¡Sara! A pesar del tiempo pasado y de la enfermedad que padecía, aún podían adivinarse en su rostro los rasgos estilizados y simétricos de la hermosa actriz de la foto en la que curiosamente era ella la única que no estaba pendiente del fotógrafo, sino del protagonista de la obra. Le dirigía una mirada entre ilusionada y nostálgica. Tuvo que haber algo entre ellos, eso pensé al tiempo que observaba de nuevo el cartel de la obra, colocado en la pared justo enfrente de Sara.

66        Entonces, me di cuenta de que no era cierto que sus ojos no estuvieran posados en ningún lado. Sí lo estaban. En el cartel. Un extraño impulso me hizo acercarme de nuevo a él para retirar el celofán de los bordes, y separarlo un poco de la pared. ¡Bingo! Pude ver como a medida que lo separaba del muro, iban apareciendo palabras escritas en su dorso. Con una ansiedad repentina y fulgurante terminé de levantarlo arriesgándome a que se rompiera, para al fin leer el mensaje completo:

*Tu fuego jamás se apagará dentro de mí.*

Y firmaba a continuación:

*Juan.*

Bajo esas palabras, un gran corazón, que como la dedicatoria, parecía haber sido pintado de rojo carmín, ocupaba casi todo el espacio en blanco que quedaba.

¡Vaya con la parejita!



Aquella secreta confesión de amor y pasión me arrancó una sonrisa de esperanza. Empezaba a ver la luz al final de aquel túnel de incomprensión en el que ya me encontraba inmerso sin remedio. Observé un momento a Sara antes de volver a pegar el cartel en la pared:

—¿Qué fue lo que pasó entre vosotros, Sara? ¿Te enamoraste, verdad?

Por supuesto no me contestó, su mente seguía vagando inerte por Dios sabe dónde.

Humedecí con una gasa y agua sus labios resecos.

—Ojalá pudieras contármelo...

Solo un par de días después dejé de tragar. No había forma de que ingiriese ni siquiera líquidos, por eso la doctora Cardoso decidió que se le colocara una sonda nasogástrica.

—Lo más probable es que haya perdido definitivamente el reflejo de deglución —comentó mientras escribía la orden de tratamiento en su historia.

Yo mismo pedí que me dejaran hacerlo, sentía que tenía una especie de deuda con ella y haría lo posible por saldarla. Me había dado una buena pista, así que dependía de mí y solo de mí, desentrañar el misterio. El hombre del sombrero negro y la obra de teatro que habían protagonizado, tenían que ser las claves de su reacción aquella mañana increíble. Estaba seguro. Por suerte en otro de los recortes de la pared encontré al día siguiente lo que confirmaba mi teoría:



*“La obra, y sobre todo su primer acto, durante el cual el protagonista abandona a hurtadillas la cama de su amante, y delante del espejo se acicala y se coloca el sombrero, antes de abandonar la habitación para reunirse con su esposa, ha levantado la polémica en la ciudad un día después de su estreno”.*

Pudiera ser que el cerebro de Sara se hubiera visto reanimado como lo hizo la mañana de lo que yo llamé su despertar, alentado por el recuerdo de aquella función y del protagonista masculino con quien apostaría que mantuvo un romance, o una historia de amor imposible, porque también descubrí que la mujer que acompañaba a Juan Calderón en la foto era su esposa.

68

Con todos los datos de los que disponía, ideé un plan, como último intento de provocar en Sara un nuevo despertar.

Esa misma tarde, ya en casa, busqué en Internet información sobre Juan Calderón. Encontré algunas cosas interesantes sobre su trayectoria profesional y sobre su vida. Lo mejor de todo fue enterarme de que residía en nuestra misma ciudad. Hacía poco le habían puesto su nombre a una calle de su barrio natal, al que al parecer había vuelto tras jubilarse. Decidí desplazarme hasta el lugar para preguntar por él. Tuve suerte y un quiosquero que resultó conocerlo, me contó que era viudo y que vivía con su hija muy cerca de donde nos encontrábamos. Fui a la casa que me indicó. Me recibió Inma, su hija, muy sorprendida. En un principio se mostró reacia a que hablara con él, pero tras mucho insistir, al final accedió.



Juan era de la edad de Sara, algo más de 80 años, pero sus facultades mentales se mantenían indemnes. Le hablé de ella y por su gesto me di cuenta de que la recordaba. A continuación, le expuse mi plan, que consistía en que actuase otra vez, interpretando tan solo una parte de la pequeña escena inicial de “El caballero oscuro y la dama blanca”.

—Ya ve, señor Calderón, algo muy sencillo y que podría ser muy importante para una persona a la que no le quedan demasiadas esperanzas —concluí.

—Lo siento, chico, yo ya no estoy para esas cosas. ¿Por qué no nos dejas en paz a ella y a mí y haces tu vida? Y ahora, por favor, quisiera descansar.

Ya me había girado en ademán de irme, cuando decidí hacer un último intento y meterle un poco de presión. No tenía nada que perder y quizás en cambio, mucho que ganar. Al menos eso pensaba:

—Entonces le mintió usted —le acusé.

—¿Qué? —me respondió Juan sorprendido.

—He dicho que le mintió a Sara; “tu fuego dentro de mí, jamás se apagará”, eso le escribí, lo recuerda, ¿verdad?

No me contestó esta vez, se me quedó mirando unos segundos, pero no abrió la boca. Terminé por marcharme con la sensación de haber fracasado.

Dos días más tarde, mientras repartía medicación en la planta, Ángeles me salió al paso:

—Alguien pregunta por ti, Mario —me dijo señalando el control de enfermería.



Un anciano vestido de impoluto traje negro, con un gran ramo de rosas blancas en las manos, esperaba allí. Me acerqué a él sonriendo sin decir nada.

—Hace años que no actúo. Así que no sé cómo saldrá —me aclaró.

—Estoy seguro de que será un éxito, señor Calderón.

Luego dirigió la mirada a las rosas y continuó:

—Todavía lo conserva entonces... El día que le escribí esas palabras por la parte de atrás, también le di un ramo de rosas blancas. Fue la última vez que...

—No hace falta que me lo cuente, de verdad. Es algo suyo y de ella. Estoy convencido de que le encantará volver a verle.

70

Me costó Dios y ayuda convencer a todos para que asistieran al estreno, cuyo escenario improvisado no podía ser otro que la habitación de Sara. Al fin logré que metieran dentro las sillas y se sentaran a esperar la entrada de Juan. Yo estaba emocionado y muy excitado por lo que pudiera ocurrir, aunque temía un nuevo fracaso que dejara mi ya mermada credibilidad de nuevo en entredicho. Tomé asiento junto a los demás, respiré hondo y en el momento oportuno grité:

—¡Adelante, Juan!

El veterano actor entró tranquilo y seguro. Sin mirar a sus espectadores, se acercó a la cama de Sara, la besó en la mejilla y dejó las rosas a su lado en la cama, a continuación se levantó y se dirigió al espejo con la misma calma con la que había entrado, como exigía el guion. Entonces ocurrió. Sara, para sorpresa de todos,



giró un poco la cabeza hacia él. Vi el gesto de sorpresa de la doctora Cardoso, que dejó caer al suelo el fonendo, por la impresión:

—Perdón... —susurró.

Mientras Juan, cuyo rostro había recuperado el brillo de antaño, se mesaba el bigote ante el espejo, se ajustaba la corbata y se colocaba el sombrero, una sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de Sara. Juan miró hacia ella y la saludó cortésmente con una inclinación de cabeza acompañada de un toque con los dedos índice y pulgar en el ala de su sombrero. La sonrisa de Sara se transformó en risa y una vez más, con visible dificultad, levantó las manos intentando aplaudir. Juan abandonó entonces la habitación y cerró la puerta tras de sí. Fin del primer acto. Abajo el telón.

71

Sara continuaba con lo que cada vez se parecía más a un aplauso, al que todos nos unimos cuando el actor volvió a la habitación para saludarnos con una reverencia acompasada y formal. La escena había sido increíble y muy emotiva, no pude evitar que se me escaparan las lágrimas. El anciano regresó junto a Sara, se sentó a su lado en la cama y nos miró. No fue difícil interpretar su petición callada, así que nos pusimos de pie, abandonamos la habitación y los dejamos a solas. No íbamos a inmiscuirnos en la magia de una historia que habían mantenido en secreto durante décadas.

—Doctora Cardoso... ¿salimos?

Tuve que alentarla a acompañarnos, porque permanecía muda y absorta ante la escena sin moverse de su asiento, casi diría de su localidad.



—¡Oh!, sí, sí, claro...vámonos.

No sé lo que pasó dentro, ni lo que él le dijo, o si ella fue capaz de decirle algo a él, pero lo que sí podría asegurar es que Sara de algún modo, se sintió agradecida de lo que hicimos. Lo sé. Pude leerlo en sus ojos los días siguientes, a pesar de su aparente inexpresividad. Aquellos dos meses acompañándola cada mañana me ayudaron, eso creo, a interpretar su silencio y a percibir pequeños mensajes cifrados en lo profundo del gastado azul de su mirada. No hubo nuevos despertares, ni volvió a reaccionar ante estímulo alguno, entró en coma una semana después y murió tranquila y en paz en su templo particular al cabo de otra semana. La encontramos una mañana de aquel intenso abril, con la cabeza ladeada hacia el jarrón de las rosas blancas y el brazo estirado hasta casi rozarlo con la punta de los dedos. Las flores estaban tan misteriosamente llenas de vida como el primer día.

72

En cuanto a mí, han pasado casi veinte años desde entonces, y en la actualidad ejerzo mi profesión de enfermero en la Unidad de Psiquiatría de un gran hospital en el que de vez en cuando algunos de los pacientes que ingresan, hacen que Sara Sánchez vuelva a mi memoria. Hasta en los más afectados, en aquellos que permanecen callados e inmóviles, aparentemente inertes, busco siempre una luz en el fondo de sus ojos que me dé alguna pista sobre el paradero de sus pensamientos, para que, si la fortuna así lo quiere y alcanzo a descubrirlo, pueda ayudarles a sonreír al menos una vez más, antes de que se baje el telón.

*(A todos los profesionales de la salud que saben ver más allá de la enfermedad).*





## El sonido de la memoria

**Ana Picó Cáceres**

*Premio Especial Para Estudiantes  
de la edición XVIII (2016).*

—¡Tómate el café! ¡Aquí tienes tu bolso! ¡El tren sale en 15 minutos! ¡No lo pierdas!

La voz de mi madre retumbaba a las 6:30 de la mañana formando un eco entre las paredes de mi casa que aún no habían recibido ningún destello de sol.

Me marché hacia la estación sabiendo que estaba dejando atrás una niñez considerable. Me sentí como aquella vez que cumplí la mayoría de edad y pensé que no tenía margen de error y que cada decisión que tomara iba a marcar, de una forma u otra, el curso de mi vida.

Lo que más me aterraba era, sin duda, sentirme sola.

Hacía tan solo un mes que había acabado mis estudios de Enfermería y había encontrado un trabajo aceptable en una residencia de ancianos en una ciudad completamente diferente a la mía. Decidí o más bien, el destino me ofreció, empezar una nueva vida.

Escondida entre una bufanda que probablemente medía cinco metros y un gorro que no necesariamente iba a juego, se dejaban entrever mis ojos rojos por el frío inevitable de un quince de noviembre.

Iba camino de aquel lugar que solo visité el día que alguien decidió hacerme una entrevista y confiar en mis posibilidades. Por fuera era un edificio congelado y desgastado por los años, con altos árboles (por entonces con hojas grandes y verdes) que, probablemente ahora, estarían desnudos. Sin embargo, por dentro era un sitio cálido, con paredes pintadas de tonos naranja y adornados con un sinfín de murales. Recuerdo que uno de ellos atrapó mi atención durante unos segundos, el primer (y único) día que contemplé aquel lugar.

74

Tragué saliva, inspiré y sonreí. “Limítate a lo que sabes”, me dije a mí misma. Estaba frente a una puerta enorme, de madera vieja, color oscuro y una aldaba cobriza dispuesta a ser golpeada. Miré hacia arriba y un gigantesco reloj parado adornaba la fachada principal. Me imaginé un reloj cansado de girar, un reloj que ha decidido no seguir envejeciendo.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarle?

—Ah...mmm... ¡Hola! —Murmuré— Soy... Soy Celeste Noriegas —miré a los ojos de esa persona y pude comprobar que no tenía ni la menor idea de quién era esa tal Celeste—. ¡La nueva enfermera!

—¡Celeste! ¡Pasa por favor! ¡Te estamos esperando!

Colgué en una bonita percha todos los accesorios que mantenían mi temperatura corporal en los parámetros adecuados. En un bolso amplio llevaba mi pijama blanco, unos zuecos extremadamente cómodos, los cuales habían cuidado mis pies durante largas horas de prácticas en el hospital y una bata blanca.



Me llevaron hasta la directora de la residencia, la señora Anastasia Sepúlveda. Era una mujer alta, morena y con un aire juvenil. No había cambiado su aspecto desde que la conocí.

—Me alegra verle de nuevo, Celeste. Le enseñaré la sala de Enfermería y si le parece oportuno, le recordaré la disposición de la residencia.

Anduve por largos pasillos. En la planta de abajo había un inmenso salón y, unos metros a la derecha, un salón un poco más pequeño.

—A esto le llamamos *"la salita"*. Hemos querido separar a los ancianos que, bueno... ya sabes..., tienen problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Demencias.

Andamos unos metros más y ahí estaba la sala de Enfermería. Era bastante amplia. Tenía una ventana que daba al patio. Entraba bastante luz que iluminaba las estanterías llenas de material de curas, medicamentos, aerosoles... ¡Me resultaba tan familiar! Respiré hondo y viajé unos años atrás, a mi primer día de prácticas hospitalarias. Recuerdo que vi todo aquel arsenal y pensé "¿Por dónde empiezo?". Entonces un auxiliar muy amable me miró y me dijo: "No te preocupes, te irás familiarizando con cada cosa que ves ahí". Pero eso fue, como ya digo, hace suficientes años. Suficientes como para poder conocer cada material y, sobre todo, para saber cómo y cuándo utilizarlo.

—Subamos a la primera planta.

Había un ascensor recién instalado, pero preferimos subir por las escaleras.



Tanto a la derecha como a la izquierda de otro largo pasillo se contemplaban puertas continuas.

—¿Son los dormitorios? —Me adelanté.

—Exacto. A la derecha están los dormitorios de las personas mayores independientes.

—Y a la izquierda los encamados, ¿verdad? —Me adelanté de nuevo.

—Este es el parte de curas —Supuse que eso era un sí—. Cada mañana las realizará una vez estén todos acicalados por la auxiliar. A los encamados ni qué decir tiene que se les hará en sus respectivas habitaciones. A los independientes se les realizarán en la sala de Enfermería. Las auxiliares llevarán a los ancianos a dicha sala en el orden que usted considere preciso.

—Puede tutearme, si quiere —interrumpí.

—Debe saber que —continuó tras ignorar mi sugerencia— cada cura requiere su tiempo y contando que hay... —Hizo una pausa para mirar la lista.

—Treinta y ocho ancianos en total en el parte de curas —dije adelantándome por tercera vez.

—Tendrá que estar terminado a las once en punto, pues es cuando empieza el horario de visitas —Concluyó Anastasia—. Le aconsejo que no se duerma en los laureles —Sonrió y continuamos hasta las escaleras.

Me instalé en la sala de Enfermería. Guardé mi bolso en un armario con llave. Miré hacia unas plantas que asomaban en la que ahora era mi mesa. La silla era cómoda. Miré fijamente el parte de curas y salí hacia las habitaciones de encamados. "A las once tienen que estar terminadas" retumbó en mi cabeza la voz de aquella singular persona.



Las paredes eran de color blanco crudo en la planta de arriba. Había algún que otro cuadro colgado en la pared. La mayoría eran obras de Van Gogh, al que siempre he admirado.

—Todos los ancianos están listos, señora Noriegas.

Los primeros días fueron difíciles. Demasiados nombres, demasiadas personalidades y, en definitiva, demasiadas historias. Recuerdo que Adela, una de las pocas que pude ver vivir con paciencia su senectud, siempre estaba al fondo del pasillo susurrando ese tema tan conocido de Consuelo Velázquez: *“Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez”*.

Su voz era angelical. Cerraba los ojos y por momentos me evadía de las curas y las medicaciones.

77

La primera vez que la vi pude contemplar sus ojos azules grisáceos, pero más allá de eso, una mirada penetrante. Ella me sonreía mientras su mente navegaba por algún océano del mundo. Metió la mano en su bolsillo y sacó una foto desgastada por los años, en tonos blancos y negros y filos redondeados.

—Vuelve el próximo viernes —Me dijo.

—¿Cómo? —Pregunté ingenuamente, pensando por un momento que había escuchado mal.

—Es militar. Va a venir el próximo viernes.

Observé la foto. Se podía distinguir un chico con pelo frondoso y de ojos achinados. Sonreía con la inocencia de alguien que está empezando a vivir.

—¡Qué joven y guapo!



—Estamos en nuestro mejor momento Señorita Noriegas.

Le guiñé el ojo y me di media vuelta. Una lágrima viajó sobre mi mejilla. “No lo dudo, Adela”, pensé.

A partir de entonces empecé a entender el porqué de aquella canción. “Quiero tenerte muy cerca, mirarme en tus ojos, verte junto a mí. Piensa que tal vez mañana, yo ya estaré lejos, muy lejos de ti”.

Pasaron muchos días y Adela siempre observaba aquella foto mientras canturreaba la canción al fondo del pasillo. Llevaba ya meses trabajando en aquel lugar y mi mirada tanto profesional como personal había madurado a pasos agigantados.

78

En cada almuerzo tenía la costumbre de empezar a repartir la medicación por el comedor de “válidos” y a continuación, la que correspondía a los “no válidos”.

En mi cabeza retumbaba una y otra vez ese obsoleto concepto que degradaba aún más la existencia. “Válidos. No válidos”. Qué triste pensar que ya no vales en esta sociedad, que tu paso por la tierra ya no tiene ningún sentido. Me acordé de aquel gran reloj parado. ¿Qué valor tiene un reloj que no puede girar? Entonces algo dentro de mí se iluminó. Me invadí de ideas que no había visto nunca en libros. Tenía que recuperar el valor de esas personas anuladas por su propia vida. Me acordé de unas prácticas que hice en la unidad de cuidados intensivos con personas que luchaban internamente por volver a la vida. Allí me di cuenta de que la medicina es la varita que hace reaccionar nuestras células. Somos energía, es indudable. Y ahí está la clave. Si logramos estimular la energía, induciremos un cambio en nuestro cerebro,



encargado de velar por el buen funcionamiento de nuestro cuerpo.

Al día siguiente fui al despacho de Anastasia.

—Me gustaría comentarle algo, señora Sepúlveda.

—Adelante Celeste.

—Es algo puramente conceptual. Me siento algo incómoda con algo —Anastasia frunció el ceño—. En la puerta de los comedores —continué— se puede leer “válidos” y “no válidos” para diferenciar a los ancianos sanos de los que padecen demencias.

—Correcto. ¿Hay algún problema? —Preguntó la directora cada vez más confusa.

—Bueno... bajo mi punto de vista no son buenos conceptos. Creo que envilece aún más a los ancianos que ya de por sí sufren demencias.

—No me parece algo relevante. Al fin y al cabo son solo palabras, no van a hacer que mejoren en su enfermedad —me refuté.

—No lo creo así. Creemos que el hecho de padecer alguna demencia hace que la persona no tenga noción de su alrededor. Bueno, puede ser verdad. Pero, ¿y si en algún resquicio de su ser entienden el concepto? Me derrumbaría saber que pertenezco a un grupo no válido para la sociedad.

—Mire señora Noriegas, tengo bastante trabajo como para andar preocupándome sobre dos términos insignificantes. Y usted también tiene bastante trabajo. Le recuerdo que dentro de una hora nos visita la enfermera de enlace para las inyecciones —Anastasia se levantó de su asiento—. Vamos, ¡no pierda más el tiempo!



Volví a la sala de Enfermería. Tenía mucho trabajo, era cierto. Pero eso no quitaba que lo otro no fuera importante. Terminé con algunas curas atrasadas y preparé los informes para el médico que inspeccionaba a los ancianos cada martes.

“La úlcera de Concha López está bastante mejorada. El hidrogel le ha ido bastante bien. La úlcera por presión de José Ibáñez es bastante complicada. Creo que deberíamos contemplar vigilar aún más la dieta. ¿Y qué hacemos con la úlcera venosa de Dolores Rueda? No ha mejorado en semanas”, me decía a mí misma mientras redactaba los informes.

80

Cuando me llamaron para trabajar en una residencia de ancianos pensé: “Pondré en práctica todo el conocimiento que adquiriré en Enfermería Comunitaria sobre el tratamiento de las heridas, además elaboraré casos clínicos tal y como aprendimos en Clínica para controlar la evolución, repartiré la medicación que nos enseñaron en Farmacología de una forma bastante general y pondré las inyecciones subcutáneas o intramusculares según corresponda”. A priori parece un trabajo sencillo, pero con el paso del tiempo, y ya llevaba en la residencia trabajando cinco meses, me di cuenta que la dificultad no yace en la propia técnica o conocimiento aplicado.

Lo difícil de nuestro trabajo es llevar a cabo una correcta visión holística de cada paciente para intentar mejorar su situación mental o física dentro de los parámetros posibles. Pero más allá de todo eso, lo difícil era demostrarle a la sociedad que uno no muere cuando su corazón deja de latir, sino cuando el mundo entero deja





de creer en su valía. No bastaba con los conocimientos que pude adquirir durante mis estudios. No bastaba con controlar la dieta, las heridas, la hipertensión, la diabetes o las enfermedades mentales. Tenía que devolverles hasta el último ápice de energía.

Sabía que el tiempo jugaba en mi contra. Mientras más tardara en averiguar la fórmula, más me costaría revertirles el oscuro vacío de sus mentes.

Un día me topé con Adela en el pasillo. Venía cantando alegremente. *“Bésame, bésame mucho, que tengo miedo a perderte, perderte después...”*

—Buenos días Adela. ¡Qué buen despertar tiene usted!

—La música es libertad del alma, señorita Noriegas — De repente paré mis pies, abrí mis ojos y miré hacia Adela.

—¡Eso es Adela, eso es! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Mañana regresa mi gran amor —murmuró la que ahora para mí era un ángel.

Regresé corriendo a la sala de Enfermería.

—¡La música! —grité sin poder controlarme— ¡La música les devolverá la energía a esos ancianos no válidos para la sociedad!

Esa tarde fui a la biblioteca en busca de libros y manuales para informarme mejor de cómo aplicar la música de forma terapéutica. Encontré uno que rápidamente llamó mi atención: *El efecto Mozart* de Don Campbell. Esa noche devoré el libro. Hablaba de todos esos conceptos que bailaban sueltos en mi cabeza:



“Células”, “Alma”, “Energía”, “Mente”, “Libertad”. Al día siguiente volví al despacho de la Señora Sepúlveda.

—Respeto, aunque no comparto, su rechazo al cambio de término de los comedores. Pero tengo otra propuesta que, aunque parezca insignificante, puede cambiar de una forma mágica la vida de nuestros pacientes.

Anastasia suspiró, luego me miró con cara de incredulidad y me dio paso para mi propuesta.

—Necesitamos ambientar los comedores con música clásica. Hay una misteriosa fórmula en la música que libera campos bloqueados de energía en el cerebro y es una forma muy terapéutica de devolverles a la realidad. No estoy muy documentada todavía, de hecho, acabo de conocer esta maravillosa fórmula, pero por favor, déjame demostrarle que tiene más efectos terapéuticos de los que imaginamos.

82

—¿Música clásica?

—Solo a la hora del almuerzo. Yo misma traeré mi radio y algunos discos de Mozart y otros compositores. Me encargaré de que el volumen sea el adecuado.

La directora se quedó pensativa. Su mirada traspasó mi propia persona. Mire hacia atrás. Desde el despacho de la señora Sepúlveda se podían contemplar algunos ancianos sentados con la mirada perdida, sin intercambiar palabra, sin hacer ninguna mueca expresiva.

—Solo a la hora del almuerzo —dijo finalmente—. Y a un volumen bajo. No quiero que se pongan nerviosos.



Pero la realidad era que a la hora de comer siempre estaban nerviosos y éste era otro de los grandes muros con los que me enfrentaba día a día. Al principio estaban tranquilos; se vestían, se duchaban (con o sin ayuda) y bajaban a desayunar. El tiempo climático influía muchísimo: los días de lluvia todos estaban más sensibles y un tanto violentos, sin embargo, los días en los que el sol brillaba con fuerza se respiraba un aire pacífico cargado de positividad. No obstante, cualquiera que fuera el humor de los ancianos, las personas más afectadas mentalmente empeoraban a lo largo de la mañana. Era algo que no acababa de entender, pero era así. Y era en el almuerzo donde se volvían incontrolables. Luego se iban a los salones, al hall o al patio y se volvían a calmar, pero esto solo les duraba unas horas; a media tarde vuelta a empezar.

83

La música empezaba a funcionar. Al principio todo el personal mostraba un poco de recelo a mi idea. “La música hará aún más grande el caos”, “ningún anciano en su sano juicio va a apreciar siquiera que hay música”, “es una pérdida de tiempo y energía”, me decían.

Es cierto que era un proceso muy lento. Tenía que estudiar los cambios de humor que experimentaban los ancianos y si alguno mostraba algún signo alentador. Estuve comparando durante semanas el efecto de mi terapia en los dos comedores cuyos nombres no voy a mencionar.

Pasaron segundos, minutos, horas y días completos. Mi sobrecarga laboral era importante, pero estaba ilusionada. Algo dentro de mí me recordaba que merecía la pena.



Mi sorpresa llegó un miércoles cualquiera. Estaba repartiendo las últimas medicaciones del almuerzo al compás de *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi. Entonces escuché una melodía que procedía de uno de los pacientes más afectados por el Alzheimer. Era Tomás. Su aspecto deteriorado en una silla de ruedas, su cara de inexpresión y sus ojos tristes lo definían cada día. Pero ese miércoles Tomás sonreía. Intentaba enlazar sonidos acordes con la música que se oía. Era la primera vez que veía algo así en aquel comedor.

—¿Le gusta Tomás?

84 Él me miró con sus ojos viriles como si fuera a decir algo con la mirada. Entonces levanto las cejas y sonrió. Señaló hacia la puerta abierta que dejaba entrever el pasillo. Se podía apreciar el mural que me llamó la atención aquel día de mi entrevista. En dicho mural asomaban tres árboles y cuatro colores: verde, amarillo, naranja y azul. Era un dibujo cargado de emociones, en el que si te fijabas atentamente podías sentir el frío y el calor que emanaban de las estaciones.

—¿Quién hizo ese mural, Blanca? —Le pregunté a una auxiliar que llevaba trabajando en esa residencia desde sus inicios.

—Lo hizo Tomás, señora Noriegas. Hace diez años, la primera primavera que pasó con nosotros aquí.

Era increíble. El alzhéimer de Tomás estaba muy avanzado, pero había un lugar en su cerebro en el que sus conexiones neuronales le permitían relacionar conceptos y entender el trasfondo de aquella canción. Probablemente aquella Sinfonía en Do Mayor de Vivaldi



había marcado un hecho importante en su vida, como lo había marcado aquella canción de Concha Velázquez en las añoranzas de Adela.

Eso me dio energías para seguir creyendo en aquella curiosa terapia que empezaba a alegrar mis días y el de todos los ancianos de aquel lugar.

Pasaron meses y fui progresando en mi conocimiento musical, desconocido hasta entonces. Empecé a recibir clases particulares de piano para entender mejor la secuencia de sonidos. Con el paso del tiempo Tomás, Adela y muchos de sus compañeros empezaron a seguir las melodías con pequeños movimientos o susurros.

En el comedor de los ancianos sin afectación cognitiva ya sonaban tangos, pasodobles y coplas a petición de ellos mismos.

85

Lo que antes era un sinfín de quejas y mal humor a la hora de comer, ahora se había convertido en un salón de baile. Incluso el personal sanitario seguía a veces el ritmo de la música a la hora de repartir la comida y medicación.

Anastasia no se quedó al margen de la situación.

—Hay signos de mejora en muchos de ellos, Celeste. Algún que otro familiar me ha informado de una capacidad de comunicación mejorada en alguno de los ancianos. No sé qué has hecho exactamente, pero no lo dejes de hacer.

Para esas Navidades decidí hacer algo especial. Normalmente venían coros de la ciudad o alrededores a alegrar esos días en la residencia, pero esta vez decidí que iban a ser los propios ancianos los protagonistas.



Escogí un villancico titulado “Ven a cantar que ya llegó la Navidad”. Me apresuré cada día en mis tareas enfermeras y me iba una hora tarde a casa para prepararlo. Conté con cada una de las personas (trabajadoras o no) que habitaban lo que se había convertido en mi segunda casa.

Sabía todas las limitaciones físicas que padecía cada persona mayor de aquella residencia, pero en la mente no había ninguna. Cargados de instrumentos navideños, mi piano y las voces celestiales de aquella senectud le cantamos a *“otro año que queda atrás, mil momentos que recordar, otro año y mil sueños más hechos realidad”*.

Adela tenía la foto de aquel chico entre sus manos: *“Navidad, feliz Navidad, vuelve a casa, vuelve a tu hogar”*.

86

Comprendí que aquel joven de la foto era su primer y único amor y la esperanza de su regreso siempre le mantuvo con vida en esos años finales. Adela decidió parar el reloj de su razón. Decidió no seguir envejeciendo su historia. Aquel ángel le cantó día y noche al amor, le devolvió a aquel lugar la esperanza de un hogar, y encendió la viva llama de cada historia. Y es eso, aunque antes no lo supiera, el verdadero significado del valor.

Al final de las vacaciones de Navidad llegué a la residencia con miles de ideas nuevas para continuar mi terapia. Pasé por el pasillo de los comedores y pude leer dos grandes y hermosos letreros: “El comedor de los recuerdos” y “El comedor de la esperanza”.



# Cuidar sin fronteras







## La odisea de Abdelhalek

**Javier de Prada Pérez**

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios  
de la edición XX (2018).*

“¿Quién puede detener a un hombre, de cualquier edad -reflexiono  
ahora- cuando ha decidido terminar con su vida?”

Piedad Bonnet, *Lo que no tiene nombre*

“Atusándose la barba, el sheik paseó la mirada  
por nuestras caras encendidas y dijo:

¡Nadie puede nada contra un hombre que quiere morir!”

Mahi Binebine, *Los caballos de Dios*

89

### **Circe**

Operación antiterrorista con un yihadista muerto. Mientras sorbía con parsimonia el primer café de la mañana ojeaba el periódico en la cafetería de la esquina. Me detuve en la noticia. Me sorprendió que en una ciudad de provincias hubiera células islamistas. La noticia describía cómo el presunto terrorista había saltado por la ventana. No quedaba claro si con intención de huir o para evitar ser capturado vivo. Se precipitó por la ventana de su domicilio gritando consignas en árabe, se podía leer en la noticia. Las iniciales no me hicieron sospechar nada, aunque entré ese día al centro de salud con un mal palpito. No era la primera vez que me enteraba de la muerte de algún paciente leyendo las esquelas del periódico. Mi compañera de admisión me recibió con gesto ensombrecido.

—Ha llamado la madre de Abdelhalek. ¿Has leído las noticias? Es el terrorista muerto.

### ***Abdelhalek***

90 Nadie habrá entendido lo que he hecho. Pero ahora es tarde. Aquí, tirado en el suelo del patio interior, una sábana cubre mi rostro. Las maniobras de reanimación no han devuelto mi pulso. Espero con impaciencia la luz del descanso eterno. No quiero ser un mártir de la yihad. No obtendré la recompensa de las setenta y dos vírgenes. Por más que os lo quise explicar, nadie conocía la verdad de la misión por la que fui enviado al mundo. Por eso empecé por infiltrarme entre los míos, para que conocieran al Dios que no pregona la guerra, sino la paz. No quería más inyecciones, ni más pastillas, ni más ingresos en esa monstruosa unidad a la que muchos llamamos Guantánamo. El aislamiento y las correas son idénticos. Solo cambia la indumentaria. Allí en vez de un buzo naranja te visten con un camisón azul.

### ***Circe***

—Abdelhalek, significa siervo del Creador.

Recuerdo que me lo dijo el primer día que nos conocimos. Lo habían derivado desde la unidad de agudos y tenía programado el inyectable. Se lo puso a regañadientes. Él, como muchos otros, se quejaba de que le dejaba paralizado.

—Estoy bloqueado, no puedo estudiar. Ninguna chica me querrá así. Comprenderás que con veinte años eso es bastante importante.

Como siempre, le hablé de prevenir una recaída. Pero, por encima de todo, respeté su libre decisión sobre el tratamiento. No me gustan las amenazas ni los chantajes. No los utilizo. Prefiero hablar de responsabilidad, de planificación anticipada de las consecuencias y de las decisiones a tomar en caso de crisis. Él describía el tratamiento mensual como esas correas de los perros que se alargan cuando el chucho tira de ella.

—La inyección para tres meses es solo una correa un poco más larga —me dijo al salir con un guiño.

### ***Abdelhalek***

Ahora que las sirenas han dejado de sonar oigo a mi madre llorar. Es desgarrador. En mi cultura las expresiones de dolor son ruidosas. No llores, estoy en paz, mi paso por este mundo estaba cumplido. No le dejan ver mi rostro porque está lleno de sangre, pero estoy feliz, lo juro. Mis hermanos son pequeños y están mirando por las ventanas de los vecinos, con los ojos muy abiertos, con curiosidad, asombrados. ¡Cuánta gente! Médicos, policías, periodistas con sus micrófonos.

Era un buen chico, les dirán, pero últimamente iba mucho a la mezquita del barrio y vestía con chilaba. Por favor, contadles que la batalla no es el camino, que entregué mi alma por la paz. Algunos hombres se dan golpes en la cabeza y murmuran oraciones. Tenía claro que no iba a volver a ingresar. Lo tenía todo planeado desde hacía meses.



### **Circe**

No me lo puedo creer. En el despacho navego en los periódicos digitales. *Operación antiterrorista se salda con un muerto. No hay más detenidos y se está a la espera de confirmación de pertenencia a una célula yihadista.* Entro en la reunión del equipo. La noticia de la muerte causa un efecto parecido a si el propio Abdelhalek se hubiera inmolado en nuestra sala de reuniones. Un ligero zumbido en mis oídos no me deja escuchar el resto de conversaciones y tengo una densa sensación interior de humo y cascotes cayendo en mi interior. Su psiquiatra se ha levantado para confirmarlo en la historia clínica informatizada. No hay duda. Mis compañeros tienen gestos de incredulidad y sus rostros parecen blanquecinos por el polvo de la detonación de la noticia. Somos las segundas víctimas, después de Abdelhalek y su familia. Necesitamos un espacio para expresar el dolor. Me refugio en el botiquín.

92

Abdelhalek, como tantos otros, solía dejar allí orina para control de tóxicos.

—Estoy limpio, lo he dejado. No como mis hermanos que se intoxican y olvidan el placer de estar plenamente conscientes todo el tiempo.

Irradiaba una luz cálida y su sonrisa del desierto me parecía traer una brisa caliente en pleno noviembre.

### **Abdelhalek**

No os culpo, sé que sois parte de un sistema. Todavía me acuerdo el día en que aquella enfermera me acompañó a ingresar otra vez en *Guantánamo*. Yo estaba un poco descolocado. Había fumado mucha hierba y deliraba.

Ella evitó llamar a la policía y se ofreció a ir andando conmigo al hospital si no montaba jaleo. La consulta estaba cerca y el psiquiatra accedió, a pesar de que le pareció algo temerario. Y nos fuimos, paseando y charlando. Como estudié en un colegio de monjas, me acordé de vuestro profeta, que cura a un endemoniado que vagaba por las tumbas y lo ataban con cadenas. Lo que más me gusta es que encuentran a vuestro Maestro sentado, hablando con él, sin miedo. Idéntico a como estábamos nosotros ese día en un banco de aquel parque. Le costó reconducirme, porque yo hablaba sin parar y me iba despistando en cada esquina. Al entrar en la unidad, me pusieron las contenciones de pies y manos, pero eso ya no fue culpa suya.

Creo que ya me trasladan. Han metido mi cuerpo en una bolsa oscura con una cremallera. Oigo los comentarios de los de la funeraria. Se alegran de que haya muerto un terrorista sin tener tiempo de hacer daño a nadie. Eso creen.

93

### ***Circe***

Voy a la consulta. Encima de la mesa está una medicina habitual aquí: una caja de pañuelos de papel. Estoy sin la bata y no puedo disfrazar mi impotencia con el hábito blanco sanitario. Enciendo el ordenador y me coloco detrás de mi trinchera, la mesa del despacho. Para los pacientes es una playa a la que el mar les escupe, náufragos, tras una tortuosa singladura. Con la ropa deshilachada esperan a ver si amaina el temporal para volver a intentar nadar y mantenerse a flote. Abdelhalek hizo esa travesía real, se coló entre las costuras que hay entre la abundancia y la miseria, por el Estrecho, cuando era apenas un niño.



Ésta es una profesión de riesgo, lo sé. Pero el peligro no está en una agresión violenta de un paciente con un brote psicótico. Esos sucesos forman parte de esas noticias escandalosas en los diarios que alimentan el morbo. En la vida real, las personas con trastorno mental suelen sufrir mucha más violencia de la que protagonizan.

La amenaza real es que a mis compañeras se les mueren los pacientes en la mesa de operaciones o en la cama del hospital. A nosotros se nos mueren en las aceras, tras saltar desde la ventana de un piso alto.

### ***Abdelhalek***

Me gustaba ir a ese centro. Era el único sitio donde podía hablar sin miedo, sin miradas de incomprensión. Y eso que me metían caña; que estudiara más en la escuela taller, que nada de porros, que cuidara de mi madre y hermanos... pero yo les escondía que estaba llamado a cosas más grandes, a cambiar el mundo. Era un delirio místico, decían los psiquiatras; quizá, pero no le hacía daño a nadie y cumplía con mis obligaciones.

Me lo pasaba bien en la sala de espera. Algunos traían manzanilla para llenar el bote de orina y luego lo calentaban con el mechero o debajo de la axila. La enfermera lo sabía, pero hacía la vista gorda. Eran los que llevaban toda la vida recogiendo metadona, según me contaba. Por su indumentaria parecían haber atravesado un túnel del tiempo. Algunos estaban bastante más locos que yo. Había una que me pedía matrimonio cada vez que me veía. Pero también había personajes en los que no quisiera haberme convertido. Autómatas rígidos, sin expresión, con una panza bamboleante y andares de

monstruo de Frankenstein. No exageres, me solía decir la enfermera y me daba esperanzas de que, con el tiempo, se podría disminuir las dosis.

Espero que la autopsia no dure mucho. Esta luz blanca es muy molesta y la mesa de acero inoxidable está fría como el hielo. Aunque, ¡qué más da ahora! El tiempo no importa y mi cuerpo no me pertenece. Oigo a lo lejos los sollozos de mi madre y parientes en la puerta del anatómico forense.

### ***Circe***

Debajo de mi mesa hay un pulsador rojo que activa una alarma antipánico para avisar a la policía. Si de repente oímos un zumbido en el centro, salimos apresuradamente del despacho para socorrer a algún compañero. Casi siempre es una falsa alarma, alguien le ha vuelto a dar con la rodilla. Lo cierto es que cuando la he oído sonar es por alguien que en la consulta comienza a levantarse, a dar gritos y adopta un tono desafiante. Nada que no pase en cualquier puerta de un consultorio en atención primaria o cada día en las urgencias hospitalarias.

Hoy me apetecía apretar el botón rojo para que alguien acudiera a darme una explicación que no encuentro. Tengo consulta con un chico expolítico. Si no lo conociera y me lo encontrara en una parada de metro solitaria, saldría corriendo en dirección contraria. Tatuado hasta el último centímetro del cuerpo, con aros de dilatación en las orejas y en la nariz. Pero me alegro sinceramente de verle recuperado, porque me cuenta ilusionado que está terminando un cursillo para una certificación profesional y que en breve iniciará las



prácticas. Me ofrece ir con él a dar charlas a los Institutos sobre el perjuicio de las drogas. Me dice que con su imagen seguro que convence a más de un chaval para que no las pruebe.

—Si vas tú, con esa pinta de niña buena, no se lo van a creer, me espeta con su voz nasal.

Sin embargo, sigo absorta en mis pensamientos. Cuando termino las consultas, pido permiso para salir a buscar respuestas.

### ***Abdelhalek***

96 No estaba preparando ningún atentado. Es cierto que los chavales del piso donde me escondí veían muchas veces esos vídeos de la yihad, con ejecuciones y atentados. Les advertí que la policía acabaría por investigarles y pincharía sus teléfonos. Ellos se reían y seguían a los suyos, trapicheando, fumando hachís y riéndose. Cuando íbamos a la Mezquita, me gustaba discutir con el Imán. Le decía que Mahoma no había prohibido todas esas cosas. Él siempre terminaba echándome de la oración y decía que no estaba bien de la cabeza.

Aquella mañana tenían un mal presentimiento. Sabía que mi madre acabaría llamando a urgencias para que vinieran a por mí. Le intenté convencer de que estaba bien, que no necesitaba más pinchazos, que prefería las pastillas. Pero no me creía, decía que otras veces le había mentado. Le dije que ya no tomaba drogas ni alcohol. Le prometí que esta vez sería diferente. Le rogué que llamara al centro de salud mental para que le dijeran que no había dado positivo en ningún control. Pero fue inútil. Por eso me refugié en casa de esos amigos.



Ya está mi cuerpo en el tanatorio de mi barrio, el único que permite el rito islámico. Allí mi tío y mi primo lavan con mimo mi cuerpo y lo envuelven en un sudario blanco y tapan mi nariz y oídos con algodón perfumado.

### **Circe**

El barrio donde vivía Abdelhalek no está lejos y voy caminando. Es una zona en donde se ha ido asentando una comunidad numerosa de personas venidas de lejos. Hay quien ha llamado *el síndrome de Ulises* a quienes sufren un trastorno relacionado con el desarraigo que produce la emigración y las dificultades de asentarse en un país extraño. Leo en mi móvil algún fragmento de *La Odisea* de Homero.

A Ulises, igual que a Abdelhalek, le tuvieron que atar al mástil del barco para que no escuchara el canto de las sirenas. Quien las oye, dice Homero, corre el peligro de no regresar jamás a casa ni volver a ver a su esposa ni a sus hijos. Las sirenas estaban en la propia cabeza de Abdelhalek y, como Ulises, seguro que pidió que le soltaran y hacías señas al personal que le atendía. Pero era inútil. Ellos, igual que los marineros de aquel viaje hacia Ítaca, se habían tapado los oídos con cera derretida. Busco el portal y pregunto a un grupo de mujeres sentadas en un banco. Todas ellas cubiertas con hiyab chapurrean una explicación y consigo entender que toda la familia se ha ido al tanatorio, porque hoy mismo será el entierro. Conozco bastante bien el barrio porque me ha tocado alguna que otra visita domiciliaria. Me encuentro con Ahmed, uno de los habituales que acude cada semana a dejar orina por temas judiciales. Me mira con ojos encendidos de rabia.



Me da la mano y masculla:

—Aquí no hay terroristas. Ha venido mucha policía y han asustado a todo el mundo, a las mujeres, a los niños...

—¿Abdelhalek estaba metido en una célula yihadista?  
—le pregunto de forma directa.

—Eso es mentira, él vivía en su mundo y no le hacía daño a nadie. ¡Pobre Fátima! Ahora ¿quién va a cuidar de ella y de sus hermanos? —me dice con los ojos llorosos.

### **Abdelhalek**

Oí unos ruidos en el portal y me asomé por la ventana. Tenía miedo de que llegara la ambulancia. Sin embargo, vi una furgoneta con policías con cascos, con escudos y con muchas armas. Me entró el pánico. Apoyé el oído en la puerta y escuché cuchicheos en la escalera. Pensé que estaba todo en mi cabeza. Intenté tranquilizarme y busqué las pastillas que había comprado esa mañana en la farmacia. Fue entonces cuando se oyó un gran estruendo. Era la policía antiterrorista que había derribado la puerta con una carga explosiva. Pensé que venían a por mí para llevarme al hospital. Salí corriendo al balcón, mareado por el humo y algo confundido. Fue entonces cuando decidí tomar la decisión. Saqué las dos piernas por la ventana del patio interior. Un policía gritó desde la puerta de la cocina. Pero no le hice caso y salté.

Mi rostro, en un féretro que deja mi cadáver al descubierto, se ve risueño, casi sonriente. Estamos ya en el cementerio y el olor de los ungüentos con los que han lavado mi cuerpo lo inunda todo. Se oye el *Salat Ul Yanaza*, el rezo de fúnebre. Como soy joven, el Imán recita *Señor consuela a sus padres, recompénsales y haz de su hijo un intercesor para ellos ante Ti.*

No conocí a mi padre. Creo que ahora lo veré de nuevo. También rezaré por vosotros, enfermeras, psiquiatras, a los que os toca cuidar de otros. Sé que os impregnará la culpa, como el olor a crisantemos de estas tumbas. Es difícil evitarlo. De ella no os puedo librar yo. Es una tarea que os dejo a vosotros, para que reviséis vuestros protocolos y vuestras conciencias.

### ***Circe***

Me monto en el autobús urbano para llegar al cementerio y me distraigo mirando por la ventanilla. Pienso en los esfuerzos que cuesta en ocasiones sacar del precipicio a personas a quienes tienes agarradas por un solo dedo. Y durante varios días, meses, consigues sujetar toda la mano, y luego el brazo, y por fin la arrastras para que todo su cuerpo quede a salvo junto a ti. Hay ocasiones en que no te extraña la noticia de que, a los pocos días, haya vuelto a intentar saltar. En nuestro país el suicidio mata el doble que los accidentes de tráfico, pero hay pocas campañas para evitarlo.

Sin embargo, hay casos en los que no esperas esa reacción. Abdelhalek era un joven lleno de vitalidad. Recuerdo la vez que me invitó a un té en su casa. Él traducía lo que nos decía su madre. La trabajadora social tomaba notas y los hermanos pequeños lloriqueaban a nuestro alrededor. Insistimos en que le recordara las citas, que nos llamaran cuando necesitaran ayuda.



Al llegar al cementerio, veo salir a un grupo de mujeres con atuendos árabes y reconozco a su madre. Nos fundimos en un abrazo. Lloro murmurando *habibi, habibi*. Reconozco en ella a Penélope, la mujer de Ulises, porque también ha estado veinte años tejiendo una mortaja. Y ¿quién soy yo? Quizá soy Circe, la hechicera que da pociones mágicas y que avisaba a Ulises sobre los peligros que iba a encontrar en el viaje. No pude advertirle de todos los escollos que leo en *La Odisea, las cavernas oscuras y los monstruos funestos con garras terribles* y tristemente no he conseguido que lograra esquivar la *mansión de la negra muerte*. También lloro.

100 En el abrazo con Fátima noto en el interior de su cuerpo el temblor de la onda expansiva que ha provocado el suicidio de su hijo. Todos los que le atendimos vamos a encontrar durante mucho tiempo trozos de la metralla de la culpa que se nos ha incrustado en el cuerpo por el estallido de la noticia.

Ella me entrega una nota.

### **Abdelhalek**

Veo que mi madre cumple con el encargo y le entrega a la enfermera una carta que escribí cuando me marché de casa para advertirle de que no iba a poder soportar otro ingreso. Sabía que cuando mi yo se habitara de otras voces, de otros demonios, sería el momento de partir. Y, al contrario que en el pasaje bíblico, no serían los cerdos quienes morirían ahogados en el lago, tendría que ser yo, el endemoniado, el que debería tomar ese camino.

### ***Circe***

Fuentes policiales desmienten la motivación terrorista en la muerte ocurrida durante la operación antiyihadista. La persona fallecida estaba siendo atendida debido a sus problemas psiquiátricos.

Dejo el periódico con desazón y miro al cielo desde la ventana de la cafetería. Perdón, Abdelhalek, por no haber podido desactivar el chaleco explosivo que llevabas adosado a tu existencia. Nuestros conocimientos como artificieros del alma son limitados. Ojalá —Dios lo quiera— hayas encontrado esa Ítaca que estabas buscando.





## Todas las flores de mayo

**Juan Antonio López**

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios  
de la edición XIV (2012).*

*He vuelto a quedarme dormido en el sofá. Son las cinco y media de la mañana y aunque he intentado meterme en la cama a dormir un rato más ha sido en vano. Sin embargo, algo ha cambiado. Estoy asustado por primera vez en mucho tiempo. Llevo meses levitando sobre un mundo que no es el mío, como un globo de feria, cada vez más alto. Ahora, de pronto, la cuerda tira de mí hacia abajo. El vértigo me asfixia.*

103

*Al despertarme en el comedor sólo la luz de la televisión daba forma a las cosas. En el monitor estaba la imagen de siempre; en el reproductor, la cinta de vídeo que lleva medio año presa en sus entrañas. Ya no se oye la música. Cada vez que he visto la película se ha perdido una nota. Algún día se perderán también las imágenes. He sentido algo extraño al notar la cabeza de Layca sobre mi pierna y los rizos de su pelo enredar mis dedos. He escuchado su respiración pausada que me susurraba al oído "confío en ti, estoy en tus manos". Algo parecido a la vida vuelve a llamar a mi puerta.*

*Me ha costado tanto encontrar las palabras... Ahora, cuando al fin me decido y se enlaza una letra con otra para dar forma a esta historia, me sumerjo en los espacios y vuelvo a empezar. Será difícil recorrer una vez más la senda después de mirar durante todo este tiempo el abismo. Al principio vendrá conmigo y, con ella, sus risas, sus abrazos, sus llantos, su pelo negro, su dulce piel, su sonrisa eterna... Y, algún día, de pronto, volverá a dejarme solo. Sin embargo, no me asomaré de nuevo al vacío. Es posible que sea pronto para mí y que deba vivir cien veces, persiguiendo cada sombra, descansando en cada piedra del camino. Pero seguiré adelante, lo prometo, se lo debo a ella.*

104 *Una cosa más... Aunque escribo en primera persona, estas páginas no me pertenecen. Ahora ya lo sé. Mi nombre es lo de menos. No es la vida de dos médicos nacidos en mundos distintos, ni tampoco es la de ella. Es la vida de todos, de un mundo que nos fue dado, y que seguirá girando aunque no estemos en él, una historia que yo escribo y que firma Laura, mi niña.*

Me despedí de mi hija el treinta de agosto de 2008. Aunque en Madrid es imposible tener frío en agosto, yo tenía las manos heladas. El cuerpo me temblaba en un escalofrío incesante. La adrenalina campaba a sus anchas y me hacía bailar como una marioneta. Apenas faltaban cuarenta minutos para que despegase el avión. Secó una lágrima de la tarjeta de embarque con la yema del pulgar y, enterrando su rostro en mi cuello, me dio un abrazo que me dejó sin resuello.





—Me cuidaré, papá, te lo prometo. Quédate tranquilo, que en Navidad volveremos a vernos. Y mima mucho a mi Layca. Sabes que le gusta salir a pasear sin prisas y mejor por la tarde que por la mañana, aunque si puedes...

—Sí, sí, ya sé, mañana y tarde...

Ya no pude decir nada más. Laura cogió la bolsa de viaje y empezó a correr. Sólo se giró una vez a mirarme. Desde el pie de las escaleras la vi pasar el arco del control policial antes de continuar corriendo hacia su sueño. No había nadie en la cola. Era verano y nadie esperaba con sus maletas para pasar por el detector, nadie retuvo a mi hija unos segundos para poder verla una vez más. Agosto agonizaba y faltaban aún cuatro meses para unas Navidades que nunca llegaron.

105

La última imagen que me queda de ella resume perfectamente lo que fue su existencia; una loca y vital carrera persiguiendo ideales y capaz de estremecer el suelo que pisaban sus pies. A mí me hubiese gustado que estudiase medicina, como yo. Pero su padre no era un buen espejo en el que mirarse. Tal vez lo habría sido si no hubiese aparcado tan pronto mi disfraz de rebelde. Llegué a la universidad a mediados de los setenta, cuando las protestas, las reuniones estudiantiles para fraguar un nuevo sistema, eran un modo de vida.

En el centro de todas las huelgas, pancartas y desaires a la autoridad estábamos siempre los mismos. Luego, al finalizar la carrera, me afilié a un sindicato que abandoné cuando a los dos años me hicieron jefe de servicio. La famosa Movida Madrileña me encontró ya con el pelo engominado.



La madre de Laura soportó poco tiempo mi ritmo de trabajo. Ella siempre fue un espíritu libre. Se enamoró de un revolucionario y, sin darse cuenta, estaba casada con un médico cretino y estirado. Una mañana, cuando la niña tenía cinco años, se fue de casa. Escribió desde Ibiza, luego desde Holanda y ya nunca más supimos de ella.

106 Laura maduró demasiado pronto. Tal vez fue la sensación de abandono que provoca en una niña la pérdida de su madre o mi distante frialdad. Nunca le gustaron la música o los deportes que le busqué como actividad extraescolar para ocupar las horas que el hospital requería de mí. Sin embargo, era feliz en los grupos de colonias que organizaba la parroquia del barrio. Lo que comenzó como un entretenimiento se convirtió pronto en su razón de vida. Con doce años, Laura era la responsable del grupo de los más pequeños. Todos sus ratos libres los pasaba en el local social, con los niños u organizando sus actividades. Un fin de semana de cada ocho, de viernes a domingo hacían salidas a albergues de la provincia, y, con un poco de suerte, eran dos salidas en lugar de una. Evidentemente, yo estaba encantado y mi agenda profesional, también.

Sin darme cuenta, Laura estaba en la escuela de enfermería. Lo único que heredó de mí, al margen de la facilidad para las lenguas, fue su dedicación a los enfermos, aunque en su caso, diría más bien a los débiles, a los frágiles. Pero ella no quería pasar seis o siete años en ninguna facultad de medicina, ni seis o siete horas sentada en un despacho. Si la hubiese observado un poco más, si hubiese leído entre líneas al hablar con ella, me habría dado cuenta antes de que Laura era como su madre, un alma pura, ajena a las fronteras y a los dictados



del hombre. De haber estado atento a esos sutiles detalles, sus palabras no habrían atravesado mi cuerpo como una lanza el día de la entrega de diplomas.

—Papá, me voy a la República del Congo, a Goma.

Para cuando me dio la noticia ya lo había organizado todo: el viaje, las vacunas, el pasaporte... Llevaba meses preguntando en organizaciones no gubernamentales. En la mayoría de ellas, su edad, veinte años, y su escasa experiencia profesional fueron un obstáculo. Sin embargo, pudo contactar mediante la parroquia con una congregación religiosa que llevaba años trabajando en Kivu del Norte y que no puso ningún impedimento. Las siguientes palabras congelaron mi sangre.

—Voy a colaborar a un campamento de refugiados. Es algo que tengo que hacer ahora o no lo haré nunca.

Me llamó desde Goma, a los dos días de su partida, después de hacer escala en Alemania.

Goma era también conocida como “la ciudad de los muertos”. La guerra fratricida que llevaba años desangrando aquel país africano había atestado de campos de refugiados los alrededores de la ciudad. Luego, en el invierno de 2002, el volcán Nyiragongo dejó claro que las desgracias que allí había llevado el hombre no serían las únicas en pasear por sus calles. Casi medio millón de personas fue evacuado de aquella zona durante esos días, escapando del violento avance de la lava. Los campos de refugiados, dejados de la mano de Dios y del hombre desde hacía varios años, fueron abandonados a su suerte.



A uno de esos campos de penuria y desolación fue a parar mi niña, con los ínfimos recursos que la congregación religiosa obtenía de occidente, su cándida ilusión y su obstinado vigor juvenil.

En el hospital de campaña conoció a Mweze y Kayembe. Kayembe había sido herido en el abdomen con una especie de daga oxidada tratando de proteger a su madre de unos indeseables. Las mujeres eran carne de cañón en aquellos territorios. No pudo hacer nada por ella y, a duras penas, pudo salvar la vida. Lo llevaron a la tienda de campaña que hacía las veces de hospital la misma tarde que Laura llegó al campamento.

Kayembe tenía quince años; su hermano Mweze, apenas nueve. Hijos de Sylvain y Yerodia, eran los dos últimos supervivientes de su familia. Sylvain había sido un médico de reconocido prestigio en la provincia de Kivu del Norte. A lo largo de los años supo vadear con maestría los cambios de gobierno que fueron sucediéndose en el Congo. Las generosas dádivas en forma de cobre, plata, oro, uranio o diamante con que la tierra obsequiaba a aquel lugar de África siempre fueron botín preciado para el mundo occidental.

Las piedras que emanaban de las entrañas del planeta pagaban sobradamente los pretextos para que naciones y tribus hermanas luchasen entre sí. En menos de veinte años, lo que un día había sido un inmenso jardín repleto de vida, fue saqueado, arrasado por miles de incendios; las nuevas generaciones aprendieron a vivir de las limosnas de Occidente, a montar y a desmontar fusiles con los ojos cerrados, pero olvidaron los ciclos de los cultivos; los ríos fueron contaminados por los vertidos



de las minas o por tribus rivales y las bestias de cuatro patas murieron para dejar espacio a otras bestias que caminaban erguidas. La familia de Sylvain no fue ajena a ese panorama desolador. Un día cualquiera, uno de esos días en los que las cafeterías y las tiendas del centro de Madrid están llenas de gente que protesta por los precios, por los atascos, por el frío o el calor, un grupo de mercenarios entró en casa del médico y, ayudados por machetes y fusiles, ajusticiaron a Sylvain, a Majune, el hijo mayor que lo ayudaba en la consulta y a los pacientes que esperaban para ser visitados. Yerodia, Mweze y Kayembe salvaron la vida porque habían ido a la ciudad a comprar.

Cuando vieron las llamas en las granjas vecinas ya no intentaron acercarse a casa. Se escondieron durante tres semanas en los bosques del Nyiragongo antes de dirigirse a Goma. Malvivieron en los campos de refugiados dos meses antes que aquellos salvajes atacasen a Yerodia. Y luego todo terminó.

El mundo conocido por Kayembe y Mweze abarcaba la distancia que los separaba. Laura no necesitó que las hermanas de la congregación le dijese nada para volcar todas sus energías en aquellos dos hermanos. El pequeño, además, le recordaba a uno de los niños que había llevado en los grupos de la parroquia. Durante cuatro noches los hermanos durmieron en el mismo camastro. Mweze le daba a su Kayembe su ración de comida. Estaban acostumbrados a pasar los días con un par de sorbos de agua y un puñado de engrudo de cualquier cosa. Laura no tardó en darse cuenta.



Empezó demasiado pronto a repartir la poca comida que le correspondía, al tiempo que pasaba con ellos las exiguas horas que los quehaceres en el campamento le permitían. La recuperación de Kayembe fue una de las primeras recompensas y, por qué no decirlo, escasas, que mi hija obtuvo de aquel lugar.

El tiempo en el campo de refugiados pasó volando. Laura se dedicaba a repartir ropa, comida, agua, medicamentos elementales, a limpiar mínimamente a los heridos o enfermos... Aunque mi pequeña comprendió pronto que su labor más importante en aquel campo de refugiados era mantener a los vivos alejados de los muertos. Las epidemias arrasaban todo aquello que la barbarie y la codicia no habían podido aniquilar.

110 En los tres meses que estuvo allí, sólo hablamos nueve o diez veces por teléfono. Le dije que volviese, que allí no había nada que hacer, que enfermaría si no regresaba pronto. Pero siempre me contestó lo mismo, que aquel era su sueño, que había mucho trabajo por hacer, que aquellos niños lo merecían todo...

La última vez que hablamos su voz era apenas un murmullo, un susurro roto por el cansancio. Sin embargo, sus palabras eran pura alegría.

—¡Papá, papá! Hoy he ayudado a nacer a un niño, yo sola, sin ayuda del médico. ¡Dios mío, es maravilloso! Y venía mal ¿sabes?, venía mal, con los brazos por delante Si lo vieras... Es tan guapo...

No puedo explicar mucho más. La de mi hija no fue una gran aventura. Eso queda para las películas americanas o para los libros de más de quinientas páginas. Simplemente entregó su vida a aquella gente.



Su muerte no fue portada en las noticias de televisión ni en los diarios. Un día me llamaron al hospital las hermanas de la congregación. Mi hija estaba muy débil. La fiebre y la diarrea habían hecho mella en su delgado cuerpo. No podía hablar, deliraba. No querían exponerse a un traslado. Le pusieron suero, antibióticos... Para cuando tuve arreglados los papeles, era demasiado tarde. Mi hija había dejado su casa, su mundo impoluto, perfecto, para ayudar en aquel infierno y murió como tantos millones de africanos, en un camastro, sola, sin padre ni madre que la acompañasen, por una salmonella o una gripe intestinal que en mi hospital habría solucionado con cuatro sueros, cualquier antibiótico y un poco de sopa caliente.

De mis días en el Congo guardo pocos recuerdos: la bolsa negra que envolvía su cuerpo, las interminables conversaciones con las fuerzas armadas internacionales para repatriar el cadáver, el olor a muerte y la rabia, sobre todo, la rabia. La fingida calma que había mantenido durante los días previos, dio paso a un furibundo ataque de ira, con gritos, golpes y blasfemias de todo tipo hacia la gente, nativa o extranjera, que vivía en el campamento cuando pude ver que mi hija no llevaba en su cuello el colgante que le había regalado al cumplir quince años.

Aquel había sido un día especial. Siempre habíamos celebrado juntos su cumpleaños. La mayoría de veces compraba enormes bolsas de comida china para cenar en casa, aun sabiendo que sobraría casi toda. Le encantaba. Me gustaba verla disfrutar de su momento, de su regalo... Para sus quince años parecía que iba a ser imposible mantener la tradición. Laura tenía salida ese fin de semana con el grupo de la parroquia y yo tenía que dar una ponencia en un congreso nacional de tantos



que se celebraban. En cuanto bajé del estrado no me lo pensé. Fui a la joyería más cercana, pasé por el primer restaurante chino que vi abierto y me subí en el coche en dirección a la sierra. La cara que puso cuando me vio llegar no he podido olvidarla, ni creo que lo haga jamás. Comimos con los niños y el resto de monitores. Luego me llevó a una ladera que había cerca del refugio donde se albergaban. Nos tumbamos en el prado y ella apoyó su cabeza en mi hombro, como hacía cuando era pequeña. El sol de la tarde se reflejaba en el colgante y apenas podía mirar su rostro. Fueron unos minutos mágicos. Sus ojos se fundieron con el cielo y con las flores que acunaban nuestros cuerpos. “Si el Paraíso existe debe parecerse a esto. Es un buen sitio para pasar la eternidad. ¿No te parece?”. No sé si moví la cabeza o sonreí a las palabras de Laura. Lo único seguro es que en ese momento comprendí que mi pequeña se había convertido en toda una mujer.

Volví a Madrid en un avión militar acompañado por soldados que regresaban para celebrar las Navidades en familia. Yo llevaba el cuerpo de Laura. Dos días más tarde fui solo al refugio donde habíamos celebrado sus quince años y esparcí allí sus cenizas. Estábamos a principios de diciembre y no había flores en “su ladera”.

No contaré lo que pasó los meses siguientes. No es difícil de imaginar. Momentos malos sucedieron a otros peores. Un día, hace un par de semanas, los jardineros del ayuntamiento estaban trabajando en el parque bajo los tibios rayos de abril. Habían cambiado los aspersores que estaban rotos y colgaban los carteles que avisaban de la tala de ramas. Algunos de ellos, saneaban el césped y echaban nuevas semillas que no tardarían en brotar.





El perro no tenía ganas de pasear, ni yo de subir a casa. Hacía una hora que estaba sentado en las escaleras de mi edificio, escribiendo cosas absurdas en una libreta. Podría haber pasado días enteros allí plantado. Nada cambiaría. Los vecinos habrían pasado a mi lado en discreto desfile, yo seguiría escribiendo idioteces, el perro permanecería sentado a mis pies, y la primavera continuaría su lento pero irremediable avance, cubriéndome de polen y recordándome con cada flor, con cada nido, que la vida no se para ante nadie. Seguramente estaba deseando que el perro se fuese con los jardineros para hacer su vida más alegre y la mía más sencilla, cuando el chico de piel negra llamó al interfono de mi casa. La primera vez no hice caso. Cuando volvió a insistir, me incorporé.

—¿Qué quieres?

113

—Me llamo Kayembe. Traigo un mensaje de Laura.

Ahorraré los detalles. Aunque no me sobraba la energía, empujé al muchacho con tanta rabia que lo hice rodar por las escaleras. Luego me mostró el colgante de mi pequeña...

Kayembe había cruzado selvas, estepas, desiertos y montañas en Ruanda, Uganda, Sudán, Chad, Níger, Mali, Mauritania y Marruecos. Acompañado por su hermano, se había desplazado en camiones, en autobuses, en camellos, a pie y, finalmente, en patera. Habían viajado solos o formando parte de ingentes multitudes de apátridas, en caravanas de refugiados protegidas por cascos azules o en grupos clandestinos de mercaderes que comerciaban con emigrantes y sueños. Habían aprendido de pastores y de señores del desierto a oler el viento, a mirar en dirección al sol, aún en días



de tormenta, a caminar de noche con la estrella Polar como única brújula. Llegaron a Conil en patera y, de ahí, a Madrid. No les importaba vivir en la calle. Ya saldrían adelante. El averno había quedado atrás. Pero antes tenían una promesa que cumplir.

Fue así como supe que los dos hermanos habían acompañado a Laura en sus últimos días. Después de la recuperación de Kayembe, nunca llegaron a separarse del todo. Ellos ayudaban a limpiar el campamento, a portear bultos o montar tiendas y a cambio recibían algún extra de comida y fabulosas historias de un mundo mejor. El muchacho me contó que mi hija le dijo la noche antes de morir que podía coger todas sus cosas de valor con una condición, que abandonasen aquel campamento inmediatamente y que algún día me trajesen su colgante favorito. Porque ella sabía que no viviría.

114

Hasta el final, Laura dibujó pequeños sueños, aún con la certeza de que no sería ya la protagonista de ellos. Imaginó a dos muchachos atravesando media África persiguiendo una vida mejor y a su padre, triste y cansado, aferrándose a un pequeño colgante con los ojos húmedos.

*Ya termino. Se me acaba el papel. El sol ha borrado la penumbra de las calles y de los parques que rodean este piso. Me llegan de la habitación que una vez fue de Laura las respiraciones profundas de dos chicos que descansan tranquilos. Layca toca mi pierna con el hocico. Le toca salir. Hoy es sábado y podremos entretenernos un rato más. Mañana volveremos al refugio. Me será casi imposible llegar a sentirla. Tampoco importa. Sé que está ahí, aunque no pueda tocarla, que siempre ha estado, aun cuando mis*



*oídos no le prestaban atención, que estará eternamente, después incluso de que mis ojos se apaguen. Me gustaría sentarme a los pies de “su montaña” y poder divisar por mí mismo lo que ella veía. Desearía gritar al viento que soy capaz de aletear entre los millones de flores que desde allí se contemplan, que estoy dispuesto a difuminarme en el colosal tapiz de colores que tejen un año sí y otro también sabiendo que, hagan lo que hagan, el sol tendrá que secarlas. Pero me conformo con seguir caminando, sin asomarme al vacío. Te lo debo, Laura.*





## El otro José

**Ana María Medina Reina**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XVI (2014).*

Sus aguas amnióticas calaron mis ropas descendiendo por el pecho hasta el suelo. Teñidas por el meconio y la suciedad de aquellos que llegan sin ser queridos. Nacido en un retrete de aguas negras. Retenido con encomio hasta ese instante por la fuerza uterina de tu madre adolescente. El calor de tus fluidos y los de tu madre, se había deslizado goteando sinuoso a través de mis dedos hasta los codos. El baño estaba a oscuras y no podía ver nada, pero sentía la espesura de esa sangre penetrando por los poros de mi piel. Los de la mujer blanca. Diluida por el agua nutricia que te había alimentado generosa hasta ese momento. Para cesar de hacerlo. Ya nunca más.

117

En momentos como ese me preguntaba qué hacía allí. Podía trabajar como enfermera en muchos sitios, pero entre todos ellos había elegido ese pequeño hospital en Nigeria. Perdido en un suburbio en medio de un aserradero. Hacía más de un año que trabajaba de cooperante allí y no era el primer niño que recibía en ese lugar. Siempre que sucedía algo así, repasaba mentalmente el protocolo que seguiría si estuviera en el hospital europeo donde solía trabajar antes y la culpabilidad se abría paso en un lugar que existía más allá de mi cerebro.

Allí no había ni pediatra de guardia, ni incubadora, ni equipo de reanimación. Sólo unas tijeras, una pinza para clampar el cordón umbilical y mis manos temblorosas.

Pero de alguna forma ese día, a pesar del agotamiento, la sangre y el agua del nacimiento parecían impulsados por una fuerza telúrica hasta mi propio torrente sanguíneo. Agua y sangre negra absorbida por mi piel blanca para darme una fuerza nueva. Justo en ese preciso segundo. Un pequeño niño negro llamado José y una mujer blanca mirándose a los ojos y reencontrándose en ese suelo mojado y sucio.

118

La niña-mujer, tu madre, me contó más tarde vuestros pasos por la tierra rugosa y agrietada del suburbio. Y a partir de ese momento, deseé que tu historia se quedara conmigo ese día y el resto de mis noches para poder susurrártela más tarde al oído, José. Para que supieras que no eras hijo de las nubes que cubren constantemente a la caótica Lagos, sino un rey de carne que sería capaz de sostener erguida y con orgullo la cabeza de tu madre.

El día en que naciste, ella había recorrido por horas la gran urbe de Lagos. Sacudida durante horas por diferentes pieles y acentos. Sometida por los sobresaltos de un tráfico infinito. Una vecina que de vez en cuando le ayudaba, la vieja Tiyi, le contó que, en los suburbios del aserradero, unos blancos habían abierto una clínica para pobres. Un pequeño edificio que parecía flotar entre las aguas fétidas que transportaban los árboles muertos, flotando entre inmundicias hasta su destino. Tu madre pensó al verlo que esa pobre madera muerta nacida para ser mutilada y cortada era igual que ella. Sin tierra a sus pies, ni dioses Orishas ancestros a los que rezar en su lengua yoruba.



La noche anterior a tu nacimiento, tu madre sintió cómo el calor húmedo que infiltraba sus pulmones era interrumpido por esas erupciones que se abrían paso entre sus muslos. Apretó con fuerza las piernas intentando sofocar esa presión que pugnaba por salir de dentro. Con dolor. Pero al amanecer, una ola de agua clara como la que rodea la blanca isla Ikoyi, había empapado la entrada de su choza. La vieja Tiyi rió y batió palmas para avisar a Yemaya, la madre tierra. También llamó corriendo al resto de las vecinas para preparar la llegada del curandero. Pero tu niña-madre había olvidado rezar desde hacía varias vidas. Temió el momento en que esa nueva carne se abriera paso. Tanto como la otra carne, que de noche abrió también en ella, con violencia, otra oquedad más profunda. La niña no quiso que el curandero pusiera dentro de ella las hierbas del nacimiento. Ella había visto antes con sus propios ojos, como ese emplasto verde era introducido en el lugar donde surgía el dolor de las preñadas, para hacerlas parir entre convulsiones de fiebre. Y ella no quiso. No quiso sufrir más. Sólo deseó convertirse en algo ligero para poder volar sobre el agua clara del lago.

119

Por eso tu madre escapó y una furgoneta la llevó a través de las calles ardientes. Atestadas por los miles de alientos que formaban el aire pesado y aceitoso de Lagos. Almas innumerables en medio de la pestilencia de esos cuerpos sucios que no paraban de trabajar. Vivían respirando el aire impregnado por olor a vísceras y carnes colgadas en las calles, esperando el oráculo de los dioses, saludando al sol.



Las contracciones se hicieron más frecuentes y dolorosas en las últimas dos horas de trayecto. Notó la presión en sus cimientos, sintió ganas de pujar al niño y a su miedo. Tiyi no le contó lo que pasaría a continuación. Cómo llegarías al mundo. El sol alcanzó a su punto más alto cuando empezó a ver troncos acumulados en las aguas de la laguna. Adivinó el lugar por la bandera blanca con la cruz roja que se alzaba en medio de las chabolas. Ya llegaba.

Las piernas le temblaron mojadas, tenía que ir al baño. Sintió que no podía más. Cuatro horas de un camino que la empujaron y arrastraron hasta ese momento que ella no deseó. Abrió sus nervios de par en par ante la indiferencia del mundo, preparada para su silencio.

120 Al llegar al hospital, algo tiró de ella hacia el núcleo mismo. Por eso se encerró en el lavabo sin atender la llamada de las enfermeras y los letreros de bebés sonrientes. Ella ya no podía sonreír. Pero eso dio igual entonces, sólo deseaba detener esa pulsión. Sollozó, un puño insoportable llevaba horas golpeándole los riñones. También golpeó su cabeza, con el ritmo del tambor del curandero de Tiyi. Llamando a Yemaya. La madre tierra, que ofrece generosa la sombra fresca del sicomoro, el jugo de la papaya que cae y fecunda las almas de sus hijos.

Tu madre gritó cuando sintió el desgarró de pliegues y tejidos, alumbrando a un niño que sería para todos los demás, otro invisible. Fuiste recibido en el manto negro y frío del agua estancada que escapaba por las tuberías del baño. Ungido por la sangre de otra virgen que no dijo sí, aunque también estaba llena de gracia.





Por eso aparecí yo, una enfermera de manos blancas, para recogerte de entre las piernas de tu madre. Allí estaba, acuclillada en el suelo del baño, entre fluidos y llantos insistentes, escuchando tu voz. Vi tus ojos inmensos mirándome y reconociéndome. Agarrando con fuerza mis dedos y pidiéndome una protección que no podía darte. Tu madre niña apartó entonces el rostro de ti, saturada de tanta vida. Dejó que su útero expulsara las raíces que le anclaban todavía a tu carne.

—Soy libre —me dijo. Y esas palabras me dieron miedo. Parecía que con ellas quería terminar una larga historia, la tuya.

Agarrándose las ropas se incorporó despacio, apoyándose en la pared. Yo te apreté contra mi camiseta empapada. Tus labios se movieron contra mi cuello, buscando un pecho que te recibiera. Pensé entonces en mi pequeño sobrino, Luis ¿Hubiera sentido al cogerle en mis brazos esa misma sensación exultante?

No lo sabía. Mi sobrino nació en un aséptico y equipado hospital de Madrid. Mi hermana acudió a todas sus citas prenatales, a sus clases de preparación al parto e incluso a clases de yoga para embarazadas. Esto lo sabía gracias a las fotos y los *emails* recibidos. Unas breves palabras intercambiadas con mi hermana la noche del nacimiento de Luis, fueron mi única conexión con ese gran momento. La alegría que percibí al otro lado del teléfono, en el revuelo de exclamaciones de mi madre y de mis tías, no logró llegar hasta mí. El sentimiento no soportó el viaje por cable. Sus voces conocidas me parecieron hablar en un idioma diferente al mío y no atravesaron la frontera.



Al hablar con mi hermana, me pareció estar felicitando a una antigua compañera de clase. Todos ellos pertenecían a una tribu que se reunía en torno a la mesa, reproduciendo unos gestos y cantando unas canciones que ya no eran las mías. Mi único lazo vivo con ellos era la fotografía de mi padre, también José, como tú, pequeño. Sus ojos me discutían las decisiones tomadas a lo largo del día y se reía de los miles de malentendidos y equivocaciones que cometía al intentar hablar en dialecto local. Él era lo único presente y vívido de mi otro yo pasado, a pesar de que su cuerpo se había unido a la Yemaya, perfectamente rotulada, de un cementerio madrileño.

122

Sin embargo, contigo, José, me sentí exultante. Por un instante formé parte de las líneas de un ejército vencedor, aunque nunca supe exactamente quién era el enemigo. Pero no tuve duda de la victoria. Tú, José, eras la prueba. Al mirar tu cuerpo manchado, traté de secarte con la escasa porción de tela que me quedaba limpia. Me pareció ofensivo que tú y tu madre estuvierais sucios, con dolor y frío. Imaginé a mi hermana entre sábanas blancas y al pequeño Luis envuelto en la toquilla de lana y lazos que su abuela le habría tejido. Exhalé mi enfado ante esta ofensa que a nadie más molestaba y me puse en movimiento. Tenía que llevaros a la sala de maternidad y atenderos debidamente.

Acosté a tu madre en una cama oxidada con dosel de reina y lavé su cuerpo con la veneración que las mujeres de mi familia reservaban para su hermana. Esa que habitaba en otro continente y que había alumbrado entre los pulidos edificios blancos y grises. Cambié sus sábanas y le di de beber agua fresca. Me quedé con ella un rato mientras me relataba su camino hasta la clínica.



El sueño la venció al poco. Necesitaba dormir y olvidar, aunque fuera por un rato. Tú descansabas a su lado, esperando su pecho.

Os dejé a los dos entonces dormidos, protegidos por una gran mosquitera blanca. Arrullados por el zumbido del ventilador del techo que hacía meses funcionaba de forma ininterrumpida. Otros pacientes estaban llegando a nuestra puerta y debía atenderlos de inmediato. Naciste en la estación de las lluvias y la malaria hacía estragos entre las gentes cuyas casas se encontraban al borde de la laguna. Había muchas fiebres que atender, mucha anemia que tratar, mucha hambre que reconocer. Pasé esa noche en el ala pediátrica.

Luchando contra la mano fuerte que había apesado los pulmones de un bebé aquejado de sarampión. Iba de cama en cama. La hilera no parecía tener fin nunca y me encontraba agotada. Era ya de madrugada cuando conseguimos estabilizar al niño con sarampión. Le dejamos respirando el oxígeno que nos quedaba en la última bala de depósito. Apenas llegaría para otras dos horas.

Pensé que a la mañana siguiente me tocaría discutir de nuevo con la empresa distribuidora para que entendieran la necesidad de mandar el nuevo pedido de inmediato y no dentro de dos días. Y eso redobló el peso que sentía sobre los hombros. Sin embargo, la sensación de victoria que tú habías traído a mi interior, no me abandonó, José. Cuando llegara a casa esa noche, tendríamos mucho de qué hablar mi padre y yo. Casi podía sentir el tacto de su mano en mi mejilla mientras decía: bien, bien... Lo mismo que cuando miraba mis dibujos y los aprobaba orgulloso cuando era niña.



Antes de recoger mi mochila para marcharme, pasé por la sala de maternidad, apenas ocho camas, para despedirme de vosotros. Tú movías piernas y brazos tratando de zafarte de esa toalla apretada con la que te habían envuelto. Nunca te gustó que limitaran tus movimientos, habías nacido para la danza. Pero tu madre estaba inmóvil, de costado. Al girarla, unos ojos abiertos y de pupilas dilatadas me miraron. Debía haber sentido frío en la noche, y se había cubierto con la manta oscura que siempre dejábamos a los pies de la cama. De esta manera silenciosa, la hemorragia debía haber comenzado hacía horas empapando compresas, telas, manta y colchón. Tu pequeña madre, una niña pálida de grandes ojos rasgados, quedó vacía por fin de ira, desprecio, violencia, indiferencia y sangre. Sólo quedabas tú, José, como testigo y prueba de su existencia. Avisé a las matronas. Eran muy pocas para atender a tantos partos y tantas complicaciones. Muchas madres llegaban sin ninguna atención prenatal ni control alguno. Tras dar a luz, las mujeres dependían de la asistencia de alguna mujer de la familia que las acompañase. Tu madre llegó a nosotros sola y se marchó de la misma manera.

Cerré sus ojos con mis manos y la cubrí con la manta. A ti te recogí de entre ese mundo de muerte y te sujeté a mi pecho con una de las telas que tu madre había traído en un hatillo. Esa sería la mantilla sin la que no podrías dormir a partir de ese momento. Su olor te adormecía y te calmaba de inmediato. El último legado de tu madre.

Salí al patio exterior contigo y respiré el olor a madera y humo que llegaba del aserradero. Algo comprimía mis vísceras por dentro y el sudor corría por mi espalda. En realidad, no habíamos ganado a nadie. El peón siempre



pierde. El enemigo se había escondido debajo de la manta de tu madre mientras yo estaba ocupada en otra sala para terminar su trabajo. Recorrí el perímetro del muro que rodeaba la clínica intentando recuperar el control. No lo lograba.

Me apoyé con ambas manos en la pared del muro intentando que el aire llegara al fondo de los pulmones más despacio. Saqué el teléfono móvil y marqué el primer número de la agenda sin mirar. Al otro lado de la línea surgió la voz de mi madre, preguntando.

—¿Quién es?, ¿quién es?

Vacilé. Deseaba más que nada poder hablarle de mi fracaso. Necesitaba escuchar, necesitaba hablar, necesitaba cualquier cosa que me alejara de esa sensación de desaparición que crecía a marchas forzadas a través de mis venas. Pero mi madre no lo lograría. Ella pertenecía a otro planeta que era ya inalcanzable para mí. Hablábamos idiomas ininteligibles. Mi pasaporte portaba el sello y la fecha que demostraban la salida de su país. Colgué el teléfono. El vacío de las pupilas negras de tu madre me miraba esperando una respuesta. Y no la había. Sentí entonces cómo en minutos dejaría de ser humana. Sólo quedaría de mí la carne y la forma, nada más. Entonces tu mano se agarró con fuerza a un mechón de mi pelo. Movías tu rostro a un lado y otro sobre mi pecho, rozando tu nariz contra la camiseta. Buscabas el alimento que necesitabas desde hacía horas. Lamenté mi olvido y volví a la sala pediátrica para preparar un biberón. A medida que el nivel de leche descendía, el mundo pareció reordenarse un poco. Eso era lo que yo era y hacía. Era una enfermera. Alimentaba, curaba, cuidaba.



Intentaba eliminar una pequeña porción de sufrimiento. Creí que la enfermedad era un código válido para regular mi vida. Ya nunca más. Nada era seguro. Sólo tu calor y la presión de tu cuerpo contra el mío eran reales.

Al amanecer, la matrona Chinyere tomó tu placenta José, y esperó en la parte trasera de la clínica. A falta de familiares, nosotros debíamos cumplir con el rito que te ligara para siempre a tu lugar de nacimiento. Yo te recogí de la cama donde habías quedado dormido tras tu primera comida y te metí dentro de mi camisa, asomando tu cabeza y la mía por el mismo cuello. Fuimos todos en procesión hasta los pies del árbol de sicomoro que daba sombra al edificio.

126 Seguimos el mandato de esos ancestros que no habían acudido a tu nacimiento. Por eso Chinyere cavó un hoyo en la tierra, para devolverle parte de lo que era suyo. En el fondo del hoyo dejamos tu placenta. Esa bolsa de agua y sangre te guiaría en el fin de tus días y te ayudaría a renacer de nuevo en África. Seguirías por siempre el camino del asombro bajo ese mismo sol.

Miré a tus ojos, hierba oscura desde mis pupilas fieras por el desafío. Sentí que el silencio nos cubría a ti y a mí, envueltos por el frescor de ese amanecer diferente. Acerqué mis labios a tu oído y susurré el nombre de mi padre en tu interior: ¡José, José!. Deseando que su espíritu te inundara y fuera desde entonces también tu antepasado. Para que al final de nuestros días los tres pudiéramos recorrer juntos, como la savia espesa, las líneas del tronco del sicomoro.



## Los Ángeles también sueñan

**Jesús Perezagua Delgado**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XIV (2012).*

"A pesar de los pesares, siempre hay alguien que nos quiere,  
siempre hay alguien que nos cuida..."  
Raúl Ornelas. *Esta vida*. 2004.

Aquel verano de 2011 tuve mi primer contrato laboral como enfermera. Fue de tan sólo tres meses, pero me dio la oportunidad de conocer a unas compañeras tan especiales, que me cambiaron, de alguna manera, la forma de ver la vida. Ellas y una enferma de las que te dejan una huella imborrable de por vida. Porque, al fin y al cabo, esta es una historia tan impregnada de humanidad como de infortunio, de ángeles y demonios, de ternura, compasión y sufrimiento.

Ocurrió en la planta de Medicina Interna de un hospital de Toledo. Allí conocí a Ionela, una joven rumana, de 29 años de edad, que llevaba allí ingresada cerca de siete años. De entrada, esto no es habitual en un hospital general. Como tampoco lo es su desdichada historia.

Ionela quedó embarazada de su novio a la edad de 19 años. Según cuentan, en el tercer mes de gestación viajó a su país con la intención de cuidar a su padre, enfermo de tuberculosis. Poco pudo hacer por él: a las pocas semanas de llegar a Rumanía el padre murió y ella volvió de nuevo a España. Sin saberlo, aquel viaje fue su perdición.

Después de un embarazo y parto aparentemente normales, una meningitis tuberculosa la confinó en la habitación de un hospital a los pocos días de dar a luz. Apenas conoció a su hijo, pues el régimen de aislamiento a que fue sometida la separó de él a los pocos días. En realidad, nunca más volvió a verlo. El agravamiento del proceso se encargó de ello, sumiéndola en el estado vegetativo persistente en el que aún se encuentra. Su familia se hizo cargo del recién nacido.

128

Con el paso de los meses empezó una peregrinación de hospital en hospital, nadie sabe por qué, hasta que llegó a éste de Toledo. Estuvo primero en Cuidados Intensivos, poco más de un mes, hasta que se le retiró la ventilación asistida con que llegó. Antes de salir para la planta, todo el hospital ya conocía el caso de Ionela y, cuando por fin llegó a su nueva habitación, la expectación del personal era enorme. Desde el primer instante fue recibida con mucho cariño: todos se volcaron con ella.

Al principio, la familia la visitaba a diario. El novio también. Pero la falta de medios económicos, el tener que cuidar al niño y la desesperanza hicieron que las visitas se distanciaran cada vez más. El padre de la criatura las distanció a más velocidad, pues al cabo de dos meses desapareció de la escena. Dicen que volvió





solo a su país, donde reinició una nueva vida. A los dos años del ingreso, un aciago día, una hermana la visitó. Llevó en esa ocasión al hijo de lonela, que tenía unos dos años de edad. Alguien presenció que el niño se agarraba a las piernas de su tía y la llamaba mamá. Eso fue hace cinco años y nunca más volvieron.

Recuerdo perfectamente mi primer encuentro con lonela. Entré a la habitación sola y me situé frente a ella. Estaba dormida, acostada en la cama con la cabecera elevada, rodeada de almohadas que la mantenían en una postura correcta y la inmovilización adecuada. Tenía los ojos cerrados y, los brazos y muñecas flexionadas. Me atrajo enseguida la belleza y armonía de sus facciones. Su piel blanquita y limpia, como de adolescente; labios levemente sonrosados, tiernos; cabello rubio claro, liso y bien cuidado. ¡Qué carita más hermosa! Se la veía tan delicada, tan frágil e indefensa, que inspiraba ser cuidada y protegida con mucho cariño. Puedo jurar que pensé que era un ángel dormido.

129

Paseé la mirada por la habitación. Limpia y ordenada, sobre el armario destacaba el colorido de algunos muñecos de peluche que le habían comprado mis compañeras. En la pared de enfrente de la cama, dos fotografías de un bebé de pocas semanas que dormía en su cuna: su hijo. Debajo, un trozo de papel cortado a mano, con prisas, con unas líneas escritas a bolígrafo donde, en medio español medio en rumano, alguien dejó, hace tiempo, un teléfono con este mensaje: «*llamar in cazul grave*». Mis ojos volvieron a posarse en ella, y no pude evitar acordarme de Dios.



Era digno de verlo bien cuidada que estaba. Tanto años en ese estado y su piel estaba íntegra, con una ausencia total de lesiones; ni un enrojecimiento siquiera. Junto a la ausencia de edemas, bien hidratada y alimentada, el pelo limpio y las uñas recortadas, se dejaban entrever unos cuidados adecuados y continuados en el tiempo. Una higiene impecable, una cama confortable y segura, colchón antiescaras de presión alternante, pañales absorbentes, lavado de la boca, vaselina en los labios, aseo de la mucosa nasal, cuidado de los ojos, masajes con productos especiales... Nada escapaba a las expertas manos del equipo de enfermería. Me conmoví cuando llegó a mis oídos que el personal de la planta mantenía, desde hace años, un fondo común para comprarle todo tipo de productos cosméticos para el cuidado de su delicada piel.

130

Todos los movimientos se realizaban de forma suave y pausada para no causarle dolor. Los cambios posturales, levantarla a un sillón, alimentarla... Todo era realizado por el personal con la misma delicadeza que se trata a un bebé. ¡Como si una madre cuidara a su bebé! Parecía como si quisieran brindarle los cuidados que ella no pudo ofrecer a su hijo... Y así llevaban cerca de siete años, sin bajar la guardia, sin caer en rutinas, sin caer en el desánimo.

Desde aquel día que la vi por vez primera, «la niña», como así la llamaban todos en la planta, me cautivó por completo. Y no era la única a la que le ocurría esto. En su puerta, siempre abierta, se detenían todos los que por allí pasaban: enfermos, familiares, trabajadores... A todos ellos «la niña» les inspiraba una extraña mezcla de lástima y ternura, de compasión y dolor. Y no faltaba quien se acercara a rezar a su puerta, o a dejarle alguna estampita de algún Santo o Virgen en la mesilla de noche.



Sin lugar a dudas, era la mesilla que atesoraba la mayor colección de estampitas de todo el hospital: a las clásicas de San Judas Tadeo, San Antonio, San Miguel Arcángel o el Sagrado Corazón de Jesús, hay que añadir las locales, como la del Niño de la Guardia, el Cristo de Urda o La Caridad de Illescas. Una tarde, una humilde señora de avanzada edad, enlutada como lo hacían antaño las mujeres en nuestros pueblos, me dijo que rezaba por ella todos los días al mismo tiempo que lo hacía por su hija, enferma de cáncer en una habitación contigua.

Sin embargo, la historia clínica de «la niña» no dejaba margen para la esperanza: «No manifiesta conciencia de sí misma ni del entorno, aunque mantiene una cierta conciencia. Es incapacidad para relacionarse con otros. Ausencia de respuesta voluntaria y controlada al estímulo visual, auditivo o táctil. Ausencia total de expresión o comprensión del lenguaje. Incontinencia de ambos esfínteres. Alterna periodos de sueño aparente, con los ojos cerrados, con periodos de vigilia, con ellos abiertos, en los que realiza movimientos oculares, pero carentes de finalidad o de intención. No presenta movimientos intencionados, aunque realiza algunos movimientos espontáneos como masticar, chupar, seguir una cara con la vista o lagrimear. No parece que tenga conciencia de sufrimiento...»

131

En aquella época mi religiosidad se encontraba bajo mínimos. La muerte de mi hermano en un accidente, con tan sólo doce años de edad, fue el origen de mi escepticismo y descreimiento. Sé que no son preguntas originales, pues todo el mundo se las ha hecho alguna vez, pero a mí me asaltaron en aquel entonces, hace ya diez años: «¿Dónde estaba Dios cuando murió mi hermano? ¿Por qué consiente muertes tan injustas?»



Sin duda, aquella incertidumbre era fruto de la impotencia. Al fin y al cabo, cuando las cosas nos van mal, cuando vemos muertes de personas buenas e inocentes, o cuando ocurren ciertas tragedias humanitarias, nos cuesta trabajo entender por qué suceden. Llevados por el desaliento, es fácil pensar entonces que Dios ha abandonado a los que sufren. Y, de paso, preguntarnos dónde está: ¿Dónde estaba Dios en Auschwitz, en Hiroshima, en Nagasaki? ¿Dónde estaba cuando el terremoto de Haití, los devastadores tsunamis y tantas tragedias que ocurren en nuestro mundo? Aquel verano del 2011 esa pregunta volvió a asaltarme una y otra vez; cada vez que pasaba delante de la puerta de «la niña», cada vez que entraba en su habitación.

132 Comentan que no responde emocionalmente a los estímulos verbales; pero yo no estoy segura. Una tarde, Teresa, una de las auxiliares que lleva cuidándola desde que ingresó, le estaba dando la merienda. Me quedé en la puerta mirando la escena. «La niña» abría la boca muy despacio, cada vez que sentía la cuchara rozar sus labios. Le gustaba mucho la papilla de frutas, siempre que fuera dulce.

Teresa le hablaba, como hacía siempre, de cualquier cosa que se le ocurría. Parecían madre e hija. Una madre que alimenta a su hija enferma. Al verme apostada en la puerta, como quien habla desde el más sincero convencimiento, me dijo:

—Cristina, ¿verdad que cuando se ponga buena te la vas a llevar a buscar novio? Dudé si hablaba para mí o para que «la niña» lo oyera.

—¿A buscar novio? —contesté.



Me la voy a llevar a mi pueblo, y allí va a tener tantos pretendientes que los va a tener que espantar como si fueran moscas. No sé si ella escuchó nuestras boberías, pero una de las comisuras de los labios se movió esbozando una media sonrisa. Teresa también se percató de ello y sonrió. Siguió con la merienda y, distraídamente, dijo:

—¡Para que luego digan que no se entera de nada...!

Cuando volvimos al *office* con la bandeja de la merienda, Teresa me contó algo que me pareció sorprendente e inexplicable. Parece ser que, desde hace año y medio, la viene visitando un grupo de compatriotas suyo que pertenecen a cierta asociación de acción humanitaria. Los únicos compatriotas que la visitan. Vienen a verla cada dos o tres meses, por las tardes, y se interesan por su estado. Lo extraordinario ocurre cuando les oye hablar en su idioma. Las compañeras no entienden nada de lo que dicen, pero sea lo que sea, «la niña», al escuchar su lengua materna, estalla en una risa espontánea que llena toda la habitación, iluminando su cara y la de los asistentes. La risa se mantiene durante unos minutos, natural, incontrolable, congregando en la puerta a otros enfermos y acompañantes. Al cabo de los cuales, de forma inesperada y repentina, la risa desaparece de su cara, ante la sorpresa de los espectadores. Nadie sabe explicar esta reacción.

Me vino a la memoria un suceso ocurrido meses atrás, en Inglaterra, que había leído en una revista de Enfermería: «Un joven británico de 31 años que había pasado diez meses en coma tras sufrir un accidente de moto, despierta al escuchar la voz de su prometida por



teléfono». Y este otro, ocurrido en Granada, que ocupó muchos titulares en la prensa nacional: «Una joven española que despertó de un coma profundo después de cuarenta semanas, fue capaz de recordar muchas cosas de las que ocurrieron a su alrededor mientras dormía. Recordó que una tía le cantaba y que su hermana pequeña le tocaba la guitarra».

A un magnífico profesor que me tocó en suertes en la carrera, le oí decir en cierta ocasión, hablando de estos casos, que el paciente puede estar inmóvil e inconsciente, pero que el oído es el último sentido que se pierde.

134 Tuve ocasión de comprobarlo de nuevo a mitad de agosto, en el día de su cumpleaños. Como en años anteriores, todo el personal de la planta colaboró en hacer de ese día algo especial. Alegramos un poco la habitación —como hacían también en Navidad— con globos, guirnaldas y otros adornos de papel. Entre todos le regalamos una bata con dibujos de *Betty Boop* y tres pares de calcetines con muchos colores. Durante todo el día la habitación fue centro de peregrinaje: besos, caricias, palabras dulces por parte de todos... Y puedo asegurar que ella, desde su estado de adormecimiento, se enteraba. ¡Claro que se enteraba! Nos regalaba con su sonrisa y parecía más despierta. Era como si tanto cariño catalizara en una fuerza invisible capaz de estimular sus neuronas aletargadas.

El verano se acabó y con él mi contrato. Nunca se borrarán de mi memoria aquellos días junto a Ionela, ni todo lo que aprendí de mis compañeras. Me dieron una buena lección de vida. Quizá siga sin saber dónde está Dios. Quizá siga preguntándomelo frente a las injusticias,



frente al sufrimiento de los inocentes, la maldad gratuita o las desgracias del mundo. Estoy plenamente convencida que, de estar en algún sitio, está en el alma de la gente que cuida de los indefensos; en las personas desvalidas; en la infancia inocente; en el corazón de los humildes.

\*\*\*\*

A veces, cuando ella dormía, la vi sonreír. Quiero pensar que soñaba con un niño rubio y chiquito que la llevaba de la mano por entre nubes de algodón. Quiero imaginar que vive con su hijo otra vida en otro sitio y que todos los días le abraza y le besa hasta la saciedad. Quiero creer que, a pesar de todo, alguien la protege y hace que en su sueño sea feliz. Nadie la ha visto nunca llorar.

135







## Colores de África

### Blanca Cano Capilla

*Premio Especial para estudiantes (ex aequo)  
de la edición XV (2013).*

"Nos encontramos en el amanecer de un siglo africano,  
un siglo en el que África ocupará su lugar legítimo  
entre las naciones del mundo".

Nelson Mandela

Todo empezó con 18 años. Ante mí se presentaba la toma de una de las decisiones que más marca el rumbo de la vida de una persona. Debía elegir a qué quería dedicarme día a día en un futuro. Y lo tuve claro. Decidí ser enfermera. Aunque no lo tenía fácil, me resultaba tremendamente fascinante la aventura esa de cuidar a los demás.

Fue en mitad de mis años universitarios cuando, en una clase de enfermería clínica, mi profesora nos mostró uno de sus viajes a la India y Camerún; su experiencia en las campañas de cirugía que allí se realizaban. Las fotos que salían de esa pantalla parecían que venían de otro planeta. Su frase: "Seamos una gota de agua en el inmenso océano", me llegó especialmente.

Siempre había soñado con ese momento. Ya graduada en enfermería, dedicaría toda mi vida a recorrer las profundidades del África subsahariana en busca de aventuras y de almas vulnerables que esperan ser ayudadas, atendidas y salvadas. Pero fue ese día y en ese instante cuando algo despertó dentro de mí. Me di cuenta de que, a la hora de cumplir sueños, no hay tiempo que perder.

Cuando volví a casa de la universidad le dije a mi madre: “Mamá, voy a cumplir mi sueño. Este verano me voy de voluntaria a África”. Como era de esperar no me tomó en serio, pero su mirada no decía lo mismo que sus palabras. Me conocía muy bien y sabía que lo haría.

138 Empecé a buscar trabajos temporales, entre clases y prácticas, pues sabía que tendría que arreglármelas yo sola. Finalmente tras algo de esfuerzo y pese a los regañadientes de mis padres, aquella Navidad compré mi billete y empecé a prepararlo todo. Cuando me quise dar cuenta me hallaba en el aeropuerto de Dakar (Senegal), había dejado en mi casa una carta pidiéndoles perdón por la locura y les pedía que no se preocuparan.

Era un caluroso día del mes de julio, me presenté como estudiante de enfermería voluntaria, dispuesta a colaborar en todo lo que pudiera en la asociación *La maison des enfants d’Awa*. Tan sólo disponía de una maleta llena de tiritas, gasas, betadine y mucha ilusión.

Se trataba de una escuela que atiende a niños de tres a seis años con el fin de ayudarles en su etapa preescolar y prepararles para que su acceso a la escuela sea segura y garantizada. También disponíamos de una enfermería que se convertiría en mi lugar más concurrido.



Todo lo que vi, lo que observé, todo lo que me enseñaron, no sé si llegaré, algún día, a encontrar las palabras para poder explicarlo. De momento me sumerjo a contar una de las experiencias que más me marcó en ese viaje inolvidable.

En el pueblo de Diofior, adentrado a 150 km de Dakar, se encontraban los colores más impresionantes que he visto en mi vida. Las telas de los vestidos de las mujeres africanas se mezclaban con sus oscuras pieles, sus dientes blancos, el naranja del cielo y el amarillo de la tierra. Alrededor de ellas las miradas de los niños me suplicaban atención. Se acercaban a mí, me enseñaban sus heridas como locos, deseosos de que la chica que cura las “bobos” les atendiese y de paso, poder tocar mi piel blanca y mi pelo clarito y liso, como si de una ilusión óptica se tratara. Maravillados por el simple hecho de ser completamente diferente a ellos.

139

Los más pequeños, a veces reacios a que la chica de piel blanca se acercara a ellos, me daban la bienvenida entre gritos y lloros. Era la primera vez que veían a un ser de esas características y en África corre el rumor de que los blancos se comen a los niños negros si se portan mal. Estábamos apañados.

Entre colores y más llantos, en una aldea que visitamos el primer día, un grupo de niños, de aproximadamente cinco años, jugaban al fútbol con piedras, se subían a los árboles o simplemente corrían sin rumbo ni sentido de un lado para otro. Tras las casas de barro y paja estaban jugando con latas de bebidas el pequeño Babacar, Amath e Ibrahima. Eran alumnos de la escuela y se acercaron a saludar llenos de alegría.



Todos los demás niños venían corriendo y justo al llegar a nosotros retrocedían huyendo, con una mezcla de miedo, curiosidad y júbilo. Me apetecía jugar con ellos y creo que tenía el truco perfecto para atraerles. Saqué mi mejor aliado: un botecito que hace pompas de jabón. Poco a poco se fueron acercando absolutamente cada uno de los niños que se encontraba en los alrededores. Allí se armó un jaleo brutal. Sólo se oían risas, gritos y todos se pegaban unos a otros por conseguir tocar la mayor cantidad de pompas posibles. Entre tanto alboroto me fijé en los ojos de un niño que nos miraba desde lejos. Se llamaba Omar.

140

Omar tenía una conjuntivitis tropical muy usual en esos países. Veía que intentaba abrir los ojos y mirar para arriba, pero al cabo de segundos tenía que bajar la mirada. Era repetido el lagrimeo continuo, se rascaba los ojos con las manos y sus ojos amarillentos me transmitían tristeza. Me acerqué a él y en menos de tres segundos se fue corriendo hacia su madre. Con mucho esfuerzo por llegar a comunicarnos le pedí a la madre que se pasaran al día siguiente por el centro donde teníamos la enfermería para echarle un vistazo y poder curarle.

La doctora y yo en la enfermería nos encargábamos de ver a todas las personas del pueblo que se acercaban, a veces necesitábamos cerrar las puertas antes de tiempo por el colapso de gente. A la mañana siguiente Omar y su madre vinieron como planeamos y les hice pasar.

El pequeño estaba realmente muerto de miedo, sus ojos estaban peor que ayer. Coursaban con enrojecimiento, fotofobia, lagrimeo, legañas y poseía algunos ganglios de su cuerpo inflamados. Tan solo fue coger a Omar en



brazos y salió corriendo de la enfermería... Su madre le trajo, le intentamos parar y que se tranquilizase, pero aquello resultó ser misión imposible. Pataleaba muerto de miedo, gritaba y lloraba. La mamá, desesperada, nos pidió perdón y se marcharon.

Pensé que lo más seguro regresarían otra vez al día siguiente. Pero al cabo de dos días vi que eso no pasaba. Tuve la idea de ser yo quien se acercase a su casa e intentar hablar con él. Quizás en su entorno se sentiría más seguro. Así que otra voluntaria y yo no pusimos manos a la obra, cogí lo que podría ser necesario y me acordé de llevar un balón para el resto de los niños.

Al llegar Omar estaba sentado solo, jugando con un palo dibujando formas en la tierra, me vio y salió corriendo. La cosa iba a ser más difícil de lo que creía. El resto de niños se acercaron a saludarnos como de costumbre y cuando les di el balón me miraron tan orgullosos que pensé que se iban a poner a llorar de la emoción. Mi compañera les llevó piruletas y ellos se encargaron de partirlas para que ningún niño se quedase sin un trozo, gesto que me llamó especialmente la atención, pues había de sobra para todos, pero la primera reacción inmediata siempre era compartir.

Saludé a la mamá de Omar y le expliqué lo que teníamos que hacer. Era necesario limpiar esos ojos con abundante suero y gasas y, más tarde, intentaríamos con una pomada antibiótica.

Omar lloraba, pataleaba, gritaba, escupía... entre cuatro personas le intentábamos sujetar y pude limpiarle los ojos una vez. Decidí parar, por hoy había sido suficiente, le dejé un cuaderno y unos lápices como recompensa. Pero no se inmutó.



Los días siguientes en la enfermería acudían cada vez más personas de todos los rincones del pueblo, plagados de heridas, dermatitis, deshidratados, malnutridos, hambrientos. Era un esfuerzo mental constante. En mi cabeza cientos de dilemas morales inundaban mis pensamientos. ¿Por qué existe esto? ¿Cómo no pueden tener cubiertas unas necesidades tan básicas como es el agua potable y una alimentación? Hacíamos lo que podíamos, pero todos los voluntarios sabíamos que no iba a ser suficiente, que nosotros al cabo de unos días regresaríamos a nuestras casas. Y allí todo se quedaría igual...

142

La semana siguiente decidí volver a ver a Omar, esta vez llevaba la pomada que curaría su conjuntivitis y para mi sorpresa le encontré haciendo un dibujo. Nada más verme huyó como de costumbre. La madre me había preparado un mango recién cortado. Un auténtico manjar. Por el camino me había encontrado a una chica de aproximadamente catorce años que hablaba perfectamente francés, le pedí si quería ayudarme para traducirme con el resto de las personas que hablaban wolof y serer. Y así lo hizo. Formamos un buen equipo.

Lo siguiente que pude hacer fue explicarle a la madre la importancia de lavarle los ojos con suero todos los días. Le dije que podía hacerlo ella misma, previamente habiéndose lavado las manos, que enseñara a su hijo a no rascarse con las manos sucias y que debían lavárselas siempre que viniesen de estar en la tierra, trabajando, etc.

A Omar le explicamos que si me dejaba curarle ya no le volverían a picar los ojos y que podría salir a jugar con todos los niños sin ninguna molestia. Casi convencido, le



preguntó a mi traductora si tenía más pompas de jabón. Sonreí e hicimos un pacto. Si durante una semana me dejaba venir todos los días a limpiarle los ojos y ponerle la pomada, jugaríamos a las pompas y le revelaría la fórmula secreta para fabricarlas. Esta vez estábamos totalmente de acuerdo ambos y me regaló su primera sonrisa.

Día tras día durante una semana me acercaba a su casa y cumplíamos nuestro pacto. Los ojos de Omar cada vez brillaban más, las legañas iban desapareciendo. Les llevaba toallas limpias, jabones, suero y gasas estériles, les enseñaba cómo debían llevar a cabo la higiene corporal, siempre y cuando consiguiéramos agua de los pozos o el agua de sus mangueras lo permitiese.

Cada vez más niños venían a ver el show de las burbujas, me arrepentí de no haber traído más botes de Madrid, así que tuve que fabricar los míos propios. El último día les expliqué que estaría unos días sin poder ir, pues teníamos previstas unas excursiones a unos pueblos pesqueros, eran pequeñas islas donde sólo se podía acceder en piragua. Así que dejé a la madre al cargo del cuidado de los ojos de Omar. Éste ni si quiera se despidió de mí.

La chica traductora me dijo que Omar le había preguntado si íbamos a volver. Y aunque sólo me quedaba una semana más en Senegal, le pedí a la madre que se pasaran por la enfermería para que la doctora pudiera verle.

Pasaron un par de días, mi aventura continuaba, pero Omar siempre estaba en mi pensamiento. El viaje se acababa y era una mezcla entre ganas de volver y



compromiso por no poder abandonar a toda esa gente. Cuánto habíamos conseguido en tan poco tiempo. Y sobre todo cuántas cosas y vivencias me estaba llevando.

Las excursiones a los diversos pueblos pesqueros fueron un choque tanto cultural como emocional, en pleno mes del ramadán, las mujeres y los hombres trabajaban de sol a sol en las orillas, sin beber ni probar nada. A temperaturas extremas eso resultaba ser una auténtica locura. Pero pescaban para comer, lo que fuera, no tenían nada más que el mar y sus manos.

Llevamos medicinas, leche en polvo, toallas, geles de ducha, sacos de arroz, cuadernos, pinturas para casi todos, sabíamos que era poco. En los viajes de vuelta la gente se aglomeraba en la orilla para decirnos adiós, reían y saludaban agitados, nosotros nos despedíamos y siempre que nos alejábamos un silencio nos acompañaba durante todo el trayecto, de vez en cuando se oían suspiros o alguien se atrevía a animarnos, casi siempre era nuestro guía Ibou, amigo senegalés y uno más del equipo.

Ya de vuelta en Diofior tocaba preparar mi regreso. Dakar — Lisboa — Madrid era el itinerario que me esperaba y todavía no era consciente, ni si quiera, del mes que había vivido.

Aquella mañana quise pasar más tiempo dentro de las clases con los niños que en la enfermería. Todos jugamos, cantamos, comimos chuches, coloreamos e hicimos manualidades. Me hacía gracia cómo pronunciaban mi nombre y cómo siempre terminaban enseñándome sus pequeñas heridas, deseosos de librarles de la clase y regalarles una tirita de dibujos.





Cuando salimos al recreo me dijeron que la doctora me estaba esperando para que la ayudase. Nada más llegar a la enfermería vi a un niño que se escondía tras las piernas de su madre. Se trataba de Omar.

Salió disparado, pero esta vez hacia mí y no huyendo. Me dio un abrazo y eufórico me mostraba sus ojos. Nunca me había fijado en lo grandes que eran ni en sus pestañas largas y rizadas. Eran realmente bonitos. Y brillaban. Todo el esfuerzo que pusimos había merecido la pena. Me dio un beso, por fin, era el primero. Omar estaba nervioso y no paraba de reírse.

Me quedé petrificada, no daba crédito a lo que estaba pasando. Sin poder contener las lágrimas, me acerqué a su madre y le tendí la mano. Ella se arrodilló, llevó mi mano a su frente y no paró de darme las gracias. Me regaló diez mangos que había cargado hasta allí en su cabeza como muestra de agradecimiento. Todos contemplaban la escena y yo no sabía cómo reaccionar.

Lo que hicimos fue preparar un gran bufet de mango para todos los voluntarios y las trabajadoras de la escuela. Omar se fue a jugar con los demás niños del recreo. Ahora él era el rey. Tenía un tubito mágico para hacer pompas de jabón.

Cuando nos despedimos la mamá me volvió a dar las gracias, me deseó suerte en mi camino y deseó que volviera pronto. El pequeño Omar me dio un abrazo y un último beso. Se iba contento con sus pompas de jabón y un balón nuevo. Quise fijarme una vez más en sus ojos, unos ojos que me recibieron a gritos y me despedían deslumbrantes.



Y aquí termina uno de los recuerdos más bonitos que me llevo de África. A pesar de haber estado comiendo arroz tres veces todos los días, pese a despertarme cada mañana deseando que hubiera agua en las duchas o luz eléctrica por las noches, pese a la cantidad infinita de mosquitos africanos que han probado mi sangre, a pesar de los litros de líquido corporal perdidos por esa humedad extrema, a pesar de tener que revisar mi habitación cada noche por si algún arácnido quería dormir acompañado, a pesar de no poder dormir, de los quebraderos de cabeza por explicarme por qué existe de la pobreza en el mundo y pese a muchos obstáculos más que me he encontrado...

146

Cada mañana me despertaban sonrisas que decían "*Bonjour l'espagnole*", con pan recién hecho y mantequilla, cada día me brindaban la oportunidad de ayudar a alguien. Viví con ellos un tiempo de aventuras interiores, de buscarse desesperadamente, de confusión, lleno de dilemas morales, de por qué yo sí y ellos no. De encontrarme miradas que me despertaban el alma y unas heridas que exorcizaban las mías.

Fue un tiempo que hoy me despierta una enorme ternura teñida de nostalgia. Una nostalgia justificada por todo lo que llevo dentro, aunque nadie lo vea.

Sus miedos, sus arranques, su confusión, la primera mirada que el pequeño Omar me dedicó y aquella última acompañada de una enorme sonrisa me hacen temblar, hacen que recorra mi cuerpo un escalofrío de añoranza y de emoción.



No sé si finalmente dedicaré parte de mi vida a recorrer cada rincón del continente africano como siempre había soñado. Ni siquiera sé lo que pasará mañana. Pero, desde luego, siempre recordaré mi primera aventura en África, esos colores, esos olores y esos recuerdos llenos de vida de un viaje fascinante. Nunca me olvidaré de cada detalle y haré de cada lección aprendida una oportunidad para mejorar mi alrededor, el mundo en el que vivo, y para mejorarme a mí misma.

Lo único que sé es que hoy, un frío día del mes de noviembre, a kilómetros de allí y en la novena planta de un hospital de Madrid, pienso en ellos. Y he hecho una promesa.

Prometo cuidar y prometo acompañar, no importará un tono de piel u otro, un idioma o una forma de mirar. Prometo creer en los sueños de los demás. Prometo poner toda mi humanidad en cada paso que dé. Prometo ser fiel a mi profesión y prometo poner todo mi empeño en aprender cada día y en conseguir ser la mejor enfermera.

Prometo darle vida a los días de todas las personas que me encuentre en el camino y llenarlos del máximo color posible como África, un día, hizo con los míos.





# Cuidar la esperanza





## De cómo conocí a Soledad Paipay

**M. Iván Pérez Fernández**

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios  
de la edición XVIII (2016).*

### LA PARTE PRIMERA

"Es una gran suerte  
no saber con exactitud  
en qué mundo vivimos".

Wisława Szymborska, de su poema *Es una gran suerte*.

151

Soledad Paipay venía a urgencias por las noches, sobre las dos. El pijama de franela puesto, el batín enhiesto encima como si todavía colgara de algún perchero que la oscuridad no dejaba ver. El pelo boscoso, repleto de respuntes de hilo recio de bala, sin ningún tipo de mimos desde demasiado tiempo atrás. Soledad tenía las lágrimas escarchadas justo en los bordes de la barbilla, amontonadas allí como icebergs perdidos en la mar. Un solo labio, un labio línea, tembloroso de la rutina de llorar. La cara llena de montañosos realces andinos, del Perú quizá.

Soledad Paipay daba sus datos en la ventanilla enseñando tímida su tarjeta. La saludaban con cierta familiaridad y cuando ella dejaba la tarjeta sobre el mármol deslucido ellos se la devolvían empujándola con el dedo sin ni siquiera mirarla. Buenas noches, Soledad, ¿lo de siempre?, y ella asentía incómoda como si aquella

fuera la barra de un bar de madrugada y ella la cliente habitual. Esperaba ordenada la fila, paciente, sin dejar de lado ese llanto desgarrado y los furtivos dolores de muelas, los esguinces más hinchados y retorcidos, los cólicos nefríticos doblados por la mitad la observaban inquietos buscándole causa a su dolor. Sin saber que a veces el dolor es esa capa negra en las cebollas que uno solo encuentra después de desmigajarlas.

Yo acababa de llegar. Era nuevo en el servicio, nuevo en la profesión, nuevo en la vida. Recuerdo la sonrisa de orgullo cuando me pavoneaba diciendo que trabajaba en urgencias como si aquello me diera un halo divino que solo yo era capaz de ver. Pero lo cierto es que tenía miedo, un miedo novicio que bullía en mi interior alimentado por mi inseguridad.

152

Cada vez que tenía que ir a trabajar me convertía en un insomne inquieto que pasaba la noche haciendo breves intermitencias con los ojos. Otras veces era incapaz de comer porque en mi estómago se había instaurado una jauría de nervios que lo copaba todo con sus dentelladas. Y es que urgencias no es lugar para nuevos. Lo sabes enseguida, con los aullidos anaranjados de la primera ambulancia y con las primeras camillas abriéndose paso a toda velocidad, lo sabes con la gota fría que te recorre la espalda amenazando siempre con algo peor, con las canas brillantes que van apareciendo así, sin más, lo sabes cuando te estorbas o cuando tus esfuerzos por ayudar te provocan una despiadada desazón y ya al final, muy al final, te lo acaba susurrando todo el rato el corazón advirtiéndote de que se está viendo obligado a adelantar muchos de los latidos de su vida útil en una forzada obsolescencia.



Cuando Soledad Paipay llegaba, todo el servicio sabía qué hacer. Todos menos yo. Enseguida alguien se hacía cargo de todo. Descolgaba el teléfono, marcaba un número de memoria y cuando La Voz contestaba al otro lado se limitaba a decir: Soledad Paipay llegó. Esas eran las palabras mágicas que terminaban la conversación. Luego, sin que nadie se diera cuenta, Soledad Paipay ya se había esfumado de su silla y a nadie parecía preocuparle adonde había ido. O quizá todos lo sabían. Los novatos que creían haberla visto decían de La Voz que llegaba envuelta en una neblina misteriosa y cruzaba los pasillos atestados con la familiaridad de la madre que pasea por el hogar.

Entre los cientos de pacientes, los familiares y el numeroso personal que iba y venía La Voz resultaba del todo invisible. Una más en el ordenado caos del hormiguero. Tardé mucho tiempo en saber quién era La Voz, quién se ocultaba en ese continente atlántido demasiado lejano como para poder llegar a él. Para mí todo aquello se convirtió en un aliciente para ir a trabajar.

Deseaba que llegasen las dos. Que Soledad Paipay volviera con la tristeza a cuestas y que como cada noche volviera a desaparecer como una Cenicienta melancólica. Si he de ser sincero me molestaba estar fuera del círculo que envolvía todo aquel secreto. En aquella época no podía dejar de fantasear todo el rato con La Voz, no podía sacármela de la cabeza, quería saber de ella, quería saber qué tenía que ver con Soledad Paipay. Cuál era la relación. Merodeaba por el hospital tratando de adivinar el rumor que saldría de su boca, el tono dulce o agrio que utilizaría.



Escuchaba en la cafetería, por los pasillos, a través de los teléfonos y si de pronto alguna voz me llamaba la atención me quedaba largos ratos observando a la persona, intentando descifrar las pistas que me dibujaran a La Voz. A menudo pensaba en cuánto tiempo debía pasar para que pudiese descolgar el teléfono, marcar el número y hablar yo mismo con La Voz. Pero todo era en vano, el tiempo no suele dejar pistas.

154

Cuando abres la puerta de un *office* siempre se te viene encima un olor eterno a café, como si las paredes, los sillones o incluso las personas estuvieran rellenas de minúsculos granos de café y destilaran con cada respiración su dosis de cafeína. Si no se tiene cuidado y se cierra la puerta con la suficiente rapidez, las vaharadas a veces escapan y cruzan rápido los pasillos haciendo relamerse y sonreír a muchas de las personas que son atendidas. Los *office* son los puertos francos del compañerismo, los lugares donde se aprenden las cosas que no te enseñan en la facultad. Uno aprende allí dentro a tratar a las personas y eso no es más que el suelo firme de la enfermería. En los *office* te haces con la manivela que mueve al compañero serio o con el punto neutral del que no para de gastar bromas. Aprendes a aceptar los golpes o a esquivarlos. A fluir como el trabajo.

Es un viaje a un lugar extrovertido, totalmente diferente del que dejas detrás al cerrar la puerta. Es el parque, es la playa, es el restaurante mágico de una cena romántica o el salón hogareño donde se celebran la Navidad y el Fin de año. A veces incluso el amor revolotea de aquí para allá. Es lo que logra mantenernos fuera estando dentro.

Allí las conversaciones se mezclan y se vuelven ruidosas, allí se comentan los casos más graves y los fumadores aprovechan para acabar con sus cigarros de un sorbo. Es probable que los *office* sean los bares clandestinos del hospital, abiertos las veinticuatro horas del día, pero escondidos de todos aquellos que no vayan con el uniforme de nuestro secreto club; pijama y zuecos de colores Gaudí.

En ese momento yo permanecía en silencio en una esquina, oculto tras las cabriolas del humo y oía a los veteranos contarse en dos o tres palabras los intentos de autólisis más salvajes, las rabdomiolisis, las hemorragias digestivas o los bloqueos cardíacos más graves. Soledad Paipay nunca aparecía. Nunca oí su nombre flotar en las conversaciones. Todo con ella era distinto. Había un pacto tácito de envolverla en un velo oscuro, de protegerla quizá. Una vez se me ocurrió preguntar, pulsión de novato, puse la más encantadora de las sonrisas y lancé la pregunta al vacío. Las voces se apagaron para mirarme, cortantes, podía oír con claridad el ruido que hacen los cigarros al consumirse despacio entre los dedos amarillentos.

El bullicio, las quejas, los suspiros, todo entraba como una exhalación por el diminuto ojo de la cerradura. Nadie iba a contestar, lo leía en sus caras, algunos ni siquiera sabían quién era o cómo me llamaba. Nadie dijo nada, como nadie reparó tampoco en la cafetera cuando empezó a silbar como una locomotora. Nadie. Poco a poco el *office* se fue vaciando en una letanía amodorrada hasta que me quedé allí solo con todo ese café quemado.



Lo más increíble de todo es que solo logré hablar con La Voz por pura coincidencia. Una noche entré a la sala de medicina interna a la carrera para avisar a una compañera de que la buscaban de forma urgente en pediatría. Es un niño, está muy malito, le dije, no logran cogerle una vía y ella salió a toda prisa por el pasillo. Respiré aliviado de haber cumplido con los deberes de un novato y reparé en que ella había dejado el teléfono descolgado. Lo agarré, todavía hoy no sé el porqué y me lo puse sobre la oreja. Esperé un momento en silencio, tapando el auricular con mi mano. Miré el reloj que colgaba de la pared, eran las dos. Soledad Paipay llegó, dije, y allí estaba La Voz.

156      Traté de llegar. Juro que corrí por los pasillos. Esperanzado de que de una vez por todas iba a poder ver a la La Voz, de que con suerte ella quizá compartiría su gran secreto conmigo. Sonreía. Después de todo lo había conseguido, había hablado con La Voz, le había dicho las palabras mágicas. Pero como siempre la vida termina por abrirse paso y hace que suene la alarma del cuarto de parada y hace que todos corramos a ayudar porque todo el mundo sabe, incluso los novatos, que esa alarma solo se toca para anunciar que hay una vida en juego. Hagan sus apuestas señoras y señores, tres contra uno, y todo se vuelve lento y exasperante. Las bocas parlotean como si se pudieran alargar las palabras el tamaño de una eternidad. En un tráfico me gritan y las camillas galopan con las fracturas a cuestas. Una mujer. Dos niñas. Un borracho. Y las palabras de pronto cobran sentido y comienzan a hablar nuestra lengua, nuestro idioma de adrenalinas y morfina, de vías centrales e intubaciones heroicas. Un ballet clásico sirviendo su mejor coreografía, nadie sobra, nadie falta, todo en su justa medida.

Es ese torbellino que te absorbe cuando tiras del brazo de una vida que se apaga. Todo va a salir bien, le dices, y luego la miras a los ojos para que sepa que eres de fiar, que no piensas dejarla sola, que estás dispuesto a hundirte con el barco y te limpias como puedes el sudor que llueve sin cesar en esta maldita tempestad. Luego, más tarde, cuando ya el peligro más inminente se ha calmado, las piernas comienzan a temblarte o puede que no hayan dejado de hacerlo, es difícil de saber, y debes sin remedio sentarte para evitar que te jueguen una mala pasada. Da igual los años que lleves haciéndolo, da igual la templanza o todos tus conocimientos, las piernas siempre temblarán al ritmo energúmeno de tu corazón.

Cuando todo pasó, continué mi camino hacia Soledad sabiendo que ya no estaría, que era demasiado tarde y la función habría terminado. Ni siquiera fui capaz de encontrar el rastro frío de sus lágrimas. Se habían secado. Quizá para siempre. Después de esa noche Soledad Paipay Olivares ya no volvió a aparecer por urgencias. Nunca más. El hecho de que el reloj marcara cada noche las dos perdió cualquier atisbo de magia y con el tiempo dejé de prestar atención a las voces de las personas en mi particular búsqueda de La Voz. Todo fue envuelto en un cuidado papel celofán y colocado con delicadeza en una esquina de mi memoria como se hace con las cosas importantes en las mudanzas. Quizá algún día tendría que desenvolver a Soledad Paipay y ponerla de nuevo sobre una repisa. Todo sin saber que estaba en lo cierto, que habría de encontrarme con Soledad una vez más.



## LA PARTE SEGUNDA

"Somos sumamente corteses el uno con el otro,  
decimos: qué agradable encontrarnos después de tantos años".

Wislaw Szyborska, de su poema  
*Encuentro Inesperado.*

Leí su nombre cientos de veces antes de entrar en su habitación. Soledad Paipay Olivares, Soledad Paipay, Soledad. Mis compañeras me miraban sin saber muy bien por qué temblaba, por qué parecía haber enmudecido de pronto. No eran capaces de escuchar el ruido fiero del celofán cuando se desenvuelve con miedo y ansiedad. Han dicho que quería la epidural, que estaba con cinco, me decían. Y yo asentía queriendo ir, queriendo entrar a su habitación y tratarla como una mujer más, pero ella no era una mujer más. Era Soledad. Mi soledad.

158

Seguía teniendo los surcos profundos de la tristeza. Más ajados quizá por el dolor intermitente de las contracciones. Las lágrimas cambiadas por el sudor, alguna cana extranjera en todo ese mar azabache. Pero era ella. Igual de frágil, igual de hermética. Me observaba con la mirada perdida de la que lo está pasando mal, resopló, respiró y al final gritó casi para sí. Me agarró la mano con fuerza y me susurró ayuda. A mí. Su marido me imploraba con los ojos, con las cejas, con sus lágrimas. Me quedé inmóvil, helado, imagino que ella también vería en mí la misma mirada perdida de los que andamos a la deriva. Y solo fui capaz de reaccionar porque don enfermero, muerto de impaciencia, se colocó refunfuñando mi cuerpo como un guante y empezó a moverme como el mejor titiritero. Él fue el que avisó al anestesista de que había una epidural, imitaba

mi voz con tanta exquisitez que por un momento me vi desapareciendo, consumido, olvidado en algún rincón. Fue él el que la serenó y le dijo que claro que iba a poder, el que le pasó la mano por la frente y le recogió ese pelo ingobernable para que el agobio fuera menor. Yo me preguntaba todo el rato qué sentiría, cuál sería el tacto de Soledad, de si estaría caliente o helada, de si sonaría a hueca cuando sus manos se posaban en sus hombros. Lo envidiaba tanto. Me despreciaba tanto. Cuando la analgesia hizo su efecto, Soledad entró de nuevo dentro de su semblante. Su marido pareció recobrar la cordura y la besaba en la frente con el cariño tierno de un padre. Yo caí en una silla, a los pies de su cama, desfallecido.

Hablamos de muchas cosas. De cosas sin importancia al principio. Estábamos en la periferia de las conversaciones, rodeándonos, observándonos como fieras que se miden los colmillos. Y así hubiésemos podido estar toda una vida, quizá necesitaríamos ese tiempo para conocernos y contarnos las confidencias. Pero en un parto todo se difumina, hasta el mismísimo tiempo. Todo se condensa en apenas unas horas. Es el fin, no solo a nueve meses de espera, sino quizá a toda una vida. Y los afectos se estrechan porque la situación lo motiva, porque todo lleva esa dirección y no hay otro camino. ¿Cómo poner barreras a tanto sentimiento? Lo normal es que explote, que bañe la orilla como una marea y que al final alguno lllore al contar que tampoco su padre pudo conocer a su nieto.

Soledad sonreía. Nunca había imaginado que aquello fuera posible. Sonreía con naturalidad. Se va a llamar Javier, me decía, Javierito, con ese gozo en la voz de los andinos. Pero yo notaba sus pequeñas ausencias,



a veces se marchaba dejándonos allí fuera y corría a reunirse con la Soledad de las dos de la mañana. Yo la seguía hasta la esquina donde doblaba y desaparecía para siempre. Se levantaba entonces una neblina densa que cortaba el aliento y desde la que muy adentro La Voz me susurraba Soledad Paipay llegó. Al momento ambos despertábamos y nos reíamos de alguna anécdota que contaba su marido.

160 Aproveché cuando él se fue a comer. Hablaba con Soledad de su visión de la educación para los hijos. En esos momentos en casa tratábamos de elegir colegio y todo nos parecía un escollo infranqueable. Así que quería recolectar todas las opiniones, todos los puntos de vista. No había nada perfecto, eso estaba claro. Si no era el precio desorbitado era la tendencia de algunos centros de convertir los años de escuela en una condena a trabajos forzados. Veía entrando en fila a todos esos niños famélicos vestidos con enormes uniformes heredados, cargando de esas enormes mochilas de libros y no podía dejar de imaginar que allí los conocimientos se debían adquirir con pico y pala bajo un sol abrasador. Ella quería una educación basada en el cariño. Me gustó el eslogan y me pregunté si allí en Los Andes los maestros enseñarían con besos y abrazos.

¿Por qué ibas a urgencias cada noche?

Ella se quedó pálida y yo me sentí repugnante. El señor enfermero me gritaba, me regañaba por el poco tacto, por las formas. Habían saltado todas las alarmas enfermeras, el suelo se tambaleaba y los empleados corrían para ponerse a salvo.

Y hablé.



Te recuerdo de aquella época, ¿sabes? Yo acaba de empezar a trabajar allí y bueno, te vi, muchas veces te vi. Y nunca pude ayudarte, saber qué te había sucedido. Y ahora estás aquí y yo... lo siento. No debí preguntarte. Soy un imbécil.

Y habló.

Siempre dicen los viejos que los jóvenes son inconscientes, que va en el carácter y que es un mal que el tiempo termina curando. Yo era joven, todavía no tenía el tiempo. Conocí a un chico en una fiesta, tonteamos y ya sabes, apareció el amor. Allí los chicos tienen la costumbre de cortejar durante un tiempo y las chicas nos prestamos a ello. Nos gustan los halagos, las flores, las palabras bonitas. Él era muy lindo. Muy tierno. No fue difícil enamorarse hasta hoy. Me quedé embarazada, estábamos a punto de entrar en la universidad, de intentar empezar a ser lo que siempre habíamos querido. Nuestros sueños, nuestras ilusiones. Por supuesto que queríamos ser padres, pero aquello nos venía grande a los dos. Demasiado grande. Allá en mi país venden las pastillas para abortar en las farmacias. Debes pasar el mal trago de pedir las delante de la gente, pero creo que no es castigo suficiente para lo que íbamos a hacer. He pensado mucho en ello desde entonces. Mucho. Con tres o cuatro pastillas bastaba. Las colocabas en la vagina y era cuestión de horas que empezaras a manchar. Me metí toda la caja. Dieciséis pastillas. Quería ser abogada, me gustaban las leyes, el derecho penal. Me veía en las cortes, con los magistrados, pidiendo la venia en mis casos. Sueños. A veces el tiempo también cura los sueños, les quita todo lo que parece irreal. Solo había que esperar. Esperamos y vino la sangre. Mucha sangre. Estuvimos a punto de ir al



hospital y ojalá lo hubiésemos hecho, pero la sangre cesó y todo pareció ir a mejor. Yo era creyente y había matado. Eso no pareció ir a mejor. A menudo lloraba sin motivo o les gritaba a mis padres o a mis amigas. No quería estar para nadie, ni siquiera para mí misma. Dejé de lado los estudios. Todo era demasiado complicado. A mis padres no les gustaba que saliera con un pobre pobrecito como decían ellos. Todo eran gritos en casa. Mi marido era de un barrio muy humilde y trabajaba de noche para poder estudiar. No podía entender que no quisieran al menos conocerlo, ver qué clase de persona era. Era insoportable. Uno alarga el tiempo de los momentos malos, sobre todo cuando uno piensa que se los merece. Y entonces lo noté. Al principio creí que eran gases. Pero en poco tiempo supe que seguía embarazada. Corrí a decírselo a mi marido. Él me abrazó y susurró que todo iría bien, cariño. Ya supe que nunca nos separaríamos, que daría igual lo que pasara. Decidimos irnos. Cambiar de vida. Por eso vinimos. Aquí comenzamos a trabajar y pudimos alquilar un pequeño pisito muy cerca del hospital. Cruzando la calle. Estábamos ilusionados con el bebé, nos sentábamos largos ratos en el sofá, solo queríamos notar cómo se movía. Era un torbellino. Nuestra vida giraba en torno a él. De nuevo todo pareció ir mejor. Hasta que un día vine al hospital porque el bebé se movía poco. Murió. Acá dentro, se murió. Yo era su ataúd, su madre y su ataúd.

Llora.

Vuelve a ser la Soledad de las dos de la mañana. La abrazo.

Lloro. No sé el tiempo.

Una compañera viene a buscarme. Tienes una llamada, me dice. Ahora no puedo. Dicen que es urgente. Agarro la mano de Soledad y le digo que enseguida vuelvo. Ella asiente y se seca las lágrimas heladas.

¿Quién es?, pregunto. Reme, me contestan las compañeras. No he conocido a Reme todavía. Es otra matrona que lleva bastante tiempo de baja, creo que una operación de columna.

Hola, digo. ¿Soledad Paipay llegó?, me dice.

Y solo con oír Soledad ya sé que hablo con La Voz.

Entro de nuevo a la habitación. Acaba de llamar Reme, le digo. Y a ella se le saltan las lágrimas, como si llorar fuera lo más fácil del mundo.

Reme fue la que me atendió. Me ayudó mucho durante el parto. Y después también. ¿Venías a verla a ella? Y ella asiente.

Estuve cuatro horas con el bebé en mis brazos. Al principio no quería verlo, solo quería que me lo sacaran de acá dentro, que todo acabara cuanto antes. En aquellos momentos veía todo como un cruel castigo de Dios. Algún tipo de broma macabra. Reme lo preparó, lo envolvió y me lo puso a mi lado. Lo tocamos, pasamos nuestros dedos enormes por sus deditos, lo recorrimos conociéndolo, aprendiéndolo de memoria. No podíamos dejar de llorar, era tan lindo. Estaba intacto como si nunca hubiese vivido o tampoco muerto. Ella estuvo a nuestro lado, dejándonos solos cuando era necesario y abrazándonos cuando lo necesitábamos. No imaginas lo solitario que puede ser un duelo. Recuerdo que cuando ella se presentó nos dijo que se llamaba Reme



y que estaba allí para acompañarnos. Si lo pienso, y te prometo que lo he pensado muchas veces, no pudimos encontrar a nadie mejor que nos acompañara en ese momento. Nos llevó de la mano sin apenas conocernos. Una desconocida que se nos hizo familiar en unas pocas horas. Alguien desde allá arriba nos la envió, sin duda.

Salimos del hospital llevando a casa un enorme vacío. Lloré. Recé. Maldije. Odié. Mi marido se había adelantado y había quitado de la habitación todas las cosas del bebé, luego la había pintado de un blanco neutro. Imagino el infierno que tuvo que pasar. Algo de él se fue durante esos días con cada brochazo. Que no hubiese nada relacionado con el bebé solo hacía que pensara mucho más en él. Era tan doloroso. Tan incomprensible. No sé cuándo empecé a oírlo llorar. Pero lo oía como ahora te veo a ti. Claramente. Me levantaba y lo buscaba sin poder encontrarlo, sin poder dar con él. Me paseaba por la casa moviendo los muebles por si se había caído por una rendija. Te prometo que sabía que el bebé no estaba, pero ese llanto era tan real que no podía ignorarlo. El llanto a veces venía de fuera. Por eso empecé a salir a la calle, quizá alguien se lo había llevado. Mi marido trabajaba de noche y no sabía de mis viajes. Deambulaba por las calles, bajo el frío, bajo la lluvia. Daba igual. Una vez la policía me encontró en medio de la calle. Los coches me pitaban, loca, apártate de ahí. Y yo los miraba por si detrás llevaban escondido a mi bebé. Muy amables me trajeron al hospital. Quizá pensaron que había escapado de aquí. En urgencias me hacían preguntas y yo no sabía qué contestarles. Oigo a mi bebé, les dije. Está vivo. Ayúdenme a encontrarlo, por favor. Por favor, búsquenlo. Y por casualidad vi a Reme pasar. Había salido a tomar un

poco el aire y a fumarse un cigarro. Se acercó y me abrazó durante un rato. Luego habló con los médicos, supongo que para contarles mi caso. Cuando estuvimos a solas le pregunté por mi bebé. Soledad, tu bebé ya no está, ¿recuerdas? Y entonces todo mi mundo se ponía derecho y yo lloraba hasta que dejaba de oír a mi bebé y pedía volver a casa y con suerte dormir unas horas. Estuve cuatro años acudiendo a urgencias. Cuatro años. Sabía que era una locura, que la gente pensaría que estaba completamente majara, pero por más que lo intentaba no podía parar, solo dejaba de oír al bebé si hablaba con Reme. Por supuesto me llegué a aprender sus turnos y su efecto sedante me duraba algunas noches. Por eso huí. Nos trasladamos a otra ciudad y le conté a mi marido lo que sucedía. Me juró que no pasaría ninguna otra noche fuera de casa. El pobre hacía guardia cada noche frente a la puerta. Pedimos ayuda. Nos ayudaron. Creo que logré curarme, si es que el dolor tiene alguna cura. Por lo menos ya no lo oigo llorar. Por eso hemos decidido venir de nuevo a parir aquí. No se nos ocurría un sitio mejor para que naciera nuestro bebé.

165

Lloro.

Por más que lo intento, lloro.

Pero la vida vuelve a abrirse paso y Soledad me dice de pronto que tiene ganas de empujar, que madre mía como empuja el bebé, que nota la cabeza ahí mismito, mírame, por favor, que se sale, mírame. Justo en ese momento llega su marido que ve asomar los primeros pelos tizón de su hija y no puede contener las lágrimas. Creo que ninguno puede. Empuja, Soledad, empuja con fuerza. Y la cabecita se abre paso, moviéndose,



buscando la postura correcta, la mejor posición. Todo va despacio, como deben ocurrir los sueños y la mayoría de los momentos mágicos. Y la carne se distiende como un lindo telón de la vida, dejando ver las luces, los aplausos, las ganas de aparecer en escena. Todo parece tan bonito ahí fuera. Luego el llanto por el frío estrenado y los abrazos y los besos y el amor más puro que se conoce.

166 Reme me observa desde la puerta. Reme debe andar cerca del metro noventa y a la sonrisa se le queda pequeña la cara. Pese a la alegría desprende un hálito sereno y cálido, como si estuviera dispuesta a cuidarte aunque no fueras su hijo. Apoyada en su bastón parece un gran roble que ha comenzado a doblarse. Le caen algunas lágrimas que recorren su cara con calma, como si la acariciaran. La Voz. La Voz está ahí, de pie, mirándome. Soledad llora de alegría. Su marido la abraza, liberando todos esos nervios contenidos durante años hasta que algo por fin sale realmente bien. Reme se acerca y me susurra al oído un gracias que no creo que pueda olvidar nunca. Gracias a ti, le digo, por dejarme entrar en este maravilloso círculo. Y ella me mira sin entender nada. En silencio salgo de la habitación y los dejo allí para que puedan seguir acompañándose para siempre.

## El abrazo de Nico

**Macarena Capón Miñarro**

*Premio Especial para estudiantes  
de la edición XIX (2017).*

—Buenos días princesa, es hora de levantarse.

¡Qué guay!, hoy me lleva mami al cole. Estoy súper emocionada, porque casi siempre me lleva papi. Mami siempre tiene que trabajar; casi todos los días por la mañana, aunque a veces también por la tarde o por la noche. No me gusta que trabaje por la noche, porque no me puede contar esas historias tan chulis de su trabajo antes de dormir. Algunas veces son un poco tristes, pero mami consigue que sean divertidas; ella dice que hay que intentar sacar siempre una sonrisa a las personas. Le encanta cuidarnos a todos, sobre todo a los que están malitos.

Me llamo Ari y tengo 6 años, voy a primero de primaria A y de mayor quiero ser como ella. Mami es enfermera, y le encanta su trabajo; tanto que no lo considera como tal. Siempre dice que va un ratito a cuidar y dar cariño a personas que están malitas y lo necesitan.

¡Qué feliz estoy! Vamos en el coche de camino al cole y mami siempre pone Cadena100. Nos pasamos todo el viaje cantando como locas una canción detrás de otra.

¡Oh no! Me hacía tanta ilusión que me trajera ella al cole que hasta me había olvidado de ese niño. Se llama Nico y es de primero B. No me cae nada bien, porque me llama fea y a veces no me deja jugar. Nos está mirando y se ha quedado perplejo al ver a mami. A él nunca le traen sus padres al cole, siempre viene con su cuidadora; supongo que por eso está siempre enfadado. Además, no tiene casi amigos, prefiere estar solo. Es un niño muy raro.

Cuando mami ve que nos está mirando le saluda, ¡y le llama por su nombre! En ese momento me cambia la cara, siento una sensación entre asombro y enfado. No entiendo nada. ¿Por qué mi mamá saluda al tonto de Nico y encima sabe su nombre?

168

Yo nunca la he hablado de él, me da vergüenza contarle lo que me hace. No me gusta que le salude, es mi mamá, y Nico me cae mal. Aun así, no le digo nada, le doy un beso y entro al cole.

Por fin llega el recreo y... ¡ummmm, sándwich de nocilla! Me lo como a escondidas con mis amigas, intentando que Nico no me vea, porque siempre me lo quiere quitar. Está sentado solo en una esquina del patio. Me mira a lo lejos, pero no me dice nada. ¡Qué raro! Hoy no se ha dirigido a mí, ni siquiera para meterse conmigo como acostumbra; solo me mira fijamente. A veces me da miedo.

A las cinco me recoge papi del cole. Salgo corriendo, emocionada, y salto a sus brazos; siempre me coge y me da un achuchón enorme. ¡Me encantan los abrazos de papi! Hoy vamos a ir a buscar a mami al trabajo; ¡menuda sorpresa se va a llevar! No me gusta mucho dónde





trabaja, aunque sé que a ella le encanta. Ese sitio tiene un olor peculiar y hay gente malita; pero bueno, siempre me dan un globo o un bombón.

Hemos venido a casa a merendar y a hacer los deberes. Tengo que hacer un ejercicio de escritura y una página de cuentas. Normalmente soy bastante lenta haciéndolos, se me hacen eternos. Sin embargo, hoy hasta papi se ha sorprendido de lo rápida que he sido, y además solo he fallado en una suma; todavía no he aprendido muy bien a hacerlas con varios números. ¡Estoy ansiosa porque llegue la hora de ir a buscar a mami!

De camino al hospital voy mirando por la ventanilla del coche. Ya se ha hecho de noche y hace muchísimo frío, pero las calles están preciosas, porque ya han puesto las lucecitas de navidad. Me gusta esta época, porque tenemos vacaciones y vienen los Reyes Magos. Además, en casa siempre ponemos los tres juntos un árbol enorme con muchas bolas de colores.

169

Los cristales del coche se han empañado y a mí me encanta hacer dibujos con el dedo, aunque papi siempre dice que no lo haga porque se ensucian; así que tarareo mi canción favorita y lo hago con disimulo. Veo que me mira por el espejo, pero no me dice nada, solo se le escapa una sonrisilla.

Entramos en el hospital y subimos a la planta catorce, que es donde trabaja mami. Me quedo estupefacta. Se me amontonan los pensamientos en la cabeza y no puedo creer lo que estoy viendo. ¿¡Qué hace Nico aquí!?



Le veo ahí parado, en medio del pasillo, delante de una puerta cerrada. No quiero seguir andando. No quiero saludar a ese niño que, cada vez que tiene ocasión, aprovecha para hacerme sentir mal. No quiero tener que contarles a papá y mamá que me insulta, no me deja jugar y se ríe de mí. Pero, por otro lado, tengo una gran curiosidad por saber qué hace él aquí, donde trabaja mi mamá. Me parece todo muy extraño.

Papi tira de mi mano y me pregunta qué pasa, por qué esa cara. Le hago un gesto de negación con la cabeza y sigo andando hacia adelante.

Veo a mami salir de esa puerta y le acaricia el pelo a Nico con cariño. Se agacha y le dice algo en bajito. ¿Por qué hace eso? Es mi mamá, no la suya; no me gusta que sea tan buena con ese niño.

170

—¡Princesa! —me grita mamá, y me llena el moflete de besos.

Nos dice que la esperemos cinco minutos. Me asomo al pasillo, pero Nico ya no está. La puerta de la cual se encontraba delante; la misma de la que ha salido mamá, ahora está abierta. En ese momento la curiosidad puede conmigo y me alejo sin que papi y mami se den cuenta.

Entro en la habitación y veo a una mujer joven, yo creo que tendría la misma edad que mami. Me quedo mirándola fijamente. Me llama la atención que no tiene pelo; lleva un pañuelo de flores rosas en la cabeza. Tiene los ojos cerrados, parece que está dormida. A pesar de la poca luz de la habitación puedo apreciar el color tan blanquecino de aquella chica. Tiene muchos cables pegados a su cuerpo, y otros tantos que cuelgan de un palo que hay al lado de la cama. A la izquierda hay una



máquina que parece una televisión, pero que emite unos pitidos repetitivos; me recuerda al sonido de las teclas de mi teléfono de juguete. Miro un poco más a la derecha y ahí está él. Nico también tiene los ojos cerrados. Está sentado en una butaca al lado de la cama, y recostado sobre aquella mujer. Le sostiene la mano con fuerza. Parece estar muy triste. Yo creo que es su mamá.

Me quedo tan impresionada por la imagen, que decido salir de la habitación con el mayor sigilo posible. Papi me dice que ya nos vamos.

Me monto en el coche sin poder dejar de pensar en la escena que he presenciado. Mientras mami me abrocha el cinturón de seguridad le comento que he visto a Nico y a una mujer que creo que es su mamá, pero que parece estar muy malita. Mami me mira con los ojos muy abiertos y me confirma mis suposiciones.

Papi me está bañando. Hoy no me apetece jugar con la espuma. Sigo pensando en Nico y en su mamá. Yo quiero tanto a mami y a papi que si se pusieran malitos iba a estar muy triste; no quiero que le pase nunca nada a ninguno. Quizá por eso Nico se porta mal y está solo.

Me llaman para que vaya a cenar. Cuando llego a la cocina mami y papi están cuchicheando, como cuando me dicen que están hablando cosas de mayores. Yo no pregunto, me siento en la mesa y empiezo a comer. ¡Tengo muchísima hambre!

Ya es tarde, me muero de sueño. Mami viene a darme las buenas noches y a contarme una historia como todos los días; pero algo me dice que la de hoy será diferente, mami está más seria.



—Ari cariño, la mamá de Nico lleva dos años muy malita. Tiene una enfermedad que ya no se puede curar; la medicina ya no le hace efecto a su cuerpo. La estamos cuidando todo lo que podemos, e intentamos día a día que se sienta lo mejor posible, que no sufra ni tenga dolores. La apoyamos emocionalmente e intentamos cuidar de Nico en la medida de lo posible; pero a veces la enfermedad es más fuerte que todos los cuidados que proporciona una enfermera, y solo podemos darles mucho cariño.

172

Nico va al hospital cada tarde nada más salir del cole y se queda con ella hasta las diez de la noche que viene a buscarle su cuidadora para ir a casa a dormir. El papá de Nico se marchó cuando le dijeron que su mami estaba malita. Él está muy triste y solo quiere estar con ella, pero no sabemos cuánto tiempo más podrán estar juntos.

Papi y yo hemos pensado que Nico podría venir a vivir con nosotros cuando su mamá ya no esté con él.

Las palabras de mami me han dejado todavía más sorprendida de lo que estaba. Me da mucha pena que la mamá de Nico este malita pero, ¿cómo iba a vivir él con nosotros? No sé si me parece buena idea la decisión de papi y mami, así que no le respondo nada. Me da un beso, me arropa y se marcha.

Hoy me despierta papá y me lleva él al cole, porque mamá entra a trabajar más temprano. Sigo pensando en lo que pasó ayer. Estoy un poco triste por Nico. Creo que he entendido a papi y mami, porque a mí no me gustaría estar solita.



Así que me decido, y en el coche, de camino al cole, le digo a papi que creo que es buena idea que venga a vivir con nosotros. Me dice que le alegra mucho y sonrío. Se ha puesto contento.

En el recreo veo a Nico solo, sentado en la misma esquina del patio en la que estaba ayer. Creo que debo acercarme y hablar con él, pero no sé qué decirle. Le doy medio sándwich de nocilla y me siento a su lado. Por fin me salen las palabras, y le digo que mi mami es enfermera y va a ayudar a la suya en todo lo que pueda, porque para eso están; para cuidar, apoyar, querer y acompañar en todo momento. Las enfermeras y las mamis son como un ángel de la guarda; aunque no las veas siempre están ahí para quererte y cuidarte.

Nico me mira sorprendido, con los ojos muy abiertos, esboza una gran sonrisa y me da un abrazo que casi me deja sin respiración. Creo que se siente un poco mejor.

Han pasado dos semanas desde que me hice amiga de Nico, y hoy es el primer día que viene a vivir a casa. Me ha hecho mucha ilusión enseñarle su nueva habitación. A él también le ha gustado. Ha puesto una foto con su mamá cuando estaba en el hospital; también sale mami vestida con su traje de enfermera. Los tres están muy guapos. Me gusta mucho esa foto. Nico me ha contado que gracias a ella y a las demás enfermeras su mamá fue feliz estando en el hospital, aunque estuviese malita. Los cuidados de una enfermera van más allá de poner medicación, y es mucho el cariño que recibieron ambos estando allí. Nico también quiere mucho a mami.



Papá, mamá y yo hemos pensado que sería buena idea poner el árbol de Navidad los cuatro juntos, así Nico estará un poco menos triste. Nos hemos hecho una foto todos juntos al lado del árbol. ¡Salimos genial! Mamá dice que la pondrá en el salón.

Nico está contento, me mira y sonrío mucho. Me sorprende dándome un abrazo de los suyos; de esos que te dejan sin respiración.

Nunca imaginé que le podría coger tanto cariño. Creo que me voy a llevar muy bien con mi nuevo hermano.



## Patricia

**María García Ruiz**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XV (2013).*

La sala de espera es espaciosa y confortable. Estamos sentados desde hace unos veinte minutos. Frente a mí Patricia descansa en su silla, en unas semanas cumplirá seis años. Bajo la vista y me miro las manos. Intento concentrarme en ellas y respirar. Siempre me ha costado trabajo respirar con naturalidad, pero últimamente es de las pocas vías de escape que encuentro.

175

Cada día es un nuevo reto que superar y me enfrento a él sola con mi respiración. ¿Sola? A mi lado Elías, mi marido, hojea relajado el periódico. Tiene buen color, en la barba se salpican aquí y allá las primeras canas. También observo una tripita incipiente bajo su inmaculada camisa de rayas. Aun así, sigue siendo esbelto y atlético; es su constitución. Es tranquilo y metódico, nada impulsivo. Le conozco tan bien... ¿o ya no? Desde hace años se ha levantado un velo entre nosotros. Quizá sin llegar a ser un muro, se ha convertido en una barrera invisible, pero permanente. Me inunda el desasosiego al reconocerlo, pero ahora no tengo fuerzas para intentar franquearla, así que ahí sigue, engrosándose cada día un poco más.

Patricia decidió venir al mundo una calurosa mañana de abril. Esto puede hacer pensar en una voluntad férrea por su parte al saltarse los cálculos impuestos por la ciencia, el ginecólogo, su madre, que aún tenía mucho que preparar y su abuela que aún tenía mucho que tricotar. Desgraciadamente ahí quedó su única pataleta por llevar la contraria. A veces existe un punto de inflexión en la vida de las personas en el que el rumbo cambia para siempre. Cómo, tras sentir la felicidad más absoluta al coger a tu bebé en brazos la primera vez, puede suponer el ver tambalearse tu plan de vida, tu relación de pareja, tu carrera...

176

Pero eso llegó unos meses más tarde, tampoco demasiado tiempo después, ya que los fisioterapeutas, por deformación profesional, tenemos una predisposición a detectar cualquier anomalía que se escape del desarrollo psicomotor normal en el niño. A veces se puede sumar la inquietud propia de una madre capaz de llamar a la fiebre, a una inoportuna amigdalitis, a la tan temida meningitis, y a tantos otros peligros concentrados en enfermedades, accidentes y caídas antes incluso de que se produzcan. Además, el caso de Patricia fue muy pronto demasiado evidente incluso para los no iniciados.

Comenzamos a inquietarnos y con las primeras revisiones pediátricas certificamos la evidencia de lo que era más que una sospecha, la confirmación de su Parálisis Cerebral Infantil. Elías se resistió algún tiempo; su niña, su preciosa princesita en un viaje sin vuelta a un precipicio que le llevaría la vida entera. No es lo que un padre sueña para sus hijos precisamente, así que de la fase de estupefacción pasó a la fase de negación y esto nos llevó a una peregrinación de un especialista a otro,





desoyendo mi propia opinión profesional. Esto, sumado a la tristeza, y a la falta de comunicación sobre cómo vemos y afrontamos la enfermedad de Patricia, nos ha abocado irremediablemente a nuestra actual situación, dos extraños unidos de por vida por un lazo roto que, sin embargo, adorna todo mi corazón.

Por fin nos hacen pasar. Se trata de un hombre afable y regordete, de pelo cano y barba poblada. Su tono de voz pausado siempre me ha parecido que inspira seguridad en los niños a pesar de su bata blanca. Saluda efusivamente a Patricia y cálidamente a Elías y a mí. Me descubro nerviosa, las manos húmedas, y descargo el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra mientras el ortopeda examina meticulosamente la silla.

Exactamente igual que tantas otras veces lo he hecho con mis pacientes y ahora me veo incapaz de hacer con mi propia hija. Esa silla es para mí un instrumento que la engulle y le impide posar los pies y caminar, pero a la vez el único medio para poder trasladarme con ella a todos los sitios y, en definitiva, a ninguna parte.

Porque, dónde vamos a ir que no hayamos estado ya, a quién vamos a acudir que no nos diga lo que yo ya temía desde el principio.

De hecho, a las últimas consultas he ido a regañadientes, sin esperanza alguna, y sólo arrastrada por la tenacidad de Elías que no dejaba de repetirme la eminencia que era este neurólogo o lo resolutivo que era aquel rehabilitador. A veces mi actitud pasiva se tornaba rabiosa contra él, y como vía de escape le gritaba que era inútil, que tenía que aceptar lo que había. Él siempre tan equilibrado se acercaba a mí y me sujetaba ambas



manos. Me hablaba despacio, con paciencia, como cuando hablaba con Patricia, tierno, tranquilizador. Me convence una vez más. Yo también quiero creer.

Salgo de mi ensoñación para secarle la cara a Patricia. Se queda con la boca abierta y se le derrama la saliva. Lo hago suavemente, con pequeños toquecitos en la barbilla, porque tiene la piel muy sensible, blanca, bien me ocupo yo de darle siempre crema solar antes de salir. Los ojos color avellana, como los de su padre, miran al infinito, pero momentáneamente se fijan en mí y contengo la respiración. Una vez más espero un indicio en su expresión, algo que me indique que me reconoce, un mínimo gesto en la cara. Pero nada cambia, ni una sola flexión en la piel que me diga que me ubica. La nariz le asoma entre dos pómulos quizá demasiado prominentes. Está muy delgada para disgusto de sus abuelas.

178

Le recojo un mechón rebelde de su pelo castaño que se le ha soltado del gancho. —¡Ay! Tu padre siempre te lo pone torcido—. Pero su expresión es serena, dulce incluso, con sus pestañas tan largas y sus labios de muñeca... salgo de mi ensoñación cuando me doy cuenta de que la pregunta va dirigida a mí:

—Sí, por supuesto, un cojín elevador antiescaras sería lo más adecuado aquí.

—Sí, también queremos otra cincha más ancha que la actual.

—Pero ese calzado no, prefiero que tenga el pie más libre, los mismos que lleva, pero un número más.



—De acuerdo.

Salimos empujando la silla de la clínica y le doy un beso rápido a mi niña.

—Me voy que ya llego justa —y echo a correr hacia la boca del metro, dejándoles ahí, en la mitad de la calle, a mi tesoro y a esa sombra extraña que me parece el hombre que un día fue mi timón.

Ya en el abarrotado vagón, consigo sentarme tras dos estaciones. El ambiente es denso y rancio. La gente vuelve de una intensa jornada laboral y quiero pensar que ese es el problema. En nuestro caso, hacemos encaje de bolillos para ajustar al máximo nuestras respectivas jornadas laborales y poder ocuparnos entre los dos de Patricia. Elías trabaja de mañanas (aunque hoy se ha pedido el día) y yo tengo un horario reducido de tardes.

179

Aprovecho para sacar la agenda y me sumerjo absorta en las citas de la tarde. Tengo que hacer un parón mental de mi propia vida para situarme en los otros retos, los niños que trato a diario por la misma enfermedad que padece mi hija. La joven estudiante de mi lado se levanta bruscamente antes de la parada y me cierra la agenda de golpe con sus bríos. No la vuelvo a abrir. He memorizado el *planning* y ésta también es mi parada.

Al entrar en el centro siento la calidez de mis compañeros al saludarme. Se nota que todo el mundo está implicado y disfruta con lo que hace. En el vestuario me encuentro con Sonia, la pedagoga, que me saluda sonriente.



—¿Qué tal ha ido? —le cuento lo que nos ha aconsejado el ortopeda. Le conoce de sobra, siempre trabajamos con él.

Luego me comenta que Miguel, el auxiliar del comedor ha tenido un accidente viniendo a trabajar.

—¡Ay madre! ¿Ha sido mucho? ¿Qué tal está?

—Bueno, ha llamado desde urgencias y todavía le están haciendo pruebas, pero el collarín ya se lo han puesto.

—¿Iba solo?

—Sí, menos mal, acababa de dejar al peque en la guardería. Ha preguntado por ti, creo que le tendrás que reservar un hueco.

—Claro, luego le llamo. ¿Quién ha venido por él?

—La chavalita que les hace las vacaciones, Sara creo que se llama.

—Muy bien, te dejo que me viene Salvador y son súper puntuales.

El gimnasio está justo enfrente, no es muy grande, pero está muy iluminado y es confortable. Dispone de todo lo necesario para trabajar con niños, y por si alguna vez tengo que tratar adultos, dos camillas más.

Golpean la puerta toscamente, y sé que ha llegado Salvador. Es un cascabel. Entra en el gimnasio con paso inseguro y meneando vertiginosamente las extremidades superiores para intentar mantener el equilibrio. Desde la puerta, asoma su madre que me saluda con una mano mientras con la otra sujeta a David, el pequeño



de la familia. Ellos fueron aconsejados, igual que yo, en darle un hermanito a Salvador que le motivara, que le sirviera de estímulo y le ayudara. Yo no he tenido valor para dárselo a Patricia. ¿De dónde saco la fuerza para pasar otra vez por lo mismo? Aunque esta vez fuera todo bien, me volvería loca durante nueve meses. Por supuesto, David supera con creces la psicomotricidad de Salvador y su madre no para de enumerarme los logros que va consiguiendo al ritmo de un niño normal, ni más ni menos, pero que dados sus antecedentes con Salvador no dejan de asombrarle e ilusionarle. Después de un breve intercambio de información cierro la puerta. Me giro y descubro que Salvador ha dado la vuelta a los cubos de juguetes y lo tiene todo desparramado por el gimnasio. Aprovecho para trabajar la prensión manual y unas lecciones de orden y urbanidad, que todo es instruir, antes de empezar con los estiramientos.

181

Debe ser este calor sofocante fuera de su estación, o mi tensión siempre por los suelos, que me agota. Pero desde hace unas semanas me encuentro cansadísima. El martes me hice análisis por si tengo anemia, a la que soy propensa. Son las siete y cuarto cuando Sonia toca la puerta, vaya tarde movidita. Abre y me encuentra en la colchoneta, tirada con Javier que hoy está de que no. La verdad es que no te puedes enfadar con él, tan alegre y jovial como es, siempre más interesado en las cosquillas que en aprender los volteos. Así que he acabado con el uniforme empapado y sin conseguir mi objetivo.



Tendremos que pasar sin más al trabajo de los equilibrios. Sonia sonrío:

—Te dejo aquí los análisis, los acaban de bajar. Yo me marchó que me ha fallado el último paciente.

—OK, muchas gracias.

Javier ha aprovechado mi descuido para arrastrarse bajo la camilla. Aunque sea en plan travieso lo da todo. Tiene la carita colorada y la frente llena de perlititas de sudor. Me levanto a abrir las ventanas. Fuera hace más calor, debido al bochorno, pero por lo menos habrá intercambio de aire. Espero que empiece pronto a refrescar el ambiente. Me doy la vuelta e intento atrapar a Javier para que podamos hacer un trabajo con un mínimo de fundamento. El trato con los niños requiere mucha paciencia y, si tienen necesidades especiales, mucha mano izquierda, ya que a su enfermedad hay que añadir su condición de niño. Nunca me enfado por sus travesuras, estoy encantada con sus constantes ganas de jugar.

182

Acabo de despedir a Javier que me ha estampado un beso húmedo en la mejilla, amoroso como es él. Cierro la puerta y abro el sobre distraídamente mientras con los pies amonto las cuñas que han quedado desparramadas por el suelo. Simultáneamente el estómago se me encoge y un sofoco invade mi cuerpo; releo sin dar crédito al significado: “Madre gestante. Derivar a la matrona para control embarazo”. La habitación me da vueltas, tengo que sentarme. Cojo aire, lo suelto, forzando. Me siento.



¿Cómo ha podido ser? Elías y yo... nuestra vida en pareja se ha convertido en dos compañeros con un objetivo común, atender a Patricia. ¿Cuándo? Me arde la cara. Debe estar equivocado, pertenecen a otra persona. Es imposible. Entonces siento en mi memoria un fognazo que me lo recuerda iluminando mi turbada mente. No logro recordar la fecha exacta, pero sí que aquella noche yo estaba muy inquieta. Patricia tenía décimas de fiebre y me levantaba a controlarle la temperatura y a darle agua.

El día había sido gris, frío, sin luz vital. Yo estaba agotada por el horario encorsetado que nos habíamos fabricado para poder abarcarlo todo. Una de las veces que volví a la cama me abrazó, medio dormido en sueños me llamaba. Busqué calmar mi melancolía y el desasosiego que me consumía. Me acurruqué junto a él intentando hallar consuelo. El calor se convirtió en ardor y esa corriente eléctrica que yo creía enterrada circuló otra vez por mi cuerpo. Después nos dormimos de inmediato y no volví a pensar más en ello, ya que de madrugada aún tuvimos que salir corriendo a Urgencias incapaces de controlar la fiebre de Patricia. ¡Otra vez las malditas anginas!

¡Pero si yo tomo la píldora! O tomaba, más bien. No recuerdo cuándo había decidido que no tenía ningún sentido tomarla, ni si lo dejé por desidia... claro, esto lo explicaba todo.

Bajo la vista y releo los informes inequívocos: ¡si es que estoy de tres meses!

¿En qué mundo he estado viviendo yo para no haberme dado cuenta antes de algo así? ¿Cuándo fue la última vez que tuve el período? No lo sé. Lo que sí sé con exactitud es cuándo tuvo Patricia su última infección,



cuándo le di el último jarabe, cuándo pasó mala noche... ¿Y mientras tanto dónde he estado yo todo este tiempo? Detrás de mi muralla. La barrera que tapa mis necesidades, mi cuerpo que clama por explotar bajo mi uniforme. Bajo el pantalón y observo toda la goma marcada surcando mi vientre de lado a lado. ¿Cómo lo voy a hacer? ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Cómo se lo digo a Elías? ¿Cómo reaccionará? ¿Y Patricia? Ana, nuestra psicóloga, siempre asegura a las familias que otro bebé puede ayudar, dar equilibrio. Pero, ¿a quién? ¿A los padres o al paciente? ¿Cómo compaginarlo todo? Me levanto de golpe, tengo que beber agua, siento la garganta seca, las axilas empapadas. El líquido me refresca por dentro, pero me revuelve más el estómago, ¿es la noticia o ya lo tenía revuelto días atrás? No lo recuerdo, creo que he comido normal, pero tampoco lo podría asegurar. Y en el trabajo no he sentido nada especial. Ayer con Imanol estuvimos trabajando muy duro. Con la fuerza que ha ganado hicimos un trabajo muy intenso aprovechando que estaba muy centrado. Yo no noté nada especial. Ahora tengo la evidencia: otro bebé.

Recuerdo cuando empezamos Elías y yo. Hablábamos siempre de los niños que tendríamos, nos veíamos rodeados de chiquillos. Y si no nos venían, los adoptaríamos, nada nos detendría. Siempre nos han encantado los niños, es por eso que estoy tan contenta en mi trabajo, rodeada de niños, de otros niños. Y luego está Patricia, que nos llena todo el tiempo y nos cubre la necesidad de amar. No se puede querer más a nadie. Los demás hijos, han quedado todos concentrados en ella. Nuestras ilusiones, nuestro futuro, volcado todo en ella.





Paso mi mano por mi vientre y trato de sentirle, noto que me sonríe desde dentro. Percibo su calidez y me cubro bien con la camiseta de algodón, que me parece más suave que nunca, en un gesto de protección.

Llego media hora más tarde de lo habitual al portal y eso que he venido directamente, como una autómatas. No sé en qué me he demorado, absorta en mis pensamientos y sopesando la reacción de Elías, seguramente. Sólo sé que no he dejado de acariciarme la tripa ni cuando estaba agarrada a la barra del metro. Subo y abro la puerta con mano temblorosa, cada vuelta de llave más cautelosa que la anterior, en una mezcla de inquietud y ansiedad. Dejo caer el bolso en la entrada y despacio me dirijo a la cocina. Patricia está en la mesa y Elías, de frente a ella, ni me ha oído llegar, atareado en darle la cena:

185

—Venga princesa, otra más; qué rico está todo, ¿eh? La última, tesoro. —Se inclina hacia ella y le limpia la comisura de los labios dándole unos suaves golpecitos con la servilleta—Ahora un poco de agua.

Nota mi presencia, alza la vista y me encuentra en el umbral de la puerta, desencajada. Sus ojos se entornan reflejando preocupación. Se levanta con cautela.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Y ahora sí, avanza deprisa hacia mí y me rodea con sus brazos. Me acaricia el pelo suavemente. Hundo mi cabeza en su pecho y en ese abrazo tan conocido rompo a llorar por nosotros, por Patricia, por esas lágrimas que ella nunca derramará, por la emoción, por saber que ahora sí, sé que he llegado a casa.





## Tres vueltas de campana

**Alejandro Ruiz Núñez**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XVIII (2016).*

Nunca le hice tanto daño a nadie como a Víctor. Lo recuerdo todo difuso, como en fotogramas sueltos. La carretera, la curva, un coche rojo invadiendo mi carril y un volantazo con todas mis fuerzas, sin cálculo, hacia el vacío. Di tres vueltas de campana. Dicen que la vida pasa ante tus ojos cuando estás a punto de morir. Seguramente yo no iba a morir pues no pasó ante mis ojos la imagen de mi abuela friendo pestiños, ni el azul del cielo aquel verano del 94. Pero cada vuelta que di montada en mi coche me trajo a la mente el recuerdo de Víctor. Una vuelta, un año. Los tres que pasamos juntos antes de que yo lo alejara de mi vida con la maldad de una traición y la crueldad de la indiferencia. Mi conciencia no me ha absuelto, está claro, y me lo ha arrojado a la cara en la frontera entre la vida y la muerte. Si hubiera muerto, ¿cómo habría pasado al más allá? No dejo de pensar en él.

187

Siento un dolor indescriptible en todo mi cuerpo. No veo. Quizás haya perdido la vista, no lo sé. Siento que algo me cubre la cabeza y los ojos. No puedo hablar. Respiro por mí misma, pero creo que el aire me entra directamente a la garganta. Me escuece mucho. No puedo mover las manos, los pies, los brazos, las piernas, la cabeza... Sólo me une a este mundo el dolor y el oído.

Porque puedo oír todo lo que sucede a mi alrededor. Eso me salva. Me salva de la locura, del miedo a la soledad. Porque me siento sola, perdida, como una niña que necesita a su madre, aunque haga años que no la necesito. Padre nunca tuve. Pero, pese a esta soledad, el recuerdo de Víctor me atormenta mucho más. Tres años, tres vueltas de campana, mi vida que no pasa ante mis ojos, sólo los tres años que pasé con él, y el daño que le hice. Sólo quiero dormir. Quizás también morir. Aunque si eso supusiera volver a ver pasar esos tres años ante mis ojos con tanta claridad... Eso sería peor que la misma muerte.

188 Llevo ya muchos días aquí. Supongo que estoy en la UCI de algún hospital. Ya conozco a varias enfermeras. Suelen hablarme en voz alta, risueñas. Me dicen cosas como “vamos, guapa, que ya mismo te pondrás bien”, o “¿dónde está la niña más simpática del hospital?” Ni yo soy ya una niña, porque después de los treinta una entra en picado en la recta hacia los cuarenta, ni estoy tan segura de que vaya a ponerme bien. Yo les sonrío, porque sé que lo dicen para animarme, pero no las tengo todas conmigo, ni sé tampoco si las quiero tener. Debo llevar casi una semana aquí, a juzgar por el número de relevos que han pasado, pero puedo haber estado inconsciente más tiempo y calcularlo me resulta imposible.

Ya nada me ata a este mundo. Qué paradoja. No puedo mover mis brazos ni mis piernas. No lo necesito. No hay nada en mi vida que me dé la fuerza para seguir viviendo. Poco antes del accidente vivía intensamente. Tenía un grupo de amigas inmenso, una vida sexual francamente satisfactoria, sin ataduras... Ataduras, de nuevo esa palabra. ¿Qué es una atadura? ¿Lo que te



apresa contra tu voluntad o lo que te salva de hundirte? Cuando rompí con Víctor acabé con la única atadura que tenía. Respiré tranquila. Era libre, libre para ser yo misma, para desarrollarme como persona, siguiendo los dictados de mi corazón, siguiendo mi propio camino, eligiendo qué vientos me guiarían.

El doctor pasa a verme todos los días. Es seco. No habla conmigo. Se limita a hacerme preguntas en un tono de voz algo más alto del que sería necesario, pero no he encontrado aún la manera de decirle que mi oído está perfectamente. Su mano es cálida. Cuando la posa sobre mí percibo que aquella voz dista un abismo de su corazón. Me conforta, me manda su aliento, aunque yo no lo necesite porque no quiero vivir. Y no porque esté deprimida. Mi situación no me deprime. Saberme confinada en una cama con el oído como única tabla de salvación no me hunde. Sólo me anima. Porque sólo me queda eso. Y de ahí a la muerte sólo queda un paso.

189

Hoy me he irritado por primera vez. Me he enfadado con el doctor, aunque no pueda decírselo. Después del aseo ha venido un hombre y ha comenzado a tocarme. En un primer momento me ha extrañado. Supongo que es un hombre por el olor. El olor. Tampoco he perdido ese sentido. Ha sido la primera vez que he sido consciente de que puedo oler y en ese preciso instante se han abierto para mí de par en par las puertas del mundo de los olores. Todo desprende un olor muy particular y, entre todo ello, aquel perfume: el del hombre misterioso. Pero ese misterio ha dejado de serlo en el preciso instante en que ha entrado la enfermera, no la que me dice piropos ni la que me quita años, sino esa otra que parece más mayor y que siempre que entra en la habitación, porque estoy en



una habitación para mí sola, repite un “ay, ay, ay”. Me lo ha presentado como “el fisio”. En ese momento mi mundo se ha venido abajo. Yo sólo quiero morir y, por lo poco que sé, la finalidad de un fisioterapeuta es, digamos, devolvarte a tu vida. Pero es que yo no la quiero.

Nunca he tenido queja alguna de ninguno de los profesionales que me han cuidado. Todo lo contrario. Sé que si estoy viva es gracias a ellos. Pero el fisioterapeuta me confunde. Sé que él no está aquí para mantenerme con vida. Él llega todos los días después de mi aseo personal para prevenir rigideces en mi maltrecho y cada día menos doloroso cuerpo. Pero también para capacitarme para moverme y, un día, salir de aquí. Nadie sabe quién soy. Nadie sabe lo que he hecho. Nadie sabe que en la frontera de la muerte yo no me acordaba de mis abuelos, de mi infancia, ni de la profesora de mates. Nadie sabe que sólo pensaba en Víctor. Y está claro, mi mala conciencia me lo escupió todo a la cara en el último momento. Me lo tenía guardado. Mala pata, pensaré mi conciencia, si es que la tengo. Sigo viva. Pero puede que me tenga reservado otro capítulo para mí. Y lo peor: no se lo reprocho.

Qué difícil es ser fiel a una misma. En el mismo momento en que tomas una decisión te estás arrepintiendo de ella. ¿Qué es una decisión más que un simple paso? ¿Qué es una decisión más que una encerrona en la que una misma se mete cuando quiere poner freno a lo que, sí o sí, está por venir? ¿Qué es una decisión más que una excusa para romper con lo que tienes, por ambición quizás, por deseo tal vez, por tener más aún de lo que tienes restándole valor a todo lo que vas a dejar atrás y que un día fue el resultado de otra decisión? ¿Dónde está



la frontera entre el bien y el mal? ¿Dónde está el límite que separa la mejora y el ansia por el cambio? ¿Dónde nace un fracaso, en el error al elegir o en la equivocación de plantear una elección?

El médico había decidido que yo debía vivir. De no ser así no se habría tomado tantas molestias en sacarme adelante. No me habría mantenido en la UCI tantos días ni me habría prescrito la fisioterapia. ¿Se arrepentiría el doctor de esta decisión si conociese mi verdad? Pero, ¿cuál es mi verdad? Mi conciencia no me absuelve de haber tratado tan mal a Víctor, de haberle hecho tanto daño como le hice. ¿Qué me hizo él a mí?, ¿amarme?, ¿darlo todo por mí? No era perfecto, lo sé, pero ¿qué me hizo? Con él lo tenía todo. Todo. Pero dudé, me planteé lo que dejaba atrás por estar con él. Y la bola fue haciéndose cada vez más grande hasta que acabé odiándolo por coartarme la vida, por limitarme. Aunque él nunca hiciera eso. Pero es que, ahora lo sé, no se puede tener todo. Si quieres algo debes dejar otra cosa. Y Víctor fue la otra cosa. ¿En su lugar?... No sé. La libertad de ser yo misma... sin ataduras. Otra vez las ataduras.

191

Ya puedo mover mis manos y mis pies. Es un movimiento muy débil, pero "tienen actividad, que es lo importante", como suele decir la enfermera que me quita años. El fisio no me dice nada, tan sólo me trata con sumo cuidado, con calidez, como no queriendo hacerme daño, pero con la determinación de que lo que hace debe ser hecho así, sin reticencias. Yo me dejo hacer, y tampoco digo nada. Por cierto, ya puedo hablar. Lo descubrí una noche. Sentí un fuerte dolor en la espalda y se me escaparon de los labios un "¡madre mía!" que habría despertado a las piedras. No obstante, las enfermeras



se encontraban en su estar en ese momento con una agitada conversación y no debieron achacar aquella exclamación a mí, sino a una anciana demenciada que moriría a las pocas horas. Creí ver en este hecho una revelación pues tras comprobar, ya en voz baja, que podía articular palabras, decidí mantenerlo en secreto el tiempo que fuera posible. Quizás quería aferrarme a las ataduras que me aislaban del mundo reservándome, tan sólo, un escenario en el que todo pasaba excepto mi propia existencia. Quizás quería evitar dar explicaciones, contar quién era yo, lo que había hecho, por qué estaba sola, por qué nadie había venido a visitarme en todo este tiempo.

192

Como si de un hechicero se tratase, a la mañana siguiente el doctor me pidió que tratara de articular palabra. En un primer momento me resistí pero, finalmente, y dada mi incapacidad para fingir, hablé. La alegría se hizo en aquella sala donde el drama y la tristeza eran el pan de cada día. Me sentí llena de una extraña fuerza. Hacía años que no sentía algo así. Personas que no conocía de nada se alegraban por mí, sin importarles quién era o lo que hubiera hecho... Mamá solía alegrarse tanto con todo lo que me ocurría... ¿Qué nos pasó? ¿Qué me pasó? Todo fue a raíz de lo de Víctor. No comprendía cómo podía pensar así, cómo podía arruinar lo que tenía, lo que ella siempre ansió y no pudo tener porque mi padre se marchó con otra mucho más joven que él cuando yo tenía sólo cinco años. Las manos de mi fisioterapeuta mecen mis piernas invitándome a moverlas. Siempre añoré que mi padre me meciera en sus brazos como lo hacía el padre de Andrea, mi mejor amiga, cuando ésta estaba triste. También lo hacía Víctor.





Las lágrimas empapan las gasas que me cubren los ojos al recordar aquella época. Qué bello fue aquel tiempo comparado con la libertad que conseguí, la que tanto deseaba. Víctor me dio todo lo que no tuve de mi padre, me dio la vida, las ganas de vivir, de reír, de luchar, le dio sentido a mi existencia. Y así, cargada con su fuerza, con su aliento, volé lejos de él, de sus brazos, de sus besos, de esos besos perdidos que jamás podré recuperar pues corté las ataduras que los ligaban a mí, a mi pecho, a mi alma en eterna búsqueda.

Cuánta calidez, con cuánto amor da vida a mis miembros este hombre que cada día me ayuda a regresar a la vida, que me rescata de este pozo sin fondo en el que caí. No al que me tiré al soltar esas mismas ataduras que yo creí límites y no eran más que lazos, esos lazos que nos unen a la realidad, a la vida que construimos cuando no pensamos que estamos construyendo nada. ¿Acaso cambia uno de casa porque no le guste el color de las paredes? Así de inconsciente fui, y así trató de hacérmelo ver mi madre, esa a la que dejé de responder, a la que dejé que se esfumara de mi vida como bruma al amanecer.

Las brumas que nublan mis ojos quizás mañana se disuelvan. Quizás arrastren consigo las tinieblas de mi alma. El médico me ha dicho que mañana me quitará el vendaje de la cara. Al parecer, el choque me hirió los ojos. No sabe si podré ver. Todos se muestran muy optimistas, pero yo no sé qué pensar. En estos últimos días me he reconciliado un poco más conmigo misma y con mi conciencia. Es más, me he preguntado si en verdad tenía mala conciencia por todo lo que hice o si, simplemente, añoraba morir o a Víctor. ¿Por qué tuve el accidente? ¿Invadió el coche rojo mi carril o circulaba yo



por el suyo? ¿Fue un error o quizás lo hice a propósito? ¿Me entró miedo y traté de esquivarlo? No recuerdo nada antes del accidente. La verdad es que recuerdo poco de todo este tiempo. Han sido varios años. Demasiados. Y apenas recuerdo breves flashes de aquel tiempo. En cambio, aquellos tres años pasaron ante mis ojos vívidos como el primer día. No, no era mala conciencia lo que tenía cuando daba una, dos y tres vueltas de campana. Era nostalgia, una inmensa pena por lo que dejé pasar, por lo que aparté de mi vida pensando en lo que no tenía y olvidando lo que me llenaba.

194 El fisioterapeuta ha llegado esta mañana algo más temprano de lo normal. Parece serio. Normalmente habla poco pero hoy está especialmente silencioso. He sentido miedo. Quizás sepa algo que yo no sé. Quizás hayan averiguado algo y no pueda recuperar la vista. En estos días en la UCI mi cuerpo se ha restablecido y yo misma he recuperado las ganas de vivir. Me siento triste, nostálgica, pero siento la vida un poco más atada a mí. Resulta curioso. Las dichosas ataduras.

—Hoy es el día —dice el fisio serio.

—Sí —respondo algo inquieta.

—No debes preocuparte, seguro que todo irá bien.

—No me preocupa quedarme ciega. Hay otras cosas que me inquietan más en este momento.

—¿Como cuál?

—El pasado.

—El pasado, pasado está. Has vuelto a vivir. No es fácil sobrevivir a un accidente como el que dicen que sufriste.



Te lo digo yo, que lo veo a diario.

—A veces sobrevivir no es lo mejor que puede pasarte.

—Te entiendo.

—¿Has sentido alguna vez eso?

—Sí —dice titubeando.

—¿Qué me recomiendas entonces?

—Confía.

—¿En quién se puede confiar? —pregunto acordándome de lo que le hice a Víctor. Él siempre confió en mí.

—Creo que en todos los días que has estado aquí has tenido tiempo para darte cuenta. Hay mucha gente en la que puedes confiar.

—Lo sé. Y me siento inmensamente agradecida a todos los que habéis estado a mi lado. Pero quizás mis heridas estaban más dentro que fuera. Y por más que os hayáis esforzado en sanarlas... Las del alma siguen ahí. En lo más hondo de mi ser. Y, entonces, sobrevivir no es más que seguir sufriendo.

—Ya —alcanza a decir, entrecortado.

—Entonces, confiar... ¿En quién confío?

—En quien te ama —me interrumpe.

—A mí ya no me queda nadie —digo compungida y nerviosa. Oigo la voz del doctor. En breve me quitará la venda de los ojos y sabré un poco mejor cómo será mi futuro.



—Hay veces que llevamos una venda en los ojos y no lo sabemos, aunque podamos ver nuestro reflejo en el espejo.

—¿Y cómo se la puede quitar una? —replico agonizando por la cercanía del doctor en el pasillo.

—Amando. Sólo podemos ver a través de ella amando —dice apretando mi mano con fuerza. Aquello me estremece. Siento un escalofrío y la venda de mis ojos cae antes siquiera de que el doctor entre en la habitación. Aquella voz, aquella energía atravesando mi cuerpo a través de esa mano que me suelta y se aleja de mí.

196 —¿Víctor? —pregunto derrumbándome entre espasmos que no sé distinguir si son de felicidad o agonía. No quiero que se marche, no quiero que se aleje de mí. No quiero volver a perderlo jamás en la vida. La vida se me escapa en el aliento, en mis dedos tensos que sólo alcanzan el aire, en mis ojos llorando todos los mares posibles...

—Soy yo. Te espero fuera... como llevo haciéndolo todos estos años.



## Esther

**Elena Polaino García**

*Premio Especial para estudiantes  
de la edición XX (2018).*

Me encantaba ir a mi pueblo. Está cerca de Madrid, donde vivíamos. Mi familia y yo teníamos la costumbre de ir unas cuantas veces a lo largo del año. Madrugábamos un poco, desayunábamos rápido, cogíamos el equipaje y montábamos en el coche. Mi padre conducía alrededor de dos horas. Yo iba escuchando la radio y hablando con mi madre. *Et voilà*, llegábamos al pueblo.

197

Es un lugar especial. Un pequeñísimo conjunto de viejas casas rodeado por altos y frondosos árboles, que dan un color verde oscuro mezclado con el marrón de las hojas caídas en el suelo. Allí no vive apenas nadie, salvo Francisco y Manuela, que son, como yo les llamo, los cuidadores del bosque. Son un matrimonio de ancianos. Siempre que vamos al pueblo, les visitamos y les regalan a mis padres una tarta de manzana, que es la especialidad de Manuela. El pueblo es un lugar muy tranquilo y solitario. Si queremos ir a comprar tenemos que coger el coche, atravesar por un estrecho camino el bosque e ir a un pueblo más grande, donde hay tiendas y mercados, ya que en el mío no hay nada, solamente unas cuantas casas.

Mucha gente no entendía cómo me podía gustar tanto ir a este lugar, que a primera vista parece un sitio muy aburrido para una niña de diez años. La verdad es que tenían razón, es aburrido y me resultaría un rollo ir si no fuera porque allí, en el bosque, podía practicar mi deporte favorito, el atletismo. Me encantaba correr, sentir como se me aceleraba el corazón, como todos mis músculos trabajaban al máximo, las piernas avanzaban a toda velocidad adrenalina. Es algo que me gusta desde siempre e incluso mis padres dicen que aprendí antes a correr que a gatear.

198 Aunque era muy pequeña, apenas una niña de colegio que no sabía nada de la vida, tenía claro que quería convertirme en una atleta profesional. Competir contra otros corredores y ser la mejor. Yo era muy buena en las carreras de velocidad, pero en lo que verdaderamente quería llegar a ser la mejor eran las carreras de obstáculos. Y el magnífico bosque de mi pueblo era un campo excepcional para entrenar.

Mis padres están discutiendo. Gritan y hacen gestos con las manos. Mi padre tiene un trabajo nuevo y pasa menos tiempo en casa y con nosotras. Desde entonces, suelen estar nerviosos y discuten todo el tiempo. Para desconectar y dejar a un lado la rutina, hemos venido a pasar unos días al pueblo. Es invierno y con la chimenea encendida en la casa se está muy bien.

No lo entiendo, en el pueblo no deberían discutir. Para eso hemos venido. No me gusta verlos de esa manera. Mientras ellos discuten, estoy pensando en cómo evitar esa situación tan incómoda y enseguida llega a mi cabeza el riguroso plan de entrenamiento que me he propuesto

realizar. Así que, aunque no me dejen ir sola y luego me lleve una buena regañina y depende de cómo estén los ánimos también un día entero sin ver la televisión, abro la puerta con cuidado, sin hacer demasiado ruido para que no se den cuenta y salgo silenciosamente de casa. Me dirijo al bosque.

Tengo que entrenar mucho si quiero clasificarme en la *XXI Cross El Encinar*. Se trata de una carrera muy dura que se celebra anualmente. Mi club solo elige a las mejores para presentarse. ¡Y este año, lo he conseguido, me han elegido a mí y tengo que ganar esa carrera! Como hoy no puedo volver tarde del bosque, elijo el camino corto, pero complicado. Corro a través de los altos pinos, sorteo algunas rocas y ramas que hay en medio de la ruta, como si se trataran de vallas de competición y me obligo a ir a un buen ritmo por subidas interminables. Noto mi corazón palpar en la garganta mientras avanzo a grandes zancadas.

199

Mientras corría por una bajada, a toda velocidad, una de mis zapatillas patinó con una roca y tropecé. Perdí el control y caí rodando por la tierra hasta que de repente me golpeé con algo y paré en seco. Todo ocurrió muy rápido. Estaba sangrando y notaba tanto dolor en mi pierna derecha que me quedé sin aire. Sentía un ardor por todo mi cuerpo y de pronto, todo se desvaneció.

Cuando desperté, estaba tumbada en una cama. Me sentía cansada. Notaba la boca seca, muy seca. Tenía mucha sed. Me encontraba un poco mareada, desubicada y veía un poco borroso. Sentía todo mi cuerpo dormido y pesado. De pronto, vi unas figuras que se acercaban lentamente. Eran mis padres. Sus rostros estaban apagados y su mirada triste.



Emanaban preocupación, aunque intentaban esconderla. Mamá tenía los ojos hinchados; había estado llorando. ¿Qué pasaba? ¿Por qué mis padres me miraban de esa manera? ¿Dónde estaba? Estaba en el hospital. En el centro médico de referencia en traumatología, en Madrid.

200 Mis padres, entre sollozos, y dos médicos que vinieron seguidamente a la habitación me explicaron con mucha calma lo que me había ocurrido. Cuando corría por el bosque, al caer, rodé hasta que impacté con una gran roca. Mi pierna derecha que chocó directamente con la roca, se fracturó. Al perder rápidamente mucha sangre, me desmayé. Pasó demasiado tiempo hasta que me encontraron en el bosque. Ingresé en Urgencias con una fractura abierta grado III del tercio distal de tibia y peroné derechos. En el hospital me hicieron pruebas y más pruebas buscando soluciones. Sin embargo, mi evolución clínica fue mala y presentaba una infección de la herida con ausencia de vascularización arterial. Esto significaba que la sangre no conseguía circular por mi pierna. Por lo que tuve que ser intervenida quirúrgicamente ante la presencia de una gangrena, realizándome una amputación a nivel del tercio proximal de la pierna derecha.

No me lo podía creer. Me habían amputado la pierna. Mi mundo se había venido abajo. No me salían las lágrimas, me había quedado en *shock*. Mi sueño, mi vida que era correr se había terminado. Ya no quería vivir. A una niña de diez años no le podían pasar estas cosas. Mi madre me abrazaba y mi padre lloraba a mi lado. Yo me había quedado con una sensación desagradable y negra que me recorría todo el cuerpo.



Mi vida ya no tenía sentido. En mi cabeza corrían todo tipo de pensamientos, cada cual más oscuro que el anterior. ¿Por qué esto a mí? Yo no he hecho nada. Mi vida acababa de empezar y se ha truncado. No quería ser doctora, ni una estrella de cine, ni ganar mucho dinero, tan solo quería correr. ¿Qué iba a hacer una niña sin pierna?

Al cabo de unos días yo seguía postrada en la cama del hospital. Mi aspecto era aterrador, pues me negaba a comer y a hacer cualquier cosa. No quería hablar ni escuchar a nadie. No quería llorar ni gritar. No quería ir al baño ni moverme para sentarme en la silla de ruedas. Me tenían que poner unos pañales para hacer mis necesidades y me lavaban como podían en la cama.

Me sentía muerta. Nunca se sabe cómo va a terminar el día. Nunca se puede dar por hecho nada. Ni lo más seguro es seguro; ni lo más incierto es así.

Un día vinieron los médicos a mi habitación y me dijeron que ya estaba preparada para la rehabilitación. Había pasado mucho tiempo y tenía que empezar a ejercitar de nuevo mis músculos y entrenarlos, sino se me atrofiarían. Además, un equipo de fisioterapeutas me ayudaría y me enseñaría a utilizar la prótesis. Le prometí a mi madre que iría, aunque no tenía ni ganas ni fuerzas.

Era una sala grande y fría, llena de colchonetas, y barras de apoyo, barandillas y espalderas. Había pelotas y otros instrumentos que no sabía para qué servían. Allí estaban mis padres, rebosando actitud positiva, contentos porque empezara la rehabilitación y felices porque hubiera aceptado a venir finalmente. También estaban los médicos que habían estado llevando mi



caso, el grupo de cirujanos que me operaron y los fisioterapeutas que ahora tratarían con mi tullido cuerpo.

Todos, en una especie de corrillo, de pie y yo, desde mi silla de ruedas, alzaba la vista y veía a unos señores, con bata blanca en la que llevaban sujeta una tarjeta de identificación. Hablaban con un lenguaje muy distinto al que utilizaba yo normalmente. No les entendía. Mientras dialogaban con un tono pausado, serio y monótono, de vez en cuando, giraban la mirada hacia mí o señalaban a mi pierna con el dedo. Mis padres asentían. A un lado, un poco separada del resto, había una chica. Era joven y estaba cogiendo notas en una libreta. Pero, enseguida guardó todo en el bolsillo y se dirigió a mí. Y de repente, cuando estaba enfrente de la silla de ruedas, de forma inesperada, se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Desde el suelo, me dijo su nombre y me dio la mano. Por una vez, en mucho tiempo, no tenía que mirar hacia arriba, ella se había sentado a mi nivel. Era Esther, una fisioterapeuta, recién salida de la universidad. Formaba parte del equipo que iba a llevar a cabo mi rehabilitación.

202

Me explicó que íbamos a ir muy poco a poco, de forma que yo me sintiera cómoda. Seguidamente, me sentaron en una camilla y observaron el muñón. Yo me sentía indefensa y un poco avergonzada. Pero al momento, Esther puso su mano en mi hombro y me dijo:

—Tranquila, estamos valorando tu pierna para comprobar que está preparada para colocar la prótesis.

Parecía que mi muñón estaba bien y me iban a colocar la prótesis. Al colocármela y ver lo que iba a ser mi nueva pierna al lado de la otra, sentí una sensación rara y difícil de explicar, pero era una especie de sentimiento de paz. Ahora tocaba levantarse y, ayudada por Esther y el resto de fisioterapeutas, conseguí incorporarme y agarrarme a una barandilla. Estaba de nuevo en pie y de mi rostro salió una pequeña sonrisa. Después de tanto tiempo en cama, volvía a erguirme y a mirar al mundo. Y entonces, adelanté la pierna para dar un paso, decidida a caminar, cuando, de pronto, me di cuenta de que no tenía fuerza para sostenerme y me tambaleé. A punto de caerme, todos los fisioterapeutas me agarraron y me sujetaron evitando que cayese al suelo.

—Tienes que ir poco a poco. No te apresures, todavía no tienes fuerza. Continuaremos mañana —exclamó uno de los fisioterapeutas.

—¡Eh! Tranquila campeona. Lo has hecho muy bien —dijo Esther.

— Nunca volveré a andar. ¡Y mucho menos a correr! Correr era mi pasión y ahora, ni siquiera puedo dar un paso —dije yo, sollozando. Y eché a llorar.

—No te miento, será duro, muy duro. A pesar de la tecnología actual que usan para hacer las piernas biónicas, no vas a sentirla igual que tu propia pierna. Pero te prometo que haré todo lo posible para que vuelvas a correr. ¿Sabes que es aún más difícil que fortalecer los músculos y aprender a equilibrarte y mejorar la coordinación? Es mucho más difícil lo que has hecho tú hoy aquí. Has demostrado valentía, motivación y confianza. Será un proceso largo, tendrás momentos mejores y peores pero ante todo, tienes que creer en ti. Si tu pasión es correr, lucha por ello y lógralo —dijo Esther.



Ella tenía razón. Yo podía lograrlo.

Fueron pasando las semanas y los días en el gimnasio del hospital. Poco a poco, junto a Esther y los demás fisioterapeutas, pasé de estar apoyada con las dos piernas entre las barras paralelas a caminar a través de ellas. Seguidamente, cambié las barras por el brazo de Esther y de otro fisioterapeuta. Luego me ayudaba de un andador. Y al cabo de varios meses iba únicamente con un bastón. Conseguí devolver a mi cuerpo fuerza, equilibrio y flexibilidad. Y un día empecé a caminar por mí misma.

La ilusión y la confianza son las dos grandes virtudes de los valientes. Gracias a mi fuerza, a confiar en mí, en mis posibilidades y en mi cuerpo y a enfrentarme con garras y tesón a lo que me deparó la vida conseguí salir del agujero. Y no solo salir del agujero, sino lograr mi objetivo y hacer realidad el sueño de toda mi vida.

Pero sin duda, las gracias se las tengo que dar a Esther, a esa chica jovencita que siendo la menos valorada del equipo supo hacerlo bien. Supo apoyarme y darme la mano como profesional, pero también como ser humano. Gracias a ella, estaba nerviosa, pero no tanto. Tenía miedo, pero no tanto. Me costaba, pero no tanto. Me dolía todo mi cuerpo, pero no tanto. Me sentía sola pero no, en realidad, no me sentía sola. Estaba ella, acompañándome en el camino.

Ahora, después de algunos años, soy campeona paralímpica. Con orgullo puedo decir que he ganado el oro en los 400 metros de Río. Y Esther sigue siendo mi fisioterapeuta.

# El cuidado del otro





## En la geografía del cuerpo

**Alfredo de Andrés Ramos**

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios  
de la edición XVI (2014).*

Se podría dibujar un mapa siguiendo las finas líneas de la herida. Un mapa repleto de valles y de montañas a los que se podría dar nombre; igual que ocurría en los exámenes de anatomía, cuando había que reconocer en los atlas mudos los nombres de las arterias que se extendían por el cuerpo y que parecían los afluentes de los grandes ríos de América. Sí, hay que nombrar las cosas, porque así las hacemos nuestras.

207

Quería decirle aquello mientras le curaba las heridas. Quería decirle que los pequeños derrames que surgían del centro mismo de aquel hematoma eran como los afluentes del Orinoco, y que bajo aquella piel morada habitaban miles de terminaciones nerviosas que llevaban el dolor de su magulladura hasta el centro mismo del alma. Pero en vez de eso murmuró un escueto:

—Ya es mala suerte.

Y siguió pasando la gasa con cuidado por el corte.

Ella apretó con fuerza los labios y a Elena le pareció que aquel silencio era como el atardecer del desierto de Atacama. Porque aquel silencio se abría paso entre las sombras, igual que el que ella había vivido en el espacio vacío del desierto un año antes, cuando el sol se ocultó más allá de la línea del horizonte. Entonces, aquel silencio y aquella extensión yerma le produjeron una sensación de soledad como jamás antes había sentido. Volvió a mirar de reojo hacia los labios mudos de su paciente, mientras se preguntaba si merecía la pena dar dos puntos en la herida. Le haría un poco de daño, pero con dos puntos aquel pequeño valle se cerraría para siempre y apenas le quedaría cicatriz.

208

—De todas formas es raro, ¿no? —insistió Elena mientras extendía un poco de Betadine por otra herida.

—¿El qué? —respondió ella.

La voz le tembló un poco, lo suficiente como para que Elena dejara de tocar la herida con la gasa. Pensó que ella había sido la causante de aquel pequeño temblor, pero al levantar la vista para mirar a los ojos de su paciente, esta desvió la mirada. Y es que bajo la piel los nervios recorren el cuerpo y llegan desde el desierto de Atacama hasta el centro mismo del alma, donde depositan cada recuerdo y cada roce. Puede que ella transitara también por otros desiertos, y que en ese momento sus nervios llevaran la soledad de miles de atardeceres hasta el centro mismo de su nada.

Elena siguió limpiando con cuidado el interior de la herida, retirando los pequeños restos adheridos a las paredes.





—Digo que es raro caerse dos veces por las escaleras en tan poco tiempo —apuntó mientras pasaba con cuidado la punta de la gasa.

Ella no dijo nada. Sus ojos eran grandes como la palabra grande, y se abrían silenciosos hacia un mundo repleto de cordilleras sin nombres y de valles como heridas, en las que las lágrimas rellenaban las cuencas por donde transitaban ríos repletos de silencios.

—¿Te gusta viajar? —preguntó Elena.

Ella sonrió. Lo hizo brevemente, como si una luz hubiera atravesado el horizonte limpio del desierto y hubiera iluminado su mundo con un abrazo tan grande y tan intenso como solo lo puede dar el sol en mitad de la nada.

209

—Sí, viajamos mucho. Él me lleva siempre de viaje después de cada...

Dejó la frase en el aire, como si estuviera sujeta por los arcos que sustentan la cúpula del Duomo de Florencia. Allí se quedaron las palabras, suspendidas en el aire igual que aquella cúpula hermosa y frágil que Elena había visitado en su última escapada a Florencia. Ella desvió de nuevo la vista y apretó los labios, como si su garganta, repleta de nervios como ríos, no supiera cómo proseguir. Algunas veces los nervios de las cúpulas no son tan diferentes de los nervios que fluyen bajo la piel, salvo que unos solo pueden transportar la belleza y los otros también puede llevar el dolor agreste de una bofetada.

—¿Después de? —preguntó Elena animándola a que acabara la frase

—Después de nada.



Nada es lo opuesto a todo, como vena es opuesto a arteria. Unas entran del corazón y otras surgen de él y se proyectan hacia el resto del cuerpo. Pero a medida que avanzan en su camino, esas arterias y esas venas van cambiando, y por eso hay que darles nombre, para hacerlas nuestras. Hay una geografía del cuerpo igual que hay una geografía de los ríos y de las montañas. En el caso del cuerpo, es una geografía oculta que se camufla bajo la piel, pero que también puede elevarse como un volcán para transformarse en herida o convertirse en un lago púrpura como un hematoma.

Elena terminó de colocar los dos pequeños puntos de tela sobre una de las heridas, y al hacerlo pensó que parecían dos puentes atravesando un canal.

210

—El año pasado fui a Italia —dijo Elena—. Estaba pensando que esta herida tuya es como un canal de Venecia y que estos dos puntos son como dos pequeños puentes.

—Pues no, no es ningún canal. Es una herida y además duele, así que cuanto antes acabes antes me podré marchar.

—Perdona —se excusó Elena—, solo intentaba ser amable.

Ella rehuó de nuevo la mirada de la enfermera y recorrió con la vista la sala de curas. Después suspiró y movió de un lado al otro la cabeza, como si tratara de sacar de su interior algún pensamiento.

—No tenía que haberte dicho eso —dijo con la cabeza baja— estoy un poco nerviosa. Lo siento.



De nuevo la voz se le quebró un poco. Tan solo un poco, porque en la geografía del cuerpo hay también pequeñas fallas y pequeñas grietas que terminan por provocar derrumbes, igual que le ocurrió al Campanille de Venecia, que se vino abajo a principios del siglo XX. Elena recordó ese detalle mientras preparaba uno de los apósitos. Todo comenzó con una grieta en uno de los muros laterales. La grieta se fue haciendo cada vez más grande hasta que finalmente el Campanille colapsó un catorce de julio de 1902. Los derrumbes siempre comienzan con una pequeña grieta que se va haciendo cada vez más y más grande, hasta que finalmente la energía acumulada se libera y hace que todo se venga abajo.

Mientras colocaba el apósito sobre la herida, Elena dijo en voz baja:

—Quizás deberíamos hablar de lo que te ocurre. Creo que te vendría bien hablar. No tiene sentido que siga curándote estas heridas si no ponemos remedio a lo que las causa.

Y de nuevo el silencio. En el desierto los silencios se extienden de este a oeste hasta que lo ocupan todo. Son silencios que te obligan a volverte hacia ti mismo, porque el desierto está tan vacío que los sentidos buscan refugio en los estímulos interiores. Los ojos acuden a los sueños, los oídos a los ecos y las manos al roce de la arena. El mundo entero se convierte en una suerte de memoria que transforma lo sensible y lo convierte en sentimiento. Por eso le gustó a Elena el desierto de Atacama, porque bajo la geografía de nuestros cuerpos fluyen miles de nervios que llevan de un punto al otro la memoria del



dolor y del placer; una memoria que parecía fundirse con aquel espacio inmenso en donde cada sensación era un recuerdo y cada recuerdo llevaba a una idea. En aquel lugar fue donde se dio cuenta de que su cuerpo era una prolongación de lo que la rodeaba.

Elena miró a su paciente. Su cara estaba llena de magulladuras y sus brazos eran un cúmulo de moratones. Finalmente decidió no suturar el valle, sino colocar sobre él dos pequeños arcos.

—Dos arcos —murmuró en voz baja.

—¿Qué dices?

—¡Nada! Estaba hablando sola. Algunas veces me ocurre. Me pongo a pensar y, sin querer, me surgen las palabras. Ahora mismo pensaba en que estos dos puntos podrían ser dos arcos de la catedral de Florencia.

—Sí, a mí también me pasa. Debe ser que nos concentramos mucho.

—Es por la geografía del cuerpo —le aclaró Elena.

Ella la miró con ojos de sorpresa, aunque después volvió a sonreír. Fue una sonrisa tan breve y extraña como el agua en el desierto.

—Todo está conectado en nuestro interior —dijo Elena—. Todo. Cuando algo nos enferma, aunque sea el extremo de un dedo es todo el cuerpo el que enferma. Todo está conectado por nervios o por vasos. Si pudiera te enseñaría un atlas de anatomía para que pudieras verlo por ti misma. Por eso se llama atlas, porque en él las venas son como ríos y los nervios son como senderos. Caminos que recorren el cuerpo de un punto al otro. Pero también la geografía de nuestro cuerpo se conecta con la que nos rodea.



—¿Y por eso mi herida es un canal de Venecia? —esta vez fue Elena la que sonrió.

—Más bien es al revés —respondió mientras terminaba de colocar otro apósito—. Venecia está repleta de canales. Bien mirado, cada uno de ellos podría ser una herida. En ese caso los puentes serían las suturas que cierran las heridas e impiden que la ciudad se venga abajo. Si lo piensas así, tu imagen de Venecia cambia. Por eso es tan importante la geografía. Al nombrar a los objetos los hacemos nuestros; y solo cuando son nuestros podemos manejarlos. Cada uno tiene que crear sus propios mapas.

Ella tenía el pelo sucio y bolsas bajo los ojos, como si las lágrimas se hubieran acumulado en sus párpados. Sus labios eran finos y su nariz lo suficientemente pequeña como para pasar desapercibida. Miraba sin fijar la vista, como si temiera quedar atrapada en los ojos de los demás, y movía las manos nerviosamente, apretándoselas de vez en cuando, como si tuviera que comprobar cada cierto tiempo que los dedos continuaban al final de sus manos. Porque las manos, como todo el mundo sabe, están compuestas de venas y de nervios, pero también de desiertos y de ciudades como Venecia. Las manos recuerdan cada camino y cada paso, cada ilusión y cada desesperanza; y por eso se van llenando poco a poco de diminutos senderos que terminan por comunicar entre sí todas las vivencias, hasta convierten las palmas en atlas mudos.

Ella se miró las manos por un instante y murmuró algo que Elena no logró escuchar. Después levantó la vista y miró por primera vez fijamente hacia los ojos de su enfermera.



—Algunas veces no hay mapas que te guíen.

—Siempre hay un lugar al que dirigirse —respondió Elena.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

—¿Y si no hay mapa?

—No hacen falta mapas para ir al norte, sino brújulas. Para orientarte no tienes más que echar mano de la geografía de tu cuerpo. Eso es todo. Haz la prueba.

Ella se tocó la cara y se pasó los dedos sobre los apósitos y sobre las antiguas cicatrices. Lo hizo muy despacio, como si las heridas fueran canales y los esparadrapos fueran cúpulas sustentadas por finos arcos. Y mientras lo hacía miró de nuevo a Elena, que le sostuvo la mirada mientras ella descendía lentamente su mano hacia esos moratones que parecían islas perdidas en un océano de piel pálida.

—No sé si mi cuerpo guarda el recuerdo de hacia dónde tiene que ir.

—Prueba a despertarlo.

—¿Cómo?

—Repite los nombres. Todo tiene su nombre. Gracias a ellos sabemos dónde estamos. Algunas veces lo olvidamos. Entonces solo hay que pararse y recordar cómo se llaman las cosas.

—¿Cómo llamarías tú a esto?— preguntó ella mientras se señalaba uno de los apósitos.



—Pues podría llamarlo herida inciso contusa, aunque también podría llamarlo valle. A ti te podría llamar paciente, aunque también podría decir que eres Atacama. A tu brazo le podría llamar bíceps braquial, pero también podría ser un mar repleto de islas moradas como recuerdos.

—Me quedo con lo de mar antes que con lo de bíceps braquial.

—Sí, la verdad es que a mí también me gusta más mar, aunque mi profesor de anatomía no estaría muy de acuerdo.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez la sonrisa duró más tiempo sobre sus labios convirtiendo su boca en un esbozo de alegría. Sin embargo, la sonrisa terminó por desaparecer. Bajó la mirada y volvió a concentrarse en el suelo, donde se reflejaba la luz brillante de la lámpara de la sala de curas.

—Llevamos diez años juntos —dijo ella sin levantar la vista—. Al principio él no era así, aunque siempre fue muy celoso. Me dijo que yo era lo más importante del mundo; que sin mí no podría vivir; que me iba a cuidar y que me daría todo lo que yo quisiera, pero que a cambio tenía que estar siempre a su lado. Primero fueron los gritos y después los empujones, pero siempre volvía arrepentido y me decía que lo perdonara, que estaba pasando una mala racha en el trabajo, que no iba a volver a suceder. ¿Sabes? Después de aquellos arranques de furia habitualmente acabábamos yéndonos de viaje. Él es muy mirado para las cosas del dinero, pero en mí no le importa gastar. Siempre me dice que los viajes son una forma de compensarme por su mal genio, y que...



De nuevo las palabras se quedaron atascadas entre los nervios de la garganta, esos que se abren y se bifurcan, y que llevan el llanto desde la boca hasta los ojos, donde se convierten en lágrimas que descienden lentamente hasta llegar a unos labios finos como la palabra silencio.

Elena se acercó y le apretó con fuerza las manos. Ella levantó la vista mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la manga. Volvió a mover la cabeza de un lado al otro y después murmuró:

—Lo siento, perdona. No quería montarte este numerito. Ya sé lo que me vas a decir, pero no es fácil dejarlo, nada fácil.

216 —No, las cosas nunca son fáciles, pero ignorarlas no lleva a ninguna parte. Tienes que darle nombre a esas cosas.

—¡Yo no las ignoro! —dijo ella levantando la voz—. Yo sé cómo son las cosas. Sé que esto no se llama valle ni esto es una isla. Sé sus nombres. Se llama herida y se llama hematoma y te puedo asegurar que también sé cómo duelen. No, no me olvido de ellos. Los recuerdo bien. Los tengo todo el día presente, pero hay cosas que tú no puedes comprender, cosas que son más complejas que unos simples nombres.

—Es cierto —respondió Elena—. Eso no se llama canal ni eso es una bóveda. Pero también estoy segura de que él no se llama escalera.





Su gesto fue una mezcla de sorpresa y miedo. Abrió y cerró varias veces los labios, pero en su boca desierto se habían secado las palabras. Se limitó a agachar la cabeza y a permanecer así durante un tiempo. Elena dejó que sollozara, dejó que el aire penetrara en el árbol tupido de sus pulmones y que la recorriera de este a oeste, como el amanecer en Atacama. Dejó que se calmara, y que levantara de nuevo la vista para murmurar en voz baja:

—Antonio. Se llama Antonio.

Elena se acercó hasta ella y la tomó de nuevo las manos.

—Cuando le damos nombre a las cosas las hacemos nuestras.

Ella asintió mientras lloraba.

—Las hacemos nuestras —repitió Elena—. ¿Lo entiendes?

Ella volvió a asentir mientras las lágrimas se precipitaban por su cara.

—Alicia —dijo ella al fin—, me llamo Alicia.





## Palabras de un reloj

**Juana Mateos Rodilla**

*Primer premio: Premio San Juan de Dios  
de la edición XVII (2015).*

Mi mirada se dirige a él continuamente. No porque desee hacerlo. Desde esta posición es lo único que puedo mirar. Es redondo, con un marco azul, sobre un fondo claro, una pared de un blanco titanio, excesivamente fría y penetrante. Me habla sin palabras; sus sonidos breves, rítmicos, sistemáticos, constantes y tenaces susurran y se expanden por todo mi cuerpo, diría que por todo mi ser. Me avisa del movimiento del mundo. La vida sigue adelante, no vuelve para atrás.

219

El reloj me habla. Sí, debe ser el delirio de estos últimos días. Las palabras del reloj entran sosegadas y constantes en mi mente:

*—Si quieres encontrar el modo fácil, mírame a mí. Nunca me preocupo, nunca me apresuro, pero nunca paro. Trabajo más que cualquier mortal, pero más fácilmente porque lo hago segundo a segundo.*

Oigo sus pasos por el pasillo. El repicar de sus zuecos sobre las losetas. Cortos, pequeños, agudos y musicales. Ya conozco este ruido. La luz del sol se cuelga entre las rendijas de la persiana que está levemente levantada. Se proyectan sobre mí. No me veo, pero me imagino lleno de círculos de colores de luz, acompañados de trazos de

sombra. Luz y sombra, siempre unidas e inseparables. Una define la otra. Donde más grande es la luz más intensa es la sombra. Donde más intensa es la sombra, más brillante es la luz. No quiero pensarlo, ni siquiera sugerirlo en mi mente, pero es la misma danza de la vida. Vida y muerte, definiéndose juntas e inseparables.

Llama a la puerta como pidiendo permiso. Lo hace todas las mañanas. Y yo no puedo contestar, ni siquiera mis ojos le pueden dar una respuesta. Entra, moviendo suavemente el picaporte y la puerta. La siento cerca ya. Me llega su calor corporal, su energía matutina. Huele como siempre, a madera y a canela. Toca mi antebrazo, un contacto con tacto. Me gusta este juego de palabras. La definen, la enfermera del “contacto con tacto”. Si salgo de ésta, fundaré una ONG con este nombre. Y me río de mí mismo. ¿Cómo voy a salir de ésta?, ¡qué iluso!

220

—*Buenos días, Ceferino. ¿Cómo está?*

Me pone nervioso esta pregunta. En cierto modo, me irrita. Ya sabe que no puedo contestar, ya sabe que estoy muy mal, que me estoy muriendo. ¿Por qué pregunta un día más? Ella sabe la respuesta. Llevo 65 días ingresado en esta unidad de grandes quemados. Soy casi un vegetal. No me muevo. Mantengo mis ojos abiertos y mi mirada está pérdida y ausente. No puedo responderles. Les oigo, les siento, pero estoy atrapado en este cuerpo abrasado y cicatricial. Tengo enfrente un reloj. Se ha convertido en mi último compañero de camino. La enfermera continúa su charla:



*—Sabe, hoy es 20 de mayo. Hace un día soleado. Se siente el aleteo de la primavera. Huele a flores, a hierba, a polen. Voy a asearle y a moverle un poco. Ahora toca estar de lado, hacia la ventana. Así podrá ver el día que hace.*

Otra vez. No me gusta que me pongan de lado. Pierdo el contacto con mi amigo de la pared. Me duele el alma, el movimiento de mi cuerpo herido me hace sufrir. Solo quiero estar boca arriba, sintiendo el movimiento de las manecillas del reloj que se acompasa armónicamente a mis latidos.

*—Dentro de poco va a llegar su mujer y quiero que le vea guapo.*

Estoy en una unidad de críticos. Mi esposa solo puede verme a través de un pasillo con una gran cristalera que da a la habitación donde está mi cama. ¡Pobrecilla!. Me duele más pensar en ella y en cómo se debe sentir que en el dolor lacerante de mis quemaduras. Lo peor es que estoy encerrado en este cuerpo. No puedo dirigirle ni un mensaje. Estoy atrapado en este cuerpo quemado. Sin embargo, mi alma y mi mente siguen conmigo, solo conmigo y con este reloj que vela los 86.400 segundos de cada día.

*—Ceferino, ayer le pedí a su esposa una foto de usted. Quiero saber cómo era antes del accidente. Le parecerá extraño. Y disculpe, acabo de darme cuenta de que no le he pedido permiso. Verá, trabajar aquí es muy duro, también para nosotros. Yo necesito encontrar a la persona que es usted. Por eso le he preguntado a su mujer. Eso me ayuda a cuidarle, a tratarle y respetarle como la persona única que es.*



Según me habla la enfermera, pienso en qué le habrá contado mi mujer de mí. Yo era un hombre próspero. Era profesor en la universidad. Escribía libros. Intuyo que ni siquiera mi cara y mi imagen se parecen a lo que era. ¿Qué pensará ella de mí?

Termina sus cuidados, me toca el antebrazo y se va, con un hasta luego. Me quedo solo. De nuevo, con el sonido del paso inexorable del tiempo, que no se detiene, con ese reloj de pared que no deja de funcionar. Me viene a la mente ese texto de Julio Cortázar<sup>1</sup> que tanto me gustaba:

222 "Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo... Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj... No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj".

Por fin llega mi mujer. Es lo mejor de mi día. Sesenta minutos por la mañana, sesenta minutos por la tarde. Sufro y me alegro. Alegría y sufrimiento, también un binomio inseparable. Alegría por verla. Es la puerta a mi vida, a la vida de siempre, a mi vida anterior. Y dolor, porque siento que lo estoy perdiendo todo. La vida se me escapa.

---

1 Julio Cortázar, *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj*.



—*Ceferino, cariño, ¿cómo estás hoy? Me ha dicho Almudena, la enfermera, que estás tranquilo.*

En ese mismo momento pasa ella y saluda a mi mujer. Me gusta ver cómo la cuida. La saluda con su sonrisa franca y abierta, con esos ojos chispeantes que traducen alegría. También la toca, pone su mano sobre su hombro. Es como si su gesto le dijera sin palabras, “aquí estoy, si te puedo ayudar en algo”. Pregunta cómo está. Mi mujer no responde. La enfermera la mira y parece comprender su silencio, pues el silencio también comunica. Antes de dejarnos solos, me mira y me guiña un ojo.

¡Es increíble esta mujer! Y me quedo solo con mi esposa y mi compañero, el reloj, sin palabras, sin movernos, solo con la caricia de mi mujer sobre la poca piel que tengo sana. Se para el mundo, no oigo ni los pitidos de las bombas de medicación, ni el ruido estrepitoso de los carros de curas deslizándose sobre el pasillo, ni las palabras de los sanitarios, ni el ruido del tráfico que nos envuelve allí fuera. Hasta mi amigo parece que se ha callado y nos ha dejado en nuestro silencio. Ni tic tac. Sólo ahora, sólo presente, sólo en el centro: mi mujer y yo. Es la ilusión del tiempo que se detiene, en espera.

Todo en el mundo es una relación. Mi mundo ahora solo se resume en tres relaciones. La relación con mi esposa, la relación con la enfermera y la relación con mi nuevo y único amigo, el reloj. Solo me queda esto... es lo que me mantiene abrazado a la poca vida que me queda. Entra el celador indicando que se ha acabado la hora de la vista. Miro enfadado el reloj... ese amigo traicionero que me roba continuamente los segundos, que quiero detener y que no me deja.



Carmen me da un beso, me mira, sonrío. Sus ojos no pueden engañarme: esconden soledad, miedo, desesperanza, duelo, dolor... mucho dolor. No puedo soportar esta geografía emocional de su paisaje actual. La quiero y ahora mi cuerpo no me deja decírselo. Adiós, Carmen. Hasta mañana, mi vida.

Ha pasado otro día, 86.400 segundos. Un día más, la enfermera llama a la puerta como pidiendo permiso. Y yo no puedo contestar. Entra moviendo suavemente el picaporte. La siento cerca ya. Me llega su calor corporal, su energía matutina. Huele como siempre, a madera y a canela. Toca mi antebrazo, un contacto con tacto.

—*Buenos días, Ceferino. ¿Cómo está?*

224 No sigue con sus rutinas habituales. Se para frente a mi cama, interponiéndose entre mi cuerpo y el reloj. Su mirada hoy es distinta. Le cuesta mirarme a los ojos. Percibo resistencia. Hasta su cuerpo es distinto. Sus hombros se han caído hacia delante. Se mete las manos en los bolsillos del uniforme. La noto incómoda. Se aclara la voz antes de dirigirme la palabra:

—*Tengo que decirle que su mujer no va a poder venir hoy a verle.*

Miro a mi amigo de la pared, el que me habla continuamente y siento cómo por mi rostro, después de 65 días, cae y rueda una lágrima. Y Cortázar<sup>2</sup> viene de nuevo a mi pensamiento:

---

2 Julio Cortázar, *Instrucciones para dar cuerda al reloj*.





“Allá al fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, la sombra de una mujer, el perfume del pan.

...Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes y comprendemos que ya no importa”.

Ceferino murió 7 días después. Almudena, su enfermera, recordará siempre a este paciente. Este paciente que lo perdió todo en una explosión de gas. A este paciente inerte en su cama, sin posibilidad de salir al mundo exterior para poder comunicar algo. Lo recordará porque quedó grabado en su alma el momento en el que dejó caer esa única lágrima, al conocer que ese día no recibiría la visita de su esposa. Cuando Carmen, su mujer, volvió al día siguiente, Almudena le contó que Ceferino le entregó su posiblemente último regalo: esa lágrima que expresa “no puedo soportar tu ausencia”.

Y el reloj sigue ahí, testigo sonoro de nuestro paso efímero por la vida.





## Una noche entre gigantes

**Antonio Reina González**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XIX (2017).*

Créeme. O al menos cree a Raquel. Ella asegura que lo que voy a contarte sucedió de verdad. Asegura que después de conocer a Alberto la vida le cambió. Bueno, en realidad cuenta que le cambió la manera de afrontar el resto de la vida que aún le quedaba por vivir. Pero empecemos por el principio, que como la mayoría de los principios, es un principio inesperado...

227

Desde la ventana de la habitación Raquel veía la sierra de Madrid. Era una séptima planta y en días despejados podía ver la gran antena repetidora en el filo de la cornisa rocosa. A veces imaginaba a un gigante-niño (porque en algún momento de su vida, también los gigantes serían niños, pensaba) jugando a colocar piezas de juguete en la montaña como si fuera su maqueta particular.

De niña ella también jugaba a colocar pequeños puentes hechos con ramas en los ríos que construía desviando regatos del cauce principal. Al principio eran muy pequeños. Pero a medida que fueron pasando los veranos en el pueblo, su ambición también fue creciendo y los pequeños arroyos dejaron de ser tales: las manos de niña dieron paso al manejo firme de azadón y pala, y con ayuda de su padre excavaba grandes surcos

perpendiculares al río que luego reconduciría de nuevo al cauce principal bordeando el huerto. Daniel, su hermano mayor, recogía piedras planas con las que enlosar el cauce del agua robada. Tablones roídos por los ratones de campo y la humedad eran empleados como mesas enanas al margen del río; robaban sábanas viejas a la madre para fabricar hamacas colgantes o construían cabañas indias con mantas enrolladas alrededor de los árboles que vigilaban la alameda...y allá por mediados de Julio, liberaban el último brazo de tierra y maderas a modo de presa para que corriera libre el agua. Se convirtió en una tradición dar por inaugurado el verano con la apertura de *Raquel River*, como ella llamaba a su no tan pequeña obra. Por la tarde venían sus amigos del pueblo y hacían merienda en la pequeña explanada entre la casa y el río.

228

Colocaban bombillas por los álamos cercanos y las recubrían de conos de papel; cuando llegaba la noche las encendían, desplegaban mesas de camping, las madres sacaban tortillas de patata y sangría profanada con licor de mora y, cantando a voz en grito *It's my Life* de Bon Jovi, el verano y su río era todo lo que necesitaba Raquel a los trece años para ser inmensamente feliz. Ahora tenía treinta y sentía que el verano del 2000 quedaba muy lejos de su cuerpo agarrotado por la esclerosis. El repetidor de la sierra de Madrid se difuminaba lentamente en sus ojos mientras la noche se colaba sin permiso en la habitación de la séptima planta.



Al principio esta recaída se disfrazó de inocente catarro para sincerarse después en franca neumonía. Los días eran pesados y somnolientos pero la noche se convertía en una presencia física, casi pegajosa, que Raquel sentía envolviéndola como sábanas que no podía apartar. Llevaba toda la tarde con fiebre, cansada, pero ahora que oía el ir y venir del personal en un ritual conocido de saludos, despedidas y ascensores delatando la retirada de familiares, se sentía más despejada, más lúcida. Cuando más necesaria le era la modorra de la fiebre, ésta huía para dejar paso a una noche lenta y muda, se lamentaba Raquel presagiando borrosos fantasmas.

El tamborileo enérgico y burlón en la puerta sacó de su ensimismamiento a Raquel. Apareció un tipo alto, demasiado para ser enfermero, pensó.

229

—Hola Raquel, soy Alberto, ya siento que te haya tocado yo...mira que has tenido mala suerte, pero prometo esforzarme —se presentó desenfadado. Por alguna extraña razón ése era sin duda su nombre, como un hecho natural y evidente—. Perdona que llame de esta manera pero así, de ahora en adelante, sabrás si quien entra por esa puerta soy yo o cualquier otro aburrido mortal. No es que me crea diferente a los demás, que un poquito sí que lo soy —continuó hablando solo el tal Alberto—, pero si yo estuviera en tu lugar, me gustaría saber quién entra en mi habitación, más que nada porque si no me interesara el intruso siempre podría hacerme el dormido y... ¿estás dormida, amiga? —preguntó zumbón.

Raquel se dio la vuelta y contestó: “No, no lo estoy, pero me has dado una buena idea, creo que la pondré en práctica con más de una persona a partir de ahora”.



Alberto se rió con ganas, una risa natural y contundente, como de alguien que acostumbra a hacerlo sin disimulo, no para quedar bien, sino para sí mismo. Aún no había decidido si era el típico gracioso que intentaba ganar puntos con ella, pero al menos no había entrado con un “buenas noches qué tal ¿te has puesto el termómetro, te traigo algo?” sin pausa ni inflexión alguna, como los mensajes de voz metálicos en el metro. Odiaba esa rutina al inicio de cada turno. Una vez le confesó a su hermano lo mucho que le molestaba aquella manera que tenían de tratarla, como si diera igual quién estuviera en la habitación 703. Daniel replicó que no le diera importancia, solo era su trabajo, que lo hacían con la mejor de las intenciones... Ella callaba como hacía siempre cuando intentaban consolarla sin que se dieran cuenta de que no quería consuelo, que simplemente estaba enfadada y aquellas respuestas reconciliadoras le irritaban aún más. Sabía que hacían lo que podían y callaba, dejando un espacio de silencio tenso y triste, esperando el invariable “bueno, ¿qué tal hoy, te veo mejor, no?” igual de rutinario y huidizo. Ella nunca fue así, o al menos no se reconocía en ese enfado permanente.

Así que cuando Alberto se marchó de la habitación sin hacer nada más que eso, presentarse, decidió darle una oportunidad a este nuevo enfermero raro.

No sabía muy bien cómo, pero cuando quiso darse cuenta, aquel tipo ya había hecho todas esas cosas que hacían las enfermeras y que tanto le incomodaban. No preguntó qué temperatura tenía: probablemente dedujo que el termómetro estaba demasiado lejos de su alcance como para que se lo hubiera puesto.



Hacía días que le dolía tanto el cuerpo que no podía levantarse y volver a la cama sin ayuda, y su hermano se había ido poco antes de las diez. De modo que le pidió permiso como un elegante y afectado *maître* y le colocó el termómetro.

—¿Sería *madeimoselle* tan amable de concederme su honorable sobaco para que pudiera testar su temperatura? —preguntó con retranca. Raquel no pudo evitar sonreír a pesar de que no quería concederle ese premio, pero el esfuerzo resultó tan torpe que tuvo que soportar roja como un tomate que Alberto se regodeara en su triunfo.

—¡Eh, vamos! Reconoce que ha sido bastante gracioso. ¡Llevo ensayando el acento todo el día solo para ti! —remató.

—¿Eres siempre tan chisposo o he tenido especial suerte? —se defendió Raquel.

—Bueno, para serte sincero no es que me apasionen las noches, pero ya que estoy aquí intento tomármelo de la mejor manera posible y unos pocos chistes fáciles, alguno a tu costa, lo reconozco, ayuda.

Raquel esperaba una respuesta más condescendiente pero, en cierto modo, le gustó su sinceridad y el hecho de que no asomara un atisbo de pretendida compasión. De paso, entre broma y broma, ya le había tomado la tensión, ajustado el suero y había hecho todas esas cosas que le hacían los demás con metódica imparcialidad haciéndola sentir manoseada, sin derecho a la queja porque se suponía que estaban haciendo su trabajo, un trabajo en el que ella era “el trabajo” y eso la hacía



ponerse más rígida aún de lo que ya estaba su cuerpo entumecido. Alberto se movía por la habitación sin la prisa que observaba en los demás. Aunque en privado reconociera que el silencio intencionado con que recibía a la gente no era muy alentador, cada vez le costaba más soportar esa incomodidad compartida que se respiraba en la habitación cuando alguien entraba por la puerta y a preguntas rápidas, asépticas o, casi peor, dulzotas, ella respondía con igual rapidez y automatismo.

232 Cuando se marchaban, una sensación de irrealidad quedaba flotando en su cabeza, como un zumbido, como si no hubieran estado hablando de ella, sino de otra persona frágil y quebradiza a la que hubiera que reparar unas grietas que de repente habían surgido de la nada en un cuerpo joven y libre hasta hace solo un año. La esclerosis había avanzado muy deprisa. Cuando sintió los primeros pinchazos en la espalda mientras corría pensó que era verdad aquello de que se estaba haciendo mayor. Debía estirar bien. Los temidos treinta llamaban a su puerta. Pero el primer susto fue el invierno anterior: un día, sin previo aviso, se le nubló la vista y sintió que las rodillas se negaban a sostenerla. Nunca había estado en la cama más de un día.

Luego todo fue muy rápido: las pruebas, el diagnóstico, las horas en internet buscando qué era eso de la esclerosis múltiple, las revisiones, las horas mudas sentada con su hermano en salas de espera... y el dolor, al principio intenso pero soportable, y que rápidamente se convertiría en sacudidas eléctricas tan intensas como desconcertantes.





—Tranquila, Raquel, tranquila, no pasa nada. Vamos, ¿me oyes, puedes oírme? Mírame, soy yo, Alberto, el que no te hace gracia. ¿Te encuentras bien? —La voz de Alberto sonaba amortiguada pero clara, como si estuviera al otro lado de una puerta que quisiera abrir y a la que no acertara encontrar el picaporte —. Vamos, puedes despertar si quieres, estoy aquí.

Al fin abrió los párpados. Le pesaban como si fueran manos dormidas tapándole la cara. Le costó despejarse lo suficiente hasta poder recordar dónde estaba.

—¿De qué lejana montaña vienes, joven escaladora?

—¿Cómo, no te entiendo? —respondió aturdida Raquel intentando incorporarse en la cama.

—Pues ya me contarás tú, debía de ser alucinante el viaje porque por poco te tiras de la cama al grito de ¡Jerónimo! —contestó Alberto mientras le colocaba los almohadones detrás de la espalda—. Estabas soñando, y cuando vi que la aventura se te iba de las manos decidí intervenir.

Raquel no recordaba haberse quedado dormida.

—¿Así que no solo eres mi enfermero, sino el guardián de mi sueño?

—¡Por supuesto! Pero no alimentes mi vanidad llamándome Guardián que me crezco. Oí ruidos sospechosos en la habitación y entré a ver qué me estabas liando aquí dentro.

—Juraría que ya estabas ahí sentado en el sillón cuando me he despertado.



—Bueno, digamos que tenías los ojillos algo despistados cuando entré a primera hora y sospeché que tendrías una noche... ¿turbulenta?

—Vaya, ¡no solo simpático, sino guardián y adivino! — Raquel se sintió aliviada cuando vio que no hacía el gesto de irse, sino que volvía a sentarse en el sillón, justo al lado de la ventana por donde entraba la claridad de una media luna de otoño, fría y despejada. Esperó otra respuesta ocurrente, pero ésta no llegó. Alberto la miró un instante a los ojos, en silencio. Luego se acomodó en la butaca. Parecía un enorme perro de nieve, pensaba Raquel, que, tranquilo, buscara la postura más cómoda. Pasó un rato mirando más allá de la ventana, como buscando una idea que poco a poco fuera tomando forma. Se tomó su tiempo antes de hablar.

234

— ¿Sabes? Se me da bien soltar alguna que otra gracia para romper el hielo, sin embargo, las cosas importantes no resultan tan fáciles de decir, ¿verdad? — se giró al fin para mirar de nuevo a Raquel.— ¿Qué es lo que te preocupa, amiga?

Decía que no era una pregunta fácil, pero él la pronuncio con naturalidad, como la cuestión más evidente del mundo. O al menos de su mundo actual. Fue entonces Raquel la que miró a través del cristal y disfrutó durante unos segundos del efecto sedante y tranquilizador de la palabra “amiga”. No sentía prisa por contestar. Él no iba a moverse de ese sillón y ella lo sabía.

—Lo peor fue el ingreso, Alberto. Hasta ese día todo me resultaba confuso, algo inespecífico que aún no se había hecho real. Pero entrar por la puerta del hospital, quitarme la ropa y ponerme este pijama verde me asustó



de verdad, más que el dolor o el no poder levantarme de la cama. Era como si me dijeran que tenía que vivir una vida distinta y nada de lo que hubiera imaginado hasta entonces que sería importara ya —lo dijo del tirón, sin pensarlo, como si las palabras hubieran estado retenidas ahí, esperando una oportunidad para poder escapar de su garganta—. Aún me asusta. Porque no tengo la más remota idea de qué voy a hacer a partir de ahora.

Alberto no dijo nada. Se quedaron los dos mirando hacia la misma montaña donde no se veía ya la antena repetidora, sólo su perfil oscuro y compacto recortando la noche.

—Me encantaba salir al campo con Dani —susurró Raquel como para sí misma—. De pequeña hacíamos excursiones en otoño y empezábamos a planear ya cómo construiríamos un río aún más grande que el del verano anterior. Cómo desviaríamos su cauce y qué herramientas necesitaríamos. Presagiábamos el ataque de nervios de mamá cuando se enterara de que habíamos alquilado una desbrozadora para despejar la orilla y que encima lo había pagado papá...

En la penumbra de la habitación Alberto oía desgranar a Raquel historias de una infancia marcada por la alegría y la imaginación, historias de una adolescencia repleta de proyectos, historias de una mujer en la plenitud de la vida, historias que sonaban en su voz a un pasado lejano sin conexión con el presente.

—Temo hacer cualquier plan, imaginar cualquier cosa que me ilusione.



—¿Por qué, Raquel? —preguntó al ver que no continuaba.

—Porque no sé de cuánto tiempo dispongo, Alberto. Porque me da un miedo terrible verme postrada en la cama. Porque no sé siquiera cómo va a responder mi cuerpo mañana, ni si las cosas que empiece las podré acabar...

Se levantó del sillón y acercándose al borde de la cama, se sentó junto a ella. Cogió fuerte su mano, la ayudó a beber agua y acercó unos pañuelos de papel para que pudiera secar unas lágrimas que no había notado en su cara hasta que se dio cuenta de que apenas podía verle. Le pasó un brazo por los hombros, solo uno, pero tan largo que la rodeó como si fuera una niña pequeña.

236

—¿De verdad hacíais un surco en el jardín para desviar el río entre tu hermano y tú? ¡Sois unos terroristas ecológicos! ¿No teníais cuatro lecheras en la puerta de casa?

Raquel se atragantó con el agua intentando no escupirla a la vez que reprimía una carcajada. Alberto había estado muy serio mientras ella hablaba, escuchándola atentamente y, de repente, ¡lo que le preocupaba era sus posibles problemas con la ley!

—Lo cierto es que mi padre cavaba como el que más —contestó entre lágrimas, mocos y risas— y mi madre, mientras nos regañaba desde la cocina, iba preparando las tortillas y las tartas para la inauguración. Unos amigos de mis padres, que no se perdían una fiesta, estaban metidos en el ayuntamiento, y hacían la vista gorda. Eso sí, a finales de agosto volvíamos a sellar el desvío con



sacos de arena y piedras y en un día se acababa *Raquel River*. Así hasta el año siguiente.

Mientras Raquel acababa con los pañuelos de papel y se iba serenando, Alberto recuperó su naturaleza de perro pachón y volvió a acomodarse en la butaca. Esperó un rato, mirándola de cuando en cuando, disfrutando de esos recuerdos compartidos flotando por la habitación. Al fin Raquel respiró hondo, levantó las manos, encogió los hombros, y con media sonrisa en la cara ya no le hizo falta decir" y aquí estoy, atascada y muerta de miedo".

Alberto le devolvió la media sonrisa restante y empezó a hablar con mucha calma, como si buscara palabras escondidas en la propia mente de Raquel y a las que, con paciencia, podía encontrar. Más que verle, intuía la silueta de su enorme cuerpo en la oscuridad del rincón. "Pues yo no te veo tan mal —empezó diciendo Alberto —, aunque obviamente lo importante es cómo te veas tú". Lo dijo con seguridad, pero con tanta calma y ternura que no se sintió cuestionada o corregida. Es verdad que el miedo se ha instalado en esa cabecita — prosiguió— y como buen mentiroso que es, ha utilizado todos los argumentos posibles para convencerte de que ya estás desahuciada y nada merece la pena hacer. Unos serán ciertos y otros muchos, créeme, no. Es un hecho: la evolución de tu enfermedad es incierta y no sabes cómo va a responder tu cuerpo mañana o dentro de un mes pero, ¿por qué decides ya, en este mismo momento, que vas a estar mal, que no vas a ser capaz de vivir una vida ilusionante y digna? ¿Por qué no apostar a un "a lo mejor sí", en vez de a un, "seguro que no"? ¿Acaso mejora así tu pronóstico? —Raquel le escuchaba hablar con mayor claridad de la que le veía. Era como si su voz se



hiciera más nítida a medida que se difuminara su rostro, a ratos iluminado por la escurridiza luz que, tímida, asomaba por la ventana —. La evolución de tu cuerpo es una incógnita, como una incógnita es la vida misma. Ahora estás en medio de un brote, de acuerdo, pero te recuperarás. La pregunta es: ¿qué vas a hacer cuando salgas del hospital? ¿Simplemente esperar una nueva recaída? ¿No es eso desperdiciar el tiempo presente que sí tienes a cambio de lamentar el que aún no te ha sido arrebatado? Me cuentas que planeabas con tu hermano, ya en otoño, el nuevo proyecto para el verano siguiente. ¿Te parabas a pensar si tenía sentido ilusionarse o no? ¿O solo disfrutabas plenamente de esa emoción sin más cálculos? Y además la disfrutabas en ese preciso momento. No lo condicionabas a que llegara el siguiente mes de julio a ver si sucedía o no lo que habíais imaginado, ¿me equivoco? Esos planes alentaban vuestros otoños en el momento presente, sin dejar lugar a la incertidumbre del futuro. Ya ganabas la partida en ese instante. Si luego cambiaban los planes, o ese año el cauce bajaba escaso, qué más daba: tú y tu hermano ya habíais exprimido el otoño que os tocaba vivir.

Nadie sabe qué se cruzará en nuestro camino ni dónde o de qué manera concluirá, y no por ello dejamos de recorrerlo, ¿verdad? La cuestión es cómo lo andamos. La dignidad, e incluso la belleza, amiga mía, radica en cómo afrontamos ese camino incierto y apasionante. Sé que el tuyo ahora resulta amenazador y hostil, pero no están ya todas las cartas repartidas, ni se te ha privado de la capacidad de jugar esas mismas cartas.



Dime, ¿cómo de profundo fue el primer río que construiste desviando el cauce?

—Pequeño —contestó Raquel, que poco a poco se había tumbado en la cama sin oponer resistencia.

—Pero grande para tus manos pequeñas —apenas susurró Alberto—. Ahora toca transitar un camino nuevo con pies igualmente pequeños. Pero ya verás como los pasos se harán más firmes si solo te empeñas en no renunciar a seguir dándolos. ¿Sabes..? Tu hermano está preocupado. Me ha dicho que no sabe cómo hablarte.

Raquel abrió un poco más los ojos al oír hablar de su hermano. Dani. Su querido Dani. Tan callado a su lado mientras conduce camino del hospital en las revisiones, o sentado en la silla por las tardes, cuando viene de trabajar y va a verla.

—Antes nunca se quedaba callado conmigo. Ahora apenas habla.

—Lo que ocurre es que no sabe qué esperas tú de él. A él le asusta tu silencio tanto como a ti el suyo. ¿Por qué os complicáis tanto? Dime: intenta imaginar que no estás en el hospital, que mañana vais a comer juntos, ¿de qué hablaríais?

—Pues seguramente del pádel. Dani, cuando encuentra una afición nueva, se pone muy pesado. ¡No, no te rías, es verdad, se pasa el día viendo vídeos de partidos! —protestó Raquel mientras Alberto, riéndose, le señalaba: “¿Eso lo dice la niña que se dedicaba a construir ríos poniéndoles su propio nombre?” —Bueno, vale, puede que un poco sí que me parezca a él —reconoció.



—Pues cuando venga mañana, vacílele un poco, pregúntale si ya sabe cómo se coge la pala o aún lo anda buscando en internet —Raquel prometió, divertida, hacerlo—. Pero, si surge la oportunidad, dile que sientes no saber cómo ayudarle tú a él. Él tartamudeará un poco y dirá que no, que quien lo siente es él, y así lo sentiréis los dos juntitos. Luego, tal vez le dirás que en ocasiones sientes miedo a qué pasará, a preguntar a los médicos cómo evoluciona la enfermedad o en qué grado te limitará todo esto o yo qué sé. Él reconocerá que también está asustado. Y de nuevo los dos volveréis a estar asustados, pero a la vez, —Raquel no podía controlar las carcajadas que le provocaba el absurdo monólogo de Alberto—. Y ahora que ya sois muy conscientes de lo asustados que estáis los dos, a cuál más, os prometeréis que, pase lo que pase, lo afrontaréis juntos... ¿de acuerdo?

Raquel asentía tapándose la boca y Alberto intentaba con gestos hacerla callar. Era muy tarde. Tenía que irse, no era la única afortunada que podía disfrutar de su presencia, decía, y además sus compañeras iban a pensar que estaban enamorados.

Le deseó buenas noches y cerró la puerta tras de sí. Raquel se acomodó en la cama, de cara a la ventana. La luna había trazado su arco más allá del espacio visible, pero aún permanecía un destello tenue en el frío aluminio del marco. La montaña seguía ahí, solemne y eterna. Los niños-gigantes estarían soñando con nuevas piezas que encajar, pensó Raquel, sintiendo caer pesados los párpados, el cuerpo relajado y "las rodillas flojitas", como decía su madre cuando, siendo niña, la acostaba después de haber pasado todo el día jugando y llegaba rendida a la noche.





Raquel soñó con gigantes juguetones y enfermeros altos, con niños llenos de barro peleando con el agua hasta las rodillas y cucuruchos de papel. Soñó con un camino largo y sus zapatillas llenas de polvo dando pasos cortos al principio, más largos después. Soñó con su hermano caminando junto a ella.

—Buenos días, soy Daniel —se presentó a las enfermeras. Siempre iba por la tarde, pero hoy tenía el día libre y quería pasar la mañana con su hermana—. ¿Cómo ha pasado la noche Raquel? Ayer la dejé con fiebre.

—Bien, su enfermera me ha contado en el cambio que tardó en bajarle la temperatura y estuvo un poquito agitada hasta media noche, hablando en alto...ya sabe, lo normal con fiebre alta. Luego se quedó dormida sin problemas.

241

—Gracias, voy a ver si está despierta.

Daniel entró en la habitación sin hacer ruido. Su hermana aún dormía. Se sentó en el sillón de la esquina que estaba revuelto y hundido. Juraría que la tarde anterior había dejado bien estirada la sábana que lo cubría. Estaba mirando el cielo despejado que coronaba la sierra, con la antena repetidora alzando su dedo presencial, cuando Raquel abrió los ojos. “Buenos días hermanito, ¿qué haces aquí?” Daniel se levantó para ayudarla a incorporarse pero no le dio tiempo: ella apartó con ímpetu las sábanas y de un salto se metió en el baño.

—Oye Dani, tienes que conocer a Alberto, es el enfermero que ha estado conmigo esta noche. Es un tío genial —gritaba desde el baño abriendo el grifo de la ducha—, al principio parece un poco vacilón pero luego es un encanto.



Daniel salió extrañado de la habitación. Fue al control y preguntó si conocían a un tal Alberto pues había entendido que por la noche a su hermana le había atendido una enfermera. “Aquí no trabaja ningún Alberto... como le he dicho, su hermana ha tenido fiebre y por la noche es normal que se desorienten un poco, no se preocupe”. Confuso, volvió a la habitación. Encontró a Raquel en la puerta del baño:

242

—Dani, he estado pensando y tenemos que hablar: papá se nos está haciendo mayor antes de tiempo, necesita un poco de actividad, así que vamos a llamarle hoy mismo para decirle que este año vamos a construir el río más grande que hayamos hecho nunca, que vaya sacando las herramientas y se las apañe con mamá, protestará seguro. Y si me ayudas, ¡prometo regalarte un curso intensivo de pádel, que buena falta te hace! — canturreó Raquel mientras se metía en el baño secándose el pelo. Daniel sintió como si un peso antiguo y ácido se esfumara con la risa de su hermana, y también él pensó que debía hablar con ella de muchas cosas.

Desde el estar de enfermería, Carmen, la enfermera que más años llevaba en ese servicio, dejó caer la cucharilla del café cuando oyó el nombre de Alberto. Hacía años que no oía ese nombre. Una vez le contaron, nada más llegar a la planta, que en ocasiones algunos enfermos relataban extrañas historias de un enfermero alto y simpático que les cuidaba por las noches. Al principio supuso que eran las típicas historias que se contaban para entretener las noches, pero siendo aquella la tercera vez que conociera a un paciente hablar de Alberto... ya no estaba tan segura.



# Diario de un Osteosarcoma

**Alberto Polo Álvarez**

*Premio Especial para Estudiantes (ex aequo)  
de la edición XVI (2014).*

## **Día 1**

*Algo en mí ha despertado. Ya no soy el que solía ser. Siento que un mal se extiende en mi interior. Sé que formo parte de un organismo en el que todos remamos en una misma dirección, pero estoy cansado de obedecer órdenes. Ya estoy viejo para esto, necesito un cambio. Toda una vida cumpliendo las reglas. Ahora soy yo el amo de mi destino. Ahora soy yo quien toma las decisiones. Ahora sólo quiero destruir...*

243

## **Día 5**

*Me está costando convencer a mis compañeras, pero creo que poco a poco voy teniendo un grupo de fieles seguidoras. Cada vez somos más y más fuertes. Pero debo ser paciente, las grandes batallas se ganan con trabajo y constancia. Venceré, sé que algún día venceré.*

## Día 86

*Ha llegado el día que estábamos esperando. Llevo toda mi vida anclado a esta maldita tibia, soportando mucho peso a mis espaldas. Pero eso ya se acabó. La tenemos rodeada, compañeras. Empecé yo solo, pero ahora somos muchas y la machacaremos. A mi señal, apretad fuerte contra el hueso. Tres. Dos. Uno. ¡Ya!*

Raquel se encontraba sentada en el banco de un parque con sus amigas. Acababan de terminar esa misma mañana los exámenes finales. Se presentaba ante ellas un largo e ilusionante verano. Esa noche había quedado para cenar con un chico de su clase que le gustaba y estaban decidiendo qué se pondría para su cita.

244 Su felicidad en ese momento era extrema. Nada podía hacer que eso cambiara. Nada excepto un fuerte dolor en la pierna derecha que llevaba notando un par de días.

Sonia, una de sus amigas, le pidió que desfilara delante de ellas para mostrar sus armas de mujer. Fue en ese preciso instante cuando su vida cambió por completo...

Se levantó de un brinco y, no había dado ni dos pasos, cuando su pierna derecha falló y cayó fulminada al suelo. El dolor que sintió fue tan terrible que Raquel, cuyo umbral del dolor era ya de por sí muy bajo, perdió el conocimiento al caer al suelo.

*Je, je, je. Fase 1 de mi plan completada. Raquelita, ahora vas a empezar a pasarlo muy muy mal.*

Horas después, Raquel despertó. Había tenido un sueño muy raro. Se desmayaba en el parque, sus amigas gritaban, gente con uniformes de diversos colores la cogían y hablaban con ella, apenas les comprendía y era



incapaz de contestarles, flotaba y se deslizaba a un edificio de paredes blancas, había visto a su madre intentando sin éxito contener las lágrimas... No comprendía nada. Ese sueño parecía muy lejano, pero al mismo tiempo, parecía muy real. ¿Qué había pasado? Abrió los ojos.

Efectivamente, el sueño parecía ser real. Lo último que recordaba a ciencia cierta era estar en el parque con sus amigas. Ahora, sin embargo, estaba en una habitación en penumbra, notaba una mascarilla en la cara, tenía un tubo conectado a su brazo derecho y varios cables pegados al pecho.

Consiguió abrir un poco más los ojos y vio enfrente, en un rincón, a mamá, apoyada en la pared, mirándola fijamente, mientras una triste sonrisa aparecía en su ojeroso rostro, en el mismo momento en que su hija abrió los ojos.

—¡Hija! —gritó, mientras se lanzaba sobre ella para comérsela a besos.

Papá, que se había quedado dormido en una silla junto a la cabecera de la cama, dio un respingo, besó a su hija en la frente y salió corriendo de la habitación.

*Oh, qué familia tan feliz. Asco me dais. Ni os imagináis la que se os viene encima.*

Papá volvió acompañado de una mujer. Era una chica joven, alta y morena. Su cara irradiaba felicidad, Raquel supo desde entonces que le iba a caer genial.

—Hola, soy Marta, y soy tu enfermera. ¿Qué tal te...



La puerta se abrió y por ella entró un hombre alto, moreno, de constitución fuerte, con barba negra de tres días, rostro serio y una carpeta en la mano. Llevaba puesta una bata blanca. Sin duda un médico, a Raquel no le gustaban los médicos...

—Y éste —siguió Marta— es el doctor Torres.

—Llamadme Jacobo, por favor —interrumpió—. Buenas tardes Raquel, ¿qué tal te encuentras?

Buena pregunta. La pobre Raquel no tenía ni idea de qué responder. No entendía qué había pasado, pues había estado semiinconsciente durante todo el proceso del ingreso en el hospital. Sólo tenía vagas imágenes que ni siquiera sabía si eran reales.

246 —Pues, sinceramente, no lo sé —respondió Raquel—. ¿Qué hago aquí?

Entre Jacobo y Marta le contaron a Raquel lo ocurrido. Estando con sus amigas en el parque había sufrido una fractura proximal de su tibia derecha. Como consecuencia del dolor había perdido el conocimiento. Sus amigas, asustadas, habían llamado al 112 y una ambulancia había ido a recogerla para llevarla al hospital. La habían puesto analgesia intravenosa, ya que había estado todo el camino gritando de dolor. Por eso se encontraba adormilada. La habían realizado numerosas pruebas para determinar qué había pasado y creían tener una idea bastante aproximada.

—Tenemos que realizarte aún más pruebas para asegurarlo, pero parece tener un tumor en la pierna derecha, por lo que has sufrido una fractura patológica.



*Vaya, vaya... Parece que el doctorcito es listo. Ha descubierto a lo que se enfrentan, veremos quién es más listo de los dos.*

## **Día 95**

*Estos cabrones de médicos están empezando a hartarme con tanta pruebita, nos vamos a tener que poner más serios...*

—Tengo los resultados de la biopsia de Raquel, y me temo que son malas noticias. Tiene un osteosarcoma osteoblástico bastante avanzado. De hecho hay una masa pulmonar sospechosa de metástasis que me gustaría analizar.

—Joder, me lo imaginaba. Supongo que imposible de tratar con quimio o radio.

—Efectivamente, la única opción es amputar. Respecto al pulmón, aún es pequeño. Si confirmamos malignidad creo que podríamos reducirlo con quimio...

Marta entró en la habitación. Jacobo acababa de comunicarles a Raquel y a sus padres el diagnóstico y el posible tratamiento. Lo habían pasado muy mal estos días, pero lo que se avecinaba era aún peor. La escena era desoladora: en una cama, tumbadas Raquel y mamá, abrazadas, llorando la una sobre la otra. De pie, a su lado, papá las miraba, serio, mesándose la barba mientras una lágrima cruzaba su mejilla, partiéndola en dos, de la misma forma en que el cáncer acababa de partir sus vidas.



En la cama de al lado, la anciana Jennifer observaba la escena con profunda tristeza en su rostro. Ella sabía perfectamente lo que iban a sufrir esa joven niña y sus padres. Cruzó su mirada con Marta y ambas compartieron un pensamiento, se conocían muy bien la una a la otra.

—Tengo que ayudarla —pensó Jennifer.

—Tienes que ayudarnos. Te va a necesitar —pensó Marta.

Marta hizo de tripas corazón, tragó saliva, y se dispuso a romper el amargo silencio.

—Buenas —la voz se le quebró a media palabra. Una nunca se acostumbraba a este tipo de situaciones. Carraspeó y se recompuso para continuar—, Raquel, María, Pedro... Jacobo ya os ha comunicado la noticia. No me puedo ni llegar a imaginar por lo que estáis pasando ahora. No os voy a decir que esto va a salir bien, porque nadie lo sabe. Lo que sí os puedo asegurar es que va a ser muy complicado, pero que todos estamos aquí para ayudaros y que haremos lo máximo posible por Raquel. El cáncer es una puta mierda, pero juntos, podemos vencerlo.

—Pero, ¿por qué a mí? —Raquel tenía esa pregunta en mente desde el primer momento, pero hasta ahora no había sido capaz de formularla.

—Eso no podemos saberlo, Raquel. Hay muchos factores que intervienen en el desarrollo de cáncer: sexo, genética, edad, malos hábitos... Pero si quieres saber mi opinión, el factor más determinante es la suerte. Hay mucha gente que cumple todos los requisitos para desarrollar cáncer y, sin embargo, no lo hacen. Y, al





contrario, tú que eres una chica joven, sana y fuerte lo has desarrollado. La vida es como un batido de casualidades, momentos y azar, a veces nos tocan cosas buenas y a veces nos tocan cosas malas. Tú has tenido la mala suerte de que te ha tocado una mala, una muy mala, de las peores que existen, pero aquí es donde entras tú, con la ayuda de todos los demás, y decidimos si nos rendimos o si luchamos contra ello.

Pedro, el padre de Raquel, estuvo a punto de recriminarle a Marta esa forma de hablar. Su niñita acababa de cumplir 18 años, no era capaz de comprender eso. Necesitaba que la mimaran, que la consolaran, que la apoyaran, pero no que la trataran como a una adulta, pues no lo era. ¡Cuán equivocado estaba! Ahora era incapaz de asimilarlo, pero con el tiempo comprendería que su hija había emprendido el camino hacia la madurez durante esa conversación de la forma más brusca y repentina posible.

249

—Pero tú cómo te atreves a...

—¡No, papá! —Raquel nunca interrumpía a su padre, de hecho se sorprendió incluso a sí misma haciéndolo, pero la ocasión lo merecía— Marta, no sé muy bien lo que tengo que hacer, pero yo quiero luchar.

*¿Cómo? ¿Pero quién te has creído que eres, niñata de mierda? ¿Te crees que tú vas a poder conmigo? ¡De eso ni hablar!*

Raquel notó algo en su pierna, no sabía explicar por qué, pero estaba segura de que al tumor no le había gustado esa reacción suya. Lo que percibió en la habitación de hospital fue todo lo contrario: vio caras de



asombro, caras de miedo, caras de incertidumbre, pero sobre todo vio caras de felicidad y de ganas de luchar.

—¡Eso es! —exclamó Marta, quien, tras diez años trabajando en la misma planta de oncología, y tras haber conocido a cientos de pacientes, jamás había visto una reacción así en una chica tan joven— Raquel, tienes algo especial dentro. No te mereces lo que te ha pasado, pero estoy convencida de que sabrás afrontarlo.

## Día 107

*¿Pero qué coño es eso? ¡Nos atacan! ¡Maldita sea! Tenemos que huir ahora mismo o acabarán con todos nosotros. ¡Salid de aquí! Dios, es horroroso, no puedo soportarlo...*

250

—Jacobó, la operación ha ido perfectamente. Raquel se ha portado como una jabata.

—Cuánto me alegro, muchísimas gracias, doctor Santisteban. ¿Cómo le quedará la pierna?

—El tumor era tan gordo como una patata, no entiendo cómo no lo ha notado antes. El daño sufrido por la tibia y la rótula era irreparable, lo hemos tenido que extirpar. El fémur apenas se ha visto afectado, por lo que una vez esté perfectamente curado el muñón, la podremos colocar una prótesis y tiene bastantes posibilidades de volver a andar casi con total normalidad.

—Bueno, creo que eso lo teníamos bastante asumido. Voy a hablar con la familia.



Los pitidos del monitor la despertaron. Lo primero que pensó fue en su pierna. Intentó mover los dedos de los pies, pero no los sentía. Gritó. Un grito apenas audible, pues la anestesia aún estaba presente en su organismo, pero sí hubo alguien que la escuchó.

—Shhhh, tranquila mi niña. Acabas de despertarte. Ya terminó la operación y todo ha ido bien. Es normal que te sientas adormecida por la anestesia. Voy a avisar a tus padres. Raquel sólo pudo ver unos enormes ojos azules, ampliados por unas gruesas gafas de montura plateada. Era años más joven y no se parecía en nada a su abuela Carmen, pero inmediatamente la había recordado a ella, seguramente por la forma de hablar, o quizás por las gafas, o por la ternura que se reflejaba en sus ojos.

Raquel no recuerda mucho de ese rato, pero sus padres sí. La pierna amputada estaba cubierta con una sábana, y no hacían más que mirar el sitio en el que debía estar. Estuvieron junto a su hija, sin apenas hablar, esperando el momento en que se espabilara del todo y fuera realmente consciente de que su pierna ya no estaba ahí. No tenían ni idea de qué decirle cuando el momento llegara, por suerte, ocurrió ya en su habitación...

251

—Hola Raquel, ¿cómo te encuentras?

—Bien, no sé. No me duele nada, siento las piernas, pero no las consigo mover.

—Bueno, tranquila, eso puede ser por la anestesia. Acabo de hablar con tu cirujano, el doctor Santisteban, todo ha ido bien. Como te dijimos, te hemos amputado la pierna, pero volverás a andar con una prótesis que te pondremos próximamente.



—Joder, Jacobo —pensó Sofía, otra de las enfermeras-. Eres el mejor oncólogo que conozco, pero no tienes ni idea de tratar con los pacientes. Una cosa es hablarla claro y otra cosa es lanzarle las noticias como quien tira pan a los pájaros.

—A ver, Raquel —comenzó a hablar en voz alta Sofía, para alivio de Jacobo, que sabía que no había sido muy delicado—, lo que Jacobo quiere decir es que, como ya sabías, te han amputado la pierna. ¿Cómo te sientes ante eso?

—Tengo miedo de mirar la pierna, bueno, la no pierna. Soy consciente de que no está ahí y de que ya nunca estará, pero no soy capaz de asumirlo, es que ¡aún la percibo!

252

—Ahora descansa. Piensa sobre ello, háblalo con tus padres y, sólo cuando estés preparada, nos avisas y te ayudamos para que lo veas, ¿vale?

—Sí, vale. Gracias Sofía.

## **Día 113**

*Mierda, esta vez sí que nos han hecho daño de verdad. Han eliminado nuestro hogar primario. Ya sólo nos queda nuestra casita de verano. Pero desde aquí podemos aún dar bastante guerra. Tenemos mucho trabajo por delante, y un tercer hogar que aún no ha sido revelado...*

Otra vez. En medio de la noche volvió a sentir la pierna. Ya no podía más, había pasado casi una semana sin mirarse, pero ahora estaba preparada. Debía afrontarlo. Llamó al timbre de las enfermeras.



Al momento apareció Marta.

—¿Ocurre algo, Raquel?

—Sí, creo que ya estoy preparada —respondió. Mamá y Jennifer se despertaron. Habían hablado esa misma mañana de que se acercaba el momento, pero era Raquel quién debía decidirlo. Se mantuvieron a la escucha.

—¿Estás segura?

Raquel respondió con un gesto afirmativo de su cabeza. Sus ojos denotaban una determinación impropia de su edad. Marta también asintió, y procedió a levantar la sábana lentamente.

Allí estaba. Un cúmulo de vendas se encontraba en el lugar en que debía encontrarse su rodilla. ¿Y por debajo? Nada. Sólo podía verse la inmaculada sábana con el logotipo del hospital.

253

Un terrible escalofrío recorrió todo el cuerpo de Raquel, desde la punta del dedo meñique del pie hasta el cuello. ¿Pero cómo era posible? ¡Ya no había dedo meñique!

*¿Te ha gustado? Otro pequeño truquito que tenía guardado en la manga. Lo he llamado: "el miembro fantasma".*

—Marta, veo que no hay nada, pero estoy sintiendo la pierna como si estuviera ahí.

—A veces pasa. Ha formado parte de ti durante mucho tiempo y te va a costar acostumbrarte a que no esté ahí. ¿Nunca has perdido algo o a alguien importante?



—Sí, mi abuelita Carmen murió hace dos años. De hecho, la vi en la enfermera que estaba conmigo cuando desperté de la operación —No lo había comentado con nadie, pero esa idea le había rondado la cabeza durante días; no es que se pareciera a su abuela, es que tuvo la sensación de que realmente era ella.

—Vaya, eso sí que es sorprendente. Sabes que ella ya no está y que no volverá, pero a veces la sientes como si estuviera contigo, ¿verdad?

—¡Sí! Pienso en ella cada día, la siento como si estuviera cuidando de mí en algún sitio.

—Pues pasa igual con tu pierna. Piensa que ya no está ahí, pero que la vas a seguir sintiendo porque forma parte de ti. Quiero creer que hay algo más allá y que tu abuela te vigila desde allí. Quizás vino a verte después de la operación para tranquilizarte, y para hacerte ver que ahora ella está con tu pierna y que cuidará de ella. ¿Qué opinas?

254

Raquel soltó una carcajada. Siempre le había parecido una tontería todo eso del más allá, pero le hizo muchísima gracia imaginarse a su abuela caminando con su pierna bajo el brazo, como solía hacer todas las Nochebuenas cuando iba a comprar una paletilla de jamón en la carnicería del barrio.

—Me encanta esa idea, Marta. Sí, yo también pienso que mi abuelita y mi pierna están juntas. Me alegra saber que se harán compañía la una a la otra.



## Día 130

*¡Me está quemando vivo! No sé cuánto tiempo podremos soportarlo. Están ganando. Empiezo a notarme débil. Nos aniquilaron a casi todos en la rodilla, no sé cuánto resistiremos en el pulmón. Necesitamos un nuevo alojamiento.*

Otra arcada más. Hacía unos días que le habían puesto el primer ciclo de quimioterapia y empezaba a notar los síntomas. Ya se los habían explicado, pero sentirlos era diferente. No tenía fuerzas ni ganas de nada, tenía muy mal cuerpo, ya sólo tenía ganas de llorar y de rendirse.

Jennifer lo vio. Supo lo que estaba pasando Raquel, ella ya lo había vivido.

—Graquel —Jennifer llevaba 10 años viviendo en España, pero aún conservaba un marcado acento inglés y, por supuesto, era incapaz de pronunciar la erre— Ahoga ya sabes la vegdad. No es lo mismo lo que te cuentan los médicos que sentiglo. Te vas a enfrentar a esta *shit* dugante meses. Todo lo que te diga va a ser poco. Yo lo sé.

¿Grecuerdas lo que hablamos la otra noche? Ambas sentimos a nuestro tumor, céntrate en él. ¿Cómo crees que está ahora?

*Jodido. Estoy muy jodido. Me muero.*

—Está jodido, se está muriendo —lo notó como si una vocecita lo dijera en su interior.



—Exactament. Ambos estáis sufriendou. Tú estás débil, y estagás peor, pego él también. De eso se trata. Siempre ha sido un duelo entre él y tú. Y en tu mano está luchar paga vencerlo. Y lo conseguirás, yo confío en ti.

—Gracias por todo, Jennifer, no sé qué haría sin ti.

—De nada, hija. Pero déjame darte otro consejo: gápate el pelo. Y cuanto antes mejor, no dejes que se caiga por sí solo.

—¡Pero es mi pelo! ¿Y si no se cae?

—Se caerá, *trust me*. Y es mejor que lo cortes tú, a verlo caer día a día. Además, te voy a dejar yo unos pañuelous que te van a quedar monísimos.

256

Raquel sonrió. Y más sonreiría después. Ese mismo día, Jennifer le dejó a Raquel la maquinilla de afeitar de su marido, y ambas se raparon la una a la otra. Fue una de las tardes más divertidas en el hospital. Antes de que siquiera se enteraran, ambas estaban calvas y riéndose la una de la otra. El sentido del humor las hizo más fuertes y las permitió sobrellevar todo el dolor que soportaban día a día.

### **Día 303**

*Ya está. Han vencido. Han muerto todos los míos. Sólo yo sigo en pie. Sólo me queda una opción...*

Era el último. No podía dejar de pensar en eso. Llevaba ya muchos meses de quimio, y había llegado el final. El tumor estaba erradicado, lo sentía. Pero ella también estaba destruida. Su nueva vida la formaban el dolor, los vómitos, la caída de pelo, el miedo, la desgana.





Había perdido ya todas las fuerzas de luchar. Estaba al límite. Se giró para intentar aliviar su dolor...

Sergio Ramos la miraba semidesnudo desde el palo de suero. No pudo evitar sonreír. Había sido idea de Inés, otra de las enfermeras. Raquel había llegado a odiar el color verde amarillento, sólo le recordaba a la quimio y no podía soportar siquiera verlo. Así que Inés dio con la clave: forró la bolsa de citostáticos con fotos de Sergio Ramos y el sistema con un espumillón. La Navidad ya había pasado, pero fueron tiempos más felices a los que quería regresar. Le habían dado vacaciones de quimio y pudo volver a sentirse una persona normal en esos días.

La bomba pitó. Se había terminado. Era la última vez que oiría ese sonido. Llamó al timbre de las enfermeras. Lo que pasó a continuación no lo olvidaría jamás, ni ella, ni ninguno de los participantes.

257

—¡Sorpresa!

Estaban todos: médicos, enfermeros, auxiliares de enfermería, celadores, limpiadoras, estudiantes... ¡Y traían sidra para brindar! Era su fiesta de despedida. A partir de entonces su vida sólo podría ir a mejor. Tanto Raquel como sus padres rieron y lloraron al mismo tiempo. Habían sufrido más que nadie junto a ese equipo de personas y juntos se habían hecho mejores y más fuertes unos a otros. Ese vínculo que se había formado, ese equipo, esa familia, era irrompible, pasara lo que pasara. Raquel sabía que la decisión de luchar había sido suya, pero que no habría ido a ningún lado sin todos ellos. Los quería más que a sí misma, porque ellos le habían devuelto la vida, la vida que el cáncer un día le había arrebatado.



Su gratitud era infinita ante todos ellos. Pero faltaba alguien a quien agradecer. Jennifer debería estar allí, ella había sido una de las piezas más importantes, pero había sido más rápida en vencer a su “cáncer de *mother*”, y ahora se encontraba en su Londres natal, disfrutando plenamente de su familia.

### **Epílogo: 5 años después.**

—Raquel ha vuelto.

—Sí, y me temo que esta vez no va a salir. Hace tres meses tuvo una recidiva cerebral. El tumor es inoperable y aumenta día a día. Ni con quimio ni con radio conseguimos reducirlo. Ella lo ha intentado hasta el final, pero ya se ha cansado de luchar.

258

Su respiración se apagaba. Apenas era capaz de abrir los ojos para ver el sufrimiento encarnado en el rostro de sus padres. Todos sabían que era el final. Raquel se había negado a la sedación, quería ser consciente de todo hasta el final y quería despedirse de todos. Por eso los hizo llamar.

La puerta se abrió, y por ella entró todo el equipo sanitario, incluidos los que no estaban de guardia, era una paciente especial, y merecía un trato especial, nadie quería perderse su despedida. Ahí se resumía todo, eran una familia, en lo bueno y en lo malo, igual que festejaron cinco años atrás, sufrirían juntos ahora.

—Hola a todos —su voz era apenas audible, pero era firme y, sorprendentemente, feliz- Sé que ha llegado el final, noto el tumor celebrándolo en mi interior... La batalla ha llegado a su fin, él ha vencido, sí...



*Al fin lo entendiste, Raquel. Has sido una digna rival, pero al final, ¡la victoria es mía!*

—... pero no sólo él. Todos hemos vencido. Sé que mañana ya no estaré aquí, pero gracias a todos vosotros tuve las fuerzas y las ganas de luchar. Y gracias a todos vosotros conseguí salir una vez del cáncer, y he disfrutado de otros cinco años maravillosos. No lloréis porque me vaya, sonreíd, pues nos conocimos, y juntos hemos librado una bonita batalla y hemos vividos momentos duros, pero también momentos felices. Seguid siendo así, pues muchos más lo necesitarán como yo lo necesité. Ahora me voy, allá donde mi pierna me está esperando. Volveremos a reunirnos después de tanto tiempo, y ahora seré yo la que cuide de todos vosotros. Os quiero...

Una última lágrima se deslizó por su mejilla izquierda. Una última lágrima que ya nadie enjugaría jamás. Pues al fin, Raquel había cumplido la última etapa de su vida. Pero en el proceso había cambiado la de todos los que estuvieron con ella esos cinco años. Su recuerdo serviría para salvar a muchos otros. Su lucha no había sido en vano.

\*\*\*\*\*

Dedicado a todas las personas que luchan contra el cáncer: pacientes, familiares, amigos y profesionales sanitarios. En especial a la verdadera Raquel, que está rehaciendo su vida tras lograr vencer al cáncer, y a mi abuelo Rafael, donde quiera que esté.

Mucha fuerza y ¡que la lucha continúe!





## Acompáñame hasta el final

**Ángela Miguel Pellón**

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael  
de la edición XX (2018).*

—Luisa, soy Laura, la enfermera del centro de salud. Me es imposible visitaros hoy...tengo la agenda abarrotada, varios domicilios...

Silencio. Tras un suspiro al otro lado del teléfono, sonó la voz de Luisa.

—No te preocupes.

—El lunes sin falta voy a ver a Pedro.

Eran más de las doce y aún le quedaban varios pacientes por atender: varias curas, unos inyectables, dos valoraciones nutricionales y, por si fuera poco, tres revisiones infantiles, además de los dos domicilios a los que debía acudir para el control de anticoagulación... ¡Menos mal que había podido retrasar la visita de Pedro! No le gustaba anular citas en el último momento, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Además, en casa de Pedro no tenía nada que hacer.

Pedro era un señor de cincuenta y siete años al que habían diagnosticado un cáncer de hígado en estadio terminal hacía algo menos de un mes. Vivía con su mujer, Luisa, y dos de sus cuatro hijos que rondaban los 20 años.

Le había visitado una vez y no tenía mal aspecto, quitando el color característico de los enfermos hepáticos. Aquel día, Pedro estaba callado, con el cuerpo hundido entre los brazos de un sillón y la mirada vacía, como digiriendo la noticia que el médico le había dado días atrás. Luisa trataba de llenar los silencios de él con palabras de cariño. Ella rondaba los cincuenta años y era una mujer de pelo claro y ojos verdes, que pese a no llevar ni gota de maquillaje, era tremendamente atractiva. Llevaban juntos toda la vida, desde los veinte años, según le habían contado y desde el día que le diagnosticaron el cáncer, ella se ocupaba de todo; administraba sus medicinas, atendía sus necesidades y gestionaba sus citas médicas. Todo ello con una sonrisa. Una sonrisa que no tardaba en desaparecer cuando Pedro no estaba cerca. Cuando Laura se despidió de ella, la expresión de Luisa cambió por completo para dejar paso a la tristeza, el agotamiento y la desesperanza.

La realidad era que no tenían más atención que la de Laura, ya que desde el hospital les habían dicho que no había posibilidad de tratamiento y les habían mandado a casa. En esa visita, Laura le había tomado las constantes y había investigado sobre si sentía dolor. La verdad que no se sintió muy cómoda... no sabía bien qué tenía que hacer en ese tipo de circunstancias...

Había terminado sus estudios de enfermería hacía dos años y estaba teniendo mucha suerte; al acabar la carrera había trabajado los meses de verano en una unidad de cuidados intensivos y, poco después, la habían llamado para este puesto. Ella prefería el trabajo de hospital, pero tal y como estaban las cosas no podía quejarse, la mayoría de sus compañeros tan solo tenían trabajo en



los períodos vacacionales y algunos, ni siquiera. Además, el centro de salud no estaba tan mal. Sus compañeros eran mayores, pero no habían perdido el interés por la profesión y aparte de la consulta de cada uno, realizaban muchos otros proyectos y actividades de todo tipo, desde talleres de ansiedad, primeros auxilios o deshabitación tabáquica, hasta salidas para realizar deporte con los mayores o actividades en colegios e institutos.

Retomando la visita a Pedro, Laura sintió que ante aquella situación en la que la enfermedad del paciente estaba tan avanzada, poca era la labor que podía hacer, y repasando lo aprendido durante su formación no recordaba haber tratado el tema de los cuidados paliativos.... Bueno quizá en un par de clases.

Entre paciente y paciente, Laura pudo terminar la manzana que se había llevado de almuerzo y que terminó por estar oxidada cuando consiguió dar el último de los mordiscos.

La última visita domiciliaria la terminó a las tres y media... ¡estaba exhausta! Por suerte, no vivía lejos de allí y en poco tiempo estaba metiéndose en la cama para disfrutar de una merecida siesta. Laura vivía en un barrio a las afueras de la ciudad junto con sus padres y su hermana, Ana, unos años más joven que ella. Habían llegado a esa casa siendo ellas muy pequeñas, ya que no recordaba haber vivido en otro lugar, aunque, por las historias de sus padres, sabía que habían estado viviendo con sus tíos hasta que pudieron comprar esa casa. Le gustaba el barrio porque, aparte de estar muy bien comunicado con el centro, tenía mucha vida; tiendas, bares, lugares donde practicar deporte o juntarse con



amigos... y lo mejor de todo es que allí vivían todas sus amigas. Había conocido a casi todas el primer año de colegio, y a pesar de los años de universidad, en los cuales cada una de ellas había ampliado su círculo social, seguían estando muy unidas, tanto, que al menos un día a la semana solían verse.

Hacia unas semanas que su relación con Pablo había hecho aguas y había pasado unos días muy difíciles, pero ya se encontraba más animada, por lo que ese viernes pensaba salir y bailar hasta que no pudiera mantenerse en pie.

El sábado se levantó bien pasado el mediodía, cuando sus padres y su hermana se disponían a comer. Al dar los buenos días notó seriedad en sus rostros y apenas hablaron durante la comida. De vez en cuando, sus padres cruzaban las miradas... algo raro les pasaba. Laura pensó que no les había sentado bien su llegada de madrugada; pero, ¿qué les importaba a ellos? Tenía veinticuatro años y podía hacer lo que quisiera, ¡sólo faltaba!

El resto del fin de semana lo dedicó a descansar y preparar uno de los trabajos que tenía que hacer en su máster de emergencias. Estaba siendo duro trabajar, asistir a las clases y llevar al día todos los trabajos que les mandaban, pero trabajar como enfermera en una ambulancia era lo que había soñado toda su vida, deseaba sentir la adrenalina correr por sus venas al recibir un aviso de un accidente de tráfico o una parada cardiorrespiratoria. Llegó el lunes y de nuevo el frenesí, además, ese día tenía clase presencial en la universidad. En días así solía llevarse un bocadillo y comer de camino a clase. En el autobús recibió un mensaje de Pablo; quería





verla. La echaba de menos. En un primer momento se alegró, ¡Cuánto había esperado ese momento! Fue él quien puso fin a la relación sin que ella siquiera sospechase nada y había sido un gran golpe. De pronto toda la estabilidad de su vida se había venido abajo y no entendía qué había fallado. Con el paso de los días se centró en su trabajo, sus estudios, retomó amistades olvidadas y hasta disfrutaba de los momentos de soledad. Guardó el teléfono. Le escribiría por la noche.

Esa tarde tocaba farmacología de urgencia. Durante la carrera no habían dedicado demasiado tiempo a ello, por lo que se concentró tanto en la clase que olvidó por completo que había prometido salir algo antes para poder cenar con sus padres y su hermana. No entendía el porqué de aquella cena familiar si vivían todos juntos.

265

Al llegar a casa encontró todo apagado y su plato de cena en una bandeja. Al pasar por delante de la habitación de Ana oyó cómo esta lloraba, por lo que no pudo evitar pasar a ver qué le ocurría. Estaba acurrucada en la cama como hacía cuando era pequeña y había visto alguna película de miedo.

—Ni siquiera hoy has podido venir a cenar con nosotros —le recriminó al verla.

Laura no entendía por qué su hermana estaba tan triste y mucho menos por qué lo pagaba con ella. Ana y ella eran muy diferentes, Ana siempre estaba de buen humor, era comprensiva, amable y familiar, mientras que ella tenía un carácter complicado y prefería estar con sus amigas que pasar tiempo con la familia. Era difícil que Ana perdiera la sonrisa y si algo había hecho que la perdiera era algo grave.



—Papá tiene un cáncer de colon muy avanzado y comienza quimioterapia el próximo lunes.

Sintió como el corazón se le encogía tanto que apenas podía respirar... su padre...

¿Cómo podía pasarle eso a él? Aún era joven, no fumaba ni bebía alcohol y su mayor afición era el deporte. Tenía que ser un error, algún documento traspapelado de otro paciente, una muestra mal analizada... además, no tenía ningún síntoma que les hubiera hecho sospechar nada.... Bueno al menos que ella supiera... en realidad pasaba poco tiempo en casa y cuando lo hacía solía estar en su habitación. Aquella noche no consiguió conciliar el sueño, y las pocas horas que durmió tuvo unas pesadillas horribles.

266

El martes, al levantarse, sus padres ya habían salido a sus respectivos trabajos y no fue hasta por la tarde cuando pudo encontrarse con ellos. Le explicaron la situación, su madre entre lágrimas y su padre con una extraña tranquilidad, más parecida a la tristeza más profunda que una persona puede sentir, esa que te aleja del mundo que te rodea, que hace que oigas pero no escuches, que veas pero no mires, que te permite seguir respirando pero no viviendo. La actitud de su padre le era familiar; el tono y la forma de hablar que ahora tenía, su postura en el sofá, la expresión de su cara... algo había cambiado y le recordaba tanto a alguien, pero ¿a quién? No habían tenido en la familia ninguna situación similar. El pronóstico era poco esperanzador, pero aun así había varios tratamientos posibles.



En aquellos días su padre comenzó el tratamiento, al que acudía siempre acompañado de su madre o su hermana. Laura intentaba estar centrada en sus pacientes durante su jornada laboral, pero le resultaba francamente difícil no poder dedicar a su padre todo el tiempo que le gustaría. Se olvidó por completo de Pablo y aunque no abandonó su máster, le dedicaba mucho menos tiempo, pero es que lo que realmente sentía era la necesidad de acompañar a su padre nada más salir del trabajo.

Al final de la semana, se encontraba organizando la mesa de la consulta cuando apareció un documento que le hizo remover algo en su cabeza: ¡Pedro! Había prometido ir a visitarle el lunes y se había olvidado por completo. Miró el reloj... las tres menos diez, mala hora para concertar una cita, pero aun así lo intentó. Llamó por teléfono y al otro lado de la línea le recibió una voz seca.

267

—Luisa, soy Laura, la enfermera, siento no haber podido llamaros antes, pero he tenido una semana muy complicada y me ha sido imposible sacar un hueco. ¿Cómo está Pedro? ¿Podría visitaros hoy?

—Ya no es necesario. Murió el martes por la noche.

Laura se quedó helada, no sabía qué decir ni cómo reaccionar... no pensaba que el desenlace fuera a ser tan rápido. Tras unos segundos de silencio logró decir:

—Siento mucho...

—No te preocupes, seguro que tenías cosas más importantes que hacer —acto seguido Luisa colgó el teléfono.



Regresó a casa con un gran sentimiento de culpa pero intentando convencerse de que ella no podría haber hecho nada para evitar ese final. Encontró a su madre frente a la televisión apagada con la mirada hacia el vacío. Su padre estaba en la cama; se encontraba muy débil y apenas había probado bocado durante la comida. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que cada vez estaba más debilitado, con menos ganas de conversar, menos apetito...

Poco a poco, las semanas se fueron sucediendo y cada día su padre se apagaba más. Ya no era capaz de ducharse solo, ni tan siquiera de ir al servicio andando sin ayuda de otra persona. Sus médicos decían que el tratamiento no estaba funcionando, pero que lo iban a mantener, puesto que las analíticas estaban dentro de los límites esperables. Poco importaban las analíticas mientras ellas veían como su padre perdía la vida por momentos. Él sufría a su manera, pero el resto de la familia se deshacía cada vez que veían lo poco que ya quedaba de él... no de él físicamente, que por supuesto no era ni su sombra, si no de su carácter y personalidad arrolladora, siempre moviéndose de un lado a otro, siempre buscando "pelea" con su madre o aliándose con ellas para conseguir cenar su plato favorito. Su madre se refugiaba en cubrir todas las necesidades de su padre para mantenerse ocupada y no pensar, su hermana se dividía entre la universidad y las labores del hogar, y ella tan solo quería estar junto a él. Cuando dormía, Laura se quedaba a su lado observándole y tocando las manos y la cara de quien la había mecido en sus brazos hasta que era bien mayor para que lograra conciliar el sueño. Miraba su nuevo aspecto tan alejado del que tenía hacía tan solo unos meses; ese cuerpo



fuerte y cuidado, su pelo negro y esos ojos de un azul tan intenso, se habían convertido en un cuerpo endeble de poco más de cincuenta y cinco kilos, apenas quedaba pelo en su cabeza y sus ojos habían perdido todo el brillo que solían tener. Su rostro estaba surcado de arrugas y tan solo se rozaban los pómulos al darle un beso. A pesar de todo, su aspecto era limpio y cuidado.

El ambiente en casa se regía por el silencio. El silencio invadió un hogar que no mucho tiempo atrás había sido testigo de gritos, risas, palabras de amor y alborotos... y también de enfados y llantos, pero de los que sanan rápido y sin dejar huella. Nunca antes se había parado a pensar cómo el silencio expresaba tanto, en su caso expresaba las dudas, los temores y los dolores de toda una familia.

269

Laura se sentía sola y confundida, tenía miedo del final, de si él sentiría dolor, si estarían las tres acompañándole, si sería en mitad del día o de la noche. Afortunadamente por ahora no tenía dolor. Ella se encargaba de administrar toda la medicación. Desde el hospital les habían recomendado informar al médico y enfermera de familia para que les visitaran y realizar un seguimiento del estado de su padre, y sí, era cierto que solían ir a verle un día en semana. Ese día era muy esperado, tanto por Laura, como por su madre y su hermana. No sabía por qué motivo, pero verles allí atendiendo a su padre les daba algo de fuerza, no sabría decir si también esperanza. Además, les reconfortaban mucho las palabras de cariño que, tanto la doctora, como la enfermera, les dedicaban. Siempre se mantenían atentas a todo lo que ellos les contaban y solían alabar la labor que su madre y ellas estaban haciendo.



Fueron dos meses muy largos y, a la vez, muy cortos. Ver como uno de sus seres más queridos estaba cada día más lejos de la vida y un poco más cerca de la muerte era tan doloroso como si fueran arrancándole poco a poco la piel en tiras, lo que hacía que cada minuto, cada hora y cada día se convirtieran en una eternidad. En esos meses, su padre dejó de reír, de hablar, de buscar el contacto de sus hijas y su mujer dejó de comer y de andar. Dejó de compartir momentos con el resto de la familia, porque estaba demasiado cansado como para mantenerse sentado siquiera, y aunque ellas cambiaron sus reuniones y quehaceres diarios al lugar donde él se encontraba, también llegó un día en el que mantener los ojos abiertos era demasiado costoso para él. Fueron meses cortos porque quería robar segundos al reloj para poder disfrutar un poco más de él, quedaban tantas cosas por hacer aún. Hasta entonces nunca antes se había parado a pensar que un día sus padres ya no estarían siempre disponibles para ella y pensaba que había malgastado el tiempo... se había perdido tantas cosas que vivir con ellos...y ahora ya no había nada qué hacer.

Una mañana de jueves, entró en la habitación de su padre para darle un beso antes de irse a trabajar y lo encontró con la respiración entrecortada, empapado en sudor y ya sin capacidad de emitir un sonido o un movimiento que indicase alguna conexión con el entorno. Habló con su madre y su hermana, el final era inminente. Avisó en su trabajo de la situación y las tres pasaron junto a él sus últimas cuatro horas entre caricias, besos y paños húmedos para disminuir su temperatura. Esperaron sosegadamente hasta que dio su última bocanada de aire. Las tres se aferraron a su cuerpo dejando escapar



el dolor que sentían, cada una a su manera, Laura y su hermana lloraron con lágrimas y de su madre solo puede decirse que su alma se rompió para el resto de sus días.

El resto lo conocemos todos, velatorio, gente, entierro, documentos por hacer... y volver a casa. ¡Qué difícil volver a casa! Debe ser por ello que sin haberlo hablado entre ellas, pasaron de largo y se dirigieron al parque en el que tantos momentos habían pasado los cuatro desde que fueron a vivir a aquella casa. Se agarraron de las manos mientras andaban sin rumbo, cada una de ellas metida en su propio mundo interior.

Y justo entonces entendió todo... pasaron por su cabeza todos esos pacientes que había antepuesto a Pedro, todas esas cosas que había creído prioritarias. ¿De verdad había llegado a pensar que realizar un control de anticoagulación o una revisión infantil eran más importantes que acompañar a una persona en los últimos días de su vida? ¿Cómo había podido creer que lo verdaderamente útil como enfermera era administrar una vacuna o tomar unas constantes en lugar de escuchar a una familia que despide a uno de sus miembros? ¿Cómo podía haber sido tan ciega? En ese momento entendió el porqué y el para qué de su profesión. No es que todo aquello que hacía como enfermera no fuese importante, lo era y así lo sentía, pero las enfermeras se encargan de cuidar personas, de acompañar familias, de escuchar sentimientos, miedos e incertidumbres, de apoyar y guiar en momentos cruciales de la existencia humana. Todo lo demás, las curas, los inyectables, las revisiones, los planes de cuidados, todo ello podía esperar al día siguiente. Nadie se muere si le toman la tensión dos días más tarde, o ningún niño fallece si su revisión se pospone unos



días, pero un paciente en situación terminal quizás no pueda siquiera esperar unas horas. De pronto, sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo, sintió aún más ganas de llorar que las que ya tenía por la pérdida de su padre, y se prometió que nunca más dejaría para más tarde a una persona que estuviera pasando por la situación que, tanto su padre y su familia, como Pedro y la suya, habían tenido la desgracia de vivir. Entendió por fin, que el ocaso de una vida bien merecía toda la atención, el cariño y la dedicación que se le pueda brindar.





# Aprender a cuidar





## Dos pijamas

**Jessica Marian Goodman Casanova**

*Premio Especial para Estudiantes (ex aequo)  
de la edición XVI (2014).*

### Pijama azul

Soy nueva. Soy nueva y se nota. Soy un ingreso programado que acaba de ingresar para desprogramarse. Me siento desnuda y nada tiene que ver con que me acaben de despojar de mi portátil HP, mi teléfono Samsung y mi ropa Zara para encasquetarme este pijama azul. Acabo de entrar en lo que tendré que considerar mi hogar durante solo sabe el psiquiatra cuánto tiempo. Me acompaña mi madre a la unidad de hospitalización y el psiquiatra se presenta y me presenta a "las chicas". La primera me asusta, tiene la mirada perdida mientras se frota la tripa continuamente. Las otras dos son ambas menudas, pero una parece dos veces mayor que la otra. Ambas parecen chicas normales como yo. Bueno, supongo que normales entre comillas, dado que somos pacientes psiquiátricas. Una enfermera joven que parece ser estudiante se presenta amablemente, se llama Cristina. Me muestra la Unidad: el control de enfermería, el comedor con televisión, juegos de mesa y material artístico, y dos habitaciones para pacientes con sus correspondientes baños. Vaya, parece que voy a tener que compartir la habitación. La estudiante me explica

las normas de la Unidad, ¡hay horarios para todo! Para comer, para descansar después de las comidas, para ir al baño, para ir a terapia, para llamar por teléfono y para salir a la calle. Bueno, lo último, si es que te dan permiso.

Ahora estamos comiendo. Al ser solo tres pacientes pensaba que tendrían formado ya un grupo con la chica a la que sustituyo, pero parece que hay división entre la que me asusta y las otras dos. Estas tienen buena relación y se han pasado toda la comida hablando. Me he sentido un poco aislada al principio, porque no sabía cómo participar en la conversación. Hablan sobre la visita de sus familiares, y bromean sobre la nutricionista y sobre la enfermera que vendrá por la noche. Yo no participo mucho en la conversación. Todas comen sin darle mayor importancia al acto de comer, pero yo no paro de jugar con la comida pensando en la cantidad de calorías y carbohidratos que tiene esta tortilla y soy la última en acabar de comer. A pesar de que tenemos la misma enfermedad parece que soy la única que come a disgusto.

276

Me saca de mi ensimismamiento la estudiante que me pregunta amablemente qué grado estudio y de qué zona de Madrid soy. Entonces comienzo a contarles que estudio ingeniería y que soy de Getafe y la conversación continúa y paso de ser espectadora a ser partícipe de la conversación. Poco a poco me siento más relajada.

En el reposo de la comida me acondiciono en la habitación. "Las chicas" tienen dibujos que se han hecho la una a la otra y, bueno, mi pared está vacía, vacía como lo estoy yo. Cuando vuelvo de lavarme los dientes y cepillarme el pelo encuentro en mi pared un dibujo



de un girasol y unas palabras lo acompañan: “Toda flor comienza siendo una semilla. Toda flor necesita de agua, nutrientes y sol para crecer”. Me emocionan estas palabras y en la puerta recibo un guiño de la estudiante.

Es el primer día y ya tengo un taller impartido por la enfermera y la estudiante de enfermería. Al principio voy desalentada, todavía no me siento integrada en el grupo. Comenzamos realizando una relajación, Cristina tiene una voz suave que produce calma y bienestar. El tema de los jueves es la imagen corporal. Hemos leído la trayectoria de vida de una mujer y cómo las diferentes etapas de su vida le han llevado a tener la actual distorsión de su imagen corporal. Al principio todas han participado y yo tenía la sensación de no tener nada que aportar, pero he contado mi experiencia y resulta que otra chica se ha sentido identificada. Me he sentido muy bien aportando algo al grupo. Me ha consolado escuchar las experiencias del grupo y he sentido que no soy la única con estas ideas sobre el cuerpo y con estos impulsos hacia la comida.

277

Salgo y mi primera impresión es que Cristina se cree que el grupo funciona. A pesar de su juventud y posiblemente su poca experiencia, tiene la convicción de que nos puede ayudar y, la verdad, yo también lo empiezo a creer. Salgo con algo más de esperanza porque existen en el grupo chicas en distintas etapas de lo que Cristina denomina “el proceso de recuperación de la salud”. Al final del día me siento un poco más integrada y en la cena disfruto de la conversación de “las chicas”.



Hoy por fin me voy de alta y me despido de “las chicas”. Me parece increíble que haya llegado este día. Tengo que decir que ha sido una experiencia muy dura, ya que había días en los que realmente me sentía desmotivada y fracasada. No podía parar de llorar e incluso pensaba que no podría superarlo, que esta enfermedad acabaría conmigo. Pero no ha sido así, y aquí estoy para demostrarlo con más fuerza que nunca. No obstante, reconozco que no lo habría conseguido sin la ayuda de todas esas personas que me apoyaron.

278

Tengo que dar las gracias a “las chicas”, a las que ahora considero mucho más que amigas. Esas chicas que me comprendían y pensaban igual que yo. Ellas que han tenido situaciones y experiencias similares en sus vidas, y que me han ayudado a darme cuenta de que estaba equivocada. Juntas hemos llegado a formar un pequeño grupo donde nos hemos ayudado las unas a las otras.

Pero sin duda mi mayor agradecimiento es para Cristina. Una futura enfermera a la que considero especial. Ella me ha ayudado a comprender lo que estaba perdiendo por mi enfermedad. Discutí con ella en multitud de ocasiones comportándome como una niña egocéntrica y egoísta, negándome a comer lo que estaba en el plato por considerarlo cantidades exageradas de comida. Obviamente estaba equivocada, y ella jamás tiró la toalla y jamás perdió los nervios. Nunca pensé que una persona pudiera tener tanta paciencia como la que ha tenido conmigo. Siempre ha sido la persona que más me ha animado en los momentos difíciles. Le gustaba mucho la música, y en su turno siempre ponía canciones que a “las chicas” y a mí nos gustaban. Nos hacía cantar, bailar y, sinceramente, tengo que decir que me animaba bastante.



Más tarde, descubrí que era una especie de “técnica” que ayuda a las personas y que se llama musicoterapia.

Ella terminó sus prácticas hace un mes, y cuando se despidió de nosotras la entregué un sobre con una nota de despedida deseándole mucha suerte en su futuro y expresándole mi más profundo agradecimiento.

## **Pijama blanco**

Soy nueva. Soy nueva y se nota. Soy un proyecto de enfermera que acaba de comenzar las prácticas en la unidad de trastornos de la conducta alimentaria. Me siento desnuda y nada tiene que ver con que me acaben de despojar de mi ropa y me hayan encasquetado este pijama y estos zuecos blancos. Acabo de entrar en lo que tendré que considerar mi hogar durante dos meses, ya que estaré aquí ocho horas al día cinco días a la semana. Me acompaña mi falta de pericia, ella siempre tan evidente, haciéndose notar. El primer día el tutor me presenta al resto de enfermeras. La primera me intimida, parece mirarme por encima del hombro con desprecio. Sin embargo, encuentro unos ojos amables que me reciben con una sonrisa. Los primeros días me familiarizo con la unidad: cuáles son los diagnósticos enfermeros más frecuentes, y cuál es el perfil de los pacientes que ingresan. Además, busco torpemente dónde está el material, intento pronunciar los nombres de algunos principios activos que bien podrían ser palabras de una lengua muerta e intento recordar los nombres de los pacientes.



Bueno, más bien, las pacientes; jóvenes que en su día debieron pintar sus rostros joviales con bellas sonrisas y que hoy visten rostros apesadumbrados.

Hoy ha llegado una joven a la unidad, María. Lo primero que hago es presentarme. Sobre el bolsillo del pijama tengo bordado mi nombre y me gusta bromear con los pacientes sobre cómo pueden echarle un vistazo disimuladamente en caso de que se olviden de mi nombre. Le muestro la unidad, creo que después de dos semanas confundiendo pacientes, habitaciones y medicaciones ya estoy lista para hacer un tour en condiciones a la nueva paciente. Le explico que tendrá que compartir la habitación y comienzo a enumerar las múltiples normas de la unidad. La pobre me mira incrédula y su rostro refleja horror por el horario fijado que tendrá que seguir durante su ingreso.

280

Ahora vigilamos cómo comen. A pesar de parecerme en un primer momento violento observar a las chicas comer en silencio, mi compañera de prácticas y yo nos esforzamos día a día por romper el hielo y que sea un momento ameno. Hoy, mientras que todas hablamos, María guarda silencio. La animo a participar preguntándole por sus estudios y su hogar. Con timidez comienza a compartir su experiencia con nosotras. Afortunadamente, la veo más relajada al finalizar la comida.

En el reposo, veo a la chica nueva acondicionarse en la habitación. Las chicas tienen dibujos que se han hecho la una a la otra y María mira su pared vacía. Me acerco al control y dibujo un girasol. Nunca me he alegrado tanto de tener el bolígrafo verde para anotar la tensión en la





gráfica de enfermería y de tener el subrayador amarillo con el cual indicamos los cambios de tratamiento. En unos minutos tengo un girasol casi decente con un tallo verde definido y pétalos amarillos ovalados. Escribo unas palabras y gracias a mi querido aliado el esparadrapo, fijo el dibujo en la pared vacía de María.

La enfermera a la cual acompaño, Laura, me ha propuesto preparar para el taller de mañana de imagen corporal la relajación inicial con la cual comenzará el taller y la conclusión final del mismo. Al principio estoy nerviosa, es la primera vez que intervengo en un grupo. Comenzamos realizando la relajación de Jacobson.

Procuró utilizar un tono de voz suave pero, sinceramente, no tengo claro si lo consigo o si me parezco a las voces sensuales telefónicas. Cuando termina la relajación me sonrojo y doy pie a que comience Laura. Tras la lectura de un caso práctico, Laura ha animado a las chicas a debatir sobre el mismo. Todas han participado y he visto una vez más a María más rezagada. En los últimos minutos del taller ha contado una experiencia propia y el resto de las chicas han recibido su participación con respeto y admiración. Creo que comienza a sentirse más integrada.

Ayer estuve toda la tarde trabajando en la conclusión y a las tantas de la noche por fin me inspiré y redacté un pequeño párrafo sobre el proceso de recuperación de la salud que tan importante es en estas jóvenes. De camino al autobús, no he hecho más que prepararme el texto para poder transmitirlo con seguridad.



Hoy termino las prácticas. Parece mentira que haya llegado este día. Ha sido una experiencia inolvidable. Me despidió del gran equipo con el cual he tenido el placer de trabajar: enfermeras, auxiliares de enfermería, terapeutas ocupacionales y psiquiatras. A medida que han progresado las prácticas he ido adquiriendo estrategias para la resolución de situaciones que inicialmente solucionaba con torpeza. Siento que ahora me acompaña una mayor pericia, y me enorgullece que se haga notar. Al iniciar las prácticas no era consciente de la maduración profesional y la satisfacción personal que supondrían para mí.

282 Antes de irme me despidió de las chicas. Me complace sentir que he establecido una relación empática y respetuosa con ellas y sus familias. En estos dos meses he acompañado a las mismas cuatro pacientes: Lucía, Sofía, Raquel y la última incorporación al grupo, María. Dedico unos minutos a cada una de ellas y me emociona recibir un sobre de parte de María.

Ahora, sentada en la escalera de la Renfe esperando al tren dirección Guadalajara, como hago todos los días, leo:

“Gracias por haber sido mi sol, y haberme hecho florecer. Espero que no pierdas nunca tu sonrisa y que ilumines muchas flores más”.

Al final del día, no existe compensación académica o económica que iguale la satisfacción de haber cuidado a un paciente.



## Enfermera del mundo y para el mundo

**Paula Fernández Sangil**

*Premio Especial Para Estudiantes  
de la edición XIV (2012).*

Noto el frío sobre mis mejillas, supongo que de nuevo se me pondrá la nariz colorada. Las manos metidas en los bolsillos y resguardadas en unos guantes bien gordos. Son las 7:00 am.

Esta mañana, caminando hacia ese edificio que ya parece convertirse en mi segunda casa, recordaba el momento en el que decidí meterme en semejante jaleo.

Con apenas 18 años yo no tenía nada claro a qué dedicarme en el futuro. Entre las sesiones a las que asistí en el colegio hubo una que me gustó especialmente. No recuerdo con exactitud qué nos dijo aquella recién diplomada en Enfermería. Solo sé que habló tan convencida de su carrera y de lo lejos que puedes llegar sin salir de la habitación de “tu” paciente, que me subí al coche al acabar la jornada escolar y le dije a mi madre: *Ya lo sé. Voy a ser enfermera.*

Cruzo el umbral de la puerta. Saludo a Mercedes. Una mujer encantadora. Se encarga de la recepción de pacientes y familiares. Realmente no creo que haya nadie mejor para este puesto. Con su sonrisa hace que esos nervios habituales a la entrada del hospital se le quiten a uno nada más verla. Se nota que es madre. Bajo

esas arrugas se encuentran horas y horas de esfuerzo por sacar adelante una familia, noches de insomnio por un hijo enfermo o madrugones por llegar a trabajar habiendo llevado a todos al cole, pero sobre todo, creo que si la mirada profunda de nuestra Merche conquista, es por ese "algo" que hace que, al saludarte, te consideres la persona más importante del mundo para ella en ese momento. No se le escapa una.

Al entrar en el vestuario y ver el traqué habitual, recuerdo a mi amiga Carol: *La verdad, me cuesta entenderlo. No sé cómo te quieres dedicar a una profesión donde lo único que ves es sufrimiento. Yo desde luego no podría.* Sonríe. Su cara de pavor me dejaba claro que no le gustaba mi elección. Sin embargo, aquí hay mucha gente, no creo que seamos un conjunto de chalados. Eso sí, es algo vocacional, se lleva en la sangre, aunque yo no me diese cuenta hasta bien tarde...

284

Ponerme el uniforme con la mejor sonrisa será un solo paso. Yo lo considero parte de la vestimenta. Si mi trabajo es un servicio a personas que se encuentran en una situación de dolor, el primer calmante que puedo darles será un intento de transmitir alegría, esperanza. Una inyección de optimismo. Que además... ¡es gratis!

Apago el móvil. Durante el tiempo que aquí esté, estaré al cien por cien.

Aquí está Pedro. Parece que no ha pasado muy buena noche. Las sábanas están revueltas y no tiene buena cara. Tiene 35 años. Hace 17 se le diagnosticó un linfoma de Hodgkin. Parecía que después del tratamiento había mejorado, sin embargo, ha vuelto esta semana después de que se le detectó una recidiva. El tratamiento le ha



dado una reacción inflamatoria en la piel como nunca habíamos visto en ningún otro paciente. Los médicos se plantean qué hacer, pues las dosis que le tocarían son más altas, pero después de esto... Abre los ojos al sentir el ruido propio del cambio de turno. Le miro, sonrío y me acerco a la cama. Está en aislamiento, me pongo la bata y la mascarilla.

*Buenos días Pedro, le susurro. ¿Cómo está esta mañana? ¿Qué tal ha pasado la noche? Bastante regular, me contesta. Todo movimiento es una tortura para la piel. Me despierto y cuando parece que me vuelvo a dormir comienzan esas pesadillas...*

*Pues vamos a poner soluciones. El aspecto de las heridas parece mejor que ayer. Después del baño voy a ver más a fondo. Es verdad que es un momento muy incómodo y doloroso. La curación lenta. Pero le digo una cosa, Pedro, nosotras estamos aquí para todo lo que necesite, todo, ¿eh? Por favor, no se haga el fortachón, pídanos lo que quiera, si tiene dolor veremos si es posible darle un calmante, si algo le molesta trataremos de intentar otras opciones... para esto estamos, ¿no? Ahora son las siete y media de la mañana, es día 12 de noviembre, ya se puede imaginar el frío que hace en la calle. Mire por la ventana, ¡los colores del cielo son realmente preciosos! No sé si usted es de los que le gusta la naturaleza, pero recuerdo cuando trabajaba en un centro de salud a las afueras... cada mañana me sacaba una sonrisa aquel hombre completamente enfundado de cabeza a pies... que en el parque miraba con su telescopio. ¡No faltaba un día!*



Parece que he conseguido distraerle un poco. Echo una ojeada al resto de pacientes desde esa pequeña ventanita que tienen cada uno en la puerta de su cubículo. La mayoría aprovechan los últimos minutos antes de que empiece el ajetreo de los baños.

Ahí sigue Carmen, parece que ha dormido con el gorro que le trajo ayer su hija, regalo de sus nietos. Recuerdo el día que ingresó. Me habían explicado a lo largo de la carrera que la enfermería es un servicio, una entrega bastante especial a otras personas. Concretamente, a personas que se encuentran en una situación difícil en su vida por estar viviendo en su propia piel o en la de sus familiares un dolor físico y/o psicológico. Es en ese momento en el que tú, como profesional, apareces en su vida y te descubren su intimidad. Me habían dicho una vez, en unas circunstancias de especial vulnerabilidad, la tarea de la enfermera consistirá en acompañar, ayudar, tratando de evitar o disminuir el sufrimiento todo lo posible.

286

Carmen era el vivo retrato de esta explicación.

En la UCI cada enfermera llevamos entre uno y dos pacientes. Tras distribuirnos el trabajo comenzamos con los aseos. Aunque es una actividad que hacemos todos los días, no es algo rutinario. En primer lugar, porque requiere desnudar al paciente, lo que debe implicar el mayor respeto y delicadeza posibles. Y en segundo lugar, porque es un momento muy importante de valoración. A través del baño y cambio de cama será necesario poner los cinco sentidos a trabajar al máximo. Todo dato será importante. Y el saber recogerlos y analizarlos es de mi competencia. Yo observo cómo se encuentra el



paciente, analizo cómo le está afectando la enfermedad a él en concreto. El equipo médico vendrá después. Pero solo podrá estar un breve período de tiempo. Yo como enfermera estaré las veinticuatro horas a pie de cama. El médico cura, estudia el proceso de enfermedad; yo cuido, acompaño, ayudo al enfermo.

Mientras cojo juegos de sábanas limpios y ayudo a Maica, una de nuestras auxiliares, con las bateas y esponjas, recuerdo aquel profesor que tanto nos insistía: *la enfermera no es la ayudante del médico, la persona que pone vacunas o trae las pastillas prescritas a la habitación. No somos sujetos que vivimos pasivamente el proceso de enfermedad realizando procedimientos aislados a nuestros pacientes, sino que, apoyados en una fuerte base científica y conscientes de cuáles son nuestras tareas y competencias, nos damos como personas a cada una de ellas.*

287

Pues allá vamos. Cristina es una mujer de sesenta y tres años. En el parte me comentaron que ingresó ayer por vómito fecaloide como complicación a una obstrucción intestinal muy severa. Ha bajado a la unidad desde la planta de cirugía. Se programa para hoy una gastroscopia. Como no he coincidido con ella, al entrar la saludo y me presento explicándole que seré yo la encargada de cuidar de ella por la mañana. Me sonrío y aprieta la mano. Denoto cansancio y tristeza. Está consciente y orientada. Presenta un buen patrón respiratorio así como un buen ritmo, frecuencia cardíaca y tensión.

Mientras hablamos me cuenta lo preocupada que está.



*Estoy muy sola, ¿sabe?, me dice. Sé que soy una persona con suerte por encontrarme en tratamiento, pero la soledad me hace temblar. He dado toda mi vida por sacar adelante a mis hijos, a mis nietos... pero ahora... lo sé, soy una carga. Rompe a llorar.*

*Cristina, las cargas son cosas y usted no es una cosa; una alfombra o un armario. Usted no es una carga. Usted todavía tiene mucho que aportar al mundo. Que no tenga fuerza o capacidad para ir corriendo detrás de los nietos no significa que ya no sea su abuela. Usted es una oportunidad, es una enseñanza muy grande al mundo en el que vivimos. No puede rendirse. Es normal que vengan momentos de bajones, pero no se deje llevar por ellos. Usted es más fuerte. Es un ejemplo. Cristina, ¿no sabe la suerte que tiene su familia de tenerla! La necesitan. Así que aleje esos pensamientos. Observo que tiene en la mesilla un dibujo que debe haber hecho algún pequeñuelo. Lo cojo y se lo acerco.*

288

*Me mira. Sonríe. Cristina, le voy a dar un poco de vaselina en los labios, ¿le parece? Le pregunto si le gustan las revistas y tras contarme que es la primera compradora de prensa rosa en el quiosco, le cuento alguna noticia que ayer escuché en el telediario de última hora.*

*Miro el reloj. Entre unas cosas y otras ya se ha hecho tarde. Carrerillas para un lado y para otro. Nos informan que viene un ingreso de urgencia. Hombre en anuria desde hace tres días. Tras ingresar en el centro de su pueblo adquiere neumonía. Se acumula el trabajo. Paro un momento. No debo entretenerme en cosas que no lo requieran pero la conversación con Cristina ha sido una parte muy necesaria de mi cuidado.*





Atiendo personas, cada uno es único y requiere unos cuidados también únicos. Quizá otro no, pero Cristina necesitaba contar sus preocupaciones. Será tan importante como poner una medicación. "Humanizar la ciencia", esa es la función de una buena enfermera.

Cuando vuelvo a verla, transmite más tranquilidad. Me comenta lo horrible del vestido de "esta" y el fugaz noviazgo de "aquellos". Coqueta, me pregunta si está guapa para su hija que entrará en unos momentos. *¿Solo guapa?* Le contesto.

Llega el momento del café de media mañana. Salimos a la salita que compartimos con quirófano. Cirujanos y enfermeras ríen y nos saludan al vernos llegar. Creo que hay bastante buen ambiente. Aunque somos muchos y nunca uno es moneda que gusta a todos, en la mayoría de los momentos se trabaja muy bien en equipo. Cada uno sabe su sitio y funciones y no duda si en algo puede aliviar la carga a los demás miembros. Desde no pisar la zona que nuestra gente de limpieza acaba de fregar, hasta ayudarnos en formación. Y es que somos conscientes de que tenemos un objetivo común, la salud del paciente; y que si trabajamos juntos, el resultado será mayor a la suma de cada una de las aportaciones. Durante el café desconectamos un poco. Somos profesionales. No podemos sentirnos la hermana, hija, mujer, madre... familiar de cada persona a la que cuidamos. Porque no lo somos, porque no le ayudará ni a él, ni a nosotras. Sin embargo, eso no quiere decir que se establezca una distancia que se oponga a la implicación. La enfermería es darse, darse, darse. Establecer una relación muy particular, única con cada paciente por ser únicos como personas. Es dar lo que tienes, darte como persona.



Y es que para dar, tienes que tener algo. Ese algo comprende toda la dimensión científica de conocimiento y unas habilidades, actitudes y valores en los que te formas, que absorbes y con los que esponjas a “tus” pacientes. En equipo todo es más fácil. Trabajo con otros y para otros.

Al entrar de nuevo en la unidad me comunican que colocarán a Pedro una vía central en yugular derecha para quitar la que lleva en la izquierda y que es un posible foco de infección. El equipo médico se lo comunica al paciente. Observo su cara de sufrimiento y me acerco. Le pregunto como está. Me explica que tiene mucho miedo y está cansado. Entiendo que no se encuentra receptivo como para explicarle el procedimiento. Le miro y le digo que le agarraré la mano todo el tiempo. *Sube las cejas y me contesta: ¿sí?, ¿de verdad?*

290

Tras pasar mala noche observo como parece quedarse adormilada agarrada a la mano de su madre. Decido esperar unos minutos para comprobar si se duerme profundamente. Creo que sí. Se llama Paula, tiene diecisiete años. Casi conteniendo la respiración pongo una almohada a esta madre que ha venido de lejos en busca de alguien que apueste por su niña.

*A pesar del esfuerzo que supone para nosotros, si se me muere, por lo menos siempre tendré el consuelo de que he hecho todo lo que tenía en mis manos, me dirá antes de irse a mediodía.*

Está claro que la base de la relación que estableces con los pacientes está en la confianza. Solamente si confían en que haces todo lo que se encuentra en tu mano, si demuestras la cercanía y disponibilidad necesaria, solo



entonces te contarán sus pensamientos, se apoyarán en ti como profesional y, ante todo, como persona.

Una gran profesora me dijo una vez: *Para poder ser una buena enfermera debes ser primero una buena persona. No se equivocaba.*

Me gusta pensar que debo ser una enfermera del mundo y para el mundo. Que viva en la realidad del mundo, que se interese por otras disciplinas, por la actualidad, que conozca qué está pasando fuera del hospital. Solo así podré conocer las demandas de mis pacientes, solo así podré comprender las necesidades de la sociedad y solventarlas mediante mi trabajo día a día.

Así, los conocimientos de la disciplina enfermera se verán interrelacionados con otras muchas dimensiones, prismas de la realidad. Y solo así se entenderán otras culturas, otras formas de pensar, y de llevar la situación de enfermedad.

291

Ya está llegando la hora de final del turno. Una mujer mayor ha entrado a ver a su marido ingresado. Nos saluda a mi compañera y a mí, y avanza hacia él. Su paso, torpe por la edad, no le disminuye las “ganicas” de verle. Le mira, le besa en la frente y le pregunta qué tal está. La escena me enternece. Pasa el tiempo y observo como esta mujer arropa a su marido con cariño. Cuando sale de la habitación, comenta antes de irse: *Cuidádmelo, cuidádmelo mucho, que es la única joyica que tengo.*

¡Qué suerte la de aquellos que han sabido encontrar y conservar las verdaderas joyicas!



Y esto me lo han enseñado ellos, mis pacientes. Me acuerdo de Carol. Quizá muchos todavía comparten sus pensamientos. Sin embargo, yo soy consciente de que tengo la suerte de haber elegido una profesión en la que lo que gano es más que un sueldo a final de mes, pues mis horas de trabajo son la fuente de mi enriquecimiento como persona.

¡Cuántas veces mis pacientes se han convertido en verdaderos maestros! Ya lo decía Viktor Frankl: “El hombre es quien inventó las cámaras de gas, pero también el que entró en ellas con paso firme y musitando una oración”.

Ha acabado mi jornada. Me acuerdo de aquella primera mujer que ganó un premio Nobel, Marie Curie. Estoy segura de que yo nunca llegaré hasta donde ella lo hizo, sin embargo, me gusta repetirme a mí misma aquella frase suya que tan grabada ha quedado en mi cabeza: “La vida no es fácil para ninguno de nosotros, pero, ¡qué importa! Hay que perseverar y, sobre todo, tener confianza en uno mismo. Se nos otorgan dones para cumplir una misión, y esa misión hay que lograrla cueste lo que cueste”.

Hoy, mientras vuelvo caminando desde ese edificio que ya parece convertirse en mi segunda casa, puedo dar las gracias por el momento en el que decidí meterme en semejante jaleo.



## Me encontré con Guillain Barré

**Marcè Llauro Forés**

*Premio Especial para Estudiantes (ex aequo)  
de la edición XV (2013).*

¿Sabes? Dicen que: “Somos aquello que hacemos para cambiar lo que somos”. El otro día leí esta frase escrita en el muro de *Facebook* de un amigo y me dio qué pensar. Entonces recibí tu correo y ahora he encontrado el momento para responderte. ¿Qué te sugiere a ti la frase?

293

Me preguntas por las prácticas que he empezado en un prestigioso centro de Neurología. Es difícil explicar qué se vive allí. Y es que, ¡es todo tan relativo! Los primeros días al volver a casa me daba cuenta de que, en general, damos demasiada importancia a según qué cosas. Cosas que, por pequeñas que sean, etiquetamos de problemas. La situación de cada paciente en el centro te da lecciones en lo que se refiere al tratamiento de fisioterapia pero también sobre cómo plantearte la vida. Te pondré un ejemplo, es un caso que me ha hecho reflexionar.

Niara tiene 20 años, nuestra edad, es una chica muy inteligente y guapísima. Hace tres meses se encontró con Guillain Barré. Ese tal Barré es un síndrome neuropático cuya causa se desconoce.

Empiezas sintiendo debilidad en las extremidades: de los pies a la cintura y, al mismo tiempo, en los brazos, de la punta de los dedos a los hombros. La debilidad se convierte en imposibilidad de moverte y las extremidades se te adormecen mientras aparece el dolor; día tras día vas sintiéndote incapaz de hacer nada. Los nervios dejan de dar órdenes a los músculos y las articulaciones se te van poniendo rígidas. La cara se te vuelve inexpresiva y no puedes hablar, ni reír, ni decir lo que sientes, cada vez peor a medida que pasan los días. Entonces llega un punto de inflexión en el que, o bien empiezas la cuesta arriba de la recuperación o, si te afecta el sistema respiratorio y cardíaco, puede que te venza.

294

El día que nos conocimos ella llevaba ya unos diez días de hospital y veinte más ingresada en este centro donde la habían trasladado al diagnosticarle la enfermedad. Aquel día hacía una semana que bajaba cada día al gimnasio para hacer rehabilitación.

La vi llegar en silla de ruedas, la empujaba Alberto, un celador muy simpático. En esos momentos su objetivo era mantenerse de pie por primera vez en muchos días. Me lo había contado Carlos, mi tutor en las prácticas y el fisioterapeuta que lleva el caso de Niara. Normalmente, cuando estamos en la sala de profesionales, me cuenta las historias clínicas de los pacientes que trataremos en las próximas horas; así me resulta más fácil saber cómo tratarlos en el primer encuentro.

Me presenté nada más verla y, aunque la musculatura de la cara no le respondía cómo ella hubiera querido y el dolor se le delataba en las facciones en casi todos los movimientos que hacía, me sorprendió lo animado de su charla. Tenía muchas ganas de recuperarse.



Aquel día intentó ponerse de pie y aguantar bien atada en una especie de plano que se inclinaba. Se mareó y se agobió un poco al ver que no podía, pero no se rindió y con los ánimos de los otros pacientes, y de Carlos, ella no dejó de intentarlo.

Con los días me fue contando cómo lo vivía ella, cómo lo había vivido y qué pensaba respecto a todo lo que le había pasado y le estaba pasando.

¡Llegó a tal grado de afectación la parálisis en sus inicios que los músculos de la deglución no respondían y no se podía tragar los medicamentos! El apoyo de su familia estaba siendo clave, decía con orgullo.

Me contó que el primer día que tuvo que bajar al gimnasio se le agotaba la energía solo de tener que sentarse en la silla de ruedas, que se le oprimían los pulmones, se ahogaba y sufría temiendo lo peor. Después de superar esa situación tan estresante le dijeron que, de haber fumado en la adolescencia, no lo habría contado.

Día a día, Niara no para de ganar movilidad y cada vez puede hacer más y más cosas. No deja que ni sus familiares ni los profesionales de enfermería le hagan nada que pueda hacer ella misma y así no para de mejorar. Ahora ya puede conectarse con el exterior a través de las nuevas tecnologías, puede teclear en el ordenador y manejar bien el móvil, ¡son estímulos más que positivos para ella!

El otro día la dejaron salir diez minutos al sol y me contaba que había sido para ella una inyección de vida brutal.



¡Imagínate! ¡Imagínate el valor que puede llegar a tener el simple hecho de sentir el sol en la cara, sentarse en una silla o mover los dedos cuando no puedes! ¿Cuántas veces hemos oído que no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos?

Y a pesar de todo nos cuesta valorarlo. Intento imaginar su situación: la situación de no poder hacer ¡NADA! Sólo pensar. Sin moverte ni expresarte. Pero siempre consciente de lo que te pasa. ¡Me cuesta mucho imaginarlo!

En el gimnasio me doy cuenta de lo mucho que Niara se hace querer, de lo unidos que están los pacientes en este tipo de situaciones. Cuando llega, siempre la saludan todos con alegría. En concreto Silvia, una mujer mayor, le dedica una gran sonrisa sin dejar de hacer los ejercicios pautados. Me cuenta que esa mujer es como su madre del hospital, y es que, como veterana, sabe tratar a todos los que llegan. Silvia sufrió un accidente de tráfico muy grave y tiene una situación bastante compleja.

También está Álvaro, un chico con una silla de ruedas eléctrica súper moderna que dirige con la cabeza, la única parte del cuerpo que puede mover. Siempre que la ve, avanza su silla de ruedas hasta llegar delante de ella y poder saludarla con una de sus bromas, siempre inteligentes. Al principio cuando acababan la rehabilitación hacían una especie de concurso para ver quién movía un objeto de un lado al otro de la mesa más deprisa. Con la dificultad que tenían tanto ella, al principio, cómo él, las ganas de vencer el uno al otro me parecen admirables. A veces ni acaban la partida, porque literalmente no pueden. Te paras a pensarlo y son gestos





tan simples los que no pueden hacer que, desde fuera y sin conocer la situación, podría parecer hasta absurdo.

El lunes pasado, ¡consiguí mantenerse de pie! Lloró de emoción; es la única vez que ha llorado, durante todo el tiempo que lleva enferma.

Me quito el sombrero con su proceso y cómo lo está afrontando. Creo que los fisioterapeutas junto con todo el equipo interdisciplinar tenemos tanto poder en el campo de la psicología del paciente en la rehabilitación... Carlos ha estado haciendo un trabajo magnífico, ha marcado las pautas y los tiempos de modo muy acertado, con objetivos a corto plazo para no frustrarla y a largo plazo para motivarla.

¡Y es que creo que es tan importante tener en cuenta el estado de ánimo de los pacientes, de tener tiempo de conocerlos y saber cómo son y así conseguir que el tratamiento sea eficaz!

297

Quizás no te parecerá un caso trascendente, sé que hay mucha gente con problemas neurológicos y que está pasando enfermedades que no les deja vivir como desearían. Te cuento este como te podría contar cualquier otro de los que veo en el centro. Pero el caso de Niara en concreto me ha marcado porque, al tener nuestra edad es como si la sintiera más cercana y, además, es muy consciente de lo que le ha pasado y le está pasando en todo momento. Porque según me han dicho, no siempre es así. Es como si fuera más fácil que su caso me pasara a mí. Y además he podido hablar mucho con ella. Cuando está sola escribe sus reflexiones y hoy me ha dejado leerlas. Te transcribo algunas de ellas:



*“Al principio es como una tormenta que ves acercarse, en que las nubes se vuelven negras, las sombras desaparecen y la gente se esconde. Todo queda en silencio y empieza a llover.*

*Estar en este centro y pasar por esta situación ha sido un proceso de aprendizaje muy interesante para mí. Ha sido y está siendo un proceso, constructivo, conveniente, alterante e incluso necesario para mi persona, ha cambiado mi manera de ser y mi manera de enfocar la vida, ¡desde luego no soy la misma que antes!*

*Confieso que al mejorar mi marcha, día a día, a veces me siento mal, porque los demás pacientes me dicen que lo hago muy bien y me animan. ¡Con tanta ilusión y esperanza! La mayoría de ellos no podrán recuperarse como yo. Me encantaría que todos lo consiguieran, pero estoy segura de que encontrarán la forma de caminar a su manera. Desde el principio sabía que las cosas funcionarían. Pero hasta que no funcionan no te lo crees. Porque saber no es creer. Y sé que está siendo una tormenta pero que el sol saldrá y brillará, porque el sol siempre acaba saliendo.*

*Tú haces unos planes y la vida hace los suyos. Y para crecer como persona, se tiene que sufrir.”*

¡Qué profundo lo que escribel, ¿verdad?

Hoy Carlos me contaba que cuando trata a pacientes jóvenes o que tienen su edad siempre le afecta más, es decir, que le cuesta más poner la distancia profesional-paciente que te ayuda a tratar y respetar, pero sin implicarte emocionalmente con el caso. Empatizar lo justo. Este enfoque es el que estoy aprendiendo. De hecho pasa con todas las profesiones, de distintas maneras, ¿no, crees?



Y aquí acabo mi largo correo, me gusta lo que estoy estudiando y me gusta ver que hay tanto que escoger y mucho que hacer en el mundo de la fisioterapia. Es un trabajo precioso y con muchas formas diferentes de trabajar, tantas como profesionales existen. ¡Y que podemos hacer mucho con nuestras manos porque tenemos mucho entre manos!

Ahora, cuéntame tú. ¿Cómo sigue yendo tu Erasmus en Estocolmo? ¿Cómo llevas el inglés y si ya sabes algo de sueco? ¡Ah! ¿Y si finalmente te ha llegado tu beca? Me encanta escribirte así que, ¡gracias por leerme! ¡Estamos en contacto! Cuídate mucho y un abrazo enorme.





# Gracias

**Pilar Tejero Ariño**

*Premio Especial para Estudiantes  
de la edición XVII (2015).*

## **Octubre 2011 (Diario de mi Tía):**

Entro en “mi habitación”. Lo escribo entre comillas porque es “mi habitación”. Estoy en el hospital. Hace cinco meses me detectaron cáncer de ovarios con metástasis en los pulmones y ahora estoy en tratamiento. Soy médico desde hace 26 años y creo que sé lo que significa este diagnóstico. Además, me han dicho que el cáncer está avanzado. Soy la única médico en mi familia. Ningún hermano, ni tíos, ni hijos, ni sobrinos se han dedicado a esto. Cuando tienen algo, cualquier pregunta, o síntoma, a la primera que acuden es a mí. Yo encantada les digo lo que creo. Bueno, también tengo una sobrina de la rama sanitaria, es farmacéutica y entre ella y yo aconsejamos bastante bien a todos.

No me dan un pronóstico de vida muy largo, cinco meses a lo sumo. Hay algo que me preocupa: mi familia. No es que yo les haya solucionado ningún problema, ni mucho menos, pero sé que tienen seguridad y confianza en mí. Cualquiera cosa me la decían. Ahora, ¿quién ayudará a mi sobrina farmacéutica?

Bueno, aún tengo una pequeña esperanza. Tengo otra sobrina, Carmen, que cuando tenía diez años quería ser médico. Yo le regalaba cosas, un fonendo, jeringuillas..., le encantaba y yo disfrutaba viéndola, pero fue creciendo, pasaron los años y la ilusión de mi sobrina por ser médico desapareció. Por su cabeza pasaron otras muchas profesiones: economista, ingeniera, secretaria, maestra... Yo le dejaba que siguiera con sus ilusiones, no intervine ahí. Que ella hiciera lo que quisiera, con lo que fuera a ser feliz.

302

Acaban de llamar a la puerta de "mi habitación". ¡Qué alegría! Es mi hermana con mi cuñado y mis sobrinos. Hoy han venido a la ciudad, porque mi marido cumple cincuenta años y lo han celebrado en familia. Yo no he podido ir, porque tenía que estar aquí, ocupando mi lugar en "mi habitación" del hospital. Van entrando uno por uno y me dan todos un beso. Noto en sus miradas un poco de pena. Sí, les da pena verme así, he cambiado un poco desde que me diagnosticaron el cáncer, con la quimioterapia y todo he perdido fuerza también. Intento sonreírles. Se me pasa por la cabeza tanto lo que me han dado ellos, como lo que les he cuidado yo, los buenos momentos que hemos pasado todos...

Vuelven a llamar y entra la enfermera que se impresiona al ver tanta gente en "mi habitación", pero es una buena impresión. Saluda a todos como si los conociera de toda la vida y se acerca para cambiarme la medicación. Pide perdón por interrumpir la reunión. Es una buena enfermera, me está cuidando muy bien, como todas las enfermeras que me han atendido. Veo que Carmen le mira con unos ojos de admiración hasta que sale por la puerta.



Se acerca Carmen hacia mí, mi sobrina que a los 10 años quería ser médico. Ahora está en 1º de Bachillerato y está pensando qué estudiar. Me sonrío, veo que sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas, pero se las contiene.

—Tía —me dice—, ¿qué tal estás? Dime de verdad.

—Estoy un poco cansada como podrás imaginar, pero estoy bien —bajo un poco el tono de voz y le digo—. Los que más me preocupáis sois vosotros, mi familia.

Ante esta respuesta no puede contenerse y veo cómo una lagrima sale de su ojo... rápidamente se la seca con la mano, como si no hubiera pasado nada.

—Bueno, te hemos echado de menos hoy en la comida, te voy a contar lo que hemos hecho, porque sé que te va a gustar ver que hemos disfrutado.

Es verdad, me encanta que me lo cuente, ver que disfrutan a pesar de todo.

Después de contarme todo, le dice su madre que igual ya es hora de irse. Carmen me da un beso y un abrazo muy fuerte y me dice.

—Tengo que hablar contigo de mi futuro tía.

Le digo que venga cuando quiera a verme, que yo encantada de que mi sobrina me visite. Se van despidiendo y salen de "mi habitación".

No me esperaba que Carmen me dijera eso. ¿Igual se está replanteando estudiar medicina? No sé, ya me contará. Espero que venga pronto.



## **Octubre 2011(Mi diario):**

Hoy tenemos comida familiar, vamos a estar todos. Todos..., menos la tía, que está ingresada. Tiene cáncer desde hace 5 meses. Fue un golpazo para todos. Es *la tía*.

Bueno, toca estar a tope en la comida, porque celebramos el cumple de su marido y hay que apoyarles. Después, si la tía está bien, iremos a verla al hospital. Tengo muchísimas ganas de verla. Cuando me dijeron que tenía cáncer me acordé de que cuando era pequeña, ella era mi modelo a seguir. Cuando me preguntaban qué quería ser, yo decía, "como la tía, médico". Ella siempre me enseñaba cosas que hacía, me regaló un fonendo de juguete y me explicaba las cosas tan bien que yo lo entendía. Creo que cuando le dije que ya no quería ser médico, como en 1º de la ESO, le decepcionó un poco, pero no me lo dijo. Tengo que hablar con ella, quiero contarle que quiero estudiar enfermería, me he dado cuenta de que es a lo que me quiero dedicar en el futuro, pero no sé si le sentará bien. Bueno, es la tía, y si no le parece bien me lo dirá, pero ahora necesito su opinión.

Ya ha terminado la comida, me acerco a mamá para pedirle que vayamos al hospital a ver a la tía. Quiero contarle lo que hemos hecho, que hemos disfrutado pero que le hemos echado de menos. Supongo que se lo imaginará, pero quiero estar con ella.

Llegamos al hospital. Como está cerca de donde hemos comido, hemos ido andando. No sé si podremos entrar todos, pero el tío dice que sí. Abrimos la puerta y veo que a la tía se le cambia la cara. Sonríe, se le ve cansada y más con la poca luz que tiene la habitación. Igual le molesta y por eso no tiene todas encendidas, no





sé. Le damos todos un beso y entra una enfermera. Se me abren los ojos, le observo cómo actúa. Nos ha saludado a todos, como si nos conociera de toda la vida. Qué agradable. Se ve que tiene cariño a la tía, y la tía a ella también. Yo quiero ser así. Está un rato dentro, le cambia algo a la tía y se va. Todo el rato ha estado sonriendo. Me impresiona. Veo que la tía me está mirando. Me acerco a su cama y hablo un poco con ella del día de hoy. No he podido contenerme y se me ha saltado una lágrima. Bueno, no pasa nada, es normal, creo. Quiero contarle que quiero ser enfermera, pero mamá me dice que ya es hora de irse, tenemos que hacer el viaje de vuelta, que son dos horas. Así que nos empezamos a despedir, pero antes de irme le digo a la tía que quiero hablar con ella de mi futuro. Se ha quedado como impresionada. No quiero que piense que me estoy replanteando la medicina, porque no, pero necesito tiempo para hablar con ella.

305

En el viaje de vuelta me da tiempo para reflexionar sobre lo que he visto en el hospital. La tía, la enfermera, los pasillos, las personas enfermas... Puede que algún día me dedique a esto. ¿Seré capaz? Sí, creo que sí.

### **Diciembre 2011(Diario de mi tía):**

Ya estoy en mi habitación de verdad. Hace dos semanas me mandaron a casa para que también yo estuviera mejor, rodeada de todos. Esos cinco meses que me dijeron se han reducido a tres. Hoy van a volver mis sobrinos a verme. Carmen aún no me ha contado lo que me quería contar. Hemos hablado varias veces por teléfono, pero siempre me decía que quería hablarlo estando conmigo.



Suena el timbre, supongo que serán ellos.

Efectivamente, van pasando a mi habitación de dos en dos, de mayor a pequeño. Carmen es la penúltima de los hermanos, así que pasa en el último turno. Viene corriendo, me da un beso y se sienta en la cama. Me encanta que se haya sentado. Me empieza a hablar del curso, de lo que le está gustando y de lo bien que está con sus amigas. Me alegro mucho, la verdad. Y, por fin, pasa al tema del que quería hablarme.

—Tía —me dice—, llevo varios meses pensando... quiero ser enfermera, pero quiero saber tu opinión. Tú que has tratado con muchas enfermeras y que me conoces bien, ¿crees que podría ser una buena enfermera? Muchas personas me han dicho que no estudie enfermería, pero sus razones no me valen.

306

Se me ilumina la cara, ya estaba sonriendo, llevo sonriendo desde que ha entrado el primer sobrino, pero ahora, mi sonrisa se nota más. No me lo puedo creer, ¡Carmen enfermera! Sí, claramente es su profesión, ¿cómo no había caído yo en la cuenta? Siempre ha cuidado de todos sus hermanos, mayores y pequeños, en realidad entre toda la familia se cuidan mucho, pero se veía que a Carmen le gustaba estar ahí cuando alguno está enfermo. También la última vez que vinieron a verme al hospital se fijó mucho en qué hacía la enfermera cuando entró en la habitación. Me contó lo que habían hecho en la comida familiar... Y ahora, ha sido la única que se ha sentado en la cama a mi lado. Puede parecer una tontería, pero para una persona que está enferma, es un gran detalle. Sí, Carmen tiene que estudiar enfermería. Le va a gustar, le va a costar, pero es su profesión.



Le digo lo que pienso, me emociono. Veo que se queda satisfecha con lo que le he dicho. Me dice que aún no lo tiene claro, pero que agradece todo lo que le he dicho.

Cuando nos despedimos le digo que, aunque yo no vaya a verle cuando ya sea enfermera, estoy segura de que va a ser una buena profesional, de esas que los pacientes esperan cada día que entre con una sonrisa. Estoy orgullosa de ti. Nos despedimos. Le doy las gracias a Carmen, como se las he dado a todos sus hermanos por todo lo que han hecho por mí. Y también le doy las gracias porque sé que va a cuidar bien de todos. Es el último día que veo a Carmen.

### **Diciembre 2011 (Mi diario):**

Es 31 de diciembre y volvemos a ver a la tía. Está bastante mal, lo que eran cinco meses más, han pasado a tres. No sabemos cómo irá todo, pero hoy en principio venimos a despedirnos de ella. No sé si es un buen momento para hablarle de que quiero estudiar enfermería, pero no sé si voy a tener otro, así que creo que le tengo que contar. Llegamos a su casa. El tío nos dice que vayamos pasando de dos en dos, para no cansarle más de lo que ya está. Nos avisa de que le vamos a ver más floja, más cansada y con peor cara. Lo dice sobre todo por la peque y por mí. Piensa que nos puede impresionar más a nosotras. Van pasando los mayores. Yo me voy poniendo nerviosa. No quiero despedirme de la tía. Llega nuestro momento. Entro en la habitación, voy corriendo a darle un beso y me siento a su lado. No creo que le moleste. Está sonriente. Uff, sí, me ha impresionado verla, no tiene casi fuerzas, pero se ve que está intentando sacarlas de donde sea. Qué tía. Bueno, llegó el momento:



—Tía, llevo varios meses pensando... quiero ser enfermera, pero quiero saber tu opinión. Tú que has tratado con muchas enfermeras y que me conoces bien, ¿crees que podría ser una buena enfermera? Muchas personas me han dicho que no estudie enfermería, pero sus razones no me valen.

Veo que se le ilumina la cara, se queda pensando un momento, y sí, veo en su rostro ilusión. Creo que me está imaginando como enfermera.

Me dice que sí, que ve que puedo ser una excelente enfermera. Y me da algún consejo.

—Estate siempre pendiente del paciente, Carmen, cuídalos como cuidas a tu familia y siempre escucha lo que te digan. Muchas personas enfermas lo que necesitan es que se les escuche, desahogarse, no quieren respuestas definitivas, quieren manifestar lo que sienten, y todo eso lo buscan en la enfermera. Te lo digo por experiencia, porque lo he experimentado como médico y también como paciente. Creo que si estudias enfermería te encantará y serás una buena enfermera.

Creo que con esto ya me está convenciendo, no sabía a qué quería dedicarme, pero ahora pienso en cómo me quiero ver en el futuro y sí, es así, como enfermera, cuidando a la gente. Me despido de la tía. Me da las gracias, no entiendo por qué y me lo explica, por todo lo que hemos hecho por ella y porque sabe que voy a cuidar a todos. Yo también le digo:

—Gracias a ti.

Es el último día que veo a la tía.

Volviendo a casa pienso en la última palabra que me ha dicho: Gracias...



## **Octubre 2014 (Mi diario):**

Salgo del ascensor y recorro el pasillo de la planta con la mirada, es mi último día de prácticas en Oncología infantil. Han sido dos meses intensos. Intensos, pero en el buen sentido, no los cambiaría por nada. He aprendido muchísimo, tanto de las enfermeras, como de las auxiliares, de los médicos, de los niños que están aquí ingresados y de sus familias. Son mis primeras prácticas y sólo pienso en la gran decisión que tomé hace dos años de dedicarme a esto, gracias, muy en parte, a la enfermedad de la tía. Eso fue lo que me replanteó la vida, a qué me quería dedicar yo en mi futuro. Y es a esto.

Voy al control de enfermería y saludo a las enfermeras y auxiliares.

—Es mi último día —les digo con pena. Busco a la enfermera que me tutela las prácticas y miro con qué pacientes estamos hoy. De acuerdo, conozco a todos.

Va pasando la tarde. No parece que vaya a terminar mis prácticas aquí, parece un día normal. He ido a despertar a Víctor de su siesta, como cada tarde, pero esta es la última. Saludo a los padres de Sara que están sentados en los sillones del pasillo con el ordenador. Ayer me dijeron que ya volvían a su casa hasta el próximo ingreso y están viendo qué hacer para celebrarlo con su hija. Hoy le toca a Carlos estudiar matemáticas, la tabla del tres. Ayer se estudió la tabla del dos, así que después pasaré para preguntársela. María está un poco desganada, cuando entro en la habitación para darle la medicación, me la encuentro con las luces apagadas y las persianas bajadas. Está en la cama, despierta, con el móvil.



Es su cuarto día de ingreso y todos los días le veo igual.

—¿Qué te pasa? —le pregunto—. ¿Has visto el día tan bueno que hace? ¿Quieres que te suba las persianas?”

—No, nada, de verdad, no me apetece, estoy bien así. Ahora, igual voy a descansar un poco —apaga su móvil y lo deja en la mesilla. Se tumba, me mira y cierra los ojos. Creo que lo mejor es que le deje estar. Luego pasaré a verle y a ver si le apetece hacer algo.

Pasa el tiempo y veo que llega el momento de despedirme. Voy a las habitaciones de las personas que conozco y les digo que es mi último día de prácticas. De todas las personas escucho una palabra que me llega al fondo: Gracias. La última palabra que me dijo la tía... Cada uno me da sus motivos de agradecimiento: porque has cuidado a mi hijo, porque has jugado conmigo, por entrar siempre sonriendo, por aguantarme en mi cansancio...

310

Creo que también yo tengo que agradecer a todas las personas que han estado conmigo estos dos meses de mis primeras prácticas. Son unos ejemplos a seguir, de superación, de aceptación, de humildad, algunos de alegría, de cuidado y cariño a la familia. También tengo que agradecer a las enfermeras y auxiliares y médicos estos sesenta días que he estado con ellos, por todo lo que me han enseñado tanto para mi profesión como para mi vida. Gracias, una palabra que a veces cuesta decirla pero que siempre hace bien, tanto al que la dice como al que la escucha. Gracias es la palabra que más me ha gustado de mis prácticas. Gracias.



El **Certamen de Relatos Breves “San Juan de Dios”** tiene como objetivo estimular la creación literaria basada en la experiencia del cuidar y, de esa manera, contribuir a desarrollar la sensibilidad ante las diversas situaciones humanas que se generan alrededor de la enfermedad y la atención sanitaria. Por ello, el Certamen va dirigido a profesionales y estudiantes de Enfermería y Fisioterapia. Se busca que el contenido de los relatos esté relacionado con el ejercicio de estas dos profesiones de la salud, poniendo de manifiesto los aspectos humanos de propios de su actividad.